

AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

E. L. TODD

Tuertes

CUANDO CONOCES
A LA PERSONA DEFINITIVA,
SIMPLEMENTE LO SABES.

SERIE ATEMPORAL: CUATRO

JUEVES
Atemporal #4

E. L. TODD

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de parte alguna de este libro de cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento de información, sin el consentimiento previo por escrito de la casa editorial o de la autora, excepto en el caso de críticos literarios, que podrán citar pasajes breves en sus reseñas.

Hartwick Publishing

Jueves

Copyright © 2018, E. L. Todd.

Todos los derechos reservados.

Algo viejo, algo nuevo

Axel

—Tío, me encanta la Navidad. —Di un salto para salir de la camioneta de Hawke y aterricé en la acera.

—¿En serio? —Se guardó las llaves en el bolsillo mientras daba la vuelta hasta el maletero—. No entiendo a qué viene tanto revuelo.

Probablemente porque sus padres habían pasado de él y se habían ido a Hawái. ¿Quién hace eso?

—No hay otra época del año en que esté totalmente aceptado que te tomes dos semanas de vacaciones. Todo cierra: las oficinas y las empresas. Es lo mejor del mundo.

—En realidad, no creo que sea así. —Hawke cruzaba el césped a mi lado. Íbamos a recoger a Francesca de camino a casa de Yaya—. Tal vez tu oficina esté cerrada, pero la mayoría no.

—Pues deberían estarlo. ¿Dónde está su espíritu navideño?

—Tú careces de espíritu navideño. Simplemente eres un vago y no te apetece trabajar.

—¿Y a ti sí? —Me detuve cuando llegamos a su puerta.

Hawke se encogió de hombros y llamó al timbre.

Me cerré la cazadora mientras esperábamos, sintiendo una punzada de frío. Se había formado escarcha en la hierba y en el tejado. Me encantaba el invierno, aunque no es que me gustara pasar frío precisamente. Prefería el verano, porque las tías se ponían vestiditos cortos. Cuando hacía un poco de

viento, se les levantaban las faldas.

Francesca abrió la puerta.

—Hola. —Sus ojos se desviaron de inmediato hacia Hawke, ignorándome por completo.

Él la miró sin pestañear, con aspecto intenso e insufrible.

—Hola.

Hawke me había dicho que mi hermana no le atraía, pero le pillaba mirándola continuamente.

—Coge tus cosas y vámonos. —La empujé y entré tras ella, con ganas de protegerme del frío invernal.

Francesca suspiró antes de desaparecer por el pasillo de camino a su dormitorio.

Casi nunca iba a su casa y, cuando lo hacía, era sólo porque ella necesitaba algo. Francesca tampoco solía pasar por mi apartamento. El aroma en el ambiente apuntaba a que había estado horneando algo rico, así que fui a la cocina a investigar. Sobre la mesa había una bandeja caliente llena de muffins recién hechos.

—Es mi día de suerte. —Cogí uno, sintiendo calor en la punta de los dedos.

—No son para ti. —Marie me dio una palmada en la muñeca con sus dedos de manicura perfecta—. Espera a que lleguemos a casa de Yaya.

—¡Eh, venga! —Dejé de quitarle el papel al muffin y la miré.

Llevaba suelta su larga melena rubia, ligeramente ondulada. Le enmarcaba el rostro a la perfección, dándole un aire dulce y voluptuoso a la vez. Se había pintado los labios de un color rosa claro que resaltaba la curva de su boca y el blanco inmaculado de sus dientes. La sombra de ojos oscura destacaba sus ojos verdes y atraía mi atención. Tenía la piel perfecta, como de porcelana.

Se había puesto un vestido verde con mangas y unas medias oscuras. Parecía que iba a una fiesta de Navidad. Sus esbeltas piernas parecían aún más largas con los zapatos negros de tacón, y el tejido pegado a la piel delineaba a la perfección su silueta. Me vino a la mente una pregunta.

«¿Tendrá novio?».

No recordaba que Marie hubiera sido nunca tan atractiva. Cuando era más joven siempre tenía ese pelo como de rata que nunca parecía peinado. Solía llevar los labios pintados de un rojo brillante que no combinaba nada bien con su tono de piel, y se perdía en una ropa que obviamente le quedaba demasiado grande.

«Pero ahora... Mmm, ¡qué buena está!».

Se había desarrollado hasta adquirir una bonita silueta, cintura grácil y cuello de cisne. Su cabello parecía recién salido de la peluquería, y no habría podido llevar un vestido más ajustado. Toda la delgadez y falta de formas de su cuerpo de adolescente había desaparecido.

Era una mujer.

¿Cuándo había ocurrido? ¿Cuándo la había visto por última vez? ¿Por qué no me lo había mencionado Francesca?

Marie se llevó una mano a la cadera mientras me dirigía una mirada asesina.

—¿Hola?

Su voz me devolvió a la conversación. No me había dado cuenta de que seguíamos hablando hasta que me sacó de mi ensimismamiento.

—¿Qué?

—Deja eso donde estaba.

—¿Esto? —Sostuve el muffin en alto y le di un mordisco. Lo mastiqué despacio, sin apartar la vista de ella en ningún momento. Aunque estaba muy rico, deseé comérmela a ella en su lugar—. Delicioso.

Me observó con ojos entrecerrados, con una mirada aterradoramente adorable.

—Frankie los ha preparado para Navidad.

—Pues entonces debe ser Navidad.

Quitó la bandeja de la mesa y la puso sobre la encimera.

Perfecto. Ahora tenía una vista impresionante de su culo. Tenía unas curvas preciosas que contrastaban con el pronunciado arco de su espalda. Me encantaría verla bailar twerking un día de estos. De hecho, me encantaría meter mi polla entre esas nalgas.

Marie giró la cabeza y me miró por encima de su hombro.

Di otro mordisco al muffin.

—¿Podrías dejar de mirarme el culo?

—Depende. ¿Me vas a dejar que te lo toque?

Cerró la caja de los muffins y volvió a pasar a mi lado. Se detuvo cuando estuvo justo a mi altura y su perfume me envolvió. Marie tenía la confianza por las nubes. Antes solía mostrarse más insegura, incómoda en su propia piel. Pero ahora sabía exactamente lo que valía.

—Ni en sueños. —Tenía los labios justo al lado de mi oreja, y el sonido de su voz me provocó una erección.

«Joder, ¿desde cuándo está tan buena?».

YA MONTADOS EN LA CAMIONETA, miré por la ventanilla hacia la casa.

—¿Marie tiene planes para Navidad?

—Sí —respondió Frankie desde el asiento del pasajero—. Va a casa de sus padres.

—Entonces... ¿no le gustaría venirse con nosotros? —pregunté esperanzado.

Frankie se abrochó el cinturón de seguridad y cruzó las piernas.

—Lo dudo.

Hawke puso el motor en marcha con la calefacción funcionando a tope.

—Bueno... ¿y desde cuándo Marie está así de buena? —solté—. Esto... ¿cuándo se ha transformado?

—Cierra el pico, Axel. —Frankie se puso a mirar por la ventanilla.

Me incliné hacia el salpicadero.

—Lo digo en serio. Cuando éramos críos era una empollona delgaducha.

Frankie me dio un codazo en el estómago.

—No hables así de mi mejor amiga.

Me eché hacia atrás, llevándome la mano hacia el estómago. Por unos segundos me sentí mareado.

—No lo decía con mala intención.

Hawke soltó una carcajada y me miró por el espejo retrovisor.

—Entonces deberías haberte expresado mejor.

—Bueno, pero ¿sale con alguien? —Me froté el estómago hasta que desapareció el dolor.

Frankie guardó silencio mientras miraba por la ventanilla.

—¡Eh, venga! —Iba a conseguir la información de una forma u otra—. Suéltalo ya.

—Axel, está fuera de tu alcance. No es la típica con la que te puedes enrollar y luego si te he visto no me acuerdo. Siempre estará en nuestras vidas.

—A lo mejor le apetece un poco de sexo sin compromiso.

Frankie se estremeció y vi su expresión inconfundible de repugnancia en el espejo del copiloto.

—Deja de hablar así. Voy a vomitar.

—Sólo dime si se está viendo con alguien. —Con unas piernas como esas y un culo tan follable, podía elegir al que quisiera.

Frankie no dijo una sola palabra más.

Empecé a darle golpes en el hombro una y otra vez. Eso la cabreaba lo indecible. Lo sabía porque cuando éramos pequeños solía hacérselo constantemente.

—¿Está saliendo con alguien?

Intentó darme otro codazo, pero falló.

—No.

—¿Entonces está soltera?

«Perfecto».

—Déjala en paz, Axel —me advirtió Francesca—. Lo digo en serio.

—¿Por qué? ¿Crees que voy a romperle el corazón? —Me encantaba ligar, pero nunca inducía a las chicas a error.

—No, creo que ella te lo rompería a ti.

De vuelta a la realidad

Axel

Las vacaciones de Navidad terminaron y volvimos de nuevo al mundo real. Tenía un contrato en prácticas en una compañía de inversiones. Mi trabajo consistía en preparar carteras de inversión para clientes, decidiendo qué mercado era el idóneo para ellos. Había puesto todo mi empeño en el trabajo, pero no recibía nada de los beneficios.

Y apenas me pagaban.

Pero era sólo un escalón en mi carrera. Cuando se me acabara el contrato en prácticas, encontraría un buen trabajo en algún lugar, probablemente en Manhattan. Wall Street nunca duerme, y yo tampoco.

Me acosté con unas cuantas mujeres durante las vacaciones de Navidad y regresé a casa sintiendo que derrochaba sex appeal. Pero, en lugar de salir a la caza de tías buenas, no hacía más que pensar en Marie.

En serio, ¿desde cuándo estaba tan maciza?

Era como la historia del patito feo. Cuando éramos niños no había mucho que mirar, pero al convertirse en adulta se había transformado en un elegante cisne. Ahora era una fantasía de mujer. Tendría suerte si conseguía que se fijara en mí.

Quería verla, pero no estaba seguro de cómo hacerlo. Si fuera cualquier otra, me habría valido con flirtear un poco y pedirle una cita. Pero Marie parecía más complicada. Ya me había rechazado con cajas destempladas la primera vez que intenté llevarla a la cama. A lo mejor yo no le gustaba,

pero era demasiado guapo para que siguiera rechazándome indefinidamente. Tal vez si actuaba de forma más sutil conseguiría que cambiara de opinión.

Pero ¿qué podía hacer para verla?

Intentaba encontrármela cuando salía por ahí, pero no sabía que hacía en su tiempo libre. Si se lo preguntaba a Francesca, lo único que recibiría sería un puñetazo en el estómago. Eso no me llevaría a ninguna parte. Y si me presentaba sin más en su casa, seguro que le parecería tremendamente siniestro.

REBUSQUÉ entre mis cosas y encontré algo que una vez había pertenecido a Francesca. Era un viejo molde para bizcochos. No recordaba cómo había acabado en mi apartamento, porque mi hermana nunca venía por aquí, pero de alguna forma había emigrado desde su casa hasta el armario de mi cocina. Devolvérselo parecería una excusa auténtica.

Me puse mis mejores vaqueros, mi camiseta favorita, y me peiné con gran esmero. Salí del apartamento y conduje hasta su casa, al otro lado de la ciudad. Si tenía la suerte de cara, Marie estaría allí sola. Podría flirtear con ella, invitarla a cenar y, con un poco de habilidad, estaríamos revolcándonos entre las sábanas antes de que el sol se pusiera. Deseaba sentir esas piernas enroscadas a mi cintura. En realidad, necesitaba esas piernas alrededor de mi cintura.

Aparqué en la calle y caminé hacia la puerta de entrada. Dejé la cazadora a propósito en el coche, porque quería que se fijara en mis brazos. A las mujeres siempre les gustaban y, en ese momento, iba a usarlos a mi favor.

Llamé al timbre y esperé.

No vi el coche de Frankie fuera, pero eso no quería decir nada. Podría estar en el garaje, a resguardo del frío. El Toyota de Marie estaba aparcado fuera y supe que andaba por allí.

«¡Sí!».

La cerradura giró y se abrió la puerta principal. Ahí estaba Marie con una camiseta negra en la que se podía leer The Grind. Llevaba vaqueros oscuros ajustados y el pelo recogido sobre un hombro.

Joder, estaba a punto de irse a trabajar. Vaya una suerte de mierda.

—¿Qué pasa? —Me miró primero a mí y luego al molde que tenía en la mano.

—Frankie se ha dejado esto en mi casa. Estaba por aquí y pensé que podía devolvérselo.

No me invitó a pasar. Se quedó allí de pie, con una mano en la cadera. La camiseta se le pegaba a la piel y permitía intuir todas sus curvas. El cuello en uve dejaba a la vista una cantidad generosa de escote, casi hasta las tetas.

No me atreví a quedarme mirando.

—No está en casa. —Me quitó el molde de las manos—. Pero le diré que te has pasado por aquí.

El plan se estaba volviendo en mi contra. No sería capaz de buscar otra excusa para volver, así que tenía que conseguirlo en ese momento.

—Esto, yo iba...

—Adiós. —Y cerró la puerta.

Me quedé en el umbral con la boca abierta. ¿Me acababa de cerrar la puerta en las narices? ¿Qué le pasaba a esta mujer? ¿Era completamente inmune a mis encantos? Todas las chicas se sentían atraídas hacia mí. ¿Cuál era su problema?

Ahora la deseaba incluso más.

Llamé al timbre.

Sus pasos resonaron en la tarima de madera antes de abrir.

—¿Qué? —Volvió a llevarse la mano a la cadera, como hacía siempre que hablaba conmigo.

—Me has cerrado la puerta en las narices.

—¿No habíamos acabado? —El cabello rubio le caía sobre el pecho. Parecía más suave que la seda. Deseé pasar mis dedos por él, agarrarlo mientras la penetraba. Para mí, echar un polvo con quien me diera la gana siempre había sido pan comido, pero Marie era difícil de conquistar.

—¿Ni un «hola, cómo estás»?

—Hola, ¿cómo estás?

—Genial. ¿Cómo estás tú?

—De fábula. —Volvió a cerrar la puerta.

Me entraron ganas de gritar de frustración. Un tío listo se habría rendido y se habría largado, pero, cuanto más me rechazaba, más la deseaba. Su confianza me resultaba tremendamente sensual.

Llamé al timbre una tercera vez.

Marie abrió la puerta de nuevo.

—Tío, búscate un hobby.

Esta vez entré sin que me invitara a pasar. Cerré la puerta de golpe y la intimidé con mi cercanía. Si quería jugar duro, jugaríamos duro. Caminé hacia ella sin despegar los ojos de su cuerpo.

—¿Puedo invitarte a cenar?

Marie se cruzó de brazos mientras sus ojos ocultaban sus pensamientos en lo más profundo de esa preciosa cabecita suya.

—No he dejado de pensar en ti desde Navidad. —Puse todas mis cartas sobre la mesa y esperé. Ya no quería seguir con los jueguecitos. Deseaba a esa mujer... desesperadamente.

—¿Sí? —Su sarcasmo se esfumó. Estaba claro que las ganas de pelea habían desaparecido de sus ojos. Ahora que estaba siendo sincero, ella también lo era—. A mí también me pareces guapo.

¿Pensaba que era guapo? Genial.

—Entonces no hay más que hablar. Deberíamos cenar juntos.

—Supongo que sí.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Acabo de salir de trabajar.

—¿Tienes hambre?

—Supongo.

Me acerqué más a ella, con el deseo quemándome la piel.

—Yo también tengo hambre. —Me detuve a pocos centímetros de sus labios, deseando pasar directamente al postre.

—Espera un segundo, que me cambio y nos vamos. —Se dio media

vuelta y desapareció por el pasillo.

Los ojos se me fueron inmediatamente a su trasero, con la esperanza de tener la oportunidad de estrujarlo más tarde.

NO HABLAMOS MUCHO durante la cena. Intercambiamos miradas, y la atracción sexual chisporroteaba como una sartén en el fuego. Sólo pensaba en besarla y sentir esos suaves labios sobre los míos. Deseaba que suspirara en mi boca, que gimiera cuando, llegado el momento, la embistiera. Cada vez que intentaba iniciar una conversación, me distraía imaginándomela desnuda.

Y se me había puesto dura.

—Me sorprende que no tengas novio. —Teníamos los platos delante de nosotros apenas sin tocar. Casi no habíamos probado bocado, porque estábamos demasiado ocupados mirándonos el uno al otro para comer de verdad.

—¿Por qué te sorprende?

—Mírate.

—Estuve saliendo con un tío hace un tiempo, pero no funcionó.

—¿Qué sucedió? —Di un sorbo al vino, pero seguí mirándola.

—Simplemente dejó de gustarme. Me quedé en su casa mientras hacía unas obras en la mía. Pero, cuando se acabaron, terminé con la relación.

—Qué calculadora, ¿no? —dije con una risita.

—En realidad, no —contestó—. No estábamos enamorados, ni nada por el estilo. Y esa semana folló mucho, así que no podía quejarse. Cuando rompí con él, no se quedó traumatizado precisamente.

—¿Cuánto tiempo salisteis?

—Dos meses.

Entonces no había sido nada serio.

—Bueno, si alguna vez necesitas un sitio para dormir, mi apartamento siempre está disponible. Y acepto sexo como pago.

Marie soltó una risita.

—Lo tendré en cuenta. ¿Y tú?

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Alguna novia formal?

—No. —El pensamiento ni se me había cruzado por la cabeza. Suponía que, cuando conociera a la chica adecuada, sentaría la cabeza, pero esa persona todavía no había aparecido en mi vida. Estaba seguro de que sabría que era la definitiva nada más verla. Hasta entonces, me dedicaba a tantear el terreno.

—¿Soltero empedernido?

—Espero que no. Pero, por ahora, sí. ¿Y tú?

—No he tenido un novio formal desde... nunca. —Comió un poco de pasta—. Soy un poco tiquismiquis para las relaciones.

—Nunca te embarcas en relaciones serias.

—Supongo que se puede ver de esa forma. Pero no tengo ningún inconveniente en divertirme.

A mí me iba bien lo de la diversión.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Está bien, aunque el sueldo es horrible.

Marie soltó una risita.

—Lo mismo que en The Grind.

—Para ser sinceros, probablemente gane lo mismo que tú. Y eso que tengo un máster.

—¡Qué mal!

—Pero es temporal. Encontraré algo mejor en cuanto se me acabe este contrato en prácticas.

—Seguro que sí. —Bebió un poco más de vino y luego apartó el plato.

Si ya habíamos acabado, estaba deseando trasladar esta cita a otro lugar más íntimo.

—Me imagino que sabes que estaba coladita por ti en el instituto.

Sonreí de oreja a oreja.

—¿Sí?

—Sí. Pero no me prestabas atención.

La miré a los ojos, y vi que me sonreían juguetones.

—Ahora te estoy prestando atención.

Dio otro sorbo de vino sin apartar sus ojos de mí en ningún momento.

Cuando llegó la cuenta, dejé la cantidad en metálico encima de la mesa.

—¿Preparada para irnos?

Apuró su copa y la dejó sobre la mesa.

—Sí.

EN CUANTO ENTRAMOS en la camioneta, encendí el motor.

—Entonces, ¿debería llevarte a casa? O... ¿te apetece ver mi apartamento? —No sabía lo que iba a hacer Frankie esa noche, aunque supuse que volvería a casa y vería mi camioneta aparcada en la acera. No me importaba lo que pensara mi hermana de Marie y de mí, pero tampoco quería que se entrometiera.

—Me encantaría ver tu apartamento.

«¡Sí!».

—Que empiece la excursión. —Deslicé el brazo sobre sus hombros y la atraje al asiento del medio. Su cabello cayó sobre mi hombro y me estremecí al sentirlo sobre mi piel. Mi temperatura corporal se elevó unos cuantos grados cuando tuve la certeza de lo que iba a suceder. La polla ya se me había puesto como una roca, lista para actuar.

Conduje hasta mi casa y luego caminamos juntos hacia la puerta. Abrí y entramos. Encendí las luces para que pudiera contemplarlo en todo su esplendor. Era bastante pequeño, con sólo lo básico. En ese momento era lo único que me podía permitir.

—Es agradable —susurró Marie.

—¿Te apetece ver el dormitorio?

—Muchísimo.

Tomé su mano y la conduje por el pasillo hasta el dormitorio. Mi habitación era muy sencilla. Lo único que tenía eran dos mesitas de noche y la cama. Allí sólo dormía y follaba, así que no me había molestado en

decorar la habitación.

Me di la vuelta con intención de besarla, porque llevaba toda la noche deseando hacerlo.

Pero ella dio el primer paso. Me empujó suavemente, llevándome hacia la cama.

Caí de espaldas sobre el colchón y me incorporé sobre los codos, sorprendido por su atrevimiento.

Se quitó la blusa con toda la calma del mundo, mientras contoneaba ligeramente las caderas. Sin necesidad de música... bailaba. Lentamente, levantó la prenda por encima de su cabeza, arrastrando con ella su cabello. Ya sin la blusa, se quedó de pie frente a mí con un sujetador rosa de tipo push up, que le hacía unas tetas increíbles. Arrojó la blusa al suelo y metió sus dedos por debajo de los tirantes.

Y allí tumbado estaba yo, fascinado por el espectáculo privado que me estaba ofreciendo. Mis ojos no se despegaban de sus tetas, deseando ver cómo caía el sujetador. Tenía un cuerpo perfecto, con caderas anchas y cintura menuda. Deseaba tocarla desesperadamente.

Se desabrochó el sujetador y lo dejó caer al suelo.

Tomé aliento involuntariamente cuando por fin contemplé sus tetas. Eran turgentes, redondas y firmes. Tenía los pezones duros e inmediatamente deseé acariciarlos con la lengua. Quería agarrarla por esa cintura diminuta y apretarla contra mí.

Marie siguió desnudándose. Se desprendió de los vaqueros, y por último del tanga. Cuando se lo quitó, me quedé extasiado al contemplar el monte que tenía entre sus piernas. Deseaba enormemente estar dentro de ella, hacer que se arqueara y gritara.

Sus piernas eran perfectas. Tenía unos muslos esbeltos que se alargaban hasta el infinito. Sus ingles estaban impecablemente depiladas, y eso me excitaba aún más.

Se encaramó a la cama y empezó a moverse encima de mí, apoyando su pecho sobre el mío.

Las manos se me fueron directamente a sus caderas, ansiosas por sentir la suavidad de su piel. Clavé los dedos en su cuerpo, porque la sensación

era maravillosa. Me quedé mirando sus labios y los deseé con desesperación. Nunca en mi vida había estado tan excitado.

Hundí mi mano en su cabello y empujé su boca hacia la mía. En cuanto nuestros labios se fundieron, todo mi cuerpo comenzó a arder. El calor de nuestras bocas nos abrasaba, pero la sensación era demasiado buena para detenernos. Acaricié sus labios con los míos y, cuando por fin su lengua entró en mi boca, exhalé un gemido involuntario.

Enlacé mi brazo a su cintura y la sujeté contra mí, excitándome con ella y respirando con fuerza. Exploré su cuerpo con las manos, sintiendo su espalda delicada y ese culo tan magnífico. Sentirla desnuda sobre mí mientras yo continuaba completamente vestido me ponía a mil. Había estado con mujeres decididas que sabían exactamente lo que querían, pero no había sido nada comparado con esto. La confianza de Marie era lo más sexy que había visto jamás. Sin necesidad de esperar más, ya sabía que iba a ser una de las mejores noches de sexo de mi vida.

Marie acabó de besarme lentamente y se deslizó por mi cuerpo.

Al instante sentí frío en los labios, porque su boca ya no estaba allí. Quería besarla para siempre, deseaba seguir haciéndole el amor con mi boca.

Se deslizó hacia el borde de la cama y me desabrochó los vaqueros.

Mi polla salió erguida al liberarse de los pantalones, incapaz de contenerse ante el espectáculo que tenía delante de mí.

Marie me bajó los pantalones junto con los bóxers, y me los dejó a la altura de los tobillos. Se echó el pelo sobre un hombro, con las tetas balanceándose al hacer el movimiento, y se dispuso a quitarme zapatos y calcetines. Cuando me tuvo desnudo de cintura para abajo, se sentó y se inclinó sobre mi paquete, con las tetas casi rozándome los huevos.

Me agarró el pene por la base y apuntó con él hacia el cielo. Se relamió con lentitud mientras lo contemplaba, como si no hubiera nada en el mundo que deseara más que comérselo.

«Hostia puta».

Sin ser consciente de ello, había comenzado a respirar pesadamente. Todo mi cuerpo estaba tenso, preparándose para lo que se avecinaba. Me

habían hecho muchas mamadas en mi vida, pero no así. Lo hacía de una forma tremendamente sensual.

Me besó delicadamente en la punta antes de metérsela hasta el fondo de la boca. Empezó despacio, introduciéndola centímetro a centímetro. Y, entonces, comenzó a moverse rápidamente, concentrándose por completo en mi miembro.

Cerré los ojos porque me sentía increíblemente bien. La vista era tan asombrosa como la sensación. Mi cuerpo respondía automáticamente al placer que me estaba dando. Me encantaba sentir su lengua moviéndose alrededor de mi polla. Era la mejor sensación del mundo.

Se la sacó de la boca y la apoyó sobre mi estómago. Entonces se concentró en mi camisa. Entre los dos la desabrochamos y la tiré a un lado.

Me sentí flotar sobre una nube en un plano distinto a la realidad. Mi cuerpo y mi mente se habían fusionado en una sola entidad, y ya no pensaba en mis acciones antes de moverme. Las cosas simplemente sucedían.

La hice girar hasta quedar con la espalda sobre el colchón y metí la cara entre sus piernas. Nunca les hacía sexo oral a las mujeres, porque no era algo que me excitara especialmente, pero en ese momento deseaba desesperadamente hacérselo a ella. Quería saborearla, sentir la humedad que yo le había provocado entre las piernas.

Le froté el clítoris con la lengua y sentí que se tensaba entre mis brazos. Su espalda se arqueó levemente y unos suspiros musicales se escaparon de sus labios. Se agarró a mi pelo y jadeó, disfrutando de lo que yo le hacía tanto como había disfrutado yo con lo que ella me había hecho.

Sabía a fresa, y aquello me excitó aún más. Tenía la polla más dura que nunca, desesperado por estar dentro de ella. Quería seguir comiéndole el clítoris, pero ahora me sentía impaciente. Deseaba moverme con ella, sentir nuestros cuerpos follando juntos, abandonados a la pasión.

Abrí un cajón de la mesita de noche, agarré un condón del montón y me lo puse rápidamente. Me aseguré de dejar mucho espacio en la punta porque sabía que iba a necesitar un buen depósito.

Me coloqué encima de ella, sujetándole las piernas con mis brazos. La

punta de mi miembro encontró su abertura y se quedó allí, parcialmente en su interior.

Levantó la mirada hacia mí con ojos llenos de deseo. Ella también se sentía en la gloria, flotando por encima de la realidad. Se había sumergido en mí de la misma forma que yo me había sumergido en ella. Deslizó sus manos por mis brazos hasta llegar al cuello. Me atrajo hacia sí, deseando tenerme dentro de ella justo en ese momento.

Me deslicé lentamente en su interior, sintiendo cómo se iba ensanchando con cada centímetro que la penetraba. Me moví hasta que estuve totalmente dentro.

Marie dejó escapar un sonoro gemido, clavando sus uñas en mi piel. Echó la cabeza hacia atrás, como si estuviera preparándose para lo fantástico que iba a ser.

—Axel...

Un temblor me recorrió la espalda. La penetré despacio, con intención de tomarme mi tiempo antes de alcanzar la línea de meta. Ya sabía que iba a hacer que se corriera. Marie deliraba de éxtasis conmigo.

Me arañó la espalda con las uñas, dejándome marcas visibles durante días. Usó mi cuerpo como ancla para meterme en su interior desde abajo. Sus tetas se sacudían con cada embestida. El rubor se extendió como un sarpullido por su pecho y alrededor de sus pezones. Se mordía el labio inferior de la forma más adorable que había visto nunca.

—Así, justo así. —Apretó su cabeza contra la mía y respiró con fuerza a la vez que yo, sintiendo que cada nueva sensación abrasaba nuestros cuerpos desde dentro—. ¡Dios, sí! Justo así.

Joder, iba a hacerme explotar. Aumenté el ritmo ligeramente, penetrándola aún más para darle el mejor orgasmo que hubiera experimentado jamás.

—¡Sí! —Eché la cabeza hacia atrás y arqueó la espalda—. ¡Sí, sí, sí!
—Casi me hizo sangre con las uñas, que me clavaba con más fuerza aún.

Yo quería seguir, pero después de eso ya no pude. Todo mi cuerpo se puso al rojo vivo antes de estallar. Noté un espasmo en la polla antes de liberarlo todo, llenando el extremo del condón.

Juntos viajamos a otra dimensión, utilizándonos el uno al otro para experimentar el mayor orgasmo que habíamos sentido jamás. Tenía todo el cuerpo cubierto de sudor, lo mismo que ella, pero el placer hacía que todo el esfuerzo hubiera merecido la pena.

Me quedé dentro de ella, porque no quería salir nunca de allí. Era el mejor sexo que había experimentado jamás, y esperaba que ella hubiera sentido lo mismo. Había sido tan natural y sencillo... La química había sido perfecta y ambos nos habíamos dado completamente al otro. Había sido exactamente como debía ser el sexo.

Tomé su rostro entre mis manos y le di un beso lento, satisfecho pero aún excitado.

Me devolvió el beso junto con unas gotas de sudor de su labio superior.

—Ha sido fantástico.

—Lo sé. —Una neblina somnolienta le cubrió los ojos, como si estuviera a punto de dormirse después de un intenso orgasmo.

Me di la vuelta para deshacerme del condón antes de volver con ella. Recoloqué las sábanas y me cubrí con ellas, acurrucándome junto a su cuerpo. Ambos estábamos sudorosos, pero no me importó. A diferencia de la mayoría de mis ligues, quería abrazarla de verdad.

Me gustaba.

Despedirse a la francesa

Marie

Cuando desperté a la mañana siguiente, estaba entre los brazos de Axel. Justo cuando el sol comenzó a filtrarse a través de la persiana de su ventana, el recuerdo de lo que había ocurrido la noche anterior volvió a mi memoria.

Axel era el tío del que más colgada había estado durante el instituto. Había imaginado cientos de veces que nos casábamos y vivíamos felices para siempre, pero sabía que él no se había fijado en mí. Yo sólo era la amiga feúcha de su hermana. Ni siquiera me había dedicado un mísero pensamiento mientras corría detrás de la animadora de turno.

Pero ahora, por fin lo tenía.

Era maravilloso en la cama, tal como esperaba. Besaba genial. Podría pasarme todo el día besando esos labios tan sensuales. E incluso se le daba bien acurrucarse después.

Con toda seguridad, había sido una experiencia magnífica.

Pero tenía que volver a la realidad. Mis clases empezaban en una hora, y debía ponerme en marcha. Me escabullí de sus brazos y me vestí rápidamente antes de llamar a un Uber para que me llevara a casa. Esperaba que Francesca aún estuviera dormida o que no hubiera ido a casa la noche anterior. Si no, íbamos a tener una conversación realmente incómoda.

No había disfrutado de buen sexo en una temporada, y Axel había

cumplido a la perfección mis expectativas. Entendía que lo de la noche anterior había sido únicamente un rollo amistoso que nunca se volvería a repetir. Dado que Axel no era el tipo de hombre que estaba buscando, había sido perfecto para mí. Mi media naranja estaba ahí fuera en algún lugar, pero tenía la certeza de que no era él.

Al llegar a casa, abrí la puerta con todo el sigilo que pude y entré. Pero me detuve en seco cuando el olor inconfundible del desayuno me llegó hasta la nariz.

—Mierda.

—Marie, ¿eres tú? —me llamó Frankie desde la cocina.

¿Por qué tenía que estar despierta justo al amanecer?

—Sí. Te has levantado muy pronto. —Entré con la esperanza de que no se fijara en mis ropas arrugadas y mi cabello despeinado.

Frankie se apartó de la cocina y me miró.

—Sí, yo... —cerró la boca cuando comprendió que me había pillado in fraganti—. Alguien se divirtió anoche...

Tiré el bolso encima de la mesa.

—No fue nada del otro jueves.

Frankie colocó las tortitas en un plato y me lo puso delante.

—Suéltalo.

—No hay nada que contar. —No iba a decirle que me había follado a su hermano. Sería la situación más incómoda del mundo.

Frankie cogió su plato.

—¿Desde cuándo no me hablas de tus conquistas? —Se sirvió una taza de café y se sentó—. Siempre me cuentas hasta el último detalle, aunque yo no quiera oírlo.

Me senté en la silla y regué las tortitas con sirope.

—Esta vez confía en mí. No quieres saberlo. —Le dirigí una mirada llena de firmeza—. No preguntes.

Frankie no despegó los ojos de mí mientras cortaba las tortitas. Su mente no paraba de pensar, intentando adivinar por qué había dicho algo así. Tomó unos cuantos bocados antes de terminar de atar cabos.

—Eh...

—Te lo dije.

—¿Axel? ¿De verdad? —Estaba completamente asqueada—. Pensé que lo habías superado del todo.

—Y lo había superado. Pero se pasó por aquí y me dijo unas cuantas cosas bonitas, y...

Frankie sacudió la cabeza y siguió comiendo.

—Es asqueroso.

—Ha sido un rollo de una noche, así que olvidémoslo.

—¡Gracias a Dios! —Dio un sorbo al café y miró por la ventana—. ¿Te sientes diferente ahora?

—¿Qué quieres decir?

—Sé que estabas coladita por él cuando éramos unas crías. Más bien obsesionada. ¿Ha sido como te lo habías imaginado?

Era difícil contestar a esa pregunta sin entrar en detalles.

—Supongo que estuvo bien conseguir algo que siempre he deseado. Pero no fue la experiencia mágica que había creído. La única razón por la que reparó en mí es porque me he puesto en forma, he aprendido a usar maquillaje y llevo ropa sexy. Su atracción hacia mí es totalmente superficial. Si quieres saber mi opinión, todavía no se ha percatado realmente de mi existencia. ¿Tiene sentido lo que digo?

Frankie apartó sus tortitas a medio comer y pensó en mi pregunta.

—Creo que lo entiendo. Tienes que estar conectada a nivel espiritual con alguien para mantener una relación verdadera. No puede ser todo físico...

—Apartó los ojos, como si estuviera pensando en otra persona.

—¿Hawke? —Sonreí, porque la alegría de mi amiga era contagiosa.

No lo podía negar.

—La atracción física es importante, pero no lo es todo. La conexión que tenemos, sea la que sea... va más allá de la apariencia física. Para mí es muy importante cuando hablamos de amor.

—Creo que sé lo que quieres decir.

—Si era tan superficial, ¿por qué lo hiciste?

A veces era un poco ingenua.

—Tu hermano está muy bueno. Y no he disfrutado de buen sexo en una

temporada.

Sintió un escalofrío e intentó no escupir la comida.

—Me alegro de que haya sido un rollo de una sola noche. ¿No se os hará muy raro ahora?

—No, no, en absoluto —contesté—. Además, en realidad no nos vemos nunca.

Frankie terminó la última tortita.

—Menos mal.

EN UNA SEMANA había dejado de pensar totalmente en Axel. La noche había sido divertida y el sexo espectacular, aunque no había dejado de ser un rollo que caería rápidamente en el olvido. No lo llamé y él tampoco me llamó a mí. Era mejor así, porque dejaba claro que los dos habíamos entendido lo que había sido esa noche.

Me concentré en las clases y en un trabajo de la universidad que había estado posponiendo. Pasé la mayor parte de la semana encerrada en casa con mi portátil. Cuando por fin terminé, Mike me pidió una cita. Salimos y lo pasamos bien, pero la noche no condujo a nada más. No era mi tipo y no quería darle esperanzas, así que me despedí en la puerta.

Estaba en casa con Francesca cuando el timbre sonó tres veces seguidas.

Francesca levantó la vista de su libro de texto.

—¿Esperas a alguien?

—No. ¿Es Hawke?

—No. Él no llama así al timbre. —Se puso de pie y se dirigió a la puerta—. En realidad, casi ni llama. —Abrió la puerta y se encontró con Axel al otro lado.

No parecía contento.

—¿Tienes idea de lo que estás haciendo?

Frankie le dedicó una mirada aburrida.

—¿Y tú? —Regresó a la mesa y se sentó a mi lado, volviendo a

concentrarse en su libro de texto.

Axel la siguió con el pecho hinchado, como si tuviera algo que decir.

—¿De verdad piensas que salir con Hawke es buena idea?

Era sólo cuestión de tiempo que lo adivinara. Deseé poner una excusa y levantarme de la mesa, pero estaba justo a su lado. Probablemente fuera mejor quedarme quieta sin hablar, en lugar de llamar la atención marchándome.

—No te metas en mis asuntos, Axel. —Frankie pasó la página de su libro.

—No puedo no meterme en tus asuntos —espetó Axel—. Hawke es el mujeriego más grande que conozco. No voy a dejar que te arrastre por el fango.

—Él no es así conmigo —le contradijo Francesca—. Axel, tenemos una relación, no un rollo sin importancia.

—No es suficientemente bueno para ti.

Admiraba a Axel por cuidar de su hermana, pero me habría gustado que entendiera que podía cuidarse ella solita.

—Axel, no te metas —le soltó Frankie—. Hawke y yo somos pareja. Límitate a aceptarlo.

Hasta ese momento, Axel no había parecido darse cuenta de que yo estaba allí. Me miró y me sostuvo la mirada durante unos segundos antes de volverse de nuevo hacia su hermana.

—Es mi obligación ocuparme de ti...

Ella le tiró un plátano.

—Supéralo, Axel.

Falló, y el plátano cayó al suelo con un ruido sordo.

Me tapé la boca e intenté no reírme.

Axel mantuvo una expresión impenetrable en su rostro, pero parecía que estaba a punto de saltar.

—Vale. Comportate como una malcriada. —Se marchó dando un portazo.

—Increíble... Hablando de hermanos sobreprotectores... —dije entre risas.

Frankie puso los ojos en blanco.

—Es hora de que madure.

Un segundo más tarde, la puerta se volvió a abrir.

—Hola, Marie. —Volvió a salir dando un portazo por segunda vez.

Cuando ya se había ido, me eché a reír.

—Bueno, por lo menos es educado.

—Quiero mucho a mi hermano y todo eso, pero joder, lo odio.

Con pies de plomo

Axel

No hablé con Hawke en varias semanas porque estaba cabreado. Había roto el código no escrito de los tíos y había ido a por mi hermana. Me daba igual que la amara o que quisiera pasar el resto de su vida con ella.

Se había pasado de la raya.

Un segundo después de que mi padre se pegara un tiro en la cabeza, Francesca se convirtió en mi responsabilidad. Él no había sido lo bastante hombre para quedarse y cuidarla, pero yo sí. La protegería como mamá habría querido.

Y Hawke era un mujeriego nato.

El mayor que había conocido.

En el trabajo lo ignoraba y me negaba a hablar con él, aunque no dejaba de vigilarlo para ver si se le iban los ojos detrás de otras mujeres de la oficina. Para mi sorpresa, no ocurrió nada de eso.

Intentó hablar conmigo un par de veces, pero no le hice ni puto caso. ¿Qué clase de amigo iba tras mi hermana después de haberle dicho claramente que estaba prohibida para él?

Pero, a medida que pasaba el tiempo, me di cuenta de que su relación, o lo que fuera aquello, no iba a desaparecer. Habían transcurrido tres semanas y seguían viéndose y pasando todo su tiempo libre juntos.

Quizás fuera algo serio.

Lo máximo que había visto a Hawke con alguien habían sido dos

semanas, y eso era ya una exageración. Era igual que yo, el típico tío de aquí te pillo aquí te mato, y si te he visto no me acuerdo. Nadie captaba nuestra atención lo suficiente para plantearnos algo más. Hawke había jurado no mantener una relación con nadie y, en cuanto a mí, no tenía relaciones serias simplemente porque no me interesaban.

Pero, fuera cual fuera su relación con Francesca, estaba claro que era distinta.

Así que di por terminada la guerra.

—Hola. —Me encontré con él fuera del edificio después del trabajo.

Se giró hacia mí sorprendido, ya que no esperaba ni por asomo que volviera a dirigirle la palabra.

—Lamento todo el... Ya sabes. Frankie es básicamente lo único que me queda, y tengo que asegurarme de que está bien. Lo siento, no es nada personal.

En lugar de discutir conmigo o decirme que me largara, lo dejó correr.

—Lo comprendo.

—Tengo bastante claro que vais en serio.

Asintió con la cabeza.

—Sí, vamos en serio.

—Entonces... tienes mi bendición.

Sus ojos se volvieron fríos.

—No te la he pedido. Pero espero que entiendas que nunca haría daño a propósito a Francesca. Y tampoco haría daño a alguien importante para ti.

—Sí, lo sé.

Extendió la mano.

Se la estreché.

—¿Amigos de nuevo?

Sonrió.

—Siempre fuimos amigos, tío.

—¿Te apetecen unas cervezas?

—Pues claro.

—¿QUÉ te cuentas? —Hawke se echó hacia atrás en su asiento, rodeando con las manos la jarra de cerveza que tenía sobre la mesa.

El local estaba abarrotado, a pesar de que era temprano. Había unas cuantas chicas guapas, pero las ignoré.

—No mucho.

Se bebió la cerveza con los ojos fijos en mí.

—Frankie me ha contado que ha habido algo con Marie.

—Ah, sí. —sonreí al recordarlo—. Sí, algo pasó con Marie.

Hawke esperó pacientemente a oír la historia.

—Tío, es asombrosa en la cama. Quiero decir, ¡la leche!

—¿De verdad? —Mantuvo el mismo tono de voz, como si sólo estuviera mínimamente interesado en la conversación.

—Es la mejor con la que he estado.

—Parece alguien que merece la pena conservar.

—Eso ya no lo sé. Me desperté a la mañana siguiente y se había ido.

—¡Ay! —Se echó a reír—. Eso no sienta bien, ¿verdad?

—Supongo que me sentí un poco decepcionado. —No había dejado de pensar en esa noche desde entonces.

—¿Por qué no vuelves a invitarla a salir?

—No lo sé... No suelo repetir tan pronto.

—¿Te ha llamado ella?

Sacudí la cabeza.

—No. Parece que ella quería lo mismo que yo: un rollo de una noche.

—Suena perfecto. Te ahorraste «la charla» con ella. He perdido la cuenta de las veces que he sido incapaz de quitarme a una chica de encima.

—Sí, supongo. Cuando desperté a la mañana siguiente esperaba que estuviera allí. Podríamos haber disfrutado enormemente de un poco de sexo mañanero con desayuno incluido antes de que se marchara. Pero ya se había ido antes de que yo abriera los ojos. Y no hemos hablado desde entonces. —Todavía seguía pensando en el sabor de sus labios y en la forma en que enlazaba sus piernas alrededor de mi cintura. Me inundaron todas esas sensaciones como si volvieran a suceder.

Hawke me estudió con atención, callado como una estatua. Dio un trago

a su cerveza con los ojos clavados en mí.

—¿Qué? —pregunté. Hawke se encogió de hombros—. ¿Por qué me miras así?

—Has puesto una cara muy rara.

—No es verdad.

Hawke se echó a reír.

—Sí, sí que la has puesto. Y adivino que es porque estás pensando en Marie.

—No es verdad. —Me sentí como si estuviera discutiendo como un crío.

—Si te gusta, ¿por qué no la vuelves a invitar a salir y ya está?

—Eso complicaría las cosas.

—No lo sé... Marie parece bastante despreocupada. ¿La has visto desde esa noche?

—Estuve en su casa hace unas semanas. —Gritándole y ordenándole a Frankie que olvidara a Hawke.

—¿Estaba allí?

—Sí.

—¿Y...?

—No me miró de forma distinta. Fue como si no hubiera sucedido nada.

—Si quieres saber mi opinión, las cosas no se vuelven menos complicadas después. —Eché un vistazo al bar, y su mirada se posó en la televisión que había en la esquina.

Ya habían pasado varias semanas y no había dejado de pensar en Marie. Nunca había tardado tanto en olvidar a una chica después de follar con ella. ¿Cuánto tiempo más me llevaría? ¿Un mes?

La mierda empieza a salpicar

Axel

No sentamos en el sofá de Hawke para ver el partido de baloncesto. Teníamos las cervezas en la mesa de centro, al lado de una bolsa de patatas fritas.

—Tío, odio tener que decirlo, pero Curry es mi favorito.

Hawke asintió desde el otro sofá.

—Nunca he visto a nadie lanzar así.

—No desde Michael Jordan. —Me metí un puñado de patatas fritas en la boca—. Seguro que va directo al Salón de la Fama.

—Y este año le nombrarán jugador más valioso de la temporada.

—Me habría encantado ser jugador profesional de baloncesto. Habría sido la leche.

Hawke desvió los ojos hacia mí.

—¡Si ni siquiera eres bueno!

—¿Perdona? —Tenía la cerveza en la mano y me detuve antes de dar un trago.

—Sólo digo que no vas a ser el próximo Stephen Curry.

—Ya lo sé. Por eso he dicho que me habría encantado ser jugador profesional. No es un deporte de contacto, no tienen que correr grandes distancias y los partidos siempre son en canchas cubiertas. Lo que no me gustaría nada es jugar al fútbol en la nieve.

Hawke se llevó la cerveza a los labios y susurró para sí.

—Porque eres una nenaza.

Agarré un puñado de patatas y se las tiré.

—Gilipollas.

Se sacudió las migas.

—Tío, no ensucies mi casa. Seguro que Francesca intenta limpiarla.

—¿Ahora es tu criada?

—No, pero siempre que viene se pone a limpiar y a organizarme las cosas. —Volvió la mirada hacia la pantalla—. En realidad es genial.

Ojalá yo tuviera criada, una que estuviera buenorra y que follara conmigo.

—¿Qué hace esta noche?

—Ha ido con Marie a ese bar donde siempre ponen deportes.

Arqueeé ambas cejas con interés.

—¿Marie y ella han salido?

—Sí. Supongo que Francesca va de carabina de Marie. —No sabía que las mujeres aún necesitaran una. Siguió mirando la televisión.

A la luz de esa información, el partido ya no parecía interesante. Si Marie había salido a tomar unas copas, podía hacerme el encontradizo, empezar una conversación y tal vez se vendría a casa conmigo. Era una idea perfecta.

—¿Sabes qué? Este partido es muy aburrido. Vamos a salir.

Hawke se volvió hacia mí sorprendido.

—¿Qué?

—Vamos a pasarnos por el bar y las saludamos.

Hawke no se movió del sofá.

—No voy a hacer eso.

—¿Y por qué demonios no, si puede saberse?

—Si voy, parecerá que estoy espiándola y no es verdad.

—¿Qué más da? —pregunté—. ¿No se alegrará de ver a su chico?

Hawke dejó la cerveza y enderezó la espalda.

—El otro día tuvimos una bronca por ese tío con el que salía antes...

—¿Y?

—Me puse un poco celoso y dije cosas que no debería haber dicho. Si

vamos a ese bar parecerá que no confío en ella, y no es cierto.

—Da igual —respondí—. Dile que yo quería salir.

—De todas formas, ¿por qué quieres ir?

Me encogí de hombros.

—Supongo que me está entrando un poco de claustrofobia aquí adentro.

Me miró durante un rato antes de adivinarlo por sí mismo.

—¿Quieres ver qué hace Marie?

—Quizás...

No se molestó en ocultar su irritación.

—¿Por qué no le mandas un mensaje?

—No. Tiene que parecer natural. Nos pasamos por allí y nos hacemos los contradizos. Hablo con ella unos minutos y a ver si salta la chispa. Después me la llevo a casa... —Meneé las cejas con un gesto bastante estúpido.

Hawke suspiró, como si no quisiera tener nada que ver con el asunto.

—Venga. Te necesito. Si Francesca pregunta, dile simplemente la verdad.

—No vas a dejar de darme la brasa hasta que lo consigas, ¿verdad?

—No.

Dejó la cerveza y se puso de pie.

—Vale. Venga, vámonos.

ENTRAMOS en el bar y nos abrimos paso entre el gentío. Cuando me imaginaba a Marie la veía con un vestido corto que realzaba sus interminables piernas. Incluso aunque llevara pantalones, estaría impresionante. ¿Cómo no me había fijado antes en esa mujer? ¿Dónde había estado escondida?

Cuando conseguimos avanzar un poco más, busqué entre la multitud. Esa noche había un montón de gente, probablemente para ver el partido y ligar al mismo tiempo. Por fin mis ojos se posaron en Marie, junto a una mesa. Estaba de pie al lado de un guaperas y, a juzgar por lo juntos que se

les veía, estaban ligando.

Esa historia no iba a durar mucho.

Francesca estaba a su lado, besando a un tipo.

«Espera, ¿qué? ¿Por qué está besando a ese tío?».

—Hawke...

Mi amigo ya estaba abalanzándose hacia ellos a toda velocidad. Llegó a la mesa y agarró al tío por el cuello. Como si fuera un oso, lo derribó y empezó a golpearlo con sus enormes manazas. Estrelló el puño contra su cara una y otra vez con una brutalidad que hizo que me estremeciera.

—¡Hawke! —Francesca se echó hacia atrás y se puso a gritar.

Todos los pensamientos acerca de Marie se evaporaron. La situación se estaba poniendo muy fea y tenía que pararlo. Corrí hacia la pelea y rodeé la mesa. Hawke lo tenía cogido por la garganta y lo sujetaba contra el suelo, atacándolo sin piedad.

Francesca ya no pudo aguantarlo más. Se lanzó a detener a Hawke.

—Frankie, no. —La agarré y la aparté hacia atrás—. Hawke, basta. Ya le has dado una lección.

Siguió como si estuviera en trance, golpeando al pobre tipo como si no hubiera mañana, aunque el hombre ya había dejado de defenderse. Apenas podía mantenerse consciente.

Mierda, lo iba a matar.

Frankie se revolvió entre mis brazos y salió disparada hacia Hawke. Lo agarró por el brazo e intentó separarlo.

Hawke la golpeó con el brazo y la arrojó al suelo, tirándola contra las baldosas hasta que finalmente se detuvo bajo una mesa.

Todo el mundo se quedó paralizado.

Un grito ahogado se extendió entre la multitud.

Francesca se puso de pie con lentitud, aparentemente ilesa.

Fue en ese momento cuando Hawke se detuvo, al darse cuenta de lo que había hecho. Se volvió hacia ella y se la quedó mirando con ojos derrotados y desesperanzados. Tenía sangre en las manos y se retiró lentamente, dejando a su víctima tendida en el suelo.

No sabía qué decir porque no estaba seguro de lo que había sucedido.

Pero al menos ya no estaba dando una paliza de muerte a nadie.

Entonces Hawke dio media vuelta y salió del bar. Se abrió paso a codazos hasta la salida y desapareció. Los altavoces no emitían música. El local estaba silencioso como una tumba.

Unos cuantos tipos se apresuraron a socorrer al tío que seguía en el suelo. Se había desvanecido y estaba inconsciente.

Me volví hacia Frankie.

—¿Estás bien? —Después de examinar su cuerpo, no parecía que tuviera nada roto y tampoco sangraba.

—Sí. No me ha hecho daño.

Le puse la mano en el hombro, intentando consolarla torpemente.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estabas besándolo?

—No lo besaba. Es un amigo de la universidad y había bebido demasiado. Me besó él a mí justo cuando entrasteis.

—¿No sabía que estabas con Hawke?

—Sí, sí que lo sabía. Pero me besó de todas formas.

El tipo ya no me daba tanta pena. Si hubiera dejado las manos quietas, nada de esto habría sucedido.

—¿Quieres que vaya a buscar a Hawke?

—No —respondió rápidamente—. Necesita estar solo. Déjalo en paz.

—Bien. ¿Quieres que te lleve a casa?

—He venido con Marie.

—Os puedo llevar a las dos. —Miré por encima de su hombro y vi a Marie hablando con el guaperas. Se dijeron algo rápidamente y después él se separó de su lado para ayudar a su amigo a salir del bar. Quería preguntarle a Francesca si Marie salía con alguien, pero sabía que no era el mejor momento—. Venga, vámonos.

LLEVÉ a las chicas a casa y las acompañé al interior.

—¿Seguro que no quieres que me pase por casa de Hawke a ver cómo

está?

—No, déjalo solo. —Francesca se sujetó el pelo detrás de la oreja con cara de agotamiento. No parecía que acabara de salir a divertirse con Marie. De alguna forma, parecía haberse echado diez años encima desde que llegamos a su casa—. Ya vendrá él cuando esté preparado.

Tenía mucha más paciencia que yo.

—¿Te puedo ayudar en algo más? —A pesar de lo tranquila que parecía, yo sabía que estaba muy alterada.

—No, estoy bien. Gracias por traernos a casa. —En un suspiro desapareció por el pasillo y se metió en la cama. La puerta de su dormitorio se cerró tras ella y la casa quedó en silencio.

Ahora estábamos solos Marie y yo.

Llevaba toda la noche deseando quedarme a solas con ella, pero ahora que estábamos allí no iba a funcionar. Habíamos vivido demasiado melodrama en muy pocas horas.

Marie dejó caer el bolso sobre la mesa y se quitó la chaqueta.

—¿Qué diablos ha ocurrido? Estaba charlando con Cade y al minuto siguiente Hawke le estaba dando una paliza a Aaron.

—Le vimos besar a Frankie cuando llegamos. Y Hawke se volvió loco. —Era muy difícil hablar con ella de un tema tan serio cuando sólo podía pensar en lo guapa que estaba con ese vestido y los zapatos de tacón.

—¿Qué? —Se cruzó de brazos—. ¿Que Frankie besó a Aaron?

—No. Me ha dicho que él la besó nada más entrar en el bar. Había bebido demasiado.

—¡Vaya!

—Sinceramente, no puedo culpar a Hawke. Si un tío besara a mi chica sabiendo perfectamente que ya estaba pillada, yo también le daría una paliza hasta dejarlo grogui. —Nunca había tenido novia, al menos nada serio. Pero si la tuviera, sé que sería muy protector.

—Hawke podría ir a la cárcel por lo que ha hecho —dijo Marie.

Sacudí la cabeza.

—Lo dudo. El tío tendría que demandarlo antes. Y, como ha sido él quien ha provocado todo el asunto, sería caer muy bajo por su parte.

—Supongo. —Marie entró en la cocina y se sirvió un vaso de agua—. ¿Quieres algo?

—No, gracias. —Sabía que había llegado el momento de marcharme, pero estaba intentando encontrar una excusa para quedarme un poco más—. Entonces... ¿ese chico con el que estabas era tu novio? —Me preparé para la peor respuesta posible e intenté mantener una expresión despreocupada para que no viera mi decepción.

—¿Cade? —preguntó—. No. Lo he visto por el campus unas cuantas veces, pero eso es todo.

Mi boca pugnó por sonreír, pero me las arreglé para impedirlo.

Bebió un trago largo de agua antes de dejar el vaso en la mesa de comedor. Llevaba el cabello en grandes bucles sueltos que caían elegantemente en cascada por su espalda. Deseé plantarle unos besos entre los omóplatos. Quería volver a saborear su entrepierna. Deseaba otra noche de pasión desatada.

Se quedó mirándome y esperó a que me marchara.

—En realidad no hemos vuelto a tener ocasión de hablar después de... ya sabes. —Cuando me desperté ella ya se había ido y la cama estaba fría.

—¿De qué querías hablar?

En realidad no lo sabía.

—Es sólo que no quiero que haya una sensación incómoda entre nosotros.

—No la hay —replicó—. Lo pasé fenomenal y fue muy divertido. Pero fue un rollo de una sola noche. No hay nada raro en ello.

¿Quería decir que no pensaba en mí? ¿No volvía a imaginar esa noche en su cabeza cuando estaba sola? ¿Querría volver a salir conmigo? ¿Volver a acostarse conmigo? No lo parecía.

—Genial...

Dio otro sorbo a su vaso de agua.

—No pretendo ser grosera, pero estoy muy cansada. —Miró hacia la entrada.

—Ah, claro. —Fui rápidamente hacia la puerta, sintiéndome como un idiota por haberme quedado más tiempo del necesario. Estaba claro que

Marie no valoraba esa noche igual que yo. ¿Disfrutaba de noches de sexo increíble a diario? ¿Había significado más para mí que para ella?—. Buenas noches. —Crucé el umbral y me giré por última vez.

—Buenas noches —respondió. Exactamente igual que había ocurrido en el pasado, me cerró la puerta en las narices.

El corazón roto

Marie

Supe que algo iba mal cuando Francesca no vino a casa en dos días. Si no dormía en casa, normalmente era porque estaba con Hawke. Pero siempre pasaba por aquí al menos una vez al día. Habían transcurrido dos días y no sabía nada de ella.

Empecé a asustarme.

La llamé, pero me saltó directamente el buzón de voz. Ni siquiera dio tono de llamada.

Llamé de nuevo porque supuse que la línea estaba sobrecargada. Pero me volvió a salir el buzón de voz.

Empecé a caminar de un lado a otro de la cocina, temblando de miedo. Pensé en llamar al 112, pero no sabía si era presuponer demasiado. Tal vez Hawke y ella estaban resarciéndose de su pelea y se habían pasado dos días en la cama.

Aun así, no era normal en ella no llamar.

Dudando qué hacer, llamé a Axel.

El teléfono sonó tres veces antes de que me lo cogiera y, cuando contestó, sonaba diferente.

—Hola, justo ahora estaba pensando en ti.

Enarqué las cejas.

—¿Qué?

Hizo una pausa de unos diez segundos.

—¿Qué?

—¿Qué quieres decir con que estabas pensando en mí?

—Eh... perdona. Pensé que eras otra persona.

Era la conversación más extraña que había tenido nunca.

—Estoy preocupada por Frankie. No he sabido nada de ella en dos días y tiene el teléfono apagado.

—Probablemente esté con Hawke.

—Quizás. Pero siempre se mantiene en contacto conmigo, aunque sea con un mensaje de texto. Esta vez tiene el teléfono apagado y me estoy asustando. Ni siquiera puedo pensar con claridad porque estoy aterrorizada.

—Vale. Seguro que no pasa nada, pero vamos a enterarnos.

—¿Puedes llamar a Hawke?

—Sí, es un buen punto de partida.

—Llámame después.

—De acuerdo. —Y colgó.

Seguí caminando de un lugar a otro por la cocina, apretando con fuerza el teléfono en la mano. Esperaba que llamara, ansiosa por saber algo. Frankie era mi mejor amiga y no podía imaginarme mi vida sin ella.

El teléfono sonó y se me escurrió entre las manos porque me sobresalté y se me disparó la adrenalina. Lo atrapé antes de que se estrellara contra el suelo y contesté.

—¿Qué ha dicho?

—Su teléfono también está apagado.

Ahora sí que estaba asustada de verdad.

—Axel, tengo miedo.

—No pasa nada, nena. Seguro que los dos están bien.

No me gustó lo de nena, pero estaba demasiado preocupada para que me importara.

—¿Qué hacemos?

—Voy a ir a su apartamento a ver qué pasa. Tienen que estar allí. Si no, llamaremos a la policía.

—Voy contigo. —Era incapaz de esperar a que me volviera a llamar. De ninguna manera me iba a quedar esperando a que él fuera solo al

apartamento de Hawke.

—Te recogeré en cinco minutos.

—Date prisa.

ME SENTÉ JUNTO a él en el coche, aferrándome al reposabrazos a causa del miedo. Imaginaba mi peor pesadilla y la reproducía delante de mis ojos. Francesca y Hawke estaban descuartizados en incontables trocitos por todo el apartamento. Unos criminales les habían robado y luego habían decidido divertirse.

Axel me miró desde el asiento del conductor.

—Estoy seguro de que los dos están bien, Marie.

Me mordí una uña, algo que nunca hacía.

Me tomó la mano y me la puso sobre su muslo.

No la moví de allí porque estaba aturdida.

Dejamos el vehículo estacionado delante de su edificio y nos apresuramos hacia la entrada del apartamento. Estaba en la segunda planta, al final del rellano. La camioneta de Hawke no estaba en su plaza habitual, y eso no era buena señal.

Axel llegó primero a la puerta y se detuvo cuando se dio cuenta de que estaba rota. La miró antes de volver la vista hacia mí, y el miedo apareció por fin en sus ojos. Levantó la mano, haciéndome gestos para que me apartara antes de dar una patada a la puerta.

El apartamento estaba totalmente vacío. No había ningún mueble a la vista. Solo había moqueta y paredes desnudas.

«¿Qué demonios?».

—¿Es este el apartamento?

—Sí. —Axel entró y echó un vistazo a su alrededor—. ¡Frankie!

En cuanto gritó su nombre, entré y ya no me importó que pudiera haber un asesino en serie dentro. Mi mejor amiga me necesitaba, y le daría una paliza a cualquiera que intentase tocarle un solo pelo de la cabeza.

Axel se arrodilló en el suelo donde estaba tendida Frankie.

—¿Frankie? —Le sacudí el brazo—. Despierta.

Me detuve cuando llegué hasta ellos y vi a mi mejor amiga. Yacía tendida en el suelo, con la misma ropa que había llevado dos días antes. Tenía el pelo grasiento de no ducharse y parecía más delgada, como si no hubiera bebido un vaso de agua en varios días.

—¿Frankie?

Axel la obligó a sentarse.

—¿Frankie?

Abrió los ojos. Parecía muerta por dentro.

—¿Estás herida? —Examiné sus brazos buscando moretones y cortes—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Frankie abrió la boca para hablar, pero su voz brotó ronca. Se aclaró la garganta, pero no sirvió de mucho.

—Estoy bien...

—No tienes buen aspecto. —Le toqué la frente, pero la tenía fría como el hielo.

—Se ha ido. —Cuando dijo esas palabras, noté los surcos de las lágrimas en su rostro. Formaban minúsculos valles en su piel, como lechos de arroyos secos.

—¿Quién se ha ido? —preguntó Axel.

Yo ya sabía la respuesta.

—Hawke. —Decir su nombre le provocó un inmenso dolor. Su rostro se contrajo como si estuviera a punto de volver a echarse a llorar, pero no le quedaba líquido en el cuerpo para segregar lágrimas—. Recogió sus cosas y se fue.

—¿A dónde se ha ido?

«¿Quién hace eso? ¿Quién se levanta un día y se marcha así?».

—A Nueva York. —Se quedó mirando la puerta como si esperase que él la cruzara en cualquier momento—. Se ha ido y no va a volver jamás.

Miré fijamente a Axel, comunicándonos sin palabras.

Sus ojos vacíos se cruzaron con los míos, tan desconcertado como yo.

Tenía muchísimas preguntas, pero sabía que no obtendría respuestas. En ese momento, Francesca necesitaba irse a casa, comer algo y reponer

líquidos. Si no, se consumiría y moriría.

Axel intentó levantarla en brazos.

—No. —Francesca lo apartó de un manotazo—. Me puedo levantar sola. —Se puso de pie, tambaleándose durante un segundo. Después comenzó a caminar, moviéndose con la lentitud de un bebé que da sus primeros pasos.

La contemplé con el corazón roto por ella. Supe que la suya era una relación difícil en cuanto estalló la pelea en ese bar. Pero no entendía por qué aquello había provocado este desenlace. Estaba claro que Francesca tampoco lo comprendía. ¿Por qué si no habría estado tirada dos días en el suelo de su apartamento?

—Axel, estoy muy preocupada por ella.

—Lo sé. —dijo en voz baja—. Yo también estoy preocupado.

FRANCESCA SE SENTÓ a la mesa con el pelo recogido en un moño grasiento. Apoyó la barbilla en la palma de su mano y se quedó mirando la mesa. No cerró los ojos ni un instante, concentrando su mirada perdida en las yemas de sus dedos. No se movió ni hizo ningún signo que indicara que seguía viva.

Preparé macarrones con queso y picatostes, y también pan de pita con humus, su comida favorita. Se acabó el vaso de agua que le había puesto en la mesa, así que se lo rellené.

—Mira. Es tu comida favorita. —Coloqué todo delante de ella.

—Gracias, Marie. —No había vida en su voz—. Pero no tengo hambre.

Salté al instante.

—Te lo vas a comer, tanto si te gusta como si no. Empieza. —Me senté en la silla frente a ella. Axel estaba sentado a su lado y la miraba cada pocos segundos.

Yo también tenía un plato delante de mí, al igual que él. Si comíamos con ella, tal vez eso la animaría a imitarnos.

Axel levantó el tenedor y dio unos pocos bocados, forzándose a tragar.

Yo tampoco tenía hambre. Pero lo estaba haciendo por Francesca.

Francesca hizo lo que le ordené y comió un poco, masticando con parsimonia. Había bebido tres vasos de agua y ahora necesitaba nutrirse desesperadamente. Si no la hubiéramos encontrado, ¿cuánto tiempo se habría quedado allí? ¿Hasta morir?

No era un comportamiento normal en Francesca. Siempre había sido muy fuerte y valiente. Nada conseguía estropearle el día, porque nunca permitía que eso sucediera. Los hombres no merecían sus lágrimas, así que no lloraba por ellos. Siempre había ido con la cabeza bien alta y se negaba a dejar que nadie la hundiera.

Pero ahora era vulnerable.

—Frankie... ¿Qué ha ocurrido?

Probó los macarrones con queso, pero sólo dio unos pocos bocados.

—Hawke me dijo que lo nuestro no funcionaría. Ha conseguido un trabajo en Nueva York y me dijo que se iba. Le pedí que se quedara, pero se negó... Se largó.

Aquello no cuadraba. Lo único que le había oído decir a Francesca todo el año era que Hawke era su alma gemela. Ya fuera como amantes o como amigos, él tenía que formar parte de su vida de alguna manera. Francesca no era una romántica sin remedio, y nunca había hablado así de ningún otro hombre, así que la creí. Hawke era el definitivo, el tío con el que iba a pasar el resto de su vida. Pero si era así, ¿qué le habría hecho marcharse de esa forma? ¿Y tan repentinamente? Francesca jamás le habría engañado, así que no podía ser por eso. Y tampoco creía que él la hubiera engañado.

«Entonces, ¿qué diablos ha ocurrido?».

—¿Por qué? —preguntó Axel—. ¿Tuvisteis una bronca tremenda?

—No. —Hundió el pan de pita en los macarrones con queso en lugar de en el humus—. Tiene algunos problemas personales que no puede... superar.

—¿Problemas personales? —pregunté—. ¿Qué significa eso?

Francesca no despegó los ojos de la comida.

—No te lo puedo decir. Pero tiene ese problema desde hace bastante tiempo, y ahora ha dejado que lo consuma.

¿Problema? ¿Drogas? ¿Alcohol? Hawke nunca me pareció un adicto.

—Cuéntamelo. —Axel observaba atentamente a su hermana, con preocupación fraternal en sus ojos—. Antes o después daré con él y hablaremos de todo esto. Así que puedes darme un adelanto.

—Axel, déjalo en paz. Ha tomado una decisión y no va a cambiar de opinión.

—Pero eso no significa que no vaya a cantarle las cuarenta. —Se encendió de rabia y soltaba chispas por los ojos.

Le lancé una mirada que decía a las claras que se callara. Acalorarse no iba a ayudar a Francesca en lo más mínimo. Lo que necesitaba era nuestro apoyo, y nada más.

De alguna forma, Axel lo leyó en mis ojos.

—Háblanos, Frankie. Queremos ayudarte.

Dejó el tenedor y soltó el suspiro más deprimente que había oído en mi vida. Después se levantó de la mesa.

—Voy a darme una ducha... —Desapareció por el pasillo y entró en el baño. Un momento después el agua empezó a correr.

Axel dejó de comer y se frotó las sienes, quitándose la máscara de tranquilidad ahora que su hermana ya no estaba. No apartaba los ojos de la mesa, aunque sus pensamientos estaban muy lejos de allí.

—Nunca he visto nada así.

—Lo sé. —A pesar de ser su hermano, Francesca y él no se parecían en nada. Tenían el mismo cabello oscuro, pero los ojos de Axel eran azules en lugar de verdes. Poseía una mandíbula poderosa y labios suaves. Sus pómulos le otorgaban un aire masculino del que carecía Frankie. Había salido a su padre en todos los aspectos, mientras que Francesca era calcada a su madre. Axel ya era guapo en el instituto, y por eso había sido el tío por el que había estado más colada, pero se había convertido en un hombre infinitamente más deseable. Iba al gimnasio todos los días y casi había duplicado su musculatura. Siempre que lo veía con traje, me fijaba en que lo llenaba perfectamente. Incluso en ese estado de preocupación mostraba un singular atractivo.

—Ni siquiera cuando vuestros padres... —No terminé la frase porque era

demasiado doloroso—. Ella se mantuvo muy entera.

—Lo sé. —Todavía tenía los ojos fijos en la mesa—. Nada puede quebrar a esta mujer... excepto él.

—Me pregunto qué habrá pasado.

—No lo sé. Nunca los entendí, así que dudo que lo vaya a adivinar ahora.

—Sea lo que sea que haya ocurrido, ha tenido que ser algo devastador.

—Supongo. —Volvió a agarrar el tenedor y empezó a remover la comida.

—Tendré que vigilarla. Ya sé que no está... loca. Pero no me hace gracia la idea de dejarla sola.

—A mí tampoco.

—Ya se me ocurrirá algo... una forma de estar con ella todo el tiempo posible.

—Yo me ocupo de eso —susurró—. Es mi hermana. No es problema tuyo.

—Es mi mejor amiga —le rebatí—. Para mí es como una hermana.

—Entonces podemos idear algo —dijo—. Deberíamos estar con ella todo el tiempo posible, distraerla. Podemos jugar a juegos de mesa, ver pelis, hacer algo... Cualquier cosa que la ayude.

—Me parece buena idea. —Aunque no había comido en varias horas, no tenía hambre. Me sentía demasiado mal para tener apetito. Aparté el plato, porque no quería ni olerlo siquiera.

Axel hizo lo mismo y luego miró por la ventana. Aunque sus ojos azules eran inescrutables, su tristeza era inconfundible. El vello estaba empezando a crecerle visiblemente alrededor de la barbilla, porque no se había afeitado en unos días. Normalmente iba bien afeitado, pero parecía haberse olvidado de ello. Le sentaba bien, hacía que pareciera un poco más mayor y sabio. Llevaba una chaqueta negra con una camisa blanca debajo. Lucía un elegante reloj en la muñeca que parecía demasiado caro para alguien con un contrato en prácticas.

—Hawke me prometió que no le haría daño. —El dolor en su voz era palpable.

—No sabemos qué ocurrió.

—Me importa una mierda lo que pasara. Hacer las maletas y dejar a mi

hermana tirada en el suelo no tiene perdón. —Hablabo despacio, pero había un tono inconfundiblemente amenazador en su voz—. Ya ha tenido que pasar por suficientes desgracias. Se lo advertí. Pero aun así Hawke le ha jodido el alma.

Lo miré y sentí una pena enorme por él.

—Mis padres están muertos y ella es lo único que me queda. Y ha tenido que destrozarla viva. —Apoyó los dedos en sus labios hasta que los nudillos se le tornaron blancos.

—No sé lo que ha pasado, pero creo sinceramente que Hawke no le hizo daño a propósito. Yo estaba allí, Axel. Vi lo que sentían el uno por el otro. Fuera lo que fuese, era muy real.

Axel sacudió la cabeza ligeramente.

—Por fin ella y yo teníamos nuestras vidas encauzadas. La muerte de nuestros padres nos unió aún más. Al fin nuestra tragedia había quedado en el pasado. Y ahora tenemos que volver a empezar otra vez.

—Lo superaréis. Y yo estaré con vosotros.

Axel miró por la ventana, con la cabeza en otra parte.

—Mi madre se habría sentido muy decepcionada conmigo. —Los ojos se me humedecieron—. ¿Quieres saber lo último que me dijo? —Tenía la vista fija en la ventana, mirando cómo se iba desvaneciendo la luz del día. Estaba reviviendo un antiguo recuerdo, pensando en algo que había sucedido mucho tiempo antes.

Lo contemplé en silencio.

—Estaba en el hospital y parecía diminuta tumbada en la cama. Su piel se estaba descamando y se había quedado calva. Mi padre estaba en la cafetería comiendo algo. Francesca se había dormido en una de las sillas, agotada y con sueño atrasado tras estar allí día y noche. Mi madre luchaba por respirar mientras la oscuridad se apoderaba de ella. Su cuerpo se estaba apagando, y sólo le quedaban unos minutos antes del final. —Axel entrelazó los dedos y los apretó con fuerza, como si el recuerdo fuera más de lo que podía soportar—. Me pidió que cuidara de Francesca. No mencionó a mi padre, y no me pregunté por qué hasta que él se pegó un tiro. Creo que sabía lo que haría en cuanto ella se hubiera ido. Le dije que siempre

cuidaría de Frankie y la ayudaría en lo que necesitara. Y entonces me dijo que Francesca también cuidaría de mí. Que, mientras nos tuviéramos el uno al otro, estaríamos bien.

Mis ojos se habían llenado de lágrimas que a duras penas podía contener.

—Y ahora le he fallado. Frankie está peor que nunca. Pude haberlo evitado, haber hecho algo más para mantener a Hawke alejado de ella. Pero no lo hice. Me aparté y dejé que las cosas siguieran adelante.

—Eso no significa que le hayas fallado, Axel. A todas las mujeres nos rompen el corazón alguna vez.

—No es que le haya roto el corazón. —Apoyó las manos sobre la mesa con los ojos todavía clavados en la ventana—. Esto es algo más... otra cosa. Francesca no se derrumbaría por una ruptura. No sé lo que es, pero es algo que ninguno de nosotros alcanza a entender.

Volver a empezar

Marie

La mañana siguiente, cuando Francesca no se despertó a su hora habitual, llamé a la puerta de su dormitorio.

—Eh, Frankie. Es hora de levantarse. —Tenía clase en una hora. No estaba como para ir a la universidad a aprender algo, pero no se podía quedar en casa sin hacer nada. Lo mejor para ella era volver a la rutina.

—Bah.

—Voy a entrar. —Abrí la puerta y entré.

Frankie estaba tumbada en la cama con todo el pelo enmarañado sobre la almohada. Se lo había lavado la noche anterior y se había metido en la cama inmediatamente después sin secárselo. Ahora su melena parecía un revoltijo de algas.

—Deberías ir a la ducha o llegarás tarde a clase. —Ella se giró mirando a la pared opuesta—. Venga, Frankie. Es el último semestre. No puedes dejarlo ahora.

No se movió.

Me senté en el borde de la cama y apoyé la mano en su hombro.

—Frankie, te servirá de distracción. No puedes encerrarte sólo porque te ha sucedido algo malo.

—Hoy tengo clase de Historia. Y nunca me ha gustado la Historia.

—Aun así, deberías ir.

—Es una conferencia. Y, de todos modos, no prestaría ninguna atención.

Le froté la espalda con delicadeza.

—A lo mejor te pierdes algo importante.

—Me importa un comino.

A Frankie nunca le había apasionado, pero tampoco lo odiaba. No era propio de ella dejarlo todo y quedarse tumbada sin hacer nada.

—Sé que lo estás pasando muy mal, pero quedarte tumbada aquí no va a cambiar las cosas. ¿De verdad vas a dejar que ese tío te machaque así?

—Apelar a su lado más combativo podría funcionar. Cuando se trataba de cosas como esta, siempre era muy peleona.

Pero no funcionó.

—Supongo.

Me hubiera gustado quedarme todo el día con ella, pero no podía saltarme las clases.

—Tengo que ir a clase. Lo siento.

—Deberías irte. No te quedes por mi culpa.

—Estaré de vuelta en un par de horas. ¿Necesitas algo?

—No.

—Te dejaré unas tortitas sobre la mesa.

Se tapó la cabeza con la manta.

No sirvió de nada hablar con ella y me sentí como una inútil. Nunca me habían roto el corazón y no sabía lo que se sentía.

—Te quiero. —No esperaba que ella me contestara, pero quería que supiera cómo me sentía.

—Yo también te quiero.

ACABABA de llegar a casa con el coche cuando Axel me llamó.

—Hola.

—Hola. —Su tono era exactamente el mismo que el otro día—. ¿Cómo está?

—No hay mejoría.

Soltó un suspiro silencioso al teléfono.

—¿Ha ido a clase?

Ojalá hubiera podido darle una respuesta diferente.

—No.

—He intentado localizar a Hawke, pero no he tenido suerte. Sigue con el teléfono apagado.

—Yo digo que te olvides de él. Aunque hablarais no conseguirías nada.

—Ya veremos. —La amenaza era tangible.

—Acabo de ir a la tienda. Quizás si ve unos cuantos utensilios de pastelería empiece a preparar algo en la cocina.

—Tal vez. Merece la pena intentarlo.

Me recliné sobre la silla y contemplé la sala. No parecía que hubiera vida dentro de la casa. Estaba totalmente en silencio.

—Debería colgar.

—Ahora voy para allá. Tengo unos cuantos juegos aburridos que a lo mejor le gustan.

—De acuerdo. Prepararé la cena.

Axel se quedó callado durante casi un minuto.

—Quiero que mejore, pero no creo que hablar del tema sirva de nada. Creo que deberíamos tratar de animarla, hacerla reír, cosas así.

—Estoy de acuerdo.

—Me alegro de que pensemos lo mismo.

ESTABA COCINANDO cuando Axel llamó a la puerta.

—Pasa.

Entró con un montón de juegos de mesa bajo el brazo. Los dejó en el comedor antes de quitarse la chaqueta negra. Debajo llevaba una camiseta gris que resaltaba sus musculosos brazos. Parecían cincelados y se distinguía claramente cada uno de los músculos. Sus venas palpitaban cuando se movía.

—Huele bien.

—Arroz con pollo sazonado.

—Perfecto. —Se dirigió a la nevera y sacó una cerveza—. ¿Necesitas ayuda?

—No. Ya he acabado. —Apagué los fuegos y el horno.

Eché un vistazo a la sala de estar y pareció decepcionado cuando no vio a Francesca sentada en el sofá.

—¿Dónde está?

—En la cama.

—¿No se ha levantado?

—No. —Cogí tres platos y serví la comida.

Axel puso la cerveza sobre la mesa y echó un vistazo al pasillo.

—¿No se ha duchado?

—No.

—Vale... La obligaré a comer con nosotros.

—Pues buena suerte.

Desapareció por el pasillo.

Puse la mesa y encendí unas velas para dar un poco de ambiente. Dejé el programa de Jimmy Fallon de fondo, esperando que le hiciera sonreír o incluso reír. Me senté allí en silencio y esperé a que apareciera Francesca.

Axel la tomó del brazo y la guio hacia la silla.

—Siéntate.

Ella se dejó caer con aspecto apagado y aburrido.

Axel se sentó a su lado, comportándose como el padre de un niño desobediente.

Llevaba el cabello desordenado recogido en un moño y su piel estaba pálida como la leche. Se quedó mirando la comida que tenía delante.

—No tengo hambre.

—Te aguantas. —Axel cogió un tenedor y se lo pasó.

Francesca lo miró fijamente antes de cogerlo.

Bajé la mirada hacia mi plato y empecé a comer en silencio.

Francesca revolvió la comida y sólo probó un par de bocados.

Axel la miraba cada pocos minutos, asegurándose de que cumplía sus órdenes.

—¿Qué tal el día, Marie?

Intenté no reaccionar al oír la pregunta. Parecía que Axel y yo estábamos casados y teníamos una hija adolescente medio loca.

—Bien. Sólo he ido a la universidad.

—¿A qué clases? —Axel se lo comió todo, como si estuviera muerto de hambre.

—Periodismo y Fotografía. —Pensaba graduarme en Literatura y Periodismo. Mi sueño era trabajar en la prensa escrita... cualquier tipo de publicación. Me daba igual que fueran deportes, música o avistamiento de aves. Aceptaría cualquier cosa.

—Genial. —Axel levantó la vista de la comida, como si estuviera interesado de verdad—. ¿Qué carrera profesional quieres emprender?

—Escritora. Quiero escribir sobre diferentes temas. —Di un sorbo al vino y me quedé mirando su pecho, notando cómo se le marcaba bajo la camiseta. Ya lo había visto desnudo y sabía lo magnífico que era, pero seguía estando más bueno que el pan incluso vestido.

—Parece un trabajo divertido. Mucho más interesante que organizar carteras de inversión todo el tiempo.

—Si no te gusta tu trabajo, ¿por qué lo elegiste? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Siempre quise ser emprendedor. La mejor forma de conseguirlo es entender cómo funciona el mundo del dinero.

Di otro sorbo a mi copa de vino, dándome cuenta de que la conversación se estaba centrando únicamente en Axel y en mí.

Él también lo había notado.

—¿Qué has hecho hoy, Frankie?

Ella siguió comiendo como si no hubiera oído una palabra de lo que había dicho Axel.

Su hermano la miró unos segundos antes de repetir la pregunta.

—¿Frankie?

—¿Eh? —Se detuvo a mitad del bocado y lo miró.

—¿Qué has hecho? —Axel la miró atentamente.

—Ah... —Se colocó el cabello detrás de la oreja—. No mucho.

—Marie me ha dicho que hoy no has ido a clase. —Axel era el bromista más grande que conocía. Era incapaz de tomarse nada en serio. Pero, en cuanto las cosas se pusieron difíciles, cambió. Ahora era una persona distinta, un guardián.

—No me apetecía... —Se comió casi todo el arroz, pero no tocó el pollo.

—Bueno, entonces espero que mañana te sientas mejor —dijo Axel—. No deberías quedarte tumbada en casa todo el día. No te hará ningún bien.

Francesca no discutió con él, pero estaba claro que no tenía intención de salir de casa en un futuro inmediato.

Axel dejó el tema, sabiendo que ya la había presionado suficiente.

—Marie, está muy bueno. Gracias.

—De nada... —En ese momento debería haberme concentrado en mi amiga, pero, cuando Axel estaba allí, me quedaba embobada con el bonito color de sus ojos y la profundidad de su voz. Regresó la niña que llevaba dentro y volví a vivir todas las sensaciones que había sentido cuando era una adolescente colada por él. Lo había pasado muy bien acostándome con él, pero había sido inmune al resto de sus encantos... hasta ese momento.

DESPUÉS DE LA CENA tuve que convencer a Francesca para que se diera una ducha.

—Tienes que ducharte. Y esta vez sécate el pelo.

Me ignoró y se dirigió hacia su cuarto.

—¡Eh! Espera un momento. —Axel se interpuso en su camino—. No vas a entrar en tu dormitorio hasta que sea la hora de acostarse.

—Axel, quítate del medio. —Su antigua vehemencia reapareció, pero muy atenuada.

—Puedes pasar si te das una ducha. Si no, te quedas aquí y juegas con nosotros a un juego de mesa.

—Os agradezco mucho que me cuidéis, pero no es necesario. —Francesca trató de rodearlo—. Tenéis vuestras propias vidas y cosas que hacer. Simplemente ignoradme.

Axel volvió a bloquearle el paso.

—Ducha o juego de mesa. Escoge.

Francesca se cruzó de brazos.

—Déjame tranquila.

Axel no cedió.

—Ducha o juego de mesa.

Francesca parecía querer asesinarlo.

—Ducha o juego de mesa. —Se cruzó de brazos con un aspecto imponente debido a su gran tamaño y su mirada amenazadora—. Son tus dos únicas opciones.

—Me da igual. —Francesca irrumpió en el baño y dio un portazo. Un momento después, el agua empezó a correr.

Me sorprendió que Axel pudiera convencerla tan rápido. Francesca era capaz de ser tan terca como una mula.

—Buen trabajo.

Se encogió de hombros.

—Crecí con ella. Sé cómo manejarla.

Yo había vivido muchos años con Francesca y no sabía manejarla así de bien.

—¿A qué quieres jugar?

—Me da igual — dijo—. ¿Prefieres alguno en particular?

—Bueno, su favorito es el Monopoly.

—Porque se le da muy bien.

Me eché a reír.

—El que haga que se sienta mejor, ¿no?

—Supongo que tienes razón. —Cogió la caja y la puso sobre la mesa—. Por lo menos no tengo que dejarla ganar. Ya me dará una paliza ella solita.

TRATÉ de cubrir los turnos de Francesca tanto como pude, pero mis intentos estaban llegando a su fin. La mayor parte del tiempo trabajábamos

a la vez en The Grind, así que no podía hacer su turno si yo estaba haciendo el mío.

Si no volvía pronto, perdería el trabajo.

—Vamos, Frankie. —La sacudí vigorosamente—. Tienes que trabajar. —Estaba allí tumbada, como un cuerpo muerto—. Lo digo en serio. ¿Cómo vas a pagar las facturas?

—Tengo ahorros.

—Eso es para abrir tu pastelería, y sólo para eso. —No iba a renunciar a su sueño sólo porque no pudiera levantarse de la cama.

—Me da igual... —Se dio media vuelta.

—Francesca, han pasado varias semanas. Tienes que espabilar y superarlo.

—No puedo —susurró—. Lo haría, pero es que no puedo...

Sentía una lástima enorme por ella, pero también estaba decepcionada. Eran tiempos difíciles, pero tenía que esforzarse. Amaba a Hawke con toda su alma y todo su ser, pero antes de conocerlo también era feliz. Volvería a serlo ahora que se había ido.

—Te he cubierto las espaldas todo lo que he podido, pero si no vas a trabajar hoy, Tony te despedirá.

—Buena decisión.

Quise gritar.

—Yo no puedo pagar todas las facturas, Frankie. No gano suficiente dinero.

—Como te acabo de decir, tengo ahorros.

Cuando se ponía así de irracional, era incapaz de hablar con ella. Salí como una exhalación de su habitación y cerré de un portazo. Quería a Frankie como si fuera de mi familia, pero su depresión estaba hundiéndola en un pozo.

Llamé a Axel, con quien hablaba a diario.

—Hola, ¿puedes hablar? —Supuse que estaba en el trabajo.

—Sí, estoy en mi mesa. Puedes llamarme siempre que quieras. ¿Qué pasa?

—Frankie...

—¿Qué ha hecho ahora?

—Se niega a ir a trabajar. He cubierto sus turnos todo lo que he podido, pero mi jefe ha dicho que la despedirá si no va hoy. No sé qué hacer... No puedo pagar las facturas yo sola.

—No te preocupes por eso —dije—. Yo se las pago.

—¿Qué...?

—Si no va ni a clase, está claro que no va a ir a trabajar. Puedo pagar sus facturas todo el tiempo que necesite. Ahora mismo tenemos que concentrarnos en conseguir que vuelva a clase. El trabajo da igual. De todas formas, no le va a hacer falta cuando se gradúe.

Me invadió una oleada de gratitud. Lo último que deseaba era tener que pedir dinero a mis padres para pagar los gastos de Frankie. Recurriría a cualquier cosa antes que a eso.

—Gracias.

—No me des las gracias. No voy a permitir que la ruptura de mi hermana te arruine la vida.

—No me está arruinando la vida... pero es agradable tener una cosa menos de la que preocuparme.

—¿Cuándo tenéis que pagar el alquiler?

—El día uno.

—Bien. Te extenderé un cheque cuando me pase por allí.

—De acuerdo.

—¿Qué tal está hoy? —No quise ni contestar—. Da igual —suspiró al teléfono—. Olvida la pregunta.

—Probablemente sea mejor.

MI CLASE de Fotografía acababa de terminar y me dirigía al aparcamiento cuando Cade apareció a mi lado.

—Hola. No te he visto en una temporada.

No había hablado con él desde la fatídica noche en el bar. En realidad, tampoco había pensado en él.

—Hola. ¿Cómo te va?

—Bien. —Caminó a mi lado con las manos en los bolsillos.

—¿Cómo está Aaron?

—Ya se ha recuperado y ha vuelto a las clases. Pero estuvo bastante mal.

Me lo imaginaba.

—Me alegro de saberlo. —Cade era el tío número dos de mi lista. Me parecía muy guapo e inteligente. Tenía un cuerpo bonito, del tipo atlético. Había estado muy interesada en él hasta hacía muy poco, cuando Axel comenzó a pasarse por casa.

—¿Y cuándo vamos a salir otra vez? —preguntó—. Ahora que las cosas se han calmado.

No sabía cómo iba a hacerlo. ¿Qué clase de persona sería si salía con Cade mientras mi mejor amiga se quedaba en casa y sufría en silencio? Probablemente pasaría la noche con él, lo que empeoraría aún más las cosas.

—No creo que sea el mejor momento.

—¿Por qué no?

No quería contarle lo de Francesca. Quería proteger su intimidad tanto como fuera posible. Cuando la gente me preguntaba por qué no iba a clase, les decía que estaba enferma.

—Francesca está bastante enferma y creo que debería estar pendiente de ella.

—Pero no puedes cuidarla todo el tiempo, ¿verdad? —Me dio un codazo juguetón en el costado.

—Supongo que no...

—Entonces te envió un mensaje con la hora y el sitio. —Me acompañó hasta el coche y se detuvo ante la puerta del conductor—. Estoy pensando en una cena... algo romántico.

—Suena bien. —Quería salir con Cade, pero tenía a Axel en el fondo de mi mente. No iba a salir con Axel. Nuestra relación ya había ido tan lejos como era posible. Había transcurrido un mes y él no había sacado el tema de la noche que habíamos pasado juntos. Había conseguido lo que quería

de mí y de nuevo me veía como la amiga de su hermana. Tenía que asegurarme de no volver a quedarme colgada de él como una adolescente—. Me muero de ganas por cenar contigo.

Traición

Axel

Después de intentarlo durante varias semanas, por fin localicé a ese cabrón.

—Tienes muchas cosas que explicarme. —Era la primera vez que llamaba y daba señal. Hasta entonces había tenido el móvil apagado.

Hawke se quedó en silencio al teléfono, tomándose su tiempo antes de responder.

—Ya lo sé.

—Entonces será mejor que empieces. —Me dejé caer en el sofá y puse los pies encima de la mesa de centro—. Porque, que yo recuerde, la última vez que hablamos me prometiste no hacerle daño.

—Ya sé que no lo parece, pero he cumplido mi promesa.

—¿Qué? —solté—. No, no parece que hayas cumplido tu promesa ni por asomo. —Hawke guardó silencio—. ¿Te importaría explicármelo?

—No puedo decírtelo. Pero confía en mí cuando te digo que hice lo correcto.

Hawke había sido mi mejor amigo muchos años, pero todavía no lograba entenderlo del todo.

—¿De qué cojones estás hablando?

—Amo a Francesca. De verdad que sí. Pero no puedo estar con ella.

—¿Por qué? —exigí saber. ¿Qué motivo podía haber para que la abandonara así? Hawke se quedó en silencio—. ¿No me vas a decir por qué?

—Es entre ella y yo.

—Yo creo que no, compañero. No puedes joder a mi hermana y esperar que no te pida explicaciones.

—Axel, tienes todo el derecho del mundo a estar furioso. No te culpo. Nunca debí haber salido con ella. Pensé que podía conseguir que funcionara, pero recordé que es imposible de la forma más dolorosa. —Respiraba pesadamente al teléfono—. Por si te interesa, me siento como una mierda. Voy día a día, pero todo es como un borrón. Sin ella... ya no sé quién soy.

—Entonces vuelve.

—Axel... no puedo.

—Está destrozada. Ni siquiera puedo lograr que vaya a clase. Está tumbada en la cama todo el día

Hawke no dijo nada, pero sentí su dolor a través del teléfono.

—No lo empeores...

Nunca había entendido su relación, e incluso después de todo este tiempo, seguía sin entenderla. Fuera cual fuera el secreto que compartían, no iba a salir a la luz. Ambos se negaban a decirme qué era. Pero debía ser bastante convincente, porque Francesca se había hecho a la idea de que no regresaría. Ni siquiera albergaba fantasías desesperadas de que fuera a regresar. Había aceptado su destino como si estuviera grabado en piedra.

—Sé que esto nos coloca en una situación incómoda. Pero quiero que sigamos siendo amigos, Axel. Significas mucho para mí, más de lo que imaginas.

¿Sería un gilipollas por decir que todavía quería ser amigo suyo? ¿A pesar de lo que había hecho?

—Sé que necesitas algo de tiempo para asimilar lo que está pasando, pero espero que me llames... cuando se calmen las aguas.

En realidad, me daba miedo pensar que tal vez las aguas nunca se calmarían. Francesca estaba exactamente igual que al principio. Era como una zombi, vagando sin rumbo por la casa. Seguía sin comer y sin ir a clase. Estaba... muerta.

—¿Axel?

Tal vez con el tiempo podría olvidar todo el asunto. Tal vez no. Hawke

era mi mejor amigo, pero Francesca era mi hermana. Era mi familia. Si tenía que elegir, siempre la elegiría a ella.

—Ya veremos.

ENTRÉ y vi a Francesca y a Marie sentadas en el sofá. Estaban viendo un programa de reformas en el que compraban casas, las arreglaban y luego las volvían a vender.

Parecía inofensivo.

—Hola. —Me quité la chaqueta y la dejé en la silla.

Marie me miró por encima del respaldo del sofá.

—Hola.

Me acerqué y examiné a Francesca, que estaba acurrucada debajo de una manta con los ojos abiertos a duras penas. Cada día que pasaba adelgazaba más y más, y empezaba a tener aspecto enfermizo.

—¿Qué tal el día?

Francesca me ignoró.

Marie sabía que Francesca no iba a hablar, así que intervino.

—Me han devuelto el trabajo de la clase de Periodismo. He sacado sobresaliente. —Miró a Francesca, esperando que eso la motivara para volver a clase.

—Enhorabuena —la felicité—. Seguro que te esforzaste mucho.

Marie se encogió de hombros.

Me senté en el sofá junto a Francesca y la miré con recelo.

—Marie, ¿nos dejas un segundo?

—Claro. —Se fue de la sala de estar y se retiró a su habitación.

Cuando estuvimos a solas los dos, empecé a hablar.

—Hoy he hablado con Hawke.

Era la primera vez que Francesca reaccionaba desde que entré por la puerta. Se volvió ligeramente hacia mí, conteniendo la emoción que sentía en lo más profundo de sus ojos.

—Le pregunté por qué se había ido, pero no obtuve respuesta. Aunque sí

me dijo que era mejor para ti... No lo entiendo, la verdad.

Francesca atrajo las rodillas hacia su pecho.

—¿Qué más dijo?

—Que está destrozado. Que ya no sabe quién es sin ti... —Cerró los ojos porque se le llenaron de lágrimas—. Frankie, ayúdame a entender lo que ha pasado. ¿Por qué se marchó?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Te hizo daño?

—No. —Por primera vez su voz surgió fuerte al hablar—. Nunca me haría daño. Eso es precisamente lo que no entiende.

—¿Que no entiende qué? —la presioné.

Francesca no me dio más información. Se volvió a cerrar totalmente a mí.

—Espero que puedas seguir siendo amigo suyo, Axel. Lleváis mucho tiempo siéndolo. Me entristecería que perdieras una amistad por algo que no tiene nada que ver contigo.

—Frankie, le dije que se mantuviera alejado de ti, pero no me hizo caso.

Apoyó la barbilla en las rodillas con las mejillas húmedas.

—Se supone que Hawke y yo debemos estar juntos y es una pena que no permita que sea así sólo por culpa de sus miedos. A pesar de que me ha hecho mucho daño, no me arrepiento de nada. No me arrepiento de lo que hemos vivido. Ni siquiera me arrepentiré si no vuelvo a ser feliz nunca más. Porque... fue precioso.

Sus palabras me volvían a la mente una y otra vez. Intentaba entenderlo, pero era incapaz.

—Quiero que vuelvas a ponerte en pie. Odio verte así.

—Lo sé... Yo también lo odio.

—Entonces reacciona y hazlo. Nunca has sido del tipo de personas que se desmorona tan fácilmente.

—No me he derrumbado porque se haya ido. —Me quedé mirándola, confundido—. Me he derrumbado porque... él lo era todo. Era mi amor verdadero. Se llevó un pedazo de mí que nunca recuperaré. Tal vez algún día pueda ser feliz de nuevo, pero ya nunca seré la misma.

—No digas eso...

—Es la verdad. —Se secó las lágrimas con el dorso del antebrazo—. No lo pierdas, Axel. Os necesitáis el uno al otro.

No estaba seguro de cómo podía ser amigo de alguien que había hecho tanto daño a mi familia.

Me tomó la mano y la acarició suavemente.

—No querría que os quedarais el uno sin el otro.

ME SENTÉ en la mesa y Marie me plantó un montón de papeles delante.

—Tenemos que acabar todo esto... para el viernes.

Miré la montaña de papeles como si fuera el Everest.

—Si no lo conseguimos, suspenderá todas las asignaturas. —Se sentó frente a mí y abrió su portátil.

Francesca estaba en su habitación, durmiendo o mirando a la pared.

—Bueno, ya me gradué en la universidad una vez. Puedo volverlo a hacer. —Cogí el primer trabajo, que era de Historia.

Marie rebuscó en la pila y sacó otro trabajo.

—Marie, sé que tienes tus propias clases en las que debes concentrarte. Puedo ocuparme yo.

—No me importa. —Eché un vistazo a las instrucciones antes de volver la vista a su portátil—. Ella también lo haría por mí.

—Pero no quiero que te retrases en tus estudios. Yo lo único que me pierdo es un poco de televisión y algunas chicas... —Me detuve a mitad de la frase, cuando me di cuenta de lo que acababa de decir. Hablar de otras mujeres delante de ella me resultaba extraño, aunque no habría sabido explicar por qué. No la miré a los ojos y me quedé con la vista fija en el trabajo de Historia.

La única respuesta que recibí de ella fue el sonido de las yemas de sus dedos sobre el teclado del portátil.

El tema de mi vida amorosa no debería incomodarla. De hecho, la noche

que pasamos juntos había significado menos para ella que para mí. Nunca había conocido a una mujer tan despegada. La mayoría de las veces las chicas querían algo más... Como mínimo, follar unas cuantas veces más.

Pero Marie actuaba como si aquello nunca hubiera ocurrido.

Suspiró mientras volvía a leer las instrucciones del trabajo.

—Por favor, dime que tuviste Biología en la universidad.

—Sí.

Intercambiamos los trabajos.

—Yo ya he aprobado Historia, así que debería resultarme fácil. Pero Biología... Ni siquiera lo voy a intentar.

Miré las instrucciones y me di cuenta de que era la descripción y formulación de un informe de laboratorio. Tendría que inventármelo todo, desde los datos a las instrucciones, y esperar que ocurriera lo mejor.

—Puedo hacerlo.

—¿Estás seguro?

—Me gustaban las ciencias.

—¿De verdad? —Ladeó la cabeza automáticamente.

Intenté no sentirme ofendido.

—¿Por qué te sorprende tanto?

—No lo sé... Simplemente no me pareces el típico empollón.

—Bueno, me gustaba casi todo menos Matemáticas. Eso nunca me interesó. No tienen alma.

—Te entiendo.

—Pero me gusta todo lo demás. Mi asignatura favorita siempre fue Filosofía.

Marie daba vueltas a un bolígrafo entre los dedos mientras me miraba fijamente.

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que me gusta el hecho de que haya infinitas respuestas posibles para una pregunta dada. Y que todo es subjetivo. Depende de cómo vea una cosa la persona que opina, cualquier respuesta es correcta. Fue la asignatura que me hizo comprender que puedo ser tan feliz como quiera. Sólo tengo que elegir serlo.

Dejó de girar el bolígrafo y se limitó a mirarme.

Le sostuve la mirada mientras sentía que el corazón se me aceleraba automáticamente. Sus ojos verdes se asemejaban a un paisaje, los laterales de una senda forestal. Cambiaban ligeramente dependiendo de sus sentimientos, y empezaba a entender sus reacciones a determinados estímulos. La noche que nos acostamos había quedado grabada de forma indeleble en mi cerebro, pero estaba empezando a verla como una persona distinta, una mujer diferente de esa con la que me había acostado.

No apartó la vista y continuó observándome como si estuviera buscando algo.

Quería apartar la mirada y esperé a que ella lo hiciese primero, pero tuve que hacer un gran esfuerzo. Aquellos ojos me estaban taladrando, conseguían que mi cuerpo ardiera con un calor inexplicable. Se me formó un nudo en la garganta, porque la intensidad de nuestras miradas empezaba a ser excesiva. Encogí los dedos de los pies dentro de los zapatos, porque necesitaba hacer algún movimiento que ella no pudiera ver. Contemplarla mientras me miraba así a los ojos me estaba excitando de una forma que no sabría explicar. Era un tipo de intimidad que no había compartido nunca con una mujer. Era más fuerte que cualquier otra cosa que hubiera sentido antes. Todo mi cuerpo ardía desesperadamente por ella. Los vaqueros me apretaban en la entrepierna, hasta el punto que empezaban a resultarme incómodos. Ya no recordaba de qué estábamos hablando.

Ella apartó la vista primero.

—No me había dado cuenta de que tuvieras tantas capas.

—Soy mucho más de lo que dejas ver.

—¿Por qué?

Siempre que podía, evitaba ponerme serio. Cada vez que me enfrentaba a mis emociones, me paralizaba. Después de tanto tiempo, aún no había perdonado a mi padre por la forma tan cobarde en que nos había dejado a Francesca y a mí. Que estuviera muerto no lo convertía en un santo. Para mí siempre sería un cabrón cobarde. Me enfadé mucho entonces y seguía enfadado ahora.

—Es más fácil mostrarse lo menos emotivo posible.

—Sin emociones, ¿cómo se puede vivir?

—Si quieres saber mi opinión, es mucho más fácil. —Aparté mis ojos de los suyos y hojeé el informe de laboratorio.

—¿Es por tu padre? —Nada más decirlo, lamentó haberlo hecho. La duda resonó en su voz, como si supiera que se había pasado de la raya pero quisiera hacerlo de todos modos.

Volví los ojos hacia ella lentamente.

—Supongo que Francesca ya te ha contado hasta el último detalle.

—En realidad, no habla mucho de ello. Me contó lo que había ocurrido, pero... no entró en muchos detalles.

—Yo fui el que lo encontró. Dejémoslo ahí. —Para mí era muy difícil hablar de ello, y sabía que en el fondo era porque temía ser exactamente igual que él. Un día me convertiría en un cobarde como él, incapaz de superar las tensiones de la vida diaria. Tal vez no me suicidaría, pero decepcionaría a mi familia igual que había decepcionado a Francesca.

—Lamento mucho lo que os sucedió. No puedo ni imaginármelo...

—Parecía sincera, aunque no tenía motivos para disculparse.

—Gracias. —Me negué a levantar la vista, sintiéndome incómodo por su mirada. Había surgido algo entre nosotros, pero no podía describir de qué se trataba. Ya no era sólo la compañera de piso de mi hermana. Tampoco era mi amiga. Lo único que sabía era que ahora estábamos en un punto diferente. La intimidad me excitaba y me asustaba a la vez. Nunca antes había sentido una conexión así con otra persona.

Y no estaba seguro de que me gustara.

Cambié de tema antes de seguir por esos derroteros.

—¿Cómo es tu familia? —Francesca los había mencionado de pasada, pero en realidad no sabía nada de ellos.

—Mis padres viven en la playa. Mi madre es enfermera y mi padre agente inmobiliario.

—Genial. ¿Hermanos?

—Tengo una hermana, Jessie.

—¿Es mayor que tú? ¿O más joven?

—Es más pequeña. De hecho, acaba de empezar la universidad.

Se llevaban exactamente los mismos años que Francesca y yo. No lo sabía. A primera vista, parecía que tenía una vida familiar bastante normal. Odiaba admitirlo, pero estaba un poco celoso. Quería a Yaya y había sido una tutora fantástica, pero nunca sería mi madre.

—Qué bien.

—Jessie es la guapa. Yo soy la lista.

Me reí porque sus palabras eran completamente ridículas.

Se quedó paralizada y me miró fijamente, porque no entendía dónde estaba la gracia.

—¿Qué?

—¿Ella es la guapa? —Había visto un montón de mujeres hermosas en mi vida: rubias, morenas, pelirrojas... de todo tipo. Había estado con mujeres de todos los tamaños y colores. Entendía bastante de belleza—. Marie, si ella es «más guapa» que tú, entonces no es de este mundo.

—¿Perdona?

—Simplemente no me creo que tu hermana pueda ser considerada la guapa. Sin ofender.

—Pues lo es.

—Sí, claro. Eres la tía más buena con la que he... —Cerré el pico en cuanto me di cuenta de que había metido la pata. Pero el daño ya estaba hecho y no podía retirar lo que había dicho. Así que seguí adelante—. Con la que he estado.

En lugar de tomárselo como un cumplido, parecía herida. Se concentró en el ordenador y no volvió a mirarme. Se puso los auriculares y escuchó música mientras trabajaba.

«¿Qué acaba de ocurrir?».

Huida

Marie

No sabía por qué me molestaba tanto.

Pero era así.

Durante el instituto había aprovechado todas las oportunidades que se me presentaron para conseguir que Axel se fijara en mí. Iba a casa de Francesca en cuanto tenía ocasión e intentaba estar siempre guapa. Pero había dado igual cómo me peinara o si me rizaba las pestañas, Axel había sido totalmente inmune a mis encantos.

Cuando comencé a machacarme todos los días en el gimnasio, apareció mi cuerpo de mujer. Mi trasero y mis muslos se tonificaron, y esculpí mi figura de reloj de arena. No conseguí unas piernas más largas, pero las tonifiqué todo lo posible, creando la ilusión de que eran más esbeltas.

Sólo se fijó en mí después de tanto esfuerzo.

Yo seguía siendo la chica dulce y divertida de siempre. Conservaba la misma sonrisa y la misma personalidad. Pero eso no significaba nada para él.

«Sólo empecé a importarle cuando moldeé mi figura».

Estaba empezando a comprender que Axel no era únicamente alguien que me había gustado en el pasado. Había algo más, una conexión más poderosa que la simple atracción física. De algún modo, aunque pareciera una locura, creo que hubo un punto de inflexión a partir del cual había empezado a amarlo.

«¿Por qué si no me siento tan ofendida?».

Una noche de pasión era todo lo que podía pedir. Disfruté de cada momento, viviendo una fantasía que nunca había creído que se haría realidad. Salir indemne me había parecido sencillo en aquel momento, pero estaba claro que me había equivocado. Quería que me deseara de la misma forma que yo lo había deseado a lo largo de todos esos años. Quería importarle de verdad.

Me equivocaba al culparlo a él cuando no tenía ni idea de lo que pensaba yo, pero no pude contener mi decepción. En cuanto consiguió lo que quería de mí, volvió a verme como una conquista insignificante.

No debería dejar que aquello me molestara.

«Y no voy a hacerlo».

CADE ME ENVIÓ un mensaje de texto.

¿Puedo invitarte a una copa?

Me había olvidado de Cade con todo lo de Hawke y Francesca. Aunque me sentía obligada a quedarme en casa y vigilarla, también sabía que no podía dejar de vivir mi vida por ese motivo. Además, Axel estaría allí para impedir que hiciera una estupidez.

Sí. A más de una, por favor.

LOL. Ahora nos entendemos.

¿Estás libre esta noche?

Como un pájaro.

Genial. Recógeme a las siete.

Mandona. Me gusta.

No sabía si decirle a Francesca que había quedado para salir esa noche. A lo mejor hacía que pensara en Hawke y en todas esas veces en que solía venir por nuestra casa. Pero tampoco quería mentirle. Con el tiempo descubriría la verdad.

Me di una ducha y me enfundé un vestido negro de cóctel y zapatos de tacón plateados. Me puse los pendientes de diamantes que mi padre me

había regalado y tomé prestado uno de los bolsos de Francesca. Sabía que no le importaría.

Cuando ya eran casi las siete, se oyó el ruido de alguien golpeando la puerta con los nudillos.

Entré un momento en la habitación de Francesca y la vi allí tumbada, como de costumbre.

—Hola. Esta noche voy a salir.

—Vale. —No parecía interesada.

—¿Te acuerdas de Cade? Me lleva a tomar unas copas.

—Genial —susurró ella—. Diviértete.

¿Cuánto tiempo seguiría así? Ya había pasado un mes y aún parecía como muerta. Odiaba ver a mi amiga en ese estado. Siempre había tenido mucho aguante, pero esta vez se había derrumbado como una pila de ladrillos.

—Bueno, te veo cuando vuelva a casa.

Se quedó mirando al techo.

Cerré la puerta al salir y me alejé por el pasillo, sintiéndome mal. Ya no me apetecía tanto la cita. Lo que más deseaba de verdad era que mi amiga se pusiera bien. Quería borrar de su memoria todos los recuerdos de Hawke. Había sido inmensamente feliz cuando empezaron juntos, pero también lo era antes de que él apareciera. Añoraba a la antigua Francesca.

Abrí la puerta, esperando encontrarme cara a cara con Cade. Eran las siete menos diez, así que era muy probable que fuera él que venía a recogerme.

Pero era Axel.

Sostenía en alto un informe de laboratorio y estaba a punto de decir algo cuando me vio. Me miró de arriba abajo, deteniéndose en el vestido. Sus ojos permanecieron fijos en él y se le olvidó cerrar la boca.

—Esto... ¡Guau!

Me embargó una cierta calidez ante el cumplido, pero a la vez me sentí insultada. Lo único que veía era mi cuerpo, y no la chica que había dentro de él. Tenía que dejar de esperar que se fijara en mí como persona más que como mujer, porque estaba claro que eso no iba a suceder.

—¿Es el trabajo sobre el informe de laboratorio?

—Ah, sí. —Me lo pasó—. He sacado notable. ¿Te lo puedes creer?

Cogí el trabajo y lo hojeé.

—Pues no, la verdad.

—El profesor debía estar muy ocupado y los ha corregido a la carrera, sin prestar demasiada atención.

—Ya te digo.

—Parece que, después de todo, Francesca se va a graduar. —Axel entró y cerró la puerta detrás de él—. Tendré que estar pendiente de todos los trabajos que le faltan por entregar.

—¿Y qué hay de los exámenes?

Dejó la cartera sobre la mesa del comedor.

—Eso... no lo sé. Voy a tener que obligarla a ir. Aunque suspenda los exámenes, debería sacar aprobados, porque ha entregado todos los trabajos.

Todavía no podía creerme lo que estaba pasando. Francesca estaba tan destrozada por lo de Hawke que había perdido el trabajo y, si no hubiera sido por nosotros, habría tenido que dejar la universidad.

—Tiene suerte de tenernos.

—Lo sé. —Sacó su portátil y se sentó—. No he tenido tiempo para nada, excepto para ir a trabajar y hacer sus trabajos de la universidad, pero sé que ella lo habría hecho por mí.

—Sí, seguro que sí.

Volvió a mirar mi vestido.

—Así que vas a salir esta noche...

Sonó el timbre.

—Perdona. —Abrí la puerta y vi a Cade en el umbral—. Hola, justo a tiempo.

—No llegaría tarde por nada del mundo. —Se fijó en mi vestido con cara de satisfacción—. Estás... impresionante.

—¿Impresionante?

—Es el cumplido adecuado.

—Espera, que voy a por el bolso. —Regresé a la mesa del comedor y lo

cogí.

Axel me miró con una expresión nueva en su rostro. Su actitud juguetona había desaparecido y ahora parecía taciturno. Sostenía el trabajo sobre el informe de laboratorio apenas rozándolo con las yemas de los dedos.

—¿Tienes una cita esta noche...?

Ahora que me hacía la pregunta cara a cara, me costó responder. Creí detectar decepción en su voz, tristeza. Pero puede que fueran imaginaciones mías.

—Sí.

—Ah... —Revolvió los papeles.

Me quedé allí de pie, incómoda, esperando que dijera algo más. Cuando el silencio se volvió demasiado intenso, pensé que debía romperlo, pero no se me ocurrió nada que decir.

—Bueno... Que lo pases bien. —Se aclaró la garganta y desvió la mirada hacia el trabajo, estudiándolo como si no lo hubiera visto nunca.

—Buenas noches. —Di media vuelta y me dirigí a la entrada, taconeando contra el suelo de madera.

Axel no respondió.

Cade estaba esperando en el umbral en vaqueros y camiseta. Una cazadora de cuero negro ocultaba a la vista gran parte de su cuerpo.

—¿Lista para marcharnos, preciosa?

—Sí. —Cerré la puerta al salir y me pregunté si Axel habría oído el último comentario.

CADE y yo lo pasamos fenomenal.

Fuimos a un bar en el que retransmitían deportes y pedimos fritanga con litros y litros de cerveza. Charlamos sobre la universidad y sobre deportes. Cade se iba a graduar en Económicas con especialización en Gestión Deportiva. Su sueño era ser agente deportivo.

Le conté mi sueño de ser escritora y pareció interesado. Unas horas después, ambos nos sentíamos llenos y ya no podíamos comer nada más. Nos montamos en su coche y regresamos a mi casa.

A pesar de lo bien que había ido la noche, no podía dejar de pensar en Axel. ¿Le había molestado que hubiera salido con un chico? ¿O estaba viendo cosas donde realmente no había nada? Probablemente él había estado con montones de chicas desde que nos acostamos, así que dudaba mucho que pensara en mí.

A Cade se le fue el volante un par de veces de camino a casa y, cuando giró y casi se subió a la acera, empecé a preocuparme.

—Cade, ¿estás bien?

Se detuvo delante de mi casa y apagó el motor. Tenía una mirada somnolienta en los ojos, como si estuviera a punto de entrar en el reino de los sueños.

—¿Sabes...? Creo que he bebido demasiado. He empezado a sentirlo de camino a casa.

Por lo menos lo reconocía antes de volver a ponerse al volante de regreso a su casa.

—Sé que es una forma horrorosa de acabar nuestra cita, pero ¿te importaría llevarme a casa? Puedes quedarte con mi coche y vendré a recogerlo mañana.

Era una molestia completamente innecesaria.

—¿Por qué no te quedas a dormir aquí y te vas a casa por la mañana?

Se volvió hacia mí con una sonrisa perezosa.

—Nunca diría que no a eso.

—Te estoy invitando a dormir... A nada más. —No me iba a acostar con un tío borracho. Cuando acabáramos, yo no estaría ni medianamente satisfecha y probablemente él se dormiría encima de mí.

Se encogió de hombros.

—Como quieras. Compartir la cama con una mujer hermosa sigue pareciéndome genial.

—Entonces vamos. —Salí del coche y vi que la camioneta de Axel seguía allí. Había tenido la esperanza de que ya se hubiera ido a casa, pero eran

sólo ilusiones. Lo más probable es que no se fuera hasta que yo regresara de mi cita y cuidara de Francesca.

Abrí la puerta y entramos.

Axel y Francesca estaban sentados en el sofá.

—Hola. —Tiré el bolso sobre la encimera.

Francesca apenas saludó.

Axel fue el único que se dio la vuelta. Estaba claro que esperaba verme sola, porque su cara se ensombreció cuando se dio cuenta de que Cade estaba conmigo.

—Hola...

—Nos vamos a la cama. Buenas noches. —Me dirigí al pasillo con Cade siguiéndome a poca distancia.

—A propósito, me llamo Cade. —Saludó con la mano a Axel y Francesca antes de seguirme—. Encantado de conoceros.

Entramos en mi dormitorio y me puse el pijama en el vestidor. Cuando volví para meterme en la cama, él ya estaba en calzoncillos. Tenía un cuerpo bonito, compacto y musculoso. Pero no tenía parangón con Axel, y no es que quisiera compararlos.

—Normalmente duermo desnudo —dijo—, así que esto ya es mucho para mí. —Se metió en la cama y cerró los ojos como si fuera incapaz de mantenerlos abiertos ni un segundo más.

Me metí en mi lado de la cama y puse el despertador. Mis piernas tocaron las suyas bajo las sábanas, pero esa fue la única muestra de afecto que compartimos. El ruido de la televisión de la sala de estar llegaba a mis oídos y escuchaba la programación en la distancia. Axel y Francesca no hablaban nada, y eso me entristeció. Era como si Axel estuviera solo, porque Francesca no era más que un cuerpo inerte a su lado.

—Perdona por haber bebido demasiado...

—No pasa nada.

—La próxima vez estaré totalmente sobrio.

—¿Y serás igual de divertido? —bromeé.

Cade se echó a reír.

—Probablemente no. Pero te daré un beso de buenas noches.

—Bien. Ya veremos. —Cerré los ojos y sentí cómo mi cuerpo se abandonaba al sueño.

Cade se giró y me abrazó desde atrás.

—Así está bien, ¿no?

—No puedes rivalizar con mi osito de peluche, pero me aguantaré.

Se rio en mi oído.

—Entonces seguiré practicando.

Día de playa

Axel

Metí la compra en casa y guardé las cosas en los armarios y la nevera. Francesca no comía mucho, sólo cuando la amenazaba con partirle el cuello si se negaba, así que la mayoría de la comida era para Marie y para mí, ya que nosotros comíamos como la gente normal.

Compraba cosas que le encantaban a Francesca, incluyendo montones de ingredientes para hacer dulces. Nunca parecía tan contenta como cuando estaba trabajando en una tarta nueva. Tal vez si veía esas cosas por la cocina se inspiraría para volver a preparar postres.

La puerta de entrada se abrió y entró Marie. Tenía el bolso al hombro y se había puesto vaqueros ajustados con botas de tacón marrones. Llevaba una chaqueta de punto blanca con la que parecía un copo de nieve.

Siempre que entraba en la sala, mis ojos salían disparados hacia su figura. Fue mía una vez, aunque me daba la sensación de que aquello había sucedido hacía una eternidad. Y ahora parecía una persona diferente... a mis ojos. Cada vez que estaba cerca de mí, sentía electricidad estática en el aire, como si nuestra presencia en el mismo espacio se dejara sentir en el mundo que nos rodeaba. Cuando me movía, ella lo sentía. Y cuando ella daba un paso, yo era completamente consciente de su movimiento.

Dejó el bolso.

—Hola. ¿Has traído cosas ricas?

—Cosas que Francesca no se va a comer. —Metí la leche en la nevera y

saqué un cartón de leche de almendras—. La he comprado con sabor a vainilla. ¿Te parece bien? —Había visto el cartón vacío antes de ir a la tienda. Sabía que ni en sueños pillaría a Francesca bebiendo leche de almendras, así que tenía que ser de Marie.

Marie cogió el correo de la mesa y comenzó a ordenarlo.

—¿Qué?

Le mostré el cartón.

Lo miró en mi mano durante casi cinco segundos antes de comprender lo que estaba preguntando.

—¿Cómo sabías que me lo había bebido yo...?

—Vi el cartón vacío en la nevera.

Siguió mirándome sin comprender.

Como no decía nada, puse el cartón en el estante.

—Gracias... Es muy amable de tu parte.

Me encogí de hombros y seguí guardando la compra.

—También te he traído café. He visto que quedaba poco.

Dejó el correo sobre la mesa y se acercó a mi lado. Me quitó el paquete de café de las manos.

—Es de grano entero.

—¿No es el que te gusta? —No solía estar allí por las mañanas, pero había visto el molinillo en la encimera. Francesca bebía café, pero no era muy exigente. Había supuesto que pertenecía a Marie.

—¿Cómo lo has sabido?

Me volví a encoger de hombros.

—Lo he deducido. —Dejé el paquete de café sobre la encimera.

Marie me miró unos segundos más antes de ayudarme a guardar la comida. Acabamos de colocar todo en silencio. Su brazo rozó el mío mientras recogíamos, y me llegó un retazo de su aroma.

—Eres un hermano muy atento.

—Y un amigo también, espero. —Las palabras me brotaron de la boca sin pensar. Simplemente me salieron como un torrente. Guardó la bolsa de patatas fritas en el armario antes de toparse con mi mirada.

Ella asintió.

—Sí. Un buen amigo.

Cuando la miraba así, notaba la tensión en mi interior. Estar tan cerca de ella me hacía sentir cosas que no sabía explicar. La energía fluía a través de mí como si fuera un cable eléctrico. Cada vez que la miraba, era consciente del ritmo de mi respiración, más acelerada de lo normal.

Me sostuvo la mirada sin hablar, y sus pensamientos eran un misterio para mí.

Estuvimos así casi un minuto y no pasó nada.

Marie se cruzó de brazos, sucumbiendo a la atracción que nos afectaba a ambos.

Finalmente se me ocurrió algo que decir.

—Vamos a llevar a Frankie a la playa. Tal vez un poco de aire fresco le levante el ánimo.

—Sí. —Se sujetó el pelo detrás de la oreja, algo que nunca le había visto hacer antes—. Podría ser divertido

—Bien. La sacaré de la cama.

COMO DE COSTUMBRE fue una lucha conseguir que Francesca hiciera cualquier cosa. Logré convencerla para que se duchara y se preparara para la playa. Conseguí que se pusiera unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, que se peinara y se lavara los dientes. Fui incapaz de hacer que se maquillara. No merecía la pena intentarlo.

Fuimos en coche hasta la playa y pusimos nuestras cosas sobre la arena. Era un día precioso, soleado y lleno de luz. La brisa nos refrescaba y nos protegía del calor del verano. Yo me había puesto el bañador y una camiseta, y probablemente acabaría dándome un chapuzón.

Marie llevaba un vestido de verano, y los tirantes del bikini le asomaban a través de la tela translúcida. Quería ver cómo se quitaba el vestido y dejaba a la vista esas preciosas curvas de las que debería presumir a todas horas.

Francesca hundió los pies en la arena y se quedó callada, como siempre.

Charlé del tiempo y del tamaño de las olas. Desde nuestra conversación no había vuelto a sacar el tema de Hawke. Aquella vez me había parecido que se alegraba y se derrumbaba al mismo tiempo.

Después de una hora, Francesca se levantó de la toalla y paseó por la orilla con los ojos bajos, buscando conchas que habían sido arrastradas hasta la arena. Su cabello castaño se agitaba con la brisa que movía los suaves bucles.

Marie la vio alejarse con un halo de preocupación en los ojos.

Empezaba a hacer más calor, así que me quité la camiseta y sentí los rayos del sol directamente sobre mi piel. Miré a Marie de reojo para comprobar si me observaba.

Me miró.

—Buena idea. —Marie se quitó el vestido y luego se tumbó en la toalla, con su piel perfecta brillando bajo el sol.

Quería contemplarla, pero me controlé. Me apoyé en los codos y miré hacia el océano.

—Ojalá pudiera borrar su memoria.

Como siempre, su voz me inundó como un baño relajante. Tenía un timbre claramente femenino pero fuerte a la vez, que ocultaba su fortaleza y poder interior. Me gustaba escucharla. Y, como siempre, me trajo a la memoria el recuerdo de mi nombre en sus labios. Se me erizó el pelo de la nuca.

—Sé lo que quieres decir.

—Todavía no entiendo por qué se marchó. Estaban tan enamorados...

—Lo sé. Yo tampoco lo entiendo.

—¿No te ha dicho nada?

—No quiere contarme el motivo. Pero me dijo que no tiene nada que ver con un engaño ni nada parecido.

—Entonces, ¿cuál podría ser la razón? —Cruzó los tobillos y el sol se reflejó en su perfecta pedicura. Tenía las uñas pintadas de un tono turquesa, divertido y brillante.

—No tengo ni idea. —Si dos personas se quieren, deberían estar juntas. Fin de la historia—. Parece que ella da por hecho que él no va a regresar.

Sin embargo, sigue dándole vueltas al asunto.

—Francesca no es así para nada. Si alguien la hunde, vuelve a levantarse. Es una luchadora.

—Lo sé... Esto me da miedo.

—Tendremos que esperar a ver si las cosas mejoran.

Pero ¿cuánto tendríamos que esperar? Últimamente pasaba todo mi tiempo libre con mi hermana. No me importaba porque sabía que ella me necesitaba, y porque me gustaba estar con Marie. Estaba empezando a ver todas las facetas de su personalidad. Era inteligente, ambiciosa y divertida. Había muchos más rasgos a los que nunca había prestado atención, además de una belleza que saltaba a la vista. Lo que más me había sorprendido era que fuera tan leal a su amiga, siempre a su lado contra viento y marea. Los buenos amigos son difíciles de encontrar, y me alegré de que Francesca tuviera a alguien que la apoyara siempre.

—Mejorará. Lo que no sé es cuándo.

Se recostó en la toalla y levantó la vista hacia el cielo.

La contemplé y me di cuenta de que tenía los ojos cerrados. Fue entonces cuando mis ojos se deleitaron en ella, concentrándome en su rostro. Tenía espesas pestañas, negras y hermosas. Resaltaban la forma almendrada de sus ojos. No llevaba maquillaje para ir a la playa, pero el brillo del protector solar era evidente. Tenía unas líneas más claras en su mejilla, difíciles de detectar pero que se veían si te fijabas con atención. Sus labios brillaban como si acabara de aplicarse bálsamo labial. Llevaba el cabello suelto, con rizos que se estaban empezando a deshacer a causa de la brisa marina.

Sin el maquillaje se podían apreciar pequeñas pecas por toda la cara. Eran diminutas y casi invisibles, pero las podía ver si me sentaba muy cerca de ella. Me recordaban a estrellas lejanas en el firmamento, y me pregunté por qué se las cubría con maquillaje. Eran adorables.

Nunca había prestado atención a la forma de su rostro, pero tampoco la había visto con la cara lavada. Tenía las cejas claras, como su cabello, y pómulos prominentes que formaban un delgado óvalo. Empecé a notar cada pequeño detalle, cada pequeña facción.

Me olvidé de su cuerpo tan sólo cubierto por el bikini, porque estaba más interesado en su rostro. Ahora deseaba que abriera los ojos para poder contemplar su hermosura. Eran verdes, eso lo sabía. Pero ¿qué más detalles sería capaz de ver bajo la brillante luz del sol?

Cuando me di cuenta de que estaba mirándola embobado como si fuera una obra de arte, aparté la vista. Cualquiera persona que pasara pensaría que se me iba la vista al bikini. Técnicamente, era lo que estaba haciendo. Pero en realidad sólo prestaba atención a su rostro.

—Entonces, ese chico que trajiste la otra noche, ¿es tu novio? —No sabía que estaba saliendo con alguien y me sentí mal cuando se fueron a su dormitorio.

—No es mi novio. —Abrió los ojos y sacó las gafas de sol de su bolsa de playa—. Simplemente habíamos quedado.

«¿Y os acostáis juntos?».

Me contuve y no lo solté porque sabía que sería un cabrón redomado si decía algo así en voz alta.

—¿Así que es algo informal?

—Sí. Sólo hemos salido una vez.

Me parecía recordarlo de la noche en que Hawke le había dado una paliza a Aaron en el bar.

—Creo que ya te había visto antes con él.

—Tenemos amigos comunes, pero hasta el otro día no me había invitado a salir. —Hablaba en voz baja, como si no quisiera tener esa conversación.

Comprendí que la estaba interrogando, haciéndole un montón de preguntas que no tenía ningún derecho a hacer. Ni siquiera estaba seguro de por qué se lo estaba preguntando.

—¿Tú estás saliendo con alguien?

—No. —Ahora que lo pensaba, Marie era la última mujer con la que me había acostado. Cuando Francesca se derrumbó, mi vida sexual se detuvo. Había pasado tanto tiempo con ella que todo lo demás había quedado olvidado en un segundo plano—. No he salido con nadie en una buena temporada.

—Nunca te he visto con novia.

No era una pregunta, pero yo me lo tomé así.

—Nunca he tenido una relación seria.

—¿Te gusta ligar por deporte?

—Supongo. —Ella parecía ser igual, ya que se había acostado con Cade en la primera cita. Pensar así era sexista, pero se me ocurrió de todos modos. ¿O creía que yo era el único con el que había tenido sexo informal? Cuando me contó que había estado colada por mí en el instituto, en realidad pensé que estaba haciendo una excepción conmigo. Pero ahora comprendía que no era así. Era incapaz de describir lo que sentía, pero una cosa sí sabía:

Estaba confuso.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Has tenido alguna relación seria?

—En realidad, no. Lo máximo que he estado con alguien han sido unos meses.

Marie podía tener a quien quisiera. Estaba muy buena, eso era obvio. Pero también era inteligente. Estaba en la universidad y a la vez tenía un trabajo a media jornada, lo que dejaba claro que estaba decidida a labrarse un futuro. Y, además de todo eso, era fiel a las personas que amaba. Y tenía confianza en sí misma... Su cualidad más sexy. Podía conseguir al tío que quisiera, siempre y cuando se lo propusiera.

—¿Por alguna razón en concreto?

—Ninguno de ellos se ajustaba a mis parámetros.

No entendí esa expresión.

—¿Qué significa eso?

—No me pareció que fueran a durar para siempre. No quise alargar las relaciones más de lo necesario. Los desengaños amorosos son algo terrible.

—Se levantó apoyándose en los codos y miró a Francesca, que seguía caminando en silencio por la orilla.

Era muy considerada... Otra cualidad que me resultaba atractiva.

Me había esforzado mucho para llegar hasta donde estaba. Me pagué yo mismo la universidad, al igual que Francesca. Me había graduado en Finanzas y luego había hecho un máster. Ahora mismo era un becario con un sueldo de mierda, pero un día ganaría dinero de verdad. Marie era

exactamente igual que yo.

—Eso es lo correcto.

—No hay nada peor que enamorarse de alguien que no siente lo mismo por ti. Si un tío no siente nada por mí, prefiero saberlo. Eso nos ahorra tiempo a los dos.

—Es verdad.

Marie levantó la vista hacia el mar y descruzó las piernas. Hundió los pies en la arena y contempló cómo desaparecían. Se sentó y se puso a jugar con ella.

La contemplé e inmediatamente me vino a la mente la imagen de un niño construyendo un castillo de arena.

Yo también me senté y apoyé los brazos en las rodillas, observando cada uno de sus movimientos.

—¿Crees que Cade puede llegar a convertirse en algo serio? —Sabía que tenía que guardarme las preguntas, pero era incapaz de impedir que brotaran de mi subconsciente sin pedirme permiso.

—Si pudiera predecir mi futuro, la vida sería aburrida.

Su respuesta ambigua me hizo callar. Estaba claro que no quería que preguntara nada más.

—¿Dónde te gustaría trabajar en el futuro?

Dibujó algo con los dedos en la arena y luego lo borró.

—En cualquier sitio donde me contraten.

—Me refería al trabajo de tus sueños. Si pudieras trabajar en cualquier empresa, ¿cuál elegirías?

Escribió el nombre de Francesca en la arena.

—Siempre me ha encantado Maximum Shot. Es el gurú más importante del mundo de la moda. Me encantaría escribir artículos en su revista. Podría combinar mis dos pasiones: la escritura y la moda. Sería una mujer feliz.

Yo no entendía de ropa de marca, pero sabía quién era.

—¿No tienen las oficinas en Manhattan?

—Sí. Voy a solicitar un puesto después de la universidad, pero no tengo muchas esperanzas. Sé que reciben millones de currículos todas las semanas... La mayoría procedentes de las universidades de la Ivy League.

—Eso da igual.

—Cuando tu vida se resume en un currículum, la universidad a la que has ido marca la diferencia.

Tal vez algún día podría mover algunos hilos para ayudarla. Si conseguía la cartera de clientes adecuada, todo era posible.

—No importa a qué universidad hayas ido. El sitio no es un reflejo de tu inteligencia.

—Me parece que eso no es verdad.

—Bueno, sé que eres más lista que el resto de solicitantes.

Marie dejó de escribir en la arena y me miró con una expresión de duda en los ojos. Estaba intentando leer mis pensamientos, comprender si lo que había dicho tenía un significado distinto de lo que había dado a entender. Yo no estaba intentando ligar con ella. Había dicho lo que pensaba: que tenía mucho talento. Al final se dio la vuelta sin obtener una respuesta a su pregunta muda. Escribió mi nombre en la arena.

Lo vi.

—Tienes una letra muy bonita.

—Gracias. —Revolvió la arena para borrar las letras.

Miré hacia la orilla para asegurarme de que Francesca estaba bien. Se había sentado a bastante distancia de nosotros, con el cabello mecido por la brisa. Probablemente estaría llorando, igual que hacía en su dormitorio cuando pensaba que no la oíamos. Si hubiera roto con cualquier otro tío, le habría dicho que pasara página. Pero la marcha de Hawke la había dejado destrozada.

Marie siguió mi mirada.

—¿Cuánto tiempo crees que va a seguir así?

—No lo sé... —Si duraba unos meses más me iba a volver loco. No me sentía capaz de aguantar la depresión de Francesca por mucho más tiempo—. A lo mejor debería llevarla al médico para que le recete Prozac.

—No creo que eso cambie nada. No tiene depresión clínica.

—Sigue con la química cerebral totalmente descompensada.

—Pues tendremos que seguir distrayéndola hasta que lo supere.

La habíamos llevado a pasar la tarde en la playa y aun así se las había

arreglado para vagar y lloriquear en silencio. Lo que podíamos hacer Marie y yo tenía un límite.

—Es afortunada de tener una amiga como tú.

—Y tiene suerte de tener un hermano como tú.

Francesca y yo no estábamos muy unidos. Normalmente sólo la veía unas cuantas veces al año. Nos reuníamos en las vacaciones, y a veces por nuestros cumpleaños. Aunque vivíamos en la misma ciudad, no frecuentábamos los mismos bares. Pero, cuando ocurrió el desastre, ahí estaba yo.

«Exactamente igual que ella lo habría hecho por mí».

NADA MÁS REGRESAR A CASA Francesca se metió en su habitación, atrincherándose allí el resto de la noche. No volvió a hablarnos ni nos dijo lo que estaba haciendo, pero yo había llegado a entender lo que sentía por su forma de actuar.

Marie dejó la bolsa de la playa en el sofá y guardó las gafas de sol dentro.

—Bueno, nosotros lo hemos pasado bien aunque ella no se haya divertido.

—Sí, es verdad. —Me senté en el sofá y me quedé mirando el televisor apagado, sin saber qué hacer. Podía irme a casa, pero algo me retenía allí. La presencia de Marie me tranquilizaba. Si me iba a casa, estaría solo en mi apartamento vacío. Pero si me quedaba allí... estaría con Marie—. A lo mejor podemos intentar que prepare algo dulce mañana.

—Tal vez.

—Podemos poner el fútbol y preparar algo de picar para el partido. —Yo no sabía nada de pastelería, pero Francesca siempre encontraba una razón para hacer tartas.

—Sí, podemos intentarlo.

Ojalá nuestra madre estuviera con nosotros. Sabría exactamente qué hacer. Yo era incapaz de entender siquiera los sentimientos de Francesca.

No me había enamorado nunca y, con toda seguridad, jamás me habían roto el corazón... Al menos desde el punto de vista romántico.

Marie notó mi incomodidad. Estaba empezando a interpretar mis gestos con más facilidad.

—Todo irá bien, Axel.

—No hago más que repetírmelo a mí mismo...

Me miró la mano que tenía apoyada en el muslo, pero no la tomó.

—Ojalá estuviera aquí mi madre, especialmente en momentos como este. Sabría qué decir.

Marie escuchaba cada palabra que decía sin despegar los ojos de mí.

—Francesca estaba más unida a ella que yo. Parecían más amigas que madre e hija.

—Lo recuerdo...

—¿Estás muy unida a tu madre?

Marie bajó la vista.

—En realidad no. Pero la quiero mucho.

Asentí, aunque no había razón para ello.

Marie se miró y notó que tenía el vestido lleno de granos de arena pegados a la tela.

—Me voy a dar una ducha. Supongo que te veré mañana.

Aquella era una invitación a irme, y no podía rechazarla.

—Sí. Estaré aquí por la mañana. —Metí las manos en los bolsillos y me dirigí a la puerta principal.

Marie me acompañó con el rostro ligeramente bronceado después de haber pasado la tarde al sol. Tenía la nariz más oscura, probablemente porque era la parte del cuerpo que más sobresalía. Todavía llevaba crema solar extendida por la cara. Muy pronto se absorbería. Miré insistentemente su rostro, memorizándolo.

Se detuvo cuando llegamos a la puerta y esperó a que yo saliera.

—Buenas noches.

—Lo mismo digo. —No toqué la puerta. En lugar de eso, me quedé allí.

Sostuvo mi mirada como siempre, negándose a sentirse cohibida por nada en el mundo.

Deseé quedarme allí de pie mirándola toda la noche.

Ella tenía los brazos bajados, sin apenas pestañear mientras me sostenía la mirada.

Con Marie me pasaban este tipo de cosas extrañas todo el tiempo. Momentos inexplicables en los que simplemente nos mirábamos en silencio mientras manteníamos una conversación que no se expresaba con palabras. Sentía un zumbido en el aire, el sonido distante de mi cerebro. Esos momentos eran adictivos e incómodos al mismo tiempo.

Aparté la vista el primero, dejándola ganar ese asalto.

—Buenas noches, Marie. —Crucé el umbral y salí. La puerta se cerró a mi espalda, pero me quedé en el escalón y esperé a oír el sonido que necesitaba escuchar. Nunca en mi vida me había ocurrido nada parecido, quedarme a oír algo a lo que normalmente no prestaba atención.

Giró la llave y el cerrojo encajó en su sitio.

Entonces me fui.

Colegas para siempre

Axel

Después de mucho tiempo intentando convencerme, acepté conducir hasta Nueva York para ver a Hawke. El único problema era Francesca. No podía decirle a dónde iba, pero tampoco podía dejarla sola.

Llamé a Marie.

—Hola. —Su voz sonaba mucho más alegre que otras veces. Parecía que estaba deseando hablar conmigo, que disfrutaba de nuestras conversaciones tanto como yo—. ¿Te vas a pasar por aquí?

No quería que nadie nos oyera hablar.

—¿Estás sola?

El tono de su voz cambió cuando supo que se trataba de algo serio.

—Está en su dormitorio.

—Voy a ir a Nueva York a ver a Hawke. ¿Crees que podrás ocuparte de ella este fin de semana?

—Por supuesto.

—Si pregunta, dile que estoy ocupado con algo del trabajo. No quiero que sepa a dónde voy. —No necesitaba darle más explicaciones.

—De acuerdo. ¿Vas a intentar arreglar las cosas con él?

—No. Me ha estado dando la brasa para que vaya a verle y me he rendido.

—Bien, espero que os divirtáis.

No podía dejar de pensar en sus planes para el fin de semana. ¿Habría

quedado con Cade? ¿Dejaría de verse con él si yo no estaba allí para cuidar de Francesca? ¿Sería mezquino por mi parte esperar que no saliera?

—Que pases un buen fin de semana tú también. Te veo a la vuelta.

—De acuerdo. —En lugar de colgar, se mantuvo al teléfono.

Si era verdad que sentía algo por Marie, creo que ella también lo sentía por mí. Me ponía un poco nervioso en su presencia, pero de una forma positiva. Cuando di el paso la primera vez, no me había sentido nada nervioso. Pero ahora... Cuidaba lo que decía y cómo me comportaba. Percibía la tensión que había siempre en el aire. Cuando hablábamos entre nosotros era completamente distinto a cuando hablábamos con otras personas.

—Te enviaré un mensaje cuando llegue.

«Espera, ¿qué? ¿Qué coño acabo de decir?».

—Vale. —Su respuesta fue automática, como si hubiera estado esperando que le dijera eso incluso antes de que yo lo pensara.

«¿Qué demonios es esto?».

ENTRÉ en el apartamento y eché un vistazo. Era pequeño, pero pequeño de verdad. Y sospechaba que pagaba tres veces más de alquiler que en Carolina del Sur.

—Es bonito...

—Ya sé que es una mierda. —Sacó una cerveza de la nevera y me la pasó—. Pero me sirve.

Me senté en un sofá verde oscuro que tenía en medio de la sala de estar. Había un televisor viejo encima de una silla de plástico apoyada contra la pared. Tenía una ventana diminuta con vistas a la ciudad. Las paredes grises convertían la sala en un lugar extraño y polvoriento.

—¿Qué tal tu nuevo trabajo?

—Está bien. Mejor que ser un becario en prácticas.

—Ya te digo. —Cualquier cosa era preferible a que te pagaran una mierda. Di un trago a mi cerveza e intenté no hacer ningún gesto cuando

noté lo caliente que estaba. ¿Le funcionaba la nevera?

—Gracias por venir. Habría ido yo a verte, pero... —No terminó la frase, porque no hacía falta.

—No pasa nada.

Se sentó en el otro extremo del sofá, con los codos apoyados en las rodillas. El silencio llenaba el aire y, sin decir nada, supe lo que estaba pensando. Era sólo cuestión de tiempo que preguntara por ella.

—¿Cómo está?

Francesca me había pedido que no hablara con nadie de su dolor, y entendía perfectamente por qué. Yo también prefería mentir y hacerle creer que mi hermana estaba mejor. Hawke la había dejado por motivos que desconocía, pero no quería que supiera lo mucho que la había destrozado.

—Está bien. Concentrada en la universidad y en su trabajo.

Fue incapaz de ocultar la sorpresa de su rostro.

—Entonces, ¿ha vuelto a la rutina?

—Sí. Las dos primeras semanas estuvo un poco perdida, pero después de eso volvió a la normalidad. Hay un concurso de tartas en la universidad y se ha estado preparando. —Deseé ir más lejos y decirle que estaba saliendo con otro, pero sabía que no sería creíble.

Hawke empezó a despegar la etiqueta del botellín.

—Me alegro por ella.

—¿Y tú?

Se encogió de hombros.

—He estado mejor. Del trabajo a casa y de casa al trabajo.

—¿Has hecho... nuevas amistades? —Aunque ya no salía con Francesca, me cabrearía bastante si andaba acostándose con otras.

—No. En realidad sólo hablo con mis compañeros de trabajo... y contigo. —Tenía la piel pálida como la muerte y parecía un poco más delgado. Llevaba una barba extrañamente espesa porque no se había afeitado en varias semanas. Sus ojos parecían hundidos, como si no fueran a iluminarse nunca más. Su desesperación no era tan obvia como la de Francesca, pero estaba claro que en el fondo estaba sufriendo. Saberlo hizo que lo odiara un poco menos—. Me alegro de que esté mejor... Quiero que sea feliz.

A mí no me parecía que fuera a ser feliz nunca sin él.

—Es una luchadora. Lo supera todo.

—Lo sé. Por eso la quiero... —Se aclaró la garganta y dio un trago largo.

Me puse a mirar por su patética ventana, porque no sabía de qué otra forma fingir que no había oído sus últimas palabras. Aunque no lograba entender por qué habían cortado, había una cosa que sí entendía.

Se amaban de verdad.

VIMOS el partido en un bar. Era mejor que sentarnos en su apartamento diminuto con aquella antigualla de televisor. Además, la cerveza estaba fría.

—¿Qué más te cuentas? —Los ojos de Hawke se quedaron pegados al televisor durante unos segundos antes de mirarme.

Nada. Pasaba todo mi tiempo libre con Francesca, intentando que se recuperase.

—Sólo trabajo.

—¿Sales con alguien?

Tampoco tenía tiempo para eso.

—No. He tenido que echar un montón de horas en la oficina desde que te fuiste. —Era una mentira, y además cruel, pero me daba igual.

A Hawke tampoco pareció importarle.

—¿No ha pasado nada más con Marie?

La mención de su nombre me puso en tensión involuntariamente.

—¿Por qué tendría que haber ocurrido nada con ella...?

Me observó arqueando levemente una ceja.

—Porque dijiste que había sido la mejor noche de sexo que habías disfrutado jamás... —Sostuvo su jarra sobre la mesa, pero no bebió. Me estaba analizando, interpretando cada reacción de mi cara—. ¿Por qué te comportas de una forma tan rara?

—No estoy haciendo nada raro.

Hawke no volvió a mirar la televisión.

—Si te encorvas un poquito más vas a parecer el jorobado de Notre

Dame.

Me concentré en el partido e intenté ignorar a Hawke.

Pero él insistió.

—Axel...

—¿Qué? —ladré—. No me he vuelto a acostar con ella.

—Bueno, pues ha pasado algo.

—Tío, que no ha pasado nada. No he vuelto a sacar la polla de los pantalones y he tenido la cremallera bien subida.

Hawke no se lo tragaba.

—Cuando la voz se te pone aguda y chillas así, sé que es porque ocultas algo. Nosotros nos lo contamos todo. Así que, ¿qué pasa?

—No me he acostado con Marie. —Era la verdad, y nada más que la verdad.

—Eso ya lo has dicho, pero tiene que haber algo más.

—No lo hay.

—¿Sientes algo por ella?

—Uf. Joder, no. —Miré por la ventana, para hacer algo y poder ignorar su pregunta.

—¿Qué pasa, que estamos en segundo de primaria?

—Tú me dirás. —No tenía ninguna respuesta ingeniosa bajo la manga, así que solté lo primero que se me pasó por la cabeza.

Hawke no dijo nada más, pero no le hizo falta. Me miró fijamente, sometiéndome a un tercer grado sin abrir la boca.

Me derrumbé.

—Últimamente la veo bastante y... no sé. Me doy cuenta de que le presto mucha atención.

Hawke no tocó la cerveza, y tampoco miraba al televisor.

—Como, por ejemplo, me fijo en las pecas diminutas de su cara cuando no lleva maquillaje. Cuando entra en la habitación, percibo su aroma antes incluso de verla. Cuando se ríe, al instante me viene a la cabeza un día de verano. Todas esas cosas raras... no sé lo que significan.

Sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba.

No me gustó nada.

—Estás colado por ella.

—No es verdad. —Mis palabras sonaron como las de un niño incluso a mis oídos.

—Estás enamorado.

—No, tío. —Me rasqué la nuca, aunque no me picaba.

—¿Y qué tiene de malo que lo estés? —preguntó—. Marie es estupenda.

—No estoy colado por ella, ¿vale? Es bonita, dulce y divertida, pero ya está. —Hawke arqueó las cejas—. Tararea en voz baja de una forma adorable cuando limpia la casa, pero yo apenas me doy cuenta. —Hawke empezó a sonreír otra vez—. No siento nada por ella.

—Axel, no veo cuál es el problema. Si te gusta, a por ella.

Aquello era un desastre asegurado.

—No estoy preparado. —Miré por la ventana y recordé algo que me había dejado una cicatriz para toda la vida.

—¿Preparado para qué exactamente?

—Para nada serio. Simplemente no puedo.

—¿Por qué? —insistió.

Di un trago a la cerveza para evitar la cuestión.

—Axel, puedes hablar conmigo.

No me gustaban las conversaciones a corazón abierto con los tíos. La única persona con la que había tenido una conversación medianamente seria era Marie.

—No tengo madera de novio. Los dos lo sabemos.

—¿Cómo lo sabes? Nunca lo has intentado.

—Simplemente lo sé. Dejémoslo así.

Hawke no había tocado su cerveza desde hacía un buen rato y no parecía que fuera a bebérsela.

—Yo sentía lo mismo antes... de ella. —Ya no pronunciaba nunca su nombre, y sólo se refería a Francesca dando un rodeo—. Pero, cuando me enamoré, supe sin más qué hacer. Te sale de manera natural.

—No estoy enamorado, Hawke.

—Como quieras. Cuando encuentres a alguien que te guste, sabrás cómo comportarte.

No estaba de acuerdo. Últimamente había estado haciendo un montón de estupideces, como mandarle mensajes cuando llegaba a casa como si fuéramos algo más que amigos.

—Invítala a salir.

—No.

—¿Por qué? —insistió.

—Es sólo que... —Era difícil explicarlo con palabras. Yo entendía mis sentimientos, aunque no lo suficientemente bien como para explicárselos a otra persona—. Todavía estoy enfadado y amargado por lo que hizo mi padre. Ya sé que han pasado muchos años, pero creo que nunca lo superaré.

El rostro de Hawke se ensombreció de tristeza, y era obvio que no esperaba que yo sacara el tema.

—Se portó como el cobarde más grande que he conocido en mi vida. En realidad, me avergüenza llamarlo mi padre. Nos abandonó a Francesca y a mí sin mirar atrás. Nunca entenderé qué podía estar pensando que justificara meterse el cañón de una pistola en la boca. Pero, en cualquier caso... me temo que soy como él.

No pestañeó siquiera mientras me escuchaba con sus ojos azules clavados en mi cara.

—¿Qué clase de marido seré? —Ahora, más que otra cosa, estaba hablándome a mí mismo—. Cuando las cosas se pongan difíciles, ¿me daré media vuelta y huiré como hizo mi padre? Si tengo una relación con alguien, ¿me largaré ante el primer bache que encontremos en el camino? Todavía tengo pesadillas con lo que me encontré al llegar a casa. No soy lo bastante estable emocionalmente para tener ningún tipo de relación íntima con nadie. Con sólo mirar a Marie a veces me siento incómodo.

Hawke permaneció en silencio, observándome.

Clavé los ojos en la cerveza porque me daba demasiada vergüenza levantar la vista. Acababa de confesarle todas mis miserias.

—Olvida todo lo que te he dicho... Debería haber mantenido la boca cerrada.

—No te pareces en nada a tu padre, Axel.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté con amargura.

—Francesca. —Era la primera vez que Hawke la nombraba, y se le hizo un nudo en la garganta al pronunciar su nombre—. Da igual lo que pase, tú siempre cuidas de ella. Incluso cuando más te cabrea, siempre te tiene a su lado. Sólo eres su hermano y su bienestar no es responsabilidad tuya, pero siempre estás ahí. Es razón más que suficiente.

—No es lo mismo...

—Sí lo es —replicó con firmeza—. Comprendo tus dudas y tu inseguridad emocional, pero si encuentras a alguien a quien ames de verdad, eso lo arreglará todo.

—No amo a Marie.

—Bueno, si le dieras una oportunidad, podrías enamorarte.

Quise echarle en cara sus propias palabras. Hablaba del amor como si lo conociera muy bien, pero aquí estaba, en Nueva York, mientras Francesca sollozaba en su habitación.

—Lo que quiero decir es que mantengas la mente abierta.

—Nunca he hecho cosas de novios. Dudo que se me dé bien.

—Tómalo con calma.

—No sé cómo tratarla... —Sacudí la cabeza—. Todo esto es demasiado complicado para mí.

—Siempre has dicho que te comprometerías con una mujer si encontrabas a la adecuada.

—Ya... Tal vez Marie no lo sea.

—Eres un cobarde.

Lo miré con furia.

—Demuéstrame que no es verdad. —Me sostuvo la mirada sin retractarse.

Rápidamente comprendí lo que estaba haciendo.

—No va a funcionar, tío.

—Déjame que te lo explique de forma que lo entiendas. —Se inclinó sobre la mesa y bajó la voz—. Marie es una chica guapa. Es inteligente, sofisticada, divertida y leal. Si tú te has dado cuenta de todo eso, también lo hará alguien más. Así que, sal ahí antes de que otro se te adelante.

Ya era demasiado tarde.

—Está saliendo con un tío...

—¿Van en serio?

—Ella dice que no, pero sé que se acuesta con él.

—Eso no significa nada.

«Para mí, sí».

—Ya perdí mi oportunidad, así que no tiene sentido hablar de ello.

—Si ella dice que no van en serio, todavía tienes la oportunidad de tomar la iniciativa.

No me gustaba competir con nadie. Y tampoco quería alterar su felicidad, si es que era eso lo que sentía.

—No. —A veces notaba que había algo entre nosotros, una especie de zumbido en el aire, y estaba bastante seguro de que ella también lo sentía. Pero también podía ser producto de mi imaginación.

Hawke suspiró derrotado, irritado por mi respuesta.

—No esperes hasta que sea demasiado tarde.

—Actúas como si creyeras que estoy enamorado de esa chica. No lo estoy.

Hawke se reclinó hacia atrás y me miró fijamente. Había una pregunta o una afirmación a punto de escapar de sus labios, pero no estaba claro cuál de las dos iba a ser. Transcurrió casi un minuto completo antes de que volviera a abrir la boca.

—Axel, ¿te has acostado con alguien más desde Marie?

Me negué a enfrentarme a su mirada, porque se me cayó el alma a los pies. Así expuestas, mis emociones me abrasaban como el fuego. Deseé arrastrarme debajo de la mesa y esconderme. Por primera vez me sentí avergonzado de verdad por la respuesta que estaba a punto de darle.

—¿Axel? —Me presionó para que hablara, aunque ya sabía la respuesta.

Se me quedó la garganta seca, como si no hubiera bebido un vaso de agua en años. Cuando tragué me dolió de verdad. Evité su mirada como un perrillo incapaz de mirar a su amo después de mear en la alfombra.

—No.

Tristeza

Marie

Como siempre, Francesca parecía un cadáver viviente. No quería hacer nada, y tampoco ir a ningún sitio o probar bocado. Si no la hubiera obligado a levantarse de la cama para ducharse y comer algo, probablemente a estas alturas ya estaría muerta.

Era un tipo de tristeza que yo no entendía. Estuve con ella cuando murieron sus padres. Entonces se quedó destrozada, pero esto era completamente diferente.

«Ojalá pudiera solucionarlo».

El domingo por la noche, intenté convencerla para ir a clase al día siguiente.

—Frankie, llevas deprimida demasiado tiempo.

—Me da igual. —Se tumbó en el sofá con el mismo pijama que llevaba puesto desde hacía una semana.

—Axel y yo podemos encargarnos de tus obligaciones, pero no podemos hacerlo todo.

—No os he pedido que lo hagáis. —Su voz siempre tenía el mismo tono de aburrimiento absoluto.

—Pues estoy obligada a hacerlo. Eres mi mejor amiga.

Se levantó lentamente del sofá, como si le fallara el cuerpo.

—No estás obligada a hacer nada, Marie. No dejes que mi tristeza te arruine la vida. —Se marchó por el pasillo y cerró la puerta de su dormitorio.

Yo me quedé en el sofá y me contuve para no gritar. Añoraba a mi mejor amiga, la chica luchadora y dura que conocía. Antes nada la perturbaba. Era como un muro de hormigón que ni un ejército entero habría podido derribar.

Pero ahora estaba como muerta.

Sonó el teléfono y miré la pantalla.

Era Axel.

Cada vez que veía su nombre en mi móvil, me daba un vuelco el corazón. De repente me ponía nerviosa y se me secaba la boca. Un pequeño remolino de emociones estallaba en mi interior. Cuando se me pasaron los nervios, contesté.

—¿Hola?

—Hola. —Había ruido de estática, como si estuviera conduciendo.

—Hola. —Ya lo había dicho, pero lo repetí. Escuché el sonido de su coche en movimiento, preguntándome dónde estaría y si se pasaría por aquí.

—Hola... —Ahora le tocaba el turno a él de escuchar el ruido de la línea, probablemente a través de los altavoces del Bluetooth.

—¿Cómo ha ido?

—Bien. Ahora voy de camino a casa.

—¿A qué distancia estás?

—Me falta como una hora.

No iba a venir. Me invadió una oleada de decepción.

—¿Cómo está Francesca?

No dejé que mi amargura se trasluciera en mi voz.

—Igual.

Axel suspiró al teléfono.

—Venga, Frankie...

Yo también estaba decepcionada, aunque no podía decírselo a ella.

—¿Cómo está él?

—También está mal. Pero se le da mejor ocultarlo.

Si los dos eran tan desgraciados, ¿por qué no volvían juntos?

—Los odio a los dos.

—Te entiendo.

Me senté en el sofá y volví a oír el ruido de interferencias.

No dijo nada durante bastante tiempo, pero tampoco hizo intención de colgar el teléfono.

No tenía este tipo de conversaciones con Cade. ¿Eso era bueno? ¿O malo? En realidad, no hablábamos nada por teléfono. Lo único que hacíamos era enviarnos mensajes de texto.

—Bueno, debería colgar. Sólo quería preguntar por Francesca.

—Te veo mañana.

—Bien. Buenas noches.

—Conduce con cuidado. Buenas noches.

Axel no colgó. Todavía se oía el ruido de fondo. Esperó a que colgara yo primero.

Me quedé escuchando el ruido un poco más, porque me reconfortaba.

Después colgué.

MIENTRAS HACÍAMOS para cumplir con mis asignaturas, me ocupé de recoger los deberes de Francesca que les había pedido a sus compañeros de clase. Tuve que perseguirlos y hacer fotocopias de todo lo que necesitaba. Ya tenía suficiente con lo mío, pero haría cualquier cosa por mi mejor amiga.

Por fin, después de las clases, me metí en el coche y me dirigí a casa. Tenía una pila de papeles a mi lado que me deprimían con sólo pensar en ellos. Axel y yo tendríamos que emplear todo nuestro tiempo libre en hacer los trabajos y entregarlos por Internet. De repente, mi vida se había vuelto increíblemente aburrida.

Me detuve en el semáforo y eché un vistazo a los papeles que tenía a mi lado. Por suerte, Axel era lo bastante inteligente para ocuparse de la mayoría él solo. Yo, por mi parte, no sabía nada de ciencias. Y, por supuesto, tampoco tenía ni idea de economía o matemáticas.

El coche que tenía detrás me pitó.

Levanté la vista y vi el semáforo en verde. Entonces les saqué el dedo a los que tenía detrás antes de ponerme en marcha.

BUM.

Otro coche surgió de la nada y embistió mi puerta a ochenta kilómetros por hora como mínimo. Antes de que me diera cuenta, mi coche daba vueltas en medio del cruce, lanzándome de un lado al otro. Saltó el airbag y me golpeó en la cara dejando un olor a látex. Grité, aunque nadie podía oírme, y sentí que el cinturón de seguridad se me clavaba dolorosamente, abrasándome la piel como si estuviera al rojo vivo.

La colisión sucedió a cámara lenta y me pareció que tardaba una eternidad en detenerme. Temí que me golpeará otro coche y me hiciera girar de nuevo. De pronto, tuve una débil sensación de dolor en el brazo izquierdo, pero, como estaba aterrorizada ante la posibilidad de morir, en ese momento no le di importancia.

Por fin el coche se detuvo.

Empezó a salir humo del motor y tenía el parabrisas agrietado de lado a lado. El cinturón de seguridad todavía me quemaba en la piel, a punto de hacerme sangrar. Respiré con fuerza, sintiendo que mis pulmones se expandían con normalidad. Estaba viva.

Estaba viva.

Cuando me miré el brazo fue cuando me di cuenta del daño que había sufrido. Lo tenía doblado en un ángulo extraño, y en ese momento fui consciente de la realidad.

Tenía el brazo roto.

¿Cómo iba a cuidar de Francesca con un solo brazo?

Me recliné hacia atrás en el asiento y cerré los ojos, intentando conservar la calma. Hasta mis oídos llegó el sonido de la sirena de la ambulancia y supe que la ayuda estaba en camino. Era sólo cuestión de tiempo que llegara la policía a preguntar qué había sucedido. Para mí todo estaba envuelto en una nebulosa, así que, sinceramente, no lo sabía.

No sabía nada.

MIS PADRES FUERONos primeros en llegar. Mi madre estaba aterrorizada y lloraba histéricamente. Mi padre le gritaba a todo el que entraba en la habitación, exigiendo que me dieran más calmantes y otra manta. Cuando estaba muy nervioso, le gritaba a todo el mundo porque eso le ayudaba a tranquilizarse.

—El médico ha dicho que te vas a poner bien. —Mamá me acariciaba la mano, sentada a la cabecera de mi cama—. El traumatólogo va a venir en seguida a colocarte el hombro.

Uf, eso me sonó fatal.

—De acuerdo.

—He llamado a Francesca, pero no me ha contestado. Le he dejado un mensaje de voz.

Que nunca escucharía.

—¿Tienes mi teléfono?

—Sí. —Mi madre lo sacó rápidamente de su bolso y me lo pasó.

Sin pensarlo dos veces, llamé a Axel. Probablemente estaría trabajando, pero había dicho que no le importaba que le llamara al trabajo.

Contestó casi de inmediato.

—Hola. —Ahora que pasábamos más tiempo juntos, hablaba menos que antes. Era extraño, pero al mismo tiempo no lo era.

Oír su voz hizo que me sintiera mejor inmediatamente. Se me olvidó el dolor del hombro.

—Hola...

Axel se quedó callado, sin decir nada pero diciendo muchas cosas a la vez. Sonó el altavoz, anunciando una urgencia en una planta diferente.

—¿Dónde estás?

—En el hospital...

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —Las palabras volaron más rápido que nunca.

—Por eso te llamo. He tenido un accidente de coche...

—¡Mierda! ¿Estás bien? Joder, voy ahora mismo.

—Axel, espera...

Y colgó.

No me molesté en volverle a llamar porque no quería que tuviera un accidente como me había ocurrido a mí. Le devolví el teléfono a mi madre.

Lo cogió y me miró con ojos llenos de sospecha.

—¿Quién era ese...?

—Axel... El hermano de Francesca.

—Ah...

—Sólo es un amigo, mamá. No te emociones.

Siguió mirándome de la misma forma. De esa forma que sólo miran las madres.

—Sólo un amigo que resulta que es a quien llamas primero...

—Habría llamado antes a Francesca, pero me acabas de decir que no contesta.

Me acarició la mano.

—Lo que tú digas, cariño.

AXEL ENTRÓ disparado en la habitación, casi sin aliento. Llevaba una camisa gris con pantalones y corbata negros. Estaba claro que había salido a toda prisa de la oficina y había llegado tan rápido como había podido.

—Marie... —Ignoró a mis padres e inmediatamente se acercó a mi cama—. ¿Qué ha pasado? —Vio mi brazo en cabestrillo—. ¿Estás bien? ¿Puedo hacer algo por ti?

—Estaba saliendo de un semáforo cuando un tipo se lo saltó en rojo. Se estrelló contra mí. —Cuando sucedió me asusté mucho, pero ahora que sabía que no había muerto nadie, tampoco me parecía nada del otro mundo—. Pero no ha pasado nada. Se me ha salido el hombro de la articulación, pero se supone que el médico me lo va a volver a colocar.

Axel volvió a mirar el cabestrillo, con la preocupación reflejada en su cara.

—¿Te ponen suficientes calmantes? ¿Necesitas algo? Puedo buscar un médico para que te los dé...

—No siento nada.

Soltó un suspiro de alivio y se quedó de pie al lado de mi cama. Me miró la mano como si tuviera intención de cogérmela.

Esperé un momento y noté un hormigueo en los dedos por la necesidad de sentir su tacto.

Axel se quedó mirando mi mano unos segundos más antes de mirarme a mí con el mismo gesto de preocupación todavía reflejado en su rostro.

Me aclaré la garganta.

—Axel, te presento a mis padres. Esta es mi madre, Dorothy.

Se volvió hacia ella y, a juzgar por la sorpresa que apareció en sus ojos, no la había visto al entrar.

—Vaya, lo siento. —Extendió la mano para estrechársela—. Estaba pendiente de Marie...

—No importa lo más mínimo. —Sonrió de oreja a oreja mientras le daba la mano—. Es muy amable por tu parte preocuparte tanto por mi hija.

—Es una mujer maravillosa. —Axel le soltó la mano y se volvió hacia mi padre—. Disculpe mi mala educación. Tampoco le había visto a usted.

Papá lo miró con afecto. Axel le gustó incluso antes de conocerlo.

—No pasa nada. Has hecho caso a tu corazón. —Le estreché la mano y le tomé la medida, fijándose en su traje y su cabello perfectamente peinado—. ¿A qué te dedicas?

—Trabajo en el sector de las finanzas —contestó Axel—. Tengo un contrato en prácticas en Charles Schwab.

—Eso es estupendo —contestó mi padre.

—Trabajar casi gratis no está tan bien, pero agradezco la experiencia que me permite adquirir. —Axel se metió las manos en los bolsillos, sintiéndose claramente incómodo y acorralado al hablar con mis padres en un entorno cerrado.

—Vamos a tomar algo a la cafetería, cariño. —Mi madre se levantó de la silla y agarró a mi padre por el brazo—. Me muero de hambre... —Lo arrastró con ella y me lanzó una mirada traviesa mientras se iba.

Recé para que Axel no se hubiera fijado.

Se volvió hacia la cama y se sentó en la silla que antes había ocupado mi madre.

—No tenías por qué marcharte del trabajo...

—Lo sé. Pero quería venir. —Miró preocupado mi brazo en cabestrillo—. ¿Tomaste los datos del tío que se estrelló contra ti?

—Sí. La policía se está ocupando de ello.

Asintió.

—Si necesitas ayuda con el tema, avísame.

—¿Qué quieres decir?

—Si tienes pensado demandarlo o algo así.

—Ah, no. Estoy segura de que fue sólo una equivocación.

Axel apretó los dientes como si hubiera dicho algo erróneo.

—Una equivocación es confundir las bebidas de los clientes en un Starbucks. Esto es totalmente inaceptable. Te podría haber matado, Marie. No, no se trata de un error humano del que podamos olvidarnos así como así.

Me llevé las rodillas al pecho.

Axel se dio cuenta de que se había dejado llevar por el enfado.

—Perdona... No debería estresarte más.

—No pasa nada.

—¿Dónde está Francesca?

—Mi madre ha intentado llamarla, pero no contesta.

Sacudió la cabeza, decepcionado.

—En estos momentos debería estar aquí.

—No lo sabe, Axel. Si lo supiera, habría venido.

—Eso espero. Si no, tendré que meterle un poco de sentido común en la cabeza.

Aunque me dolía mucho el hombro, sabía que no era nada comparado con el sufrimiento que sentía Francesca.

—Tus padres son agradables.

—Son geniales. Pesados, pero geniales.

Axel se echó a reír.

—Mi madre era así, muy solícita. Estaba encima de mí todo el día. Ahora lo echo de menos.

Deseé poder retirar lo que había dicho. Yo tenía dos padres y Axel no tenía ninguno. No debería dar por sentado que siempre los tendría. Quién sabe, podrían no estar ahí al día siguiente.

—Quiero a mis padres. —Me miró a los ojos y me dedicó una leve sonrisa—. Gracias por venir, pero no tenías que hacerlo.

—Quería estar aquí. —Se sentó completamente derecho, con las manos sobre las piernas—. Ahora no puedo volver a la oficina.

—No quiero que tengas problemas.

—Trabajo prácticamente gratis, no me van a echar por ningún motivo. No te preocupes por eso.

Estaba contenta de que hubiera venido. Me distraía del dolor y me hacía sonreír. Con él a mi lado no pensaba en nada más.

ENTRÓ el traumatólogo y se preparó para recolocarme el hombro. Estaba muy nerviosa, aunque me habían dormido todo el brazo. Sólo pensar en que me iban a colocar una parte del cuerpo en su sitio me provocaba náuseas.

—Debo pedirles a todos que salgan. —Se puso los guantes y preparó la mesa.

Mis padres salieron y se quedaron en el pasillo.

Axel rodeó mi cama hasta situarse en el lado contrario, dejando suficiente espacio al médico. Se acercó una silla y me tomó la mano.

—No le molestaré.

El médico lo miró mientras se colocaba los guantes. No debió creer que su presencia fuera un problema, porque volvió a su trabajo y lo ignoró.

Axel entrelazó nuestras manos y mantuvo sus ojos fijos en los míos.

—Todo va a ir bien.

Sentí sus cálidos dedos entre los míos. Su mano era mucho más grande que la mía y su tacto me reconfortaba. Tan sólo un momento antes estaba muy preocupada por lo que me iban a hacer, pero ahora el médico apenas

ocupaba un lugar en un rincón de mi mente.

—No tengo miedo. —Noté la sequedad de su piel y la forma en que le sobresalían las venas de las manos. Tenía los antebrazos perfectamente definidos, con cada músculo resaltado como si lo hubieran esculpido.

—Voy a empezar. —El médico me agarró la mano con la suya y colocó la otra en mi codo.

—Mírame. —Axel apoyó su mano sobre mi brazo sano, acariciándome con los dedos.

Lo miré e intenté olvidarme de lo que estaba haciendo el médico.

—¿Qué has hecho hoy?

—Tenía clase. —Miré sus ojos azules y me di cuenta de lo distintos que eran de los de Francesca. Los de ella eran verdes, de color musgo, mientras que los suyos eran más luminosos que el océano en el Trópico.

—¿Conseguiste los deberes de Francesca?

—Sí. Tiene montones.

—Genial... —Me dedicó una sonrisa rápida.

Me encantaba esa sonrisa.

El médico me retorció algo que me hizo gritar.

Axel me apretó la mano.

—No mires.

¿Por qué no quería que mirara?

—¿Qué hiciste el fin de semana?

El dolor era insoportable. El médico me estaba retorciendo el brazo en posturas nada naturales, y sólo con imaginármelo me mareaba.

—Nada. Me quedé en casa.

—Hawke me llevó a un bar del centro. Nueva York es genial.

Se oyó un crujido final y el dolor fue tan agudo que me entraron ganas de vomitar.

—Está dentro —dijo el médico.

A los pocos segundos el dolor comenzó a disiparse, pero no desapareció del todo. Me volvieron a colocar el brazo en el cabestrillo y el médico se quitó los guantes.

—Ya ha terminado —dijo Axel, con mi mano aún en la suya—. Lo difícil

ya ha pasado.

—Tardará unas cuantas semanas en curarse —anunció el médico—. Puede irse a casa mañana por la mañana.

—Gracias... —¿De verdad estaba agradecida por la forma en que me había retorcido el brazo como si fuera una figura de papiroflexia?

Se marchó y cerró la puerta tras él.

Axel no retiró la mano.

—Parece que ahora tendré que cuidar de las dos. —Se rio en voz baja.

—Estaré bien —le aseguré—. Tengo el otro brazo.

—No puedes conducir —me recordó—. Y, por supuesto, no puedes trabajar.

—Mierda... —Ni siquiera lo había pensado. Sin trabajar no podría pagar las facturas. Mis padres me ayudarían si se lo pidiera, pero no quería tener que recurrir a eso.

—Yo me ocupo. No te preocupes por eso.

—No puedo coger tu dinero. —Una cosa era dejarle pagar los gastos de Francesca, pero no iba a permitir que pagara también los míos. Ya se me ocurriría algo.

—No vas a cogerlo. Te lo voy a dar yo.

—No. —Yo podía ser tan testaruda como Francesca—. Has dicho varias veces que no te pagan mucho.

—Para todo lo que trabajo, no. Pero tengo suficiente.

—También tienes que pagar tu alquiler.

—Ya has visto mi casa. Es un agujero de mala muerte y está tirado de precio. —Al hablar de su apartamento, el lugar donde nos habíamos enrollado, cerró la boca y se quedó en silencio. No había sido más que una noche de diversión, pero ahora ambos parecíamos arrepentirnos. Una parte de mí deseaba que no hubiera ocurrido nunca, y creo que él sentía lo mismo—. Marie, de verdad que no me importa.

—Te lo devolveré.

—Nunca lo aceptaría. —La mirada de sus ojos no dejaba lugar a dudas respecto a la sinceridad de su afirmación—. Ahora mismo no debes preocuparte. Te voy a ayudar, y fin de la historia. —Seguía teniendo un halo

de determinación en sus ojos, que brillaban con luz propia.

La puerta se abrió y, en lugar de ver regresar a mis padres, vi a Francesca entrar en la habitación. Volví a mirar, porque casi no me podía creer que estuviera allí. Tenía el pelo enmarañado, como siempre, y parecía que no se había cambiado de ropa en varios días. Pero había sentimientos en su rostro. Tenía los ojos entornados con un tipo distinto de tristeza.

—Marie... —Se apresuró al lado de mi cama y tomó mi mano—. Acabo de recibir el mensaje de voz de tu madre.

Axel retiró rápidamente la mano, acabando así con nuestra muestra de afecto.

Sentí frío en cuanto la apartó.

Francesca me miró el hombro y después se fijó en los hematomas que tenía por toda la cara.

—Me alegro mucho de que no sea nada grave.

Le apreté los dedos.

—Me pondré bien. Son sólo unos pocos arañazos y moretones.

Me acarició la mano antes de secarse las lágrimas con el dorso del antebrazo.

—Te quiero...

—Yo también. —Me abrazó con cuidado de no tocarme el hombro herido y se quedó abrazada a mí como si lo necesitara más que yo.

Me aferré a mi mejor amiga, viéndola de verdad por primera vez en más de un mes. Hasta entonces, había sido como un zombi que rondaba por la casa. Su verdadero yo había desaparecido, se había ido a un lugar a donde yo no podía seguirla. Pero ahora estaba conmigo... Había vuelto.

Recuperación

Marie

Daba gusto estar en casa.

La cama del hospital no era muy cómoda y el pitido constante del monitor me impedía dormir bien. No me había sentado en las sillas, pero sabía que a todos les resultaban incómodas.

Me acomodé en el sofá con el brazo todavía en cabestrillo. Podía hacer las cosas por mí misma, pero disponer de un solo brazo lo hacía todo más difícil. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo importante que era gozar de buena salud.

Francesca todavía seguía deprimida, pero salía de vez en cuando de su concha.

—¿Tienes hambre? ¿Te preparo algo?

—No, estoy bien. —Cogí mi tablet y me descargué un libro—. Voy a leer un rato.

Francesca se sentó a mi lado en el sofá.

—¿Necesitas alguna otra cosa? ¿Una manta?

—No estoy inválida. Puedo levantarme a cogerla.

Todavía parecía preocupada.

—De verdad, estoy bien.

Se recostó sobre el sofá y se abrazó las piernas contra el pecho. Sus ojos se perdieron de nuevo, como si estuviera hundiéndose otra vez en la depresión. Lo único lo bastante fuerte para sacarla de ese estado había sido

mi accidente.

Alguien llamó y ambas nos giramos hacia la puerta.

—Probablemente sea Axel. —Francesca se levantó del sofá con los vaqueros prácticamente cayéndole al suelo, y se dirigió a la puerta. Cuando abrió era obvio que no se trataba de Axel—. Hola, ¿qué te trae por aquí?

—¿Está Marie? —La voz de Cade me llegó a los oídos.

—Sí, está en el sofá. —Francesca se fue a su dormitorio y cerró la puerta.

Me había olvidado por completo de Cade. No sabía nada del accidente ni de mi estancia en el hospital. ¿Cómo había podido olvidarme de decírselo?

Cade se acercó al sofá.

—Francesca tiene un aspecto... distinto. —Era una forma agradable de decir que tenía una pinta horrorosa. Se detuvo cuando vio que tenía un brazo en cabestrillo y estaba llena de moretones—. ¡Hala! ¿Qué diablos ha ocurrido? —Se sentó a mi lado y observó mis lesiones.

—Tuve un accidente. Nadie más resultó herido.

—Mierda, ¿te has roto un brazo?

—Se me dislocó el hombro. Me lo volvieron a colocar y ahora todo va bien. —Agarré mis pastillas y las agité delante de él, haciéndolas sonar dentro del bote—. Y tengo Vicodina.

—Hostia. Estás bien, ¿verdad?

—Sí, me pondré bien. Tengo que llevar el brazo en cabestrillo unas cuantas semanas, pero después todo debería volver a la normalidad.

—¿Por qué no me llamaste?

—Eh... No lo sé. Todo ocurrió tan rápido... Simplemente se me fue de la cabeza.

No parecía enfadado, sólo preocupado.

—Me alegro de que estés bien. ¿Puedo hacer algo por ti?

—No. Ya tengo a Francesca y Axel.

Asintió con la cabeza.

—Bueno, puedes llamarme si necesitas cualquier cosa.

—Lo sé, Cade. —Se sentó a mi lado en el sofá y encendió la televisión.

—Supongo que lo único que puedo hacer es ofrecerte mi compañía.

—Sí... Es mejor que nada. —Ahora que estábamos sentados uno al lado del otro, no percibí la atracción que había sentido antes. Parecía más un amigo que otra cosa. Cade era un tío majo y muy guapo, pero no sentía nada más por él.

Y no entendía por qué.

AXEL ENTRÓ con su ropa de ir a la oficina.

—¿Preparada para ir a clase?

—De verdad que no hace falta que me lleves. —Me coloqué la bolsa sobre el hombro sano.

—No me importa. Además, no deberías conducir con una sola mano.

—Mucha gente lo hace.

—Sí, pero no deberían. —Fuimos hasta su coche y me abrió la puerta. Una vez dentro, me llevó al campus—. ¿Francesca no se ha ofrecido a llevarte?

—Sí, pero en estos momentos no confío en ella para que conduzca.

—Probablemente sea mejor así.

—Además, se ha arrastrado de nuevo a su concha. Pensé que el accidente la mantendría a flote una temporada, pero no ha durado mucho.

—Por lo menos ha salido un rato del hoyo.

—Supongo...

Cogió un café de Starbucks del portabebidas del coche.

—Es de tueste medio con leche de soja. Ya sé que no es exactamente lo que tomas tú, pero es lo más parecido que he podido conseguir.

Me quedé mirando el vaso e intenté evitar que mi rostro mostrara lo emocionada que me sentía. Tenía detalles conmigo sin necesidad de pedírselo. Se fijaba en las cosas que me gustaban y en las que no me gustaban. Siempre había pensado que Axel era un egoísta nato, pero empezaba a darme cuenta de lo equivocada que había estado. Cuando algo era importante de verdad, ahí estaba él.

—Gracias. Es muy amable de tu parte... —Di un sorbo.

—Yo soy un gruñón si no me tomo un café por la mañana.

—Nunca te he visto serlo.

Axel se echó a reír.

—Pregúntale a Francesca. Te lo contará. —Aparcó tan cerca como pudo de mi primera clase—. ¿Necesitas ayuda? Puedo acompañarte.

—No estoy inválida. —Me parecía muy dulce que Axel y Francesca se preocuparan por mí, pero todavía podía usar las dos piernas y un brazo. Podía arreglármelas bastante bien—. Gracias por traerme.

—De nada. Te veo a las tres.

—Puedo llamar a un Uber.

—O que un hombre guapo te lleve gratis. —Meneó las cejas de forma sugerente.

Me eché a reír y sentí que mis mejillas se ruborizaban.

—Eres muy persuasivo.

—Entonces te veo a las tres.

—Vale. —Abrí la puerta, pero no salí del coche. Me daba la sensación de que faltaba algo, que me olvidaba de hacer algo importante. Mi cuerpo se inclinó automáticamente y le di un beso de despedida, algo que no había hecho nunca. Ni siquiera estaba segura de dónde había surgido esa necesidad—. Adiós.

AXEL ME LLEVÓ a casa y empezó a preparar la cena en la cocina.

Casi no me podía creer lo que estaba viendo.

—¿Sabes cocinar?

—Algunos platos. Me enseñó Francesca. —Hizo la chuleta a la plancha y calentó las tortillas mexicanas en el microondas—. Mi madre solía preparar tacos al menos una vez a la semana. Era mi plato favorito.

Francesca siempre preparaba tacos, y ahora ya sabía por qué.

—Bueno, gracias. ¿Puedo ayudar?

—No. Tú relájate.

—¿Relajarme? —No pude evitar hacer una mueca.

—Sí. Relájate. —Me lanzó una mirada divertida antes de volver a prestar atención a la cocina.

Sentí que el dolor del hombro empezaba a agudizarse. Habían pasado cuatro horas desde mi último calmante y necesitaba tomarme otro. Estaba intentando tomarme los imprescindibles, porque esos medicamentos podían provocar adicción. Pero el dolor era insoportable y me rendí. Me tragué una pastilla enorme con una botella de agua.

Axel vio lo que hacía.

—¿Todavía te duele?

—Por desgracia, sí.

—Dale un poco más de tiempo. Habrá desaparecido antes de que te des cuenta.

—Eso espero. —Miré hacia el pasillo y me pregunté si debería molestarme siquiera en intentar que Francesca cenara con nosotros.

—No te preocupes. —Axel no me estaba mirando, pero parecía saber lo que estaba pensando—. Yo me ocupo de ella.

—¿No te da la sensación de que es como nuestra hija?

Axel se echó a reír.

—A mí siempre me ha parecido una niña.

—Hace que se me quiten las ganas de tener hijos.

—Te entiendo. Demasiado trabajo. —Apagó el fuego y sirvió la comida en los platos—. Tía, tengo un hambre terrible.

—¿Tía?

—Perdona, ya sabes qué quería decir. —Puso todo en la mesa y me preparó dos tacos, poniéndome el plato delante—. Voy a ver a la monstruita.

Se marchó por el pasillo y llamó a la puerta de su dormitorio.

—Hora de cenar.

—No tengo hambre...

No pude evitar un gesto de hartazgo y me quedé mirando la comida.

—Me importa una mierda —soltó Axel—. Ven aquí y cena como una adulta.

—Vete...

—Lamento que estés pasando por un momento difícil, pero eres absolutamente patética. ¿Qué pensaría mamá si te viera así? Me recuerdas a papá. Menos mal que no tienes una pistola cargada ahí dentro. —Dio un portazo tan fuerte que retumbó en toda la casa.

Me quedé mirando mi plato completamente en shock, sorprendida de que Axel hubiera explotado de esa forma.

Regresó a la mesa y se dejó caer en la silla con los hombros tensos.

Me quedé mirándolo, muda de asombro.

Empezó a comer como si no hubiera pasado nada.

Como estaba de mal humor, mantuve la cabeza baja y me quedé callada.

Axel comía con los codos sobre la mesa, demasiado enfadado para cuidar sus modales.

—Lo siento, pero es que estoy harto de toda esa mierda. Cuando vi a Hawke, le mentí y le dije que Francesca estaba bien. Que había vuelto a la universidad y al trabajo como si nada hubiera sucedido. Lleva más de un mes rondando por la casa como alma en pena sólo porque él se ha marchado. Se cabreó tanto como yo con nuestro padre y, sin embargo, ahora está haciendo exactamente lo mismo que él. Tendría que tener un poquito más de orgullo, por amor de Dios.

Comí en silencio, porque no estaba segura de qué decir. Axel estaba alterado por más de una razón.

—Cuando nuestros padres murieron, ¿sabes lo que hice? —Dejó de comer y miró por la ventana—. Levanté el culo y empecé a vivir mi vida. No me quedé sentado porque ellos ya no estuvieran.

—Francesca tampoco. —Se quedó deshecha por todo lo que había pasado, pero siguió adelante. Fue al instituto y cuidó de sí misma. Después de morir sus padres ya no volvió a ser la misma, pero seguía siendo una persona fuerte. A lo mejor hacía falta que alguien se lo recordara a Axel.

—Esto es distinto. Está así por un novio. Es patético.

—Nosotros no entendemos lo que siente. —No creía que Francesca dejara de vivir su vida sólo porque Hawke la hubiera abandonado, pero sabía que las rupturas afectaban a la química del cerebro. Era igual de real

que el dolor físico.

—Si me dejaran así, yo lo superaría. —Bebió un trago de cerveza sin despegar los ojos de la ventana.

—Entiendo por qué te sientes frustrado. Yo me siento igual. Pero insultarla no va a conseguir que se levante antes de la cama. —Había otras formas de lograrlo. Y decirle que era patética no era una de ellas.

Volvió a concentrarse en su taco y dio un par de bocados.

—Se pondrá bien cuando pueda. Simplemente tendremos que ser pacientes.

Axel sacudió la cabeza, decepcionado.

—Cuando me encuentre en mi lecho de muerte, más le vale estar allí para limpiarme el culo.

No había ninguna duda en mi mente de que estaría allí... tanto si él se ocupaba de ella como si no.

CADE ME ENVIÓ un mensaje de texto.

Hola, preciosa. ¿Puedo invitarte a una copa?

Últimamente no había pensado mucho en él. Y eso me hacía sentir culpable. No teníamos nada serio. De hecho, sólo habíamos salido una vez... y no había acabado bien. Pero ahora empezaba a pensar que estaba perdiendo el tiempo.

Sí. Pero no puedo beber alcohol por las medicinas.

Entonces, ¿puedo invitarse a un vaso de agua bien fría?

Me reí para mis adentros.

Sí. Suena bien.

Genial. ¿Estarás lista en una hora?

Ya estoy lista.

Mejor todavía.

Me peiné lo mejor que pude con un brazo y me puse algo más apropiado para salir. Podía haberme limitado a cortar con él con un mensaje de texto,

pero me pareció muy frío. Era mejor salir y pasarlo bien, y al final de la noche le diría cómo me sentía. Quería seguir siendo amiga suya, y acabar bien era esencial para conseguirlo.

Me recogió una hora más tarde y fuimos a un pequeño café del centro. Era mejor que un bar, porque el ambiente era agradable y tranquilo. Habló de sus clases y de su trabajo en la oficina del condado. Después se interesó por mi brazo.

—Va mejor. Pero todavía me duele un poco.

—¿El seguro del otro conductor cubre algo?

—Sí. Mi coche ha quedado siniestro total, así que la compañía de seguros me va a dar el valor total de reposición.

—Bueno, es de agradecer. ¿Cómo te has estado moviendo?

Pronunciar su nombre me hacía sentir incómoda, como si estuviera ocultando algo. Jugueteeé con mi pelo, sintiéndome nerviosa sin motivo aparente.

—Axel me ha llevado a todas partes...

Cade se acabó el sándwich.

—Parece un tío majo. ¿Es el hermano de Francesca?

—Sí.

—Parece buen tío.

Era el mejor que conocía.

—Es muy amable.

Bebió agua y después miró mi vaso.

—El agua está rica, ¿eh?

Me eché a reír.

—El mejor vaso de agua que he tomado en una cita.

—Eso es lo que quería decir. —Había dejado la cesta limpia después de engullir el sándwich y las patatas fritas.

Ahora que habíamos llegado al final de la comida, sabía que era el momento de decirle la verdad. Era un chico muy agradable y me sentía mal por dejarlo escapar. Pero, de todas formas, tampoco parecía que estuviera muy colado por mí, así que no iba a pasar nada.

—Cade, eres un tío genial y me gustas, pero... creo que deberíamos ser

sólo amigos.

—¿Sólo amigos? —Se limpió la boca con la servilleta y me miró totalmente perplejo—. ¿Por qué?

—Yo... Supongo que no siento que haya una conexión de verdad entre nosotros. No es culpa tuya. Simplemente no quiero darte falsas esperanzas.

—Vale, pero en realidad no hemos tenido ni siquiera una oportunidad. Nuestra primera cita no fue demasiado bien porque la cagué, pero te prometo que nunca más volverá a pasar algo así. Venga, déjame intentarlo.

La cara de Axel no hacía más que surgir en mi mente y deseaba que desapareciera.

—No creo que vaya a cambiar de opinión. O lo sientes o no lo sientes...

—Cade parecía decepcionado, con la vista fija en la mesa que nos separaba—. Espero que podamos seguir siendo amigos.

—Por supuesto que podemos ser amigos. —Volvió a mirarme—. Ojalá me dieras otra oportunidad. Con Francesca enferma y tu accidente de coche, no hemos tenido ocasión de hacer que funcione.

Tenía razón en eso, pero aun así seguiría sintiendo que lo estaba engañando si continuaba viéndolo.

—Tal vez en otro momento de nuestras vidas. Pero ahora mismo, no.

Al final Cade se rindió, porque sabía que yo no iba a echarme atrás.

—Si eso es lo que sientes, lo respeto.

—Gracias...

—Entonces, ¿preparada para irnos?

Asentí con la esperanza que el trayecto de regreso a casa no fuera demasiado incómodo.

ME ACOMPAÑÓ hasta la puerta y me miró a la cara.

—Lo he pasado muy bien esta noche... aunque me hayas dado calabazas. —Se echó a reír y metió las manos en los bolsillos.

—No te he dado calabazas.

—Más o menos sí.

—Probablemente me arrepienta de esto más adelante.

Se encogió de hombros.

—Soy un tío bastante majo, pero nada del otro mundo. Tú eres una chica de diez y yo soy más o menos un cinco.

Estallé en risas, porque era ridículo.

—Los números están al revés.

—No es verdad. —Me pisó el pie en broma.

—Sí, sí que lo es. O es eso o es que estás ciego.

—A lo mejor eres tú la que deliras por culpa de los analgésicos.

Busqué en mi bolso y saqué las llaves.

—Yo creo que no, de verdad.

Observó mis movimientos hasta que lo miré a los ojos. Entonces dio un paso hacia mí con las manos todavía en los bolsillos.

—¿Un beso de despedida?

—Supongo. —¿Qué mal había en ello?

Apretó sus labios contra los míos y me dio un beso con la boca cerrada. Fue un beso para todos los públicos, pero noté un rastro de chispa. Nada parecido al fuego que había sentido cuando me acosté con Axel, aunque no debía comparar.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Cade. —Lo vi alejarse por el camino hacia el coche. La mayoría de las mujeres me dirían que era una estúpida por darle la patada a Cade, pero tenía que cortar la relación antes de que se convirtiera en algo serio. Si ahora me parecía que no funcionaría, ¿por qué iba a funcionar más adelante? Era mejor ahorrarnos el sufrimiento.

Cuando oí el ruido de pisadas en el césped, me giré y vi a Axel ahí de pie. Llevaba una bolsa de la compra en una mano y una expresión vacía en el rostro. Me miró sin reaccionar, con todos los pensamientos y sentimientos bloqueados.

Había supuesto que ya se habría ido a casa a esa hora de la noche, y no esperaba verlo allí. Los miércoles normalmente trabajaba hasta tarde. Y, por supuesto, no esperaba que apareciera así, de la nada. No veía su coche, así que supuse que había cogido el de Francesca.

Me quedé mirándolo sin saber qué decir. La culpa me invadió como si me hubiera pillado haciendo algo malo. Quería disculparme, pero ¿por qué debería hacerlo?

Se detuvo en la hierba y me miró de arriba abajo, con la bolsa todavía en la mano. Sus ojos no dejaban traslucir sus pensamientos. Lo que pasaba por su mente era un misterio para mí. Entonces empezó a andar de nuevo, dirigiéndose directamente a la puerta de entrada. Pasó a mi lado sin mirarme siquiera.

Me sentí como una mierda.

Lo seguí adentro y vi cómo dejaba la compra sobre la mesa. En ese momento no tenía ni idea de lo que había entre Axel y yo. No habíamos hablado de nada romántico, pero siempre me pareció que había algo en el aire. Había química, y, cuanto más tiempo pasábamos juntos, más fuerte parecía el vínculo. De algún modo me parecía que lo había traicionado.

—Axel...

—Sólo venía a dejaros esto de camino a casa. —Su voz brotó normal, como si nada acabara de suceder—. Tengo prisa.

—Axel, deja que te lo explique. —Tenía que saber que acababa de romper con Cade—. No estoy saliendo...

—Hoy tengo una cita, así que me tengo que marchar ya. —Pasó a mi lado y se dirigió hacia la puerta.

«Espera, ¿qué?».

—¿Tienes una cita esta noche?

Se detuvo en el umbral y me miró.

—No es tanto una cita como un polvo amistoso. —Bajó los escalones y se dirigió hacia el coche de Francesca—. Seguro que Cade y tú hicisteis exactamente lo mismo.

Estupidez

Axel

Estaba sentado en un bar a las once de la noche de un miércoles. Tenía una cerveza delante de mí y buscaba a una mujer para llevármela a casa. Hasta ese momento no había visto a nadie que me gustara.

Cuando la vi con Cade, salté.

Había supuesto que había dejado de salir con él porque no había vuelto a aparecer. Estuve al lado de Marie todo el tiempo en el hospital, y no se pasó por allí ni una sola vez. Si no iba cuando sucedía algo así, lo lógico era imaginar que había desaparecido de escena.

A pesar de mi enfado, sabía que había reaccionado de forma exagerada... y había sido muy injusto. Marie nunca había dicho nada de que hubiera una relación entre nosotros, y yo había afirmado que de ninguna manera quería nada serio con nadie. Ni siquiera habíamos hablado de ello.

No me debía nada.

Pero cuando los vi besándose en la entrada, me encabroné. Había estado atendiéndola como a una reina, la llevaba a clase todos los días e iba a por sus medicinas. No me importaba hacerlo y, por supuesto, no esperaba nada a cambio, pero... no me gustaba que estuviera con otro.

¿Me había convertido en el gilipollas más grande del mundo?

Entró una morena muy guapa, así que di el primer paso. Dejé la cerveza en la mesa y me puse a hablar con ella. Usé mi táctica habitual, haciendo unas cuantas bromas y movimientos sensuales. A los veinte minutos ya la

tenía en el bote.

Estábamos de pie cerca de los baños, y fue allí cuando la besé. Hundí la mano en su cabello y lo acaricié. No se parecía en nada al de Marie. No era suave y delicado. De hecho, lo tenía un poco enredado. El beso no me hizo estremecer. Me sentí como si estuviera en un sueño, uno en el que no era capaz de sentir nada.

Me di cuenta de que estaba forzando las cosas al intentar enrollarme con alguien para olvidar que Marie se había liado con Cade. Me sentía muy confuso y no sabía cómo arreglarlo.

Pero esa no era la solución.

—Lo siento. —Me separé y di un paso atrás—. Acabo de darme cuenta de que tengo que ir a otro sitio...

—Ah... Vale. —Me dirigió una mirada de incredulidad, como si estuviera loco por rechazar una noche de sexo garantizado.

—Buenas noches. —Me fui del bar y sentí el peso de la culpa sobre mis hombros. Marie había quedado con otro, y además yo ni siquiera estaba saliendo con ella. Así que no estaba haciendo nada malo. No había nadie a quien traicionar. Pero me sentí como si hubiera hecho algo terrible, algo imperdonable.

«Necesito ayuda de verdad».

NO QUERÍA LLEVAR A MARIE A CLASE, pero tampoco me parecía bien dejarla tirada. Dependía de mí, y yo era un hombre de palabra. Le compré su café mañanero, como de costumbre, y luego aparqué en la acera.

Me vio por la ventana y no pudo ocultar su expresión de sorpresa. No contaba con que yo apareciera por allí.

Aquello me dolió.

Se acercó al coche y se sentó en el asiento del copiloto. Estaba callada como una tumba y ni me miró.

En cuanto tuvo abrochado el cinturón de seguridad, arranqué. Por suerte, la radio estaba encendida, así que había algo que escuchar. No nos

hablamos. No dije nada porque no tenía ni idea de qué decir. ¿Cómo podía explicar mi comportamiento de la noche anterior sin mantener una conversación que no quería que sucediera? Debió pensar que era patético, enfadándose sin ningún derecho. Me sentí como un adolescente montando una escena sin motivo.

Llegué a su edificio del campus y detuve el coche en el aparcamiento.

Se quedó sentada como si fuera a decir algo. Pero el silencio se prolongó eternamente. Volvió su rostro ligeramente hacia mí, y luego lo retiró. La puerta se abrió y salió del coche, dejando dentro su café sin tocar.

Y después se marchó.

CUANDO LA RECOGÍ suponia que iba a soportar otro viaje en silencio. El trayecto en coche iba a ser dolorosamente incómodo, probablemente peor que el anterior. Paré en la acera y la vi montarse por el rabillo del ojo. Todavía llevaba el brazo en cabestrillo, pero se las apañaba bastante bien.

Cerró la puerta y se abrochó el cinturón. Y, al igual que por la mañana, me ignoró.

Mientras la llevaba a casa, intenté concentrarme en la música de la radio. Si prestaba atención a la forma en que giraba la cabeza para no verme, me hervían las entrañas. Mi prioridad era llevarla tan rápido como fuera posible.

Paré en la acera delante de su casa y ambos caminamos hacia la puerta. Francesca era como un grano en el culo, pero tenía que ver cómo estaba. Con la lesión y la medicación que estaba tomando, Marie no se podía ocupar de todo ella sola.

«Por desgracia».

Entramos y fui por el pasillo a ver cómo estaba Francesca. Seguía tumbada en la cama sin hacer absolutamente nada, como siempre.

—Vamos a dar un paseo o algo. —Iban a formarsele trombos si seguía ahí tumbada todo el día.

—Bah.

Me entraron ganas de arrancarle la cabeza.

—¿Tienes idea de lo patética que eres? —Permaneció en silencio—. No he estado más decepcionado contigo en toda mi vida. —Cerré la puerta y regresé a la cocina.

Marie acababa de sacar su portátil y un cuaderno. Me miró con frialdad, juzgándome severamente por las duras palabras que acababa de pronunciar.

—Sé que necesita mover el culo, pero deja de hablarle así.

—Puedo decir lo que me dé la puta gana. —Estábamos hablando de Francesca, pero parecía que estuviéramos refiriéndonos a algo más.

Dejó caer la mochila sobre la mesa y se me quedó mirando con una mano sobre la cadera.

—Eres un cabrón insensible.

—Y tú eres una puta.

Marie abrió los ojos hasta que alcanzaron el tamaño de dos pelotas de tenis. La rabia ardía en su rostro y estaba a punto de explotar. Me lanzó la mirada más fiera que había visto en mi vida.

Pero no me hacía falta verla para saber que lo que había dicho era imperdonable.

—Perdona. Retiro lo que he dicho.

Marie todavía hervía de rabia en silencio y su enfado era palpable.

—No quería decir eso. —Había perdido los estribos y había hecho algo estúpido. Había insultado a alguien a quien respetaba más que a ninguna otra persona. Fuera lo que fuese lo que sentía en ese momento... la verdad es que no lo estaba llevando nada bien.

—¿Qué tal tu cita? —preguntó con desprecio—. Quiero decir, ¿hubo polvo amistoso?

—Fue genial. Gracias por preguntar. —No me había acostado con nadie, aunque sí había besado a una chica. Pero dejé que continuara creyendo la mentira porque no deseaba que se diera cuenta de lo que sentía por ella.

Sacudí la cabeza y bajó la vista.

—Me siento tan estúpida... —Su voz apenas sonaba inteligible porque hablaba para sí misma, no para mí.

—¿Cómo?

—Nada. —Se sentó y abrió el portátil, dando por terminada la conversación.

—No. Cuéntamelo. —Di otro paso hacia ella, porque necesitaba saber lo que había dicho. Por alguna razón sabía que era importante.

Encendió el portátil y después alzó los ojos hacia mí, lanzándome una mirada de absoluta decepción.

—Por algún motivo inexplicable, pensé que tal vez había algo entre nosotros. No sé explicar por qué. No hemos hablado de ello, pero no parecía que hiciese falta. Me sentía culpable por salir con Cade sabiendo que esa relación no iba a ninguna parte, así que rompí con él anoche.

¿Había cortado con él?

—Pero si hubiera sabido que andabas follando por ahí y que no tenías ningún problema en llamarme puta, no lo habría hecho. —Apretó los dientes con fuerza y sacudió la cabeza. Después concentró la mirada en la pantalla del ordenador y me ignoró—. Fue una decisión estúpida...

Me quedé helado, incapaz de creer lo que acababa de oír.

—Si rompiste con él, ¿por qué lo besaste?

—Fue un beso de despedida. Algo inocente.

Ahora me odiaba por haber perdido los estribos. La noche anterior me había largado echando pestes. Y después me había liado con esa tía del bar...

—Creo que anoche reaccioné exageradamente. Ni siquiera estoy seguro de lo que pasó. Simplemente... salté.

Marie tenía los ojos clavados en el ordenador.

—Mentí al decirte que tenía una cita. Lo dije sólo porque estaba muy cabreado.

Volvió lentamente los ojos hacia mí.

Omití la parte de la chica del bar. Como ella también había besado a Cade, estábamos empatados. No tenía sentido sacarlo a relucir. Además, no me había acostado con ella.

—Yo tampoco sé lo que hay entre nosotros. Pero entiendo lo que quieres decir... Lo he notado.

Ahora tenía sus ojos clavados en mí.

La miré y esperé a que dijera algo.

Pero no fue así.

Me acerqué una silla y me senté a su lado, deseando estar cerca de ella. Llevaba maquillaje, y las pecas diminutas que había visto en su cara habían desaparecido. Sus ojos seguían tan verdes y llenos de vida como siempre. Estaba aterrorizado al borde de un precipicio. No sabía hacia qué lado inclinarme, si es que de verdad quería decidirme. Siempre había supuesto que sentaría la cabeza con una chica si encontraba la adecuada, pero en ese momento no estaba seguro de desear que esa posibilidad se hiciera realidad. ¿De verdad sería capaz de mantener una relación seria? ¿O simplemente lo jodería todo?

—Me gustaba Cade, pero cuando empezaste a venir por aquí... pensaba cada vez menos en él. —Cerró el portátil con un débil clic—. Siempre que estaba con él pensaba en ti. Llegué hasta el punto de sentir que era una mentirosa. Cade y yo nunca tuvimos una relación seria, pero me sentí muy mal por hacerle pensar que podía llegar a algo más.

¿Nunca fue serio?

—¿Te acuestas con tíos y no te parece que sea serio? —Los celos volvieron a apoderarse de mí y deseé poder controlarlos. Ni siquiera tenía derecho a estar celoso—. Lo siento... También retiro esto último.

—¿Así que tú puedes acostarte con quien te dé la gana y yo no? ¿Eso me convierte a mí en una puta y, en cambio, no tiene ningún efecto en tu reputación? —Marie sacudió la cabeza ligeramente—. No me gustan los machistas y no me había dado cuenta de que lo eras.

La conversación volvía a irse al carajo.

—Eso no es lo que he dicho y, sobre todo, no es lo que quería decir. Cuando trajiste a Cade hace un par de meses... me molestó. Eso es todo.

Marie me miró con ojos entrecerrados mientras trataba de digerir lo que yo acababa de soltar por la boca. Sus cejas se relajaron cuando lo comprendió.

—No me he acostado con Cade. Se quedó a dormir una vez porque estaba demasiado borracho para conducir. Eso es todo.

Un coro celestial empezó a sonar dentro de mi cabeza.

—En esa época no creí que te importara lo más mínimo.

—Yo tampoco lo creí.

Marie miró la mesa que se interponía entre nosotros, con las manos apoyadas sobre el portátil. Se aclaró la garganta y dejó escapar un leve suspiro.

La miré fijamente e intenté pensar en lo siguiente que iba a decir.

Levantó la vista hacia mí y sus ojos verdes me embriagaron. Me atraían hacia ella una y otra vez.

No estaba seguro de qué camino tomaríamos a partir de ese punto.

—Entonces... ¿ahora qué?

—No lo sé. —Llevaba mucho tiempo luchando contra mí mismo. Cada vez que intentaba convencerme de que mis sentimientos hacia Marie eran sólo platónicos, fallaba estrepitosamente. Incluso cuando me empeñaba en impedirlo, seguía mirando la curva de sus labios y la suavidad de su cabello. Los detalles que antes había considerado irrelevantes ahora eran vitales para mi supervivencia.

Se quedó contemplando sus propios dedos antes de devolverme la mirada.

—Bueno... Tal vez deberíamos salir.

Quería llevarla a algún sitio, como en una cita. Quería invitarla a cenar y acompañarla después hasta la puerta de su casa. Eso me parecía fácil. Cuando pensé en todo lo demás que implicaba salir con ella, me puse nervioso. Ya nos habíamos acostado, pero ahora era distinto. Lo otro había sido en una vida distinta, y ahora ella era una mujer diferente. Me moría de ganas por besar lentamente esos labios, de grabar en mi memoria su suavidad al acariciarlos con los míos. Quería disfrutar lentamente de su cuerpo desnudo. Quería sentirla de verdad, no correr como un loco hacia la meta. No quería follar. Quería hacer el amor. Y lo deseaba tanto que a veces dolía.

Pero entonces pensé en todo lo demás. Marie era la mejor amiga de mi hermana. Si las cosas no funcionaban entre nosotros, y conociéndome sabía que no iban a funcionar, podría arruinar su amistad. Afectaría a mi relación

con Francesca. Podría destruirlo todo a nuestro alrededor. Marie era la definición exacta de una mujer de verdad, y yo tenía miedo de no ser lo bastante hombre para ella. ¿Qué pasaría si me acobardaba y la dejaba tirada cuando más me necesitara? Francesca ya había pasado por ello y era más fuerte que yo. ¿Me hundiría yo también cuando las cosas se torciesen? ¿Era tan patético como lo había sido mi padre?

Marie no dejaba de mirarme, esperando una respuesta.

Los pensamientos y las dudas inundaron mi mente. Me gustaba Marie... mucho. Pero no estaba seguro de poder darle todo lo que quería. Serle fiel no era el problema. No había estado con nadie desde que empezamos a pasar más tiempo juntos. Pero una relación implicaba mucho más y sabía que ese no era precisamente mi punto fuerte.

—No creo que sea buena idea.

Marie intentó ocultar el dolor en su rostro, pero no lo consiguió. Sus ojos se apartaron con tristeza, como si hubiera dicho lo peor que podía imaginar. Su reacción fue lenta, como si creyera que no me había entendido bien. Cuando bajó la vista y evitó mi mirada, supe que le había hecho mucho daño.

—Me gustas de verdad, Marie. Ese no es el problema.

—¿Te gusta demasiado tu libertad? —Volvió a abrir su portátil, dando por terminada la conversación.

—No, no es eso para nada. —Cuando Hawke había señalado que estaba siendo fiel a una mujer con la que ni siquiera estaba saliendo, me había entrado el pánico—. Eres la mejor amiga de Francesca, y yo soy su hermano. Si las cosas se ponen feas... nos afectaría a los tres.

Marie asintió, comprendiéndolo.

—Supongo que tienes razón.

—Si no funciona... podríamos meternos en más problemas. Y, sinceramente, no sé nada de relaciones. Es más que probable que joda la nuestra. Entonces la situación se volvería muy incómoda.

—Supongo que vuelves a tener razón. —Su voz surgió más fuerte—. De todas formas, este tipo de relación no es precisamente lo que busco.

No entendí el significado de sus últimas palabras.

—¿Qué quieres decir?

—Me fijé en ti en el instituto, y no sólo porque pensara que eras guapo. Me encantaba que fueras divertido y leal a tus amigos. Me encantaba que te metieras con tu hermana pero que también la protegieras. Cuando vuestros padres murieron, cuidaste de Francesca. Hay muchas cualidades tuyas que admiro. Pero tú sólo te fijaste en mí cuando crecí y conseguí este cuerpo. Sólo me miraste con otros ojos cuando entré a formar parte del grupo de las chicas guapas. La atracción física es importante, pero no te fijaste en el interior, en lo que de verdad importa. Incluso ahora sigues siendo superficial. —Volvió a mirarme, y esta vez su rostro no mostró emoción alguna—. Creo que tienes razón. Lo nuestro no funcionaría nunca.

Fue como si un edificio se me hubiese derrumbado encima de la cabeza y me hubiese arrebatado el aire de los pulmones. Sus palabras me destrozaron, me mataron por dentro. Jamás me había planteado que yo pudiera ser una persona hueca y superficial.

—No es así como me siento...

—Lo sé —respondió—, pero eso es lo que ocurrió. Y que no quieras empezar una relación ahora sólo confirma que no sientes la misma conexión emocional que siento yo. Lo único que sientes es la atracción física, el zumbido que se percibe en el aire. No ves nada más allá de la superficie. Y no pasa nada, Axel. No te estoy juzgando. Pero estoy de acuerdo contigo en que una relación entre nosotros no funcionaría nunca. Ninguno de los dos sería feliz.

Me encorvé, sintiéndome mareado.

Marie abrió la mochila y sacó los apuntes. Algunos eran suyos y otros eran de Francesca.

—Creo que es mejor que volvamos a lo de antes, a ser amigos. —Cuando no volvió a mirarme supe que la conversación había terminado.

Quise decir algo más, hacer algo que cambiara la opinión que tenía de mí. Pero me di cuenta de que no había nada que hacer, porque tenía razón.

Amistad

Marie

El fisioterapeuta me ayudó a mover el brazo, a recuperar las sensaciones y el movimiento. Usábamos pesos ligeros para ir ganando fuerza y me ayudó a estirar los tendones para que recuperasen su antigua vitalidad. Algunas veces los movimientos me dolían, pero eran necesarios.

—Hoy lo has hecho muy bien. —El fisioterapeuta me dedicó una sonrisa amistosa mientras me acompañaba a la salida—. Tómate las cosas con calma y mantén el brazo en el cabestrillo. No se puede acelerar el proceso de curación.

—Gracias. —Me despedí y me dirigí hacia Axel, que estaba sentado en la recepción. Había estado ayudándome con los recados, ya que seguía sin poder usar el brazo.

Se puso en pie, aún con la ropa del trabajo. Llevaba una camisa azul que le resaltaba el color de los ojos y una corbata gris.

—¿Qué tal ha ido?

—Como siempre. Ya tengo más fuerza, pero todavía me duele.

Me miró el hombro como si pudiera ver a través de mi camisa.

—No te preocupes. Ya mejorará.

Mi mayor temor era que nunca lograra usarlo como antes. ¿Qué pasaría si me dolía para siempre? ¿Y si trataba de mover el brazo pero sólo conseguía empeorarlo? ¿Y si nunca volvía a ser igual?

Axel percibió mi preocupación.

—Estas cosas llevan tiempo. Al final todo volverá a la normalidad.
—Salimos juntos y me abrió la puerta del coche.

—Gracias. —Me acomodé en el asiento y me abroché el cinturón de seguridad. Axel y yo no volvimos a sacar la conversación que habíamos tenido la semana anterior. Había hablado abiertamente de mis sentimientos y le había dicho que quería algo más, algo que importara de verdad, pero él me había rechazado.

Me sentía mortificada.

Sentirse rechazada de esa forma era brutal. Había expuesto mis sentimientos unas cuantas veces en el pasado y me había recuperado del rechazo, pero ahora era distinto. Quería de verdad estar con él, y había creído que él también lo deseaba.

Cuando me rechazó, recordé la verdad: que Axel no había cambiado nada. A veces imaginaba que era una persona diferente. Cuando pasábamos un rato juntos, parecía que era más profundo, que había más capas bajo su actitud superficial. Pero ahora comprendía que eran imaginaciones mías. Axel era exactamente la misma persona que antes, alguien que buscaba pasar un buen rato sin compromisos. No había cambiado su forma de ser al hacernos más amigos. Yo no significaba tanto para él como él para mí.

Tendría que pasar página.

Me llevó a casa y entró conmigo.

Intenté actuar con total normalidad, fingir que esa conversación tan incómoda nunca había sucedido. Pero nuestra relación nunca volvería a ser igual. Antes estaba tranquila a su lado, me sentía cómoda en su presencia, incluso me reconfortaba. Pero ahora se había abierto una brecha entre nosotros.

Axel fue a ver cómo estaba Francesca y después regresó a mi lado.

—Creo que la voy a llevar a un terapeuta.

No había mejorado nada en casi dos meses y los dos estábamos empezando a preocuparnos. Las rupturas eran muy duras para mucha gente, pero esto era algo completamente distinto.

—No es mala idea.

—No sé qué más hacer. —Se sentó a la mesa de la cocina y miró por la ventana—. Si pudiera arrancarle a golpes ese comportamiento sin sentido, lo haría.

Me senté a su lado, exactamente igual que estábamos la noche que habíamos decidido seguir caminos separados.

—Yo también.

—Entonces, ¿crees que debería hacerlo? —Apartó los ojos de la ventana y me miró—. He encontrado uno en Myrtle Beach. Está especializado en esta clase de problemas.

—¿Es caro?

Se encogió de hombros.

—Si lo necesita, no creo que importe el coste.

No estaba segura de cuál era la situación financiera de Axel, pero no quería que se puliera los ahorros de toda su vida en Francesca.

—Tal vez podamos pedir cita y ver qué tal funciona.

—Sí —asintió Axel, totalmente de acuerdo—. A lo mejor, si habla con un profesional se abrirá un poco más.

—Merece la pena intentarlo.

—De acuerdo. Pediré cita. —Se levantó de la silla y se dirigió a la puerta—. Tengo prisa. Nos vemos luego.

—Vale. —Lo vi marcharse, preguntándome si tendría una cita o algo así. No debería importarme. Ni siquiera debería pensar en ello. Pero me importaba.

Y pensaba en ello.

ME TUMBÉ EN la cama al lado de Francesca.

No pronunció una sola palabra. Ni siquiera protestó porque estuviera en su cama.

—Te echo de menos... —Francesca era la única persona con la que podía hablar de todo. En ese momento deseaba hablar de Axel. Pero, dado que era su hermano, tampoco habría podido decir nada. Tal vez tumbarme a su

lado me reconfortaría.

Francesca permaneció en silencio durante casi un minuto.

—Yo también te echo de menos.

—Quiero que vuelva mi amiga.

—Todavía sigo aquí, Marie. Ya sé que no soy la misma de antes, pero sigo siendo yo... muy en el fondo.

—¿Cuándo crees que te pondrás mejor?

Francesca se encogió de hombros.

—Axel y yo te vamos a llevar a un terapeuta.

Inmediatamente se mostró beligerante.

—No necesito un terapeuta.

—Frankie, lo vas a hacer tanto si te gusta como si no. Axel y yo estamos pasando por un infierno mientras tú te dedicas a destruirte en tu habitación. Vas a hacerlo, y no por ti sino por nosotros.

Cuando se lo dije con esas palabras, no fue capaz de rechazar la idea.

—De acuerdo. —Me habría sorprendido mucho si me hubiera dado una respuesta distinta—. ¿Cómo está tu brazo?

—Va mejor...

—¿Qué cuentas tú de nuevo? —Era muy triste que tuviera que hacer esa clase de preguntas. Vivíamos en la misma casa, pero en realidad, no habíamos pasado mucho tiempo juntas últimamente.

—No mucho. He cortado con Cade.

—¿Por qué? Pensé que te gustaba.

—Y así era. Pero no me parecía que lo nuestro fuera a ninguna parte...

—Francesca no estaba muy unida a su hermano, pero dudaba que quisiera escucharme hablar de él en plan romántico. Tal vez Axel tenía razón. Si salíamos juntos, todo se volvería demasiado raro.

—Qué mal. Encontrarás a otro.

—Seguro que sí. —Sólo tenía que dejar de pensar en Axel para que sucediera.

—Seguro que en estos momentos ya estará con otra... —La tristeza de su voz me partía el alma. No me hizo falta preguntar a quién se refería.

—Por lo que dijo Axel, está igual de destrozado.

—Eso no quita para que salga con otras...

No sabía qué decir para conseguir que se sintiera mejor, así que me callé la boca.

Francesca cerró los ojos y no volvió a hablar.

Me quedé allí tumbada, intentando encontrar consuelo en su desesperación. Yo también estaba triste y deseaba estar con el hombre que no podía tener.

LLEVAMOS a Francesca a la clínica y la vimos cruzar las puertas de la consulta. La ropa le quedaba muy suelta y ya no parecía ella misma. Si Hawke la viera en ese momento, quizás ni la reconocería.

Cuando se cerraron las puertas, nos sentamos a esperar.

Axel apoyó el tobillo en la rodilla opuesta y tamborileó suavemente con los dedos. No podía quedarse quieto cuando tenía ansiedad. Siempre que esperaba una noticia importante, se revolvía de una forma u otra. A veces sacudía la rodilla o daba golpecitos con el pie.

—Seguro que la consulta va muy bien. —Apoyé la mano en su muñeca y le sujeté los dedos. La sacudida habitual de emoción me recorrió todo el cuerpo un segundo después de sentir su tacto. Noté lo cálida que era su piel. Me vinieron a la mente poderosas imágenes de la noche que habíamos pasado juntos. Parecía que había sucedido en otra vida y que nosotros éramos personas diferentes.

Sus dedos dejaron de moverse y dirigió la mirada hacia mi mano.

La retiré cuando me di cuenta de que la caricia había durado demasiado. Puse las manos sobre mi regazo e intenté fingir que no había sentido nada.

Axel no retiró la mano, pero dejó de tamborilear.

—Eso espero.

Nuestra relación todavía resultaba incómoda y empezaba a añorar la amistad que habíamos tenido. Antes nos divertíamos juntos, jugando a juegos de mesa o charlando. Pero ahora todo era... forzado.

—¿Estás saliendo con alguien? —No quería saber la respuesta, pero necesitaba dar un paso hacia la normalidad. Alguien tenía que hacerlo. Axel se volvió hacia mí, encogiéndose al oír la pregunta—. Quiero que volvamos a ser amigos. Ya sabes, a ser nosotros mismos cuando estamos juntos. Ha habido tanta tensión... y te echo de menos. —Sus ojos se suavizaron—. Odio tener que andar con pies de plomo cuando estoy contigo. Quiero volver a la normalidad.

—Nunca hemos hablado de nuestras vidas personales...

—Lo sé. Pero tal vez podamos empezar ahora. —Si nunca íbamos a tener una relación romántica, deberíamos acostumbrarnos a salir con otros.

—Bueno... Yo no estoy saliendo con nadie. No he quedado con nadie desde... —Se quedó callado mientras intentaba recordar—. Poco después de que nos acostáramos.

Eso había sido hacía dos meses. ¿No había estado con nadie desde entonces? ¿Ni siquiera últimamente?

Quitó la mano de la rodilla y se frotó la barbilla.

—¿Y tú? ¿Has tenido alguna cita últimamente? —Me lo preguntó como si él tampoco quisiera saber la respuesta.

—No. —Ni siquiera había usado el vibrador porque estaba demasiado deprimida.

No ocultó su alivio al oír mi afirmación.

—¿A qué te has dedicado últimamente?

—He estado trabajando en la cartera de inversión de uno de mis clientes. Es inmensamente rico... Asquerosamente rico. Quiere que juegue con su dinero como si fuera un juguete comprado en los chinos. Mi jefe está encima de mí todo el día por ese tema.

—Parece muy estresante.

—Puede llegar a serlo. Pero estoy aprendiendo mucho, y eso es lo que importa.

—¿A dónde tienes intención de ir después?

—No lo sé... Me gustaría fundar mi propia empresa algún día. No sé muy bien cómo hacerlo.

—Si te empeñas de verdad, estoy segura de que triunfarás.

—Quizás...

Aclaramos las cosas en una conversación que al principio había sido tensa, pero que empezó a relajarse lentamente. Muy pronto estábamos riendo de nuevo, y poco a poco las cosas volvían a ser como antes. Aunque parecía que nuestra antigua amistad regresaba, también sentía que se me escapaba el corazón. Por algún motivo, mi cuerpo ansiaba el suyo. Axel me importaba de una forma especial que era incapaz de expresar con palabras. No era mi alma gemela, ni siquiera era alguien que pareciera compatible conmigo, pero, a pesar de todo, mis sentimientos eran verdaderos.

AXEL CONDUCE y yo iba sentada en el asiento del copiloto. Francesca iba atrás con la mirada perdida fija en la ventanilla.

—¿Cómo ha ido? —Decidí hacer yo las preguntas, porque Axel era un poco duro con su hermana.

—Normal. —Francesca apoyó la cabeza contra el cristal, como si estuviera intentando no quedarse dormida.

—¿De qué habéis hablado? —Era muy poco realista esperar que Francesca se recuperase en una hora, pero esperaba ver algún tipo de progreso.

—Sólo de... cosas. —Francesca se mostraba reservada como una adolescente, poco dispuesta a dar información.

En ese momento deseé no tener hijos.

Axel me miró desde el asiento del conductor, pero se mantuvo en silencio.

—¿Te ha gustado? —pregunté.

—Es agradable —respondió Francesca—. Habla con suavidad y tiene mucha paciencia.

—¿Vas a volver a ir?

Francesca se quedó en silencio durante casi un minuto.

—Sí tú quieres...

—¿Te parece que te está ayudando? —pregunté.

—No lo sé —dijo Francesca—. No creo que nada pueda ayudarme. Es algo que debo superar yo sola.

Axel se aferró al volante.

—Pero no...

Apoyé la mano en su muslo y lo apreté con suavidad.

Axel se calló y no volvió a saltar.

—Creo que deberías seguir yendo a las sesiones —dije con calma—. Siempre es bueno hablar con alguien.

—Supongo —contestó Francesca.

Miré por la ventanilla del copiloto e intenté adivinar cuál sería nuestro siguiente paso. No tenía ninguna experiencia con este tipo de alteración emocional, pero, dado que Francesca era mi mejor amiga, haría todo lo posible para averiguarlo.

DESPUÉS DE UN rato jugando al Monopoly, Francesca se levantó sin decir palabra. Simplemente se dirigió a su dormitorio y cerró la puerta.

Axel guardó todo en la caja. La forma de arrojar dentro el dinero, las casas y las fichas, daba fe de lo enfadado que estaba.

Lo comprendía.

—Tal vez deberías apartarte un poco y dejar que yo me ocupe de ella.

—No pasa nada. —Tiró el juego al suelo.

—Sé que tienes otras cosas que hacer.

—He dicho que da igual. —Se sentó a mi lado en el sofá y apoyó los brazos en las rodillas—. Es mi única familia y siempre permaneceremos juntos.

Admiré su implicación con Francesca a pesar de que lo sacaba de quicio. La situación era atterradoramente parecida a la que había atravesado su padre, y sabía que eso le estaba reconcomiendo por dentro.

—Se pondrá mejor, Axel. Te lo prometo.

—No hagas promesas que no puedas cumplir.

—Esta sí la puedo cumplir.

Se volvió hacia mí con sus ojos azules, tan sorprendentemente distintos de los de Francesca. Tenía una mandíbula poderosa, como la de los actores de las películas del oeste, y la suavidad de un cisne en la mirada. Poseía los rasgos más contradictorios que había visto nunca.

—Espero que tengas razón. —Agarró su cartera y la puso al lado del sofá—. Tengo algo para ti.

—¿Para mí? —Axel ya hacía suficiente por mí.

—Sí. —Sacó un puñado de telas de diferentes colores. Eran de todas las tonalidades, desde el rosa y el azul hasta el naranja y el rojo—. Son telas para cabestrillos. He pensado que podrías cambiarlas dependiendo de la ropa que te pongas para que no destaque tanto. —Me las entregó.

Las sostuve entre los dedos y palpé el suave tejido.

—Eres muy amable...

—Ya sé que no tendrás que llevarlo mucho más tiempo, pero al menos lo harás con estilo.

Las contemplé sobre mi regazo antes de volverme hacia él. Axel siempre tenía pequeños detalles conmigo. En realidad, me parecía que era más considerado conmigo que con su propia hermana. Prestaba atención a lo que necesitaba y era solícito conmigo sin esperar a que yo se lo pidiera. Lo hacía porque quería.

—Gracias.

—De nada. ¿De qué color lo quieres llevar?

En ese momento llevaba ropa de color rosa.

—¿Qué te parece este? —Sostuve en alto la tela que era de un color parecido a lo que llevaba puesto.

—Excelente elección. —Me sostuvo el brazo mientras me quitaba la tela y la reemplazaba con la nueva. Ajustó la longitud del cabestrillo a la perfección. Se inclinó hacia mí, y admiré la maña que se daba para ajustármelo. Noté su colonia, que envolvió todo mi ser en una suave oleada. Fui consciente de lo cerca que tenía su boca. No se había afeitado en unos días, y me gustaba el vello que le crecía en la barbilla. Daba igual lo que hiciera, siempre estaba tan guapo... que me resultaba doloroso.

Mi corazón se aceleraba automáticamente cuando lo tenía tan cerca. Cuando me tocaba, todo mi cuerpo ardía. Me aterrorizaba que lo notara, que se diera cuenta de lo mucho que me alteraba su presencia. Nunca en mi vida había sentido tanta química con otra persona. Ni siquiera cuando nos acostamos me había sentido así. Ahora todo era diferente.

Acabó de ajustar el cabestrillo y se echó hacia atrás, pero la expresión de sus ojos había cambiado. Me miraba de la misma forma que yo a él. Nuestros corazones latieron juntos como si fueran uno. Sentí el calor que irradiaba su cuerpo, y casi me abrasó.

¿Cómo podía seguir así? ¿Cómo podía seguir siendo su amiga, pero sentir por él algo mucho más grande?

Axel se separó y bajó la vista al suelo.

—Bueno... Se está haciendo tarde.

—Sí.

—Debería irme a casa y dormir un poco.

—Sí, yo también.

Se levantó y agarró su cartera del suelo. Se marchaba a toda prisa, intentando huir de mí lo más rápidamente posible.

—Buenas noches.

—Buenas noches. —Yo deseaba que se fuera tanto como él. Si me acercaba demasiado haría algo estúpido.

Salió por la puerta principal sin volver la vista. Cuando la cerró, supe que se había ido de verdad y no iba a regresar. A cada paso que daba, más deseaba que regresara, que volviera a mí.

Pero sabía que eso no ocurriría nunca.

Superficial

Axel

Nunca olvidaría lo que me había dicho Marie.

«Eres superficial».

Lo único que me importaba de una chica era su aspecto. Tenía que tener el cabello adecuado, el cuerpo perfecto y un rostro exquisito. Si no poseía esas cosas, no me fijaba en ella.

Era verdad. Y eso me dolía.

En el instituto, Marie había sido una chica callada y estudiosa. Cuando estábamos en la misma habitación, no decía una sola palabra. Siempre parecía nerviosa, prácticamente aterrorizada de mí. Había muchos motivos por los que no había reparado en ella, pero su invisibilidad era el mayor de todos ellos.

Cuando la volví a ver, lo primero que me impresionó fue su confianza en sí misma. Entraba en la habitación como si fuera la dueña, pero al mismo tiempo tampoco parecía vanagloriarse de ello. Había una línea delgada entre las dos actitudes y ella nunca la cruzaba.

Aunque esta vez sí había reparado en su aspecto. De hecho, fue lo primero que comenté.

¿De verdad era superficial? ¿Lo único que me importaba era la apariencia de una mujer?

Comprender que era cierto me hizo sentir como una mierda. No merecía a Marie y nunca la merecería. Ella acabaría con alguien que supiera ver

inmediatamente lo perfecta que era. Ahora me sentía como un cabrón por haberme acercado a ella sólo cuando había cambiado su forma de vestir y de arreglarse el cabello.

«Soy un gilipollas integral».

Pero no podía dejar de pensar en ella.

Cuando estaba en el trabajo, aparecía en mis pensamientos. También pensaba en ella cuando regresaba a casa. Apenas salía, porque no tenía ningún interés en conocer a otras mujeres. Lo único que quería era estar con ella.

Joder, estaba tan confuso...

Si sólo me atraía su aspecto, ¿por qué pensaba en ella todo el tiempo? ¿Por qué me preguntaba cómo le habría salido su examen de Fotografía? ¿Por qué estaba constantemente haciendo cosas por ella? ¿Por qué me fijaba en la forma en la que el pelo le enmarcaba la cara en cualquier momento del día?

No tenía ni idea.

RECOGÍ una pizza de camino a su casa y entré. La televisión estaba encendida, pero no había nadie viéndola. Marie estaba sentada en la mesa de la cocina haciendo sus trabajos de la universidad y no se veía a Francesca por ninguna parte, como de costumbre.

—Hola.

Levantó la vista del portátil y me miró.

—Hola.

Volvíamos a emplear la antigua forma de comunicarnos. Nos decíamos mucho sólo con los ojos. Sentía una presión en las cervicales que me aplastaba constantemente hacia abajo. Se me paralizaba todo el cuerpo cuando estaba con ella, y sentía calor y frío al mismo tiempo. Me provocaba un torbellino de sensaciones en las entrañas, haciendo que mis tripas se comportaran de la forma más peculiar.

Dejé la caja en la mesa y cogí unos platos.

—Frankie ya ha comido.

—¿De verdad? —No pude ocultar mi sorpresa. Frankie no comía nunca.

—He preparado macarrones con queso.

—¿Y se los ha comido? —Siempre que intentaba que tragara algo era como si se desencadenara una guerra mundial.

Marie asintió.

—Creo que está volviendo a su ser... lentamente.

—¡Aleluya, joder! —Me dejé caer en la silla y me serví unas cuantas porciones en el plato. Sería un alivio no tener que vigilarla a todas horas. No me importaba ayudarla, pero odiaba la tensión que cargaba sobre mis hombros. No saber si iba a mejorar era lo peor de todo.

—Sí, es un milagro. —Golpeó repetidamente el cuaderno con el lápiz mientras leía los apuntes.

Me di cuenta de que el brazo le colgaba suelto al costado y ya no llevaba el cabestrillo.

—Tiene buen aspecto.

—Vaya, gracias. —Alzó la vista y movió el hombro—. El fisioterapeuta ha dicho que ya no lo necesito.

—Ya te dije que volvería a la normalidad. —Sabía que Marie había estado muy preocupada por su hombro, ya que a veces pensaba que nunca se recuperaría. Sinceramente, yo también me había preocupado un poco, pero por suerte no había sido así.

—Ahora tengo que comprarme un coche nuevo.

—Con eso puedo ayudarte. ¿Qué has pensado?

—No lo sé... Un Toyota o algo así.

—Son buenos coches. Con ellos vas a lo seguro.

—Eso es lo que creo. Y el valor de reventa en segunda mano es alto.

—¿Tienes pensado venderlo en el futuro? —Ataqué la segunda porción de pizza.

—Bueno... Mi objetivo es mudarme a Nueva York con el tiempo. Allí probablemente no necesite coche.

Asentí, comprendiéndolo.

—Tiene sentido.

—Así que simplemente necesito un coche fiable por ahora.

—Y práctico. —Coloqué una porción en un plato y lo empujé hacia ella—. ¿Tienes hambre?

—Gracias. —Dio un pequeño bocado y la dejó.

Apoyé los codos en la mesa mientras la contemplaba. A veces me quedaba absorto mirándola. Cuando leía, fruncía el ceño. A veces movía las cejas de distinta forma, dependiendo de lo que estuviera pensando o sintiendo. Me fijaba en sus pequeños gestos, incluso en la más mínima curvatura de la comisura de sus labios.

Cuando se dio cuenta de que la estaba observando, levantó la vista.

Rápidamente aparté los ojos hacia otro lugar para disimular.

—¿Alguna novedad en tu vida?

—He quedado esta noche. Vamos a ir al cine.

Otra vez se me revolvió el estómago. Por algún motivo, me sentí peor que cuando salía con Cade. Pensar que tal vez tocara a otro o, incluso peor, que dejara que él la tocara, me ponía enfermo. No sabía si eran celos o rabia lo que me comía por dentro.

—Es genial.

—Nos conocimos en la cafetería. Es muy guapo y agradable, así que decidí darle una oportunidad.

Cogí otra porción de pizza, aunque no tenía hambre.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Tienes alguna chica haciendo cola?

Joder, no. Ni siquiera estaba buscando.

—No.

Marie hizo un gesto con la cabeza y volvió a concentrarse en su portátil.

Me quedé en silencio y la sangre me empezó a hervir por dentro. No podía estar con ella, pero no soportaba la idea de que estuviera con otro. ¿Qué me pasaba? ¿Significaba Marie para mí mucho más de lo que creía? No la merecía, pero tampoco quería que saliera con nadie más.

No lo entendía.

—¿Axel?

—¿Eh? —Di un mordisco a la pizza porque me di cuenta de que lo único que había hecho era mirarla.

—¿Estás bien?

«¿Que si estoy bien? No. ¿Por qué iba a estar bien?».

—Sí. Acabo de recordar que he olvidado una carpeta en la oficina. Pero tendré que recogerla mañana. —Terminé la pizza y me encontré con su mirada.

No parecía triste por mi respuesta, pero tampoco contenta.

—De acuerdo. —Bajó la vista hacia sus apuntes y escribió un par de frases.

Cuando apartó la mirada, regresé a mi sufrimiento.

A LAS SIETE en punto su cita vino a buscarla.

«Mierda».

Marie agarró la chaqueta del perchero.

—Vuelvo más tarde.

—Probablemente me vaya pronto a casa. —No quería estar allí cuando volviera. ¿Y si lo invitaba a quedarse? ¿Y si tenía que ver cómo se besaban en el umbral?

—Vale. —Abrió la puerta de entrada y saludó a aquel tipo antes de alejarse hacia el coche aparcado en la acera.

Corrí inmediatamente hacia la ventana para echar un vistazo a través de las cortinas. Era alto, de mi estatura más o menos, pero no tan fuerte como yo. No tenía una masa muscular muy desarrollada. Y su coche era viejo, como de unos veinte años.

—Es un perdedor...

—¿Qué?

Di un salto de casi tres metros cuando Francesca se acercó a mí.

—Joder, no hagas eso.

—¿Qué? —Abrió la nevera y cogió una botella de agua—. ¿Qué estabas haciendo?

—Nada. —Me aparté de la ventana e intenté aparentar que no estaba espiando a Marie.

Francesca me miró como si no me creyera, pero, en lugar de acribillarme a preguntas como habría hecho normalmente, regresó a su habitación.

Me senté en la mesa de la cocina y escuché el sonido del coche mientras se alejaba. Probablemente irían a ver una estúpida película romántica y compartirían un cubo de palomitas. Tal vez le compraría una caja de sus chokolatinas favoritas. Y seguro que lo pasarían genial y se olvidaría de mí para siempre.

TRANSCURRIERON tres horas y no me moví de la silla. Me quedé sentado en silencio, sin encender el televisor o el iPod para entretenerme. La pizza se enfrió, pero la caja seguía sobre la encimera. Las cosas de Marie seguían también delante de mí. Su portátil estaba cerrado y el cuaderno continuaba abierto.

Debería haberme ido a casa, pero me quedé en el mismo sitio. Cuando regresaran, no sabía qué esperaba ver. Una parte de mí quería esperar sentado a que entrara y dijera que la cita había sido un desastre. Otra, seguir allí para que no lo invitara a pasar la noche. Y una tercera me hizo quedarme allí porque no sabía qué otra cosa podía hacer.

Justo cuando estaba a punto de sacar el teléfono para ver la hora, oí voces.

—La película me ha gustado mucho. —La voz de Marie se filtró a través de la puerta—. Volvería a verla.

—Mis primos vieron Zootrópolis hace un tiempo —explicó el chico—. Pensé que sería divertida para una cita.

—Pues tuviste una buena idea.

Hice un gesto que dejaba claro que ya odiaba a ese tío.

—Bien, buenas noches. —La voz de Marie sonó un poco más aguda que de costumbre, como si estuviera nerviosa.

—Buenas noches. —El tío no se había ido, porque no había oído ruido de pisadas.

Estaba a punto de besarla. Lo sabía. De alguna forma lo presentí en el ambiente.

Apreté los puños hasta que los nudillos se me pusieron blancos.

El corazón no paraba de latirme a mil.

Quise gritar.

Sin pensarlo, me levanté de un salto de la silla y salí como un vendaval por la puerta de entrada. Marie debió haber visto mi coche en el camino de entrada, así que sabía que todavía estaba allí. No iba a salir nada bueno de todo aquello, pero en ese momento era incapaz de ser razonable.

Abrí la puerta de entrada.

—Hola. ¿Qué tal la película?

Su acompañante acababa de inclinarse para besarla, pero dio un paso atrás en cuanto me vio.

Marie se quedó mirándome completamente alucinada.

—Eh...

—Marie, tienes que contármelo todo. —La agarré del brazo y la arrastré adentro—. Pero ahora mismo Francesca necesita nuestra ayuda. Ha tenido una crisis muy mala.

—¿Se encuentra bien? —Inmediatamente Marie empezó a preocuparse por su amiga.

Ahora me sentía mal por haberle mentado.

—Está bien. Pero deberíamos ir a verla. —Me volví hacia su cita de esa noche—. Lo siento mucho, pero Marie se tiene que ir. Hasta luego. —Le cerré la puerta en las narices y me volví hacia ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Ha llamado a Hawke o algo así?

Ahora que ya la tenía dentro de la casa y lejos de ese tío, no sabía qué hacer. Siempre provocaba estas situaciones y luego me acobardaba.

—En realidad... Francesca está bien.

—¿Qué...?

—No le pasa nada. Bueno, sí. Pero nada nuevo.

Marie se cruzó de brazos y me miró enfadada.

—Mira, es que me entró el pánico. Sabía que iba a besarte y me asusté.

—¿Que te asustaste?

—No quería que te besara. —Era la única explicación que podía darle. Ya había visto una vez cómo la besaba Cade y me había sentido morir. No quería volver a pasar por aquello.

En lugar de conmovirse por ello, parecía muy cabreada.

—¿Perdona?

—Lo siento. Debería haberte dejado en paz...

—¿No quieres estar conmigo, pero nadie más puede? —me soltó—. ¿Así son las cosas ahora?

—No, no, en absoluto. Y baja la voz. —No quería que mi hermana oyera la conversación.

—No voy a bajar la voz —siseó Marie—. ¿Qué coño te ocurre? ¿Qué ha sido de eso de ser amigos? Los amigos no sabotean los ligues del otro de esa forma.

—Lo sé...

—Eres un cabrón, ¿lo sabías? —Pasó a mi lado y arrojó el bolso sobre la mesa—. Besaré a todos los chicos que me dé la gana. No tienes ningún derecho a interferir.

—Lo sé, pero...

—Es obvio que no podemos ser amigos. Tal vez sea mejor que desaparezcas durante una temporada y dejes que yo cuide de Francesca. Sabía que eras muy superficial y sabía que te gustaba tantear el terreno y ligar sin compromiso, pero no tenía ni idea de que fueras tan retorcido. —Se alejó por el pasillo hacia su dormitorio—. Buenas noches, Axel. —Entró en su habitación y cerró de un portazo.

Me quedé en la entrada y sentí cómo crecía mi propia ira. Yo no era superficial. Tal vez lo había sido en el pasado, pero ya no. No era un cabrón que controlaba todos sus movimientos y la manipulaba. Lo único que sabía era que algo había hecho clic en mi interior. No quería que un tío cualquiera la tocara simplemente porque no era suya y no tenía derecho.

Era mía.

Salí de la casa y cerré la puerta a mi espalda. En ese momento, lo único que quería era poner tanta distancia como pudiera entre los dos. Desde ese día tan terrible, lo único que habíamos estado haciendo era discutir sin

parar. Yo estaba totalmente desorientado y ella era muy testaruda. Éramos como la gasolina y el fuego. Juntos explotábamos.

Fui hasta el coche y lo abrí, pero no entré. Me quedé de pie, con la cabeza apoyada en el techo del coche, pensando en todo lo que había ocurrido esa noche. Me aterrorizaba comprometerme con alguien por un millón de razones, pero en realidad ya me había comprometido con ella, tanto si lo admitía como si no. No salía con nadie más y ni siquiera lo deseaba. Sólo podía pensar en la mujer a la que no dejaba de hacer daño.

Escuché los sonidos de la noche, dejando que me aclarasen la mente. Una calle más allá se oía el rugido de una camioneta que pasaba por ahí. El ruido estridente de los grillos llenaba el aire, volviendo a la vida ante la inminencia de la primavera. Los pájaros revoloteaban haciendo crujir las hojas de los árboles. Escuché todo eso y sentí que mi corazón se apaciguaba. Había tanto silencio que podía oír mi propio pulso en el interior de mis oídos.

Miré en dirección a la casa, advirtiendo la débil luz que emitía la lámpara del porche. Estaba cubierta de polvo y telarañas, y había que cambiarla. De otro modo, llegaría un momento en que no iluminaría nada.

Nunca en mi vida había estado tan confuso. No sabía lo que quería, pero sabía lo que no quería.

No quería esto.

Volví sobre mis pasos y abrí la puerta. Cuando entré, las luces estaban apagadas. Marie tenía que haber oído la puerta de entrada cuando salí y la cerré tras de mí.

Me quedé mirando el pasillo y vi que la puerta de su dormitorio estaba cerrada, lo mismo que la de Francesca. Mi corazón latió varias veces antes de acercarme a su habitación con pasos ligeros. Toqué el pomo con la mano y noté lo fácilmente que giraba.

Contuve el aliento antes de entrar.

Estaba tumbada de lado, mirando a la pared opuesta. Tenía las sábanas subidas hasta los hombros y no se movía. No me había oído entrar.

Cerré la puerta con cuidado y me acerqué a su cama. Contemplé su silueta bajo la sábana y me fijé en su esbelta cintura y en sus larguísimas

piernas. Lo único que deseaba era arrastrarme dentro de esa cama para pasar la noche con ella entre mis brazos.

Me desvestí y di una patada a mi ropa para formar una pila en el suelo. Cuando ya sólo me quedaban los calzoncillos, retiré las sábanas y me tumbé a su lado. Esperaba que diera un salto y se pusiera a gritar. Una intrusión así aterrorizaría a cualquiera.

Le puse una mano en el hombro, diciéndole en silencio que estaba allí.

Se incorporó y me miró, esperando ver a Francesca. Me contempló con sus ojos verdes, absorbiéndolo todo sin dejar traslucir nada.

Ahora que estaba allí no sabía qué hacer. No había venido buscando sexo. Eso era lo último que deseaba. Lo único que quería de verdad, si ella me lo permitía, era abrazarla.

—Marie, te equivocas conmigo.

Se dio la vuelta y me miró a la cara.

—Es posible que no me fijara en ti durante todos esos años, pero ahora lo hago... de un modo distinto. Cuando estabas en la playa no llevabas nada de maquillaje. Y allí es cuando vi las diminutas pecas de tu cara. Tienes doce. Las he contado muchas veces.

Marie buscó mi mirada, y su hostilidad se disipó lentamente.

—Tienes unas pestañas muy espesas, de las que no necesitan máscara. No las he contado, pero sé que tienes muchas. —Mis ojos bajaron hasta sus labios—. Tu labio superior me recuerda a un arco. Ya sabes, como el que usa Katniss Everdeen en Los juegos del hambre. Cuando estás triste, tus ojos se dilatan de una forma especial... Así es como a veces soy capaz de leer tus sentimientos.

Sus labios se entreabrieron ligeramente mientras me escuchaba, y su respiración se hizo más rápida.

—La primera vez que te vi pensé que eras la tía más buena que había visto nunca. Quería follarte hasta reventar y no volver a hablar de ello jamás. Lo único que me interesaba era meterme en la cama contigo y añadirte a mi lista. No voy a mentirte. Ambos sabemos que esa noche no significó nada para ninguno de los dos. —Había sido un rollo más en el que no habría vuelto a pensar si no fuera porque la veía todos los días—. Pero

no puedo dejar de pensar en esa noche desde que ocurrió. Y, cuando vi que te habías marchado a la mañana siguiente, comprendí que había deseado que te quedaras. Nunca me había sentido así. Fue en ese momento cuando todo cambió. Cuando jugamos al Monopoly, siempre te pides la ficha del sombrero. En el café de la mañana sólo usas leche de almendras. Cuando te duchas siempre tarareas. Lo oigo incluso desde la sala de estar. Y, cada vez que Francesca sufre, se te parte el corazón. Eres generosa y leal, una de las personas más asombrosas que he conocido. Durante los dos últimos meses he empezado a notar cada pequeño detalle tuyo, desde la forma en que cae tu cabello cuando lo sujetas detrás de la oreja hasta el latir de tu corazón cuando estoy lo bastante cerca para oírlo. —No había planeado decir nada de esto, pero ahora que las palabras habían empezado a brotar de mi boca, no podía contenerme—. Creo que eres preciosa porque es más que obvio para cualquiera que tenga ojos en la cara. Pero creo que tu corazón es más hermoso que todo lo demás. Veo la forma en que me miras, como si yo fuera alguien a quien merece la pena mirar. Comprendes mis virtudes igual que mis defectos, y eso no cambia tu opinión sobre mí. A pesar de lo que he hecho en mi vida, no piensas lo peor de mí.

Su mirada se suavizó un poco más y todo su rencor desapareció.

—Te equivocas, Marie. No soy superficial... Ya no.

Sus ojos absorbían mis facciones, viendo la sinceridad de mi mirada. Se detuvo en mis labios haciendo que mi corazón se acelerase, y después volvió a mirarme.

—No quiero estar con otras, y tampoco quiero que tú estés con nadie más. No sé qué puedo ofrecerte o a dónde nos llevará esto, pero... quiero estar aquí. —No quería dormir solo en mi cama esa noche, y no quería que hubiera otra noche en la que Marie durmiera con alguien que no fuera yo.

Lentamente, se reclinó hasta la almohada con los ojos todavía clavados en mí.

Tomé aquel gesto como una invitación, así que me tumbé a su lado y la rodeé con mis brazos. En cuanto la abracé me sentí bien. Era cálida y suave, tal y como recordaba, y el tacto de su piel alivió todo el dolor que había acumulado en mi interior. Sólo con tocarla me sentí en el cielo. Había

deseado hacer esto durante muchísimo tiempo, y ahora estaba ocurriendo por fin. La atraje hacia mi pecho, atrapándola entre mis brazos para que nunca más pudiera escapar. Compartir esa intimidad me hizo sentir condenadamente bien.

Su mano se deslizó por mi cuello hasta llegar a mi cara. Apoyó el pulgar en mi labio inferior, palpando los surcos invisibles de mi piel. Se quedó mirándome antes de inclinarse y posar su boca con suavidad sobre la mía.

Sentí que estaba muerto y había vuelto a la vida.

Fue un beso con la boca cerrada, pero la sensación fue increíble. Era mejor que todos los besos que había experimentado antes, incluidos los que le había dado a ella. Había algo en Marie que me volvía loco, me hacía sentir cosas que no había creído posibles. Mi corazón se hinchó hasta alcanzar el doble de su tamaño y me abrasaba la pasión.

Se apartó y apoyó la cara en la almohada, cerca de la mía. Sus manos se deslizaron sobre mi cuerpo, sintiendo mi calor.

Adoraba que me tocara.

Deseé besarla toda la noche, sentir esos labios tan suaves una y otra vez. Pero me contuve porque sólo contemplarla ya era suficiente. Estábamos entrelazados el uno con el otro en esa cama, convertidos en un solo ser.

Hundió los dedos en mi pelo, acariciando los cortos mechones. Tenía las piernas enlazadas a mi cintura, manteniéndome pegado a ella.

—Nunca me he sentido tan bien estando equivocada...

El amor está en el aire

Axel

Nunca en mi vida había dormido tan bien.

Abrí los ojos y vi a Marie, una mujer preciosa por dentro y por fuera. No habría sido capaz de explicar la alegría que me invadió en ese momento a nadie que estuviera en su sano juicio. Había perdido un poco la cabeza.

Porque era feliz.

Marie me devolvió la mirada con el maquillaje corrido de la noche anterior. Tenía el pelo enmarañado de todas las veces que había enredado mis dedos en él. A pesar de todas esas cosas, nunca había visto una imagen más hermosa.

—Buenos días.

Su voz surgió ronca.

—Buenos días. —Arqueó la espalda y se estiró bajo las sábanas.

—¿Has dormido bien?

—Muy bien. —Deslizó su mano por mi pecho.

—Supongo que no puedo culparte. Acostarse con un animal así de seductor lograría que cualquiera durmiera como un bebé.

—Un animal seductor, ¿eh?

—Sí.

—¿Y qué soy yo?

—Un animal aún más seductor. —Froté mi nariz contra la suya y la agarré por la cadera al mismo tiempo.

Marie soltó una carcajada y se escurrió entre mis brazos.

—Ojalá no tuviera clase hoy...

Joder, yo tenía que ir a trabajar. Miré su reloj y comprobé que aún tenía tiempo si no me duchaba e iba con la misma ropa del día anterior.

—¿Puedes llevarme? —preguntó—. Todavía no me he comprado el coche.

«Ahora sí que voy a llegar tarde».

—Claro.

Nos vestimos y fui a la sala de estar. Me arreglé el cabello lo mejor que pude, pero seguía un poco revuelto. Todos los de la oficina sabrían que había hecho algo la noche anterior, pero supuse que había cosas peores.

Francesca entró en la cocina con el mismo pijama que había llevado toda la semana.

Lo último que me hacía falta era que Francesca descubriera lo que había entre Marie y yo. La habría hundido aún más o algo peor.

—Estoy esperando a Marie para llevarla a la universidad. —Me enderecé el nudo de la corbata e intenté actuar con naturalidad.

Francesca abrió la nevera y se sirvió un vaso de zumo de naranja.

¿Me habría pillado?

—Estoy aquí para recoger a Marie... Nada más. Todavía no tiene coche nuevo. Sólo intento ser amable. Eso es. Nada más. No.

Francesca se dio la vuelta.

—¿Por qué estás tan raro?

—¿Raro? —Me reí como un maníaco, como si aquello fuera lo más gracioso que había oído en mi vida—. ¿Yo? ¿Raro? No.

Francesca siguió mirándome como si estuviera loco.

—Da igual... —Regresó a su dormitorio con el vaso en la mano.

Solté un suspiro de alivio cuando desapareció.

A continuación, entró Marie con aspecto de recién salida de la peluquería.

—¿Listo para irnos?

—Creo que Frankie sospecha de nosotros, pero ya me he ocupado de ello. No tiene ni idea.

Marie agarró el bolso y se lo echó al hombro.

—¿Por qué sospecharía de nosotros?

—Es inteligente.

—Pero no puede leer la mente.

—Probablemente nos oyera discutir anoche.

—Aunque fuera así, eso no significa nada. —Salió de la casa y la seguí—.

No le des tantas vueltas, Axel.

No estaba seguro de cómo íbamos a explicárselo a mi hermana. ¿Alucinaría al saberlo? ¿Nos apoyaría? ¿Le sería indiferente? Entramos en el coche y la llevé a clase, pero toda mi alegría anterior había desaparecido. Ahora me agobiaba lo de Francesca y cómo proceder.

Marie me miró de reojo desde el asiento del copiloto, sabiendo que me pasaba algo.

—¿Qué ocurre?

—Estoy preocupado por mi hermana.

—¿Por lo nuestro?

Asentí.

—No hay nada de qué preocuparse. Lo superará.

—Probablemente. —Recordé lo que me había dicho cuando ella y Hawke empezaron a salir. Que mi opinión era irrelevante en el asunto—. ¿Pero crees que es buena idea que estemos juntos delante de ella?

—No pillo lo que quieres decir.

—Bueno, está deprimida por Hawke, ¿verdad? Si nos ve juntos, ¿se deprimirá más? —Yo no era el tío más sensible del mundo, y la mayoría de las veces me costaba trabajo entender lo que Francesca quería decir, pero me pareció que la situación podría suponer un problema.

—No lo había pensado...

—¿Qué hacemos? —Estaba empezando a salir de su habitación un poco más, y también estaba comiendo algo. Sería horrible que por nuestra culpa volviera a encerrarse y tuviéramos que volver a empezar.

—Supongo que podemos guardar el secreto. Tampoco será tan difícil, sinceramente. Apenas sale de su cuarto y, cuando lo hace, casi no se da cuenta de lo que ocurre a su alrededor.

—Es verdad.

—Cuando llegue el momento, se lo contaremos.

—Me parece bien. —No sabía muy bien lo que éramos Marie y yo exactamente. Pero supuse que era mi novia. Nunca había tenido novia, así que no podía estar seguro. ¿Así era como las parejas monógamas se llamaban entre sí?

Llegué a la universidad y aparqué en el sitio de siempre.

—Estaré aquí a la hora de costumbre.

—Gracias por traerme en coche, hombre guapo.

No entendí lo que decía, así que me quedé mirándola.

—Recuerda... Me ofrecí a venir en un Uber, pero tú dijiste que era mejor un viaje gratis con un hombre guapo.

Entonces lo entendí.

—Por supuesto. —¿Cómo podía haberlo olvidado?

Se quedó sentada y no salió. En lugar de eso, me miró.

Apoyé el brazo en el salpicadero y me incliné hacia ella.

—¿Quieres un beso de despedida?

—¿Por qué piensas que sigo sentada aquí?

Me eché a reír y me incliné más hacia ella con los ojos fijos en sus labios. Al besarla la noche anterior, todos mis nervios se habían encendido. Era un estímulo demasiado grande para un hombre. Me preparé para la misma explosión, sabiendo que enloquecería de nuevo.

La besé suavemente en la boca, sintiendo cómo se movían sus labios sobre los míos. El beso era dulce, con pasión contenida, pero en cuanto sentí su lengua, quise convertirlo en algo más. Quise besarla para siempre y detenerme sólo cuando acabara el mundo.

Se separó antes de que las cosas subieran de tono.

—Nos vemos luego.

¿Por qué luego no podía ser ahora?

—Vale.

—Adiós. —Me dedicó una sonrisa antes de salir y encaminarse hacia su clase. Tenía la sonrisa más bonita que había visto jamás. Poseía unos dientes perfectos y sus ojos irradiaban la misma felicidad que dejaba

translucir su sonrisa.

La eché de menos un segundo después de que se hubiera ido.

ENTRAMOS en la casa y dejamos nuestras cosas.

—¿Qué preparamos para cenar? —preguntó Marie. Llevaba una blusa de color verde azulado y unos pendientes de aros dorados. Siempre se vestía con clase, pero sexy al mismo tiempo.

—¿Y si te llevo a cenar?

—¿A mí? —Se inclinó hacia la mesa mientras levantaba la mirada.

—Sí. A ti. —Me acerqué más a ella, deseando besarla de la misma forma que había hecho en el coche—. Quiero llevarte a algún sitio, como en una cita.

—Suenan bien.

—Será la hostia de romántico.

—Ooh... Me gustan las citas románticas.

Me acerqué más a ella, y mi pecho casi tocó el suyo.

—Entonces, ¿vienes conmigo?

—Me encantaría... pero esta noche no.

—¿Por qué no?

Hizo una seña en dirección al dormitorio.

—Frankie.

La miré con incredulidad.

—Ni siquiera notaré que nos hemos ido.

—Tal vez. Pero normalmente uno de nosotros se queda con ella.

Yo era su hermano, no su niñera.

—Entonces, ¿qué te parece una cita aquí? Cenamos y tomamos una copa de vino. Y después te meto mano en el sofá.

Se echó a reír porque sabía que estaba bromeando.

—A la mierda el romanticismo.

—¿Te han metido mano alguna vez en el sofá? —pregunté. —Es mucho más romántico de lo que crees.

Volvió a echarse a reír.

—¿De verdad?

—De verdad. —La miré a la vez que meneaba las cejas.

—Entonces, ¿qué hay para cenar?

—Depende. —Me acerqué a la nevera y eché un vistazo. No había mucho donde elegir porque hacía bastante que no iba a la compra—. ¿Qué te parecen unas sobras de lasaña?

Marie se estremeció.

—¿Perritos calientes congelados?

—Me encantan... pero no.

Busqué por los armarios.

—Bueno... Esta cita está yendo de maravilla.

Marie se acercó y sacó un paquete de pasta y un bote de salsa marinara.

—Vamos a cenar espaguetis.

—Perfecto. Como en La dama y el vagabundo.

Marie me lanzó una mirada divertida.

Comprendí lo que acababa de decir.

—Oye, crecí con una hermana pequeña...

—¿Y te obligaba a ver la peli? —se burló.

—La tenía siempre de fondo... —Le arrebaté los espaguetis y el bote de salsa—. Ahora déjame trabajar.

—¿Qué te parece si cocino yo? —Me quitó las cosas de las manos—. Has estado cuidando de mí todos estos días. Déjame hacer algo por ti.

No iba a discutirlo.

—Perfecto. Me limitaré a sentarme y ver cómo trabajas en la cocina.

—Cogí una cerveza de la nevera y tomé asiento, preparado para quedarme embobado mirándola cuanto quisiera.

Marie me dedicó una sonrisa antes de empezar a cenar.

—¿Qué tal el trabajo?

—Aburrido. Nada nuevo.

—Sé que te gusta tu trabajo. —Puso a hervir agua en una cazuela y echó la pasta.

—Me gusta el trabajo, no mi empleo. —Eran dos cosas muy distintas—.

Un día me mudaré a la Gran Manzana y encontraré algo más estimulante... y mejor pagado.

—¿Pero no te gusta nada?

Me encogí de hombros.

—Soy un becario. La gente apila mierda en mi mesa durante todo el día.

Cuando se movía por la cocina, balanceaba las caderas de una forma muy sensual. Su cabello rubio le caía en cascada por la espalda, haciendo que pareciera incluso más bonita. Siempre había preferido las morenas a las rubias, pero Marie era la gran excepción.

Cuando la cena estuvo lista, colocó los platos en la mesa.

—Mmm... Tiene buena pinta. —Miré el vapor que emanaba de la pasta.

—No son macarrones con queso, pero están sabrosos. —Marie se dirigió al pasillo para llamar a Francesca.

Me había olvidado por completo de mi hermana.

Regresó sin ella.

Por suerte.

—Ha dicho que no tiene hambre.

—Nada nuevo. —Serví los espaguetis en su plato antes de ponerme el mío—. Tal vez se deje morir de hambre y acabe así con el problema de una vez.

Me soltó una patada.

—¡Ay! Justo en la espinilla.

—No digas esas cosas.

—¿Qué? Es la verdad.

—No, no lo es. —Se ayudó con la cuchara para dar vueltas a la pasta antes de llevársela a la boca.

Al ver lo que estaba haciendo, olvidé la discusión.

—¿De verdad comes así los espaguetis?

—¿Qué? —Dejó de comer y me miró—. Así es como se supone que hay que comerlos.

—Pero nadie hace las cosas como se supone. Y tú lo estás haciendo.

—Bueno, esto es una cita. Quiero impresionarte.

Me eché a reír.

—Ya me impresionaste hace mucho tiempo.

Marie movió el pie por debajo de la mesa y lo frotó suavemente contra el mío.

Sonreí ante la forma silenciosa que tenía de disculparse conmigo por la patada que me había dado antes.

Francesca salió de su habitación y entró en la cocina.

Retiré rápidamente los pies, aunque ella no podía verlos.

—¿Qué te trae por aquí? —Intenté actuar como si nada, pero fallé estrepitosamente.

Francesca me dirigió la misma mirada que me había dedicado por la mañana.

—Sólo vengo a por agua... —La sacó de la nevera y volvió a retirarse a su habitación.

En cuanto ya no pudo oírnos, Marie se volvió hacia mí.

—Tienes que relajarte.

—Me ha pillado por sorpresa. ¿Y si te hubiera estado besando?

—Pero no ha sido así.

—Pero ¿y si...?

—Pero no ha sido así. —Me miró exasperada y continuó comiendo.

Di un trago a la cerveza, pero seguí con la vista puesta en el pasillo, preguntándome si volvería a aparecer en cualquier momento. Escondernos de ella no iba a ser tan fácil como había imaginado.

—VALE —DIJE en voz alta para que Francesca me oyera desde su dormitorio—. Me voy a casa. —Marie me miró con incredulidad—. Te veo luego. —Prácticamente estaba gritando.

Marie abrió la puerta como si me estuviera marchando. Después la cerró.

Por suerte, la puerta de Francesca permaneció cerrada.

Marie me tomó la mano y me guio a su dormitorio. Volví a respirar

aliviado en cuanto cerramos la puerta. Francesca no entraría aquí por ningún motivo, así que estaba a salvo.

Marie ocupaba el dormitorio principal, así que fuimos a su cuarto de baño y nos lavamos los dientes. Me quedé delante del lavabo y esperé a que terminara antes de coger su cepillo y cepillarme las encías.

—¿Qué estás haciendo? —Me miró con cara de asco.

—Cepillarme los dientes. —Me froté la boca y escupí en el lavabo.

—Ese es mi cepillo de dientes.

—Tú me besas en la boca, ¿qué más da? —Me aclaré antes de dejar su cepillo de dientes en el vaso—. Y has hecho cosas mucho más guarras... —Entré en su dormitorio y me quité la ropa hasta quedarme sólo con los bóxers.

—La próxima vez tráete el tuyo. —Abrió un cajón y sacó una camiseta para dormir.

—¿Por qué? Prefiero que lo compartamos. —Me acerqué desde atrás y la abracé por la cintura.

Marie se quitó el top y se desabrochó el sujetador sin dejar de caminar.

Ya la había visto sin ropa antes, pero contemplar cómo se iba desnudando me cortó la respiración. Me quedé mirando su espalda, observando la forma de cada uno de sus músculos y la línea de la columna vertebral. Era menuda pero atlética, y saltaba a la vista que se pasaba por el gimnasio varias veces por semana. Me quedé extasiado ante los surcos de su espalda, admirando la forma en que estaba moldeada. Deseé derramar besos por todo su cuerpo.

Marie cubrió su piel perfecta con una camiseta que ocultaba el pronunciado arco de su espalda.

Contuve mi protesta antes de que escapara de mis labios.

Se quitó los vaqueros y los apartó de una patada. La camiseta era lo suficientemente larga para cubrirle el culo y las bragas. Cuando se dio la vuelta, examinó mi pecho, percibiendo la dureza de mis músculos. Intentaba ir al gimnasio tanto como podía, y me alegraba que se diera cuenta.

Ahora que estaba a solas con ella, ya no tenía que preocuparme por que

nos pillara Francesca. Podía concentrarme en estar con ella, en hacer lo que quisiera. La guie hasta la cama y me tumbé a su lado. Aunque ya habíamos vivido juntos una noche de pasión, en realidad no contaba. La anterior había sido un acto físico carente de significado, y no me había sentido como ahora.

Examiné sus labios, ligeramente separados por la excitación. Tenía los muslos fuertemente apretados y se retorció por mí. Ya la había tomado una vez y la deseaba de nuevo, pero ahora quería algo más.

Mucho más.

Separé sus piernas con mis caderas y me moví por encima de su cuerpo, conteniendo mi erección en los bóxers sobre sus bragas. Usando los brazos para sujetarme, me coloqué sobre ella sin dejar de mirarla a los ojos. Después me incliné e hice lo que llevaba deseando hacer todo el día.

La besé.

Fue un beso suave y lento, exactamente como debía ser. No deseaba estar en ningún otro lugar ni hacer otra cosa, así que disfruté cada segundo. No había prisa, no tenía que apresurarme a llegar a la parte más física. Lo que quería era besarla, sentirla.

Nuestros labios se movían al unísono, bailando juntos como si se pudieran comunicar. Cuando su cálido aliento llegó a mis pulmones, noté cómo se me erizaba el vello de la nuca. Apenas besaba a las chicas y, cuando lo hacía, el contacto no duraba mucho. Prefería hacer cosas más guarras. Pero con Marie eso era lo que más deseaba.

Me rodeó el cuello con sus brazos y me besó con más fuerza a medida que su pasión la impulsaba. Enlazó sus piernas alrededor de mi cintura y me atrajo hacia sí dulcemente.

Me froté contra ella con suavidad y el bulto de mi polla le ofreció la fricción adecuada. Tras varios movimientos, sentí entre sus piernas la humedad que se filtraba por sus bragas y empapaba mis bóxers.

Estaba muy excitado.

Sabía que ella me deseaba y yo la deseaba a ella, pero me encantaba esa sensación. Podía quedarme besándola para siempre, sintiendo esos suaves labios hasta el fin de los tiempos. Marie arrastró sus largas uñas por

mi espalda, arañándome de forma muy placentera. De su boca salieron unos gemidos entrecortados y se retorció como si quisiera más.

Era el sexo más seductor que había disfrutado jamás.

—Podría seguir así eternamente. —Chupé su labio inferior antes de volver a besarla.

Deslizó las manos por mi espalda, palpando los músculos bajo mi piel.

—Suenan bien.

La besé alrededor de la mandíbula y bajé por su cuello, deseando saborearla por todas partes. Ya había estado entre sus piernas y quería volver a ese mágico lugar, pero me sentía bien donde estaba.

Los dedos de Marie jugaron con el elástico de mis bóxers mientras los bajaba ligeramente.

Le tomé las manos y las sujeté por encima de su cabeza.

—Sólo quiero besarte.

Intentó liberarse, pero no lo consiguió.

—¿Por qué?

—Porque me encanta. —Froté mi nariz contra la suya antes de volver a posar mi boca sobre sus labios. Nuestras lenguas bailaron acompasadas, acariciándose mientras recibíamos satisfacción mutua. Nuestros cuerpos estaban tan conectados como nuestras mentes. De alguna forma, aquello era mejor que follar.

Liberé sus muñecas y le permití volver a tocarme. Palpó cada detalle de mi torso, recreándose en los sólidos surcos de mis músculos. Sus dedos recorrieron toda la superficie de mi piel como si estuviera intentando memorizarla.

Mis caderas se frotaron contra ella, y mi pene se movía entre sus pliegues a través de sus bragas de encaje. Su humedad lo empapaba todo hasta llegar a mi polla.

«Joder».

Bajó las manos hasta mi culo y lo agarró con firmeza mientras me besaba con más fuerza, respirando entrecortadamente en mi boca. Gemía conmigo, sin preocuparse por hacer ruido.

Me froté con más fuerza contra ella, extasiado al sentir su excitación.

Quería hacer que se corriera así, sin que yo la tocara.

Hundió los dedos en las sábanas.

—Axel...

Recordé la forma en que había dicho mi nombre con anterioridad una noche parecida a esta. Volverlo a oír me encantaba, transportaba mi cuerpo a un nivel desconocido de excitación. Era como un volcán a punto de abrasar todo lo que me rodeaba.

Me froté contra ella con más fuerza aún, masturbándola a través de la ropa como jamás había hecho durante mi adolescencia. Que pareciera algo de principiantes lo convertía en una noche muy sensual. Nos deseábamos tanto el uno al otro que no necesitábamos follar para corrernos.

Marie dejó de besarme y se limitó a respirar en mi boca, gimiendo sonoramente.

—Dios, sí... —Se agarró a mí con fuerza, perdiendo totalmente el control. Casi me hizo sangre con las uñas al clavármelas todavía más.

Nunca habría creído que pudiera satisfacerme de ese modo, pero, al ver cómo sus ojos se quedaban en blanco mientras gemía de placer por mí, se desencadenó el orgasmo. Con mis labios contra su oído, me corrí en los calzoncillos, incapaz de recordar cuándo había sido la última vez que había hecho algo así. Empapé el tejido y gemí durante todo el clímax. Cuando acabé, me quedé encima de ella, sin aliento y satisfecho.

Acaricié mi cabello y notó el sudor que se me había formado en la nuca.

—Me siento como si estuviera en secundaria.

Me eché a reír.

—Yo también. Pero me gusta.

—A mí también. —Me besó en la comisura del labio.

—Entonces creo que deberíamos seguir. —Sellé su boca con la mía y la besé lentamente, volviendo a empezar. Desde que tenía memoria, no recordaba haber besado así a ninguna mujer. Lo único que deseaba en el mundo era sentir su boca en la mía. Me sentía bien.

Deberíamos haber empezado mucho antes.

ALEXIA ENTRÓ en mi cubículo luciendo un vestido demasiado corto para la oficina.

—Hola, Axel.

Estaba leyendo unos papeles cuando se detuvo ante mí.

—Qué tal. ¿Todo bien? —Bajé la carpeta y la miré, intentando sacarme a Marie de la cabeza. Había estado dándole vueltas a su imagen todo el día. No podía concentrarme en nada.

—¿Haces algo después?

Alcé la vista al oír la pregunta. Alexia y yo nos habíamos enrollado unas cuantas veces en el pasado. Después se echó novio, porque yo no estaba dispuesto a comprometerme. Por lo que había oído, ya no estaban juntos.

—¿Por qué?

—Sólo quería saber si te apetecía tomar una copa. —Tenía el cabello largo y castaño, la típica melena larga que se prolonga más allá de las tetas.

—¿No funcionó con Tom?

—No... No era adecuado para mí.

—Qué pena... —Dejé caer la carpeta sobre la mesa—. Parecía un tío majo.

—Pasaba demasiado tiempo con su madre. —Hizo un gesto de incredulidad.

—Un niño de mamá, ¿eh? —Yo había sido así de crío.

—Entonces, ¿estás libre?

—En realidad, no. Y me da la sensación de que no estaré libre durante mucho tiempo. —Alexia ladeó la cabeza inquisitivamente—. Ya ves, tengo novia. —Sonreí de oreja a oreja—. Se llama Marie. Es rubia, con ojos verdes y un cuerpo que te hace gozar hasta caer rendido.

—Vaya... Me alegro por ti. —No se molestó en ocultar su decepción. Estaba claro que le apetecía un poco de buen sexo sin tener que buscar demasiado.

—Gracias. Es fantástica. No, retiro lo dicho. Es perfecta.

—No me parecías del tipo que se echaba novia... —Se cruzó de brazos.

—No lo soy —admití—. Pero ella es distinta. Es guapa, inteligente... Lo

tiene todo.

—¿Y otras mujeres no? —preguntó ofendida.

—No he dicho eso. —Pero era más o menos lo que había querido decir—.

Esta chica es especial. No sé explicar por qué.

—Bueno, me alegro por ti.

«Ya. Los cojones».

—Gracias.

—Dame un toque si las cosas se tuercen.

No quería pensar en eso.

—Ya hablaremos de ello si llega el momento.

MARIE ESTABA TRABAJANDO, así que decidí pasarme a hacerle una visita.

Cuando entré, estaba de pie en el mostrador mordisqueando una galleta de chocolate. No había nadie en la cafetería y estaba holgazaneando un poco. Llevaba un delantal negro ceñido a la cintura que resaltaba su figura de reloj de arena.

No había visto nunca a nadie que estuviera tan guapa comiendo galletas.

Me acerqué a la caja registradora e hice sonar la campanilla.

—¿Me pueden atender?

Marie guardó rápidamente la galleta en su bolsillo y se giró hacia el mostrador.

—Mierda, me has dado un susto de muerte.

—¿No comes en la trastienda?

—Bueno, estaba aburrida y esto lleva muerto todo el día. —Se acercó a la caja registradora y me miró, intentando contener la alegría que sentía al verme—. ¿Qué te trae por aquí?

—Te echaba de menos. —Me había pasado todo el día pensando en ella y me estaba volviendo loco.

—¿Sí? —Marie se inclinó y bajó la voz—. Yo también te echaba de

menos.

—Yo te he echado de menos aún más. —Cuando me levanté esa mañana, había tenido que salir de puntillas antes de que Francesca despertara. Ojalá pudiera despertarme así sin más un sábado y quedarme con ella en la cama todo el día.

—Lo dudo. ¿Quieres pedir algo?

—¿Puedo pedirte a ti?

—¿Esas frases cursis funcionan de verdad?

—Dímelo tú. —La había seducido una vez y, además, había conseguido que fuera mi novia. En mi opinión, yo sí que sabía un par de cosas sobre conquistas.

—¿Qué tal un café solo?

—Me parece genial. Lo voy a necesitar si quiero aguantar despierto toda la noche. —Dejé las monedas sobre el mostrador.

—¿Toda la noche? —Metió el dinero en la caja registradora y me dio el cambio—. No lo sé. Tengo que dormir un poco. Anoche no dormí demasiado.

—Bueno, si nos libramos de Francesca, podemos vernos nada más acabar de trabajar.

—Tentador...

—O te vienes tú a mi casa.

Marie sacudió la cabeza.

—No me gusta dejarla sola.

Mi hermana me estaba cortando las alas. Necesitaba que superase la ruptura y pasara página de una vez.

—Supongo que las sesiones de terapia no están funcionando.

—No se me ocurre qué podría funcionar.

—Un par de tortas. —A esas alturas, ya no lo decía en broma. Había dejado de vivir sólo porque Hawke existía. Me daba igual lo desconsolada que estuviera. No había una justificación real para todo aquello. Marie me gustaba de verdad y no quería perderla, pero, si me dejaba, al día siguiente me levantaría e iría a trabajar.

—Debemos tener un poco más de paciencia...

Estaba empezando a creer que no iba a mejorar nunca. Marie y yo cuidábamos de ella todo lo que podíamos, pero eso no le estaba haciendo ningún bien.

—Se me está agotando la paciencia. Dudo que pueda soportar esta situación mucho más tiempo. Si mi madre aún viviera, sacaría a Frankie de la cama.

—¿Y Yaya? ¿Crees que podría ayudarla?

—No quiero mezclarla en esto. Es una carga que nadie debería soportar... —Ni siquiera Marie y yo. Cogí el café y le puse la tapa—. Gracias por el café.

—De nada.

—Mi novia sirve el mejor café de la ciudad.

—También sirve lo mejor de otra cosita. —Me dedicó una mirada pícara antes de abandonar el mostrador y volver al trabajo.

Me quedé clavado en el sitio, recreándome en los detalles de lo que acababa de insinuar.

Noche de fiesta

Marie

Detuve el coche nuevo en el camino de entrada y apagué el motor. Era un Toyota Corolla blanco que había conseguido a un precio buenísimo gracias a Axel.

Aparcó su camioneta y se acercó a mi lado.

—Una auténtica belleza.

—Sí que lo es.

Me dio un codazo en el costado.

—Estaba hablando de ti.

—Ah... —Mi boca se curvó en una sonrisa imparable. Desde que Axel había entrado en mi dormitorio y me había dicho esas cosas tan bonitas, todo era distinto. Nos gastábamos bromas constantemente y éramos felices. Después de la forma en que me había rechazado la primera vez, me había parecido imposible que fuéramos a encontrar el modo de arreglar las cosas. Sin embargo, lo habíamos conseguido.

Me acompañó a la puerta de entrada con su brazo enlazado a mi cintura.

—¿Vas a correr un rally?

—¿En este cochecito?

—Podrías quemar la playa si quisieras.

—No. Tengo que conservarlo en buen estado si quiero venderlo dentro de un tiempo.

Axel abrió la puerta y entramos.

—No eres nada divertida.

—Soy responsable.

—Lo dicho: no eres nada divertida. —Cerró la puerta y se inclinó, rozando mis labios con los suyos.

Me encantaban sus besos. Eran increíblemente deliciosos... Axel siempre actuaba de forma experta y su modo de besarme me dejaba sin aliento. Continuó con su dulce tortura, frotando seductoramente sus labios contra los míos. Finalmente me besó con la boca cerrada.

Mi cuerpo tembló de ardor.

Cuando se apartó, su rostro destilaba arrepentimiento, como si no deseara estar en ningún otro sitio que no fuera en mis labios.

—Esto... ¿Deberíamos ir a ver cómo está ese pedazo de despojo humano? —Cada día que pasaba expresaba más resentimiento contra su hermana.

La conducta de Francesca no tenía nombre, pero me resultaba muy difícil enfadarme con ella. Era mi mejor amiga. Lo único que deseaba era que mejorase.

—Saldrá cuando esté preparada. —Dejé el bolso sobre la mesa de la cocina y saqué mis cosas de la universidad.

—¿Qué haces el sábado por la noche? —Se sentó a mi lado con una cerveza en la mano.

—Axel, son las cuatro de la tarde.

Abrió el botellín.

—Nunca es demasiado pronto para empezar a beber. Ahora contesta a la pregunta.

—Creo que voy a pasar la noche con mi nuevo novio.

—¿De verdad? —Una mirada juguetona apareció en sus ojos—. Es guapo, ¿a que sí?

—¡Uy, sí!

—¿Y atractivo?

—Yo diría que sí.

—¿No puedes quitarle las manos de encima?

Deslicé la mano por su muslo.

—Me cuesta mucho trabajo. —Axel asintió, encantado del rumbo que estaba tomando la conversación—. ¿Tienes algo en mente?

—Mi empresa celebra una fiesta de despedida para uno de los socios. Quiero que seas mi pareja.

—Mi entusiasmo se esfumó.

—Qué romántico...

—Te puedo meter mano en el baño o algo así.

—Ahora sí que es romántico de verdad. —protesté con incredulidad.

—No tienes que ir si no quieres, pero yo no tengo más remedio.

No me apetecía pasar la noche con un montón de gente trajeada, pero quería estar con Axel. La fiesta no duraría mucho, y luego podríamos divertirnos.

—Iré.

—¿Serás mi pareja?

—Sí.

—Estás avisada. En algún momento de la noche te voy a tocar el culo.

—Estás avisado. En algún momento de la noche te voy a partir la mandíbula.

Se echó a reír, divertido por mi fiereza.

—Va a merecer la pena. —Dejó su cerveza y se inclinó hacia mí, alzando la mano lentamente hacia mi cabello. Sus caricias siempre eran suaves, pero me hacían arder por dentro. Repasó el contorno de mi oreja con el pulgar y después se inclinó, posando sus labios en los míos.

Había imaginado su beso un millón de veces cuando era adolescente. Siempre quise ser una de las chicas que le gustaban, esas a las que besaba dentro del coche en el aparcamiento del gimnasio del instituto. Y ahora lo era.

Siguió presionando su boca contra la mía hasta transportarme a un lugar en el que los sueños y la realidad se confundían. Me habían besado muchos hombres, pero ninguno me había hecho sentir así. Axel tenía un tacto especial, tenía algo que me volvía loca.

Se oyeron unos pasos por el pasillo.

Axel se apartó rápidamente y cogió su cerveza como si no hubiera

pasado nada. Se puso a mirar por la ventana.

—Entonces ella empezó a decir: «Te quiero, eres el definitivo». Y yo le contesté: «Eh, tía. Que nos acabamos de conocer». Qué mal rato pasé.
—Dio un trago a la cerveza para disimular su nerviosismo.

No tenía ni idea de qué estaba hablando.

Francesca entró en la cocina y básicamente nos ignoró. Abrió la nevera y cogió un pedazo de queso. La ropa le quedaba unas cuantas tallas grande y no tenía buen aspecto. Había perdido toda la grasa, pero también el músculo.

—Hola —saludé—. ¿Qué tal el día?

—Como siempre. —Mordisqueó la loncha de queso como si no tuviera ganas de comérsela y estuviera forzándose a hacerlo.

¿Cómo podía continuar así? Habían pasado meses.

—Tengo coche nuevo. ¿Quieres verlo?

—Lo he visto por la ventana. —Salió de la cocina sin decir nada más. La puerta de su dormitorio se cerró unos segundos después.

La furia de Axel se podía sentir en toda la cocina.

Lo tranquilicé en silencio apoyando mi mano en su bíceps. No toleraba la frustración tan bien como yo. Su primer impulso siempre era moverse y gritar a pleno pulmón.

—No sé cuánto tiempo más voy a seguir teniendo paciencia...

—Aguanta un poco.

Se quedó mirando por la ventana y apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

AXEL SILBÓ cuando abrí la puerta.

—¡Mmm! Estás buenísima.

Sentí el rubor que me subía por las mejillas, aunque intenté evitarlo. Agradecía los cumplidos, pero no quería que supiera que vivía para ellos.

—Gracias. —Me coloqué el bolso bajo el brazo y salí.

—¡Eh! Espera un poco. —Levantó las manos—. Quiero ver todo el

monumento. Date la vuelta.

—¿Qué es esto? ¿Un desfile de moda?

—Un pase privado.

Me di la vuelta lentamente, dejando que me contemplara desde distintos ángulos. Al ver mi espalda, se quedó sin aliento.

—Tienes una espalda supersexy, Marie.

Llevaba un vestido con espalda descubierta cuya abertura llegaba justo hasta la parte superior del trasero, dejando a la vista la columna y los omóplatos. Cuando me lo puse ya sabía que reaccionaría así.

—Bien. Vamos otra vez adentro. —Extendió la mano hacia el picaporte—. Tengo que quitarte ese vestido inmediatamente.

Me eché a reír y lo empujé hacia afuera.

—Vamos a llegar tarde.

—¿A quién le importa? Es una fiesta estúpida. —Me estrujó contra la puerta y bajó la voz—. Prefiero comerte a ti que la mierda de comida que sirvan en la fiesta.

De nuevo mi cuerpo se encendió, abrasándome como si estuviera en llamas. Apreté automáticamente los muslos y sospeché que tendría que cambiarme de bragas antes de que acabara la noche.

—Volvamos adentro. —Axel volvió a agarrar el picaporte.

—¿Y si vamos mejor a tu apartamento?

Entrecerró los ojos, intrigado.

—Después de la fiesta. —Otra vez me comía con los ojos—. Aunque ahora mismo preferiría que me despidieran.

—Venga, seguro que la espera merece la pena. —Le agarré la mano y lo llevé a rastras hasta su coche.

Refunfuñó detrás de mí, y tuve la certeza de que seguía mirándome la espalda. Cuando llegamos al coche, me abrió la puerta dirigiéndome a la vez una mirada llena de fiero deseo. Me apretó la cintura como si no pudiera contenerse.

—Me... vuelves... loco... —Se apartó de mí, rodeó el coche, y se acomodó en su asiento.

Sus palabras siguieron resonando en mi cabeza mucho tiempo después

de que las pronunciara. Sentía las llamas ardiendo en cada parte de mi cuerpo, abrasándome lentamente. En algún momento de la noche explotaría irremediabilmente, quemándolo todo.

LA CENA se celebraba en la sala de conferencias de un hotel. Lo primero que me sorprendió fue que asistiera tanta gente. No había pensado en la cantidad de personas que trabajaban en la empresa de Axel. En mi cabeza había imaginado a una veintena de empleados en una oficina diminuta.

Axel me llevaba a su lado firmemente sujeta a su brazo, sin intención de soltarme.

—Este es el estilo de vida de los ricos y famosos, ¿no crees?

—Sí... —Era agradable, pero no tanto como para sentir envidia.

Me condujo hacia la puerta y me trajo una copa de vino.

—Vale, ¿qué debo saber de esta fiesta?

—Nada.

—¿Nada? —¿No me iba a poner al día de nada de la fiesta?

—Lo único que tienes que hacer es quedarte a mi lado y ponerme ojitos. Para eso te he traído.

—¿Como trofeo?

—En realidad, no. No puedes meter mano a un trofeo en los baños.

—Vale... Creo que ahora no estás de broma. —No pensaba dejar que nadie me sobara en el cuarto de baño de una fiesta de empresa. Tal vez algún día, pero en ese momento no.

—A lo mejor. —Se inclinó y me dedicó una sonrisa.

—Aquí no vas a tocar a nadie excepto a ti mismo.

Se encogió de hombros.

—Ya lo he hecho antes. No estuvo mal.

Le di un cachete juguetón en el brazo.

Axel se echó a reír y me atrajo más hacia sí.

—Sinceramente, la mayoría de mis compañeros de trabajo son bastante

aburridos. Límitate a ser tú misma y todo irá bien. —Apoyó una mano en la parte baja de mi espalda y me clavó ligeramente los dedos. Me plantó un beso en la comisura de los labios, consiguiendo que me replanteara lo de enrollarnos en los baños.

Me tomó la mano y me presentó a unos cuantos colegas, entre los que estaba el socio sénior de la empresa. Tal y como me había advertido Axel, eran bastante estirados y aburridos. Parecían rígidos incluso con una copa de vino entre las manos. Axel no podía ser más distinto.

Por lo menos había barra libre.

—Hola, Axel. —Una morena se acercó a él, pero tenía los ojos clavados en mí, tomándome la medida.

—Hola, Alexia. ¿Lo estás pasando bien?

—Estaría mejor si nos pagaran por estar aquí. —Seguía sin despegar los ojos de mí.

Tendría que haber estado ciega para no notar lo guapa que era. Era de constitución menuda, pero con curvas muy femeninas. Su maquillaje era excesivo, pero le quedaba bien. Parecía tenerlo todo: un rostro hermoso y un cuerpo espectacular.

Intenté no ponerme celosa.

—¿Me vas a presentar? —Alexia se cruzó de brazos.

—Ah, perdona. —Se volvió hacia mí—. Alexia, esta es Marie.

«¿Y ya está? ¿Sólo Marie?».

Me estrechó la mano.

—Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo.

«En realidad, no».

—Bueno, ya te veré por ahí. —Ladeó a cabeza para colocarse la melena sobre uno de sus hombros y se alejó.

Sabía que no debía enfadarme con Axel, pero me cabreaba que no me hubiera presentado adecuadamente. ¿Acaso no quería que las mujeres atractivas de su oficina supieran que estaba pillado? ¿Estaba siendo un cabrón delante de mis narices?

Axel se volvió hacia mí, totalmente ajeno a mi enfado.

—Trabaja en el cubículo que está frente al mío.

—¿Sí? —No pude ocultar el enfado de mi voz.

—Ella y yo tuvimos un lío hace algún tiempo. Incluso una vez nos quedamos hasta tarde en la oficina y lo hicimos en la mesa del jefe. —Se echó a reír, como si pensara que era muy gracioso—. No nos pillaron.

¿Por qué demonios me contaba todo eso?

Se terminó la copa y echó un vistazo a la mía.

—¿Quieres otra?

Me entraron ganas de estrellársela en la cabeza. Sabía que montar una escena no era la mejor idea, pero estaba cabreadísima. Un poco antes ese mismo día las cosas habían parecido ir genial entre los dos, pero ahora estaba descubriéndome su verdadera personalidad.

—No. Y no voy a querer otra nunca. —Lo aparté de un empujón e inmediatamente me dirigí hacia la salida. Intenté no caminar demasiado rápido, pero prácticamente estaba corriendo. ¿Era una estúpida por haber pensado alguna vez que Axel podía ser la clase de hombre que yo quería?

—¡Eh! Espera un poco. —Me agarró por el brazo justo cuando acababa de salir de la sala de conferencias—. ¿Qué acaba de ocurrir?

Me revolví para liberarme.

—Eres un gilipollas. Eso es lo que acaba de ocurrir.

Reconocí esa mirada suya de no entender nada.

—Marie, ¿qué he hecho?

¿Realmente era tan corto?

—Olvídate de mí y vete a meter mano a Alexia en el baño. Estoy segura de que no le importará. —Volví a salir hecha una furia, decidida a no volver a mirarlo a la cara.

—¡Marie, espera! —Me agarró otra vez y se interpuso en mi camino—. ¿Esto es por Alexia?

¡Era tan rematadamente estúpido!

—Pensé que cuando decidimos salir juntos, ibas a poner en orden tu vida. Pensé que me ibas a respetar y que no correrías detrás de nadie a mis espaldas. Eres un cabrón. —Lo empujé y pasé de largo.

Esta vez me agarró por los hombros y me empujó contra la pared,

sujetándome contra ella como si me hubiera echado pegamento.

—Marie, sinceramente no tengo ni idea de lo que está pasando en este momento. Pero sé que no he hecho nada a tus espaldas, así que explícamelo con palabras que yo pueda entender.

—Me has presentado como Marie, como si simplemente fuera tu amiga o algo así.

—No, no lo he hecho.

—Sí. Lo. Has. Hecho. Yo estaba delante.

—¿De verdad? —preguntó confuso.

—Sí. —Estaba a punto de darle un puñetazo en la cara.

—Bueno, ella ya sabe quién eres. Habría estado de más llamarte mi novia dos veces.

—¿Ya sabe quién soy? —Como si fuera a creérmelo.

—Sí. El otro día estábamos charlando y me invitó a tomar una copa. Le dije que tenía novia. —Me apretó los hombros con fuerza, impidiéndome escapar.

—¿Te invitó a salir? —Ahora quería noquearla a ella.

—Bueno, no me pidió salir en una cita —explicó—. Sólo quería follar. —¿Y se suponía que eso era mejor?—. Así que le dije que estaba contigo. Hace tiempo, cuando tonteamos, ella me pidió comprometerme un poco más, pero yo no quise. Creo que le sorprendió mucho que tuviera novia.

Ahora me estaba tranquilizando... un poco.

—¿Y por qué me contaste que os habíais enrollado?

Se encogió de hombros.

—Porque sucedió. ¿En las parejas, no hay que ser siempre sinceros el uno con el otro?

Axel no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

—La sinceridad es buena, sí. Pero dar más información de la necesaria, no. No quiero saber que tuviste un lío con Alexia.

—¿Qué importa? —preguntó—. No significó nada para mí.

—Me pone enferma imaginarte tocando a otra que no sea yo.

Axel sonrió.

Le pegué en el brazo.

—Se supone que no tienes que estar contento.

—Entonces, ¿cómo se supone que debo sentirme? Estoy confuso.

Le bajé los brazos y me agarré la cabeza.

—¿Tengo que enseñártelo todo?

—Ya me dirás.

—Filtra lo que dices, Axel. No me cuentes cosas que no me hace falta saber.

—Pero entonces me parece que estoy mintiendo.

—Eso no es mentir.

Ahora parecía más confundido que nunca.

—Entonces, si nos encontramos con una chica con la que me he acostado, ¿no quieres saberlo?

—Exactamente. —Para ser sincera, era capaz de adivinarlo sin su ayuda por la forma en que se relacionaban.

—De acuerdo... ¿Y no te enfadarás conmigo por mentir?

—Eso no es mentir.

—Entonces, ¿no te enfadarás conmigo?

—No, Axel.

—Vale. —Bajó las manos a los costados—. ¿Vas a seguir huyendo? ¿O estamos bien?

Era difícil seguir enfadada con alguien cuyo único delito era ser ingenuo. Axel no me hería a propósito. Era simplemente que no sabía nada de mujeres ni de relaciones.

—Sí. Estamos bien.

Me rodeó de nuevo la cintura con su brazo y me condujo otra vez a la sala de conferencias.

—Vale. No te contaré nada de las otras compañeras de trabajo con las que me he acostado.

Suspiré con irritación, pero no dije nada. Tal vez algún día lo entendería.

NOS SENTAMOS en una mesa con nuestras copas de vino. Había gente

bailando y charlando. Cada vez que veía una chica guapa, me preguntaba si Axel se habría acostado con ella.

Axel apoyó una mano en mi muslo y me miraba cada pocos minutos, señal inequívoca de que estaba comprobando que me lo estaba pasando bien.

—Nos quedamos una hora más y luego nos vamos.

—Vale. — Cuando eché un vistazo por la sala, vi a alguien a quien conocía. Pero era imposible que fuera él. Tenían que ser imaginaciones mías, pero ¿por qué iba a alucinar con alguien en quien apenas pensaba?

—¿Qué? —Axel percibió la forma en que mi muslo se tensó bajo su mano.

—Ese no es Hawke, ¿verdad? —Hice un gesto hacia la barra, donde un hombre que se le parecía mucho estaba hablando con el socio sénior de la empresa. No podía ser él. Había dejado la empresa sin avisar con dos semanas de antelación, y no tenía sentido que le importara que su jefe fuera a marcharse.

—Eh... —Axel entrecerró los ojos—. Parece él, pero no es posible.

Esperé a que desapareciera la alucinación, pero no lo hizo. Hawke seguía allí, con su cabello negro peinado exactamente del mismo modo que antes. El traje le quedaba un poco suelto, como si hubiera perdido algo de peso. Tenía los ojos de color azul intenso, como siempre.

—Creo que es él.

—Pero ¿por qué habrá venido?

—¿Se llevaba muy bien con tu jefe?

—No, que yo recuerde. —Se levantó de la silla y la volvió a colocar—. Vamos.

Caminé detrás de él con los ojos clavados en Hawke. Cuanto más nos acercábamos, más claro estaba que no eran imaginaciones mías. Era él de verdad, de pie a sólo unos metros de nosotros.

Cuando llegamos hasta él, Hawke dejó de hablar. Se volvió hacia Axel y lo miró en silencio antes de girarse de nuevo hacia su antiguo jefe.

—Discúlpeme un momento. —Se fue a un lado con Axel y me acerqué a ellos.

Hawke se detuvo cuando estuvimos fuera del alcance del oído del resto de invitados. Se nos quedó mirando como si no supiera qué decir o por dónde empezar.

—¿Por qué estás aquí, tío? —preguntó Axel—. ¿Y por qué no me has dicho que ibas a venir?

—El señor Thomas me invitó personalmente. Dado que me escribió una carta de recomendación buenísima aunque me marchara casi sin avisar, no pude negarme. —Se metió las manos en los bolsillos y se quedó en silencio, lleno de secretos, como siempre—. Pensé que no vendrías, así que no te dije nada.

—¿Por qué no querías que viniera? —preguntó Axel, claramente dolido.

—No es que no quisiera verte. —Hawke mantuvo la voz baja—. Es que no quería que nadie supiera que estaba en la ciudad...

Yo sabía perfectamente a quién se refería con nadie.

—Pensé que sería más fácil si venía y me marchaba rápidamente. —Hawke tenía una mirada de pesar en la cara, mostrando el remordimiento que sentía por herir a su amigo—. Perdóname. Creía que odiabas estas fiestas de trabajo.

—Y las odio —replicó Axel—. Pero quería presumir de novia... —Se detuvo en medio de la frase cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir.

Hawke sonrió, y aquella fue una de las pocas sonrisas que le había visto jamás.

—Me alegra que por fin te decidieras. —Se volvió hacia mí y me dio un abrazo—. Axel siempre hablaba de ti cuando venía a verme. Me alegro de que al final venciera sus temores y te dijera lo que sentía.

¿Axel hablaba de mí? Aquello me hizo sentir una calidez especial.

—Sí...

Hawke bajó la mano y señaló hacia la mesa.

—¿Nos sentamos? Pronto servirán la cena.

—Sí —asintió Axel—. Tenemos mucho que contarnos para ponernos al día.

HAWKE DIO un sorbo a su copa de vino y nos señaló.

—¿Cómo ocurrió?

Axel se volvió hacia mí, preguntándome en silencio si quería que contara la historia.

Me encogí de hombros.

—Es tu amigo. Seguro que tu versión es mejor.

Axel se volvió hacia Hawke.

—Bueno, ya sabes que me parecía que Marie estaba para mojar pan.

—Sí. —respondió Hawke con tono divertido—. El tema salió un par de veces.

—Bueno, pues nos enrollamos —continuó Axel—. El mejor sexo de toda mi vida —afirmó en voz alta, olvidándose de las personas que estaban sentadas a nuestro alrededor.

—Shh. —Me llevé el dedo a los labios.

—Da igual —dijo Axel—. Aquí todo el mundo sabe cómo soy —continuó, ignorando mi consejo—. Empecé a ver a Marie en su casa más y más, porque tenía que estar con Frankie... —La voz le falló cuando mencionó el nombre de su hermana.

Hawke no reaccionó, pero sus ojos perdieron parte de su brillo al oírlo.

—Ya me acuerdo de eso. Decías que te estabas quedando colgado de ella.

¿Axel había dicho eso? Era incapaz de imaginarme a Axel diciendo algo así.

—Bueno, no lo dije de esa forma —replicó Axel.

—Pero no querías acostarte con ninguna otra. —Hawke se volvió hacia mí con una mirada sincera que dejaba claro que no se lo estaba inventando.

—Bueno... sí. —Axel parecía sentir mucha vergüenza con todo aquello—. A lo que iba, Marie empezó a salir con un chico, y eso no me gustó. Se me revolvía el estómago cuando la veía con él. Y, cuando la vi besarle en el umbral... una pequeña parte de mí murió.

—Ay... —No pude impedir que se me escapara un grito ahogado.

Axel continuó.

—Lo hablamos y comprendimos que lo nuestro no podía ser. Yo no estaba preparado para tener una relación seria, y para Francesca sería una situación extraña que empezáramos a salir, especialmente si luego rompíamos. No iba a funcionar, así que volvimos a ser sólo amigos.

Hawke no se perdía ni una palabra de Axel, ignorando al resto de comensales sentados a la mesa.

—Eso no duró mucho, ¿a que no?

—Entonces empezó a salir con otro tío, un perdedor nato...

—¿Qué? —solté—. Ni siquiera lo conociste.

—No me hizo falta —protestó Axel—. No era lo suficientemente bueno para ti. Nadie lo es.

Volví a mirarlo con dulzura.

—Ay...

—Marie me acusó de ser un superficial —explicó Axel—. Había estado colada por mí en el instituto, pero yo no me había fijado en ella... hasta hace poco. Tenía algo de razón. Lo único que me importaba era la belleza. Nunca antes me había molestado en conocer de verdad a una chica.

Hawke escuchaba atentamente, ocultando a la vez sus propios pensamientos.

—Pero me di cuenta de que las cosas eran diferentes con Marie. Cuando no estaba con ella, pensaba en ella. Me fijaba en todos los pequeños detalles, como la forma en que el pelo le enmarca la cara cuando se gira, o las pequeñas pecas que tiene en la piel. Cuando no estaba con ella, la añoraba. Lo único que quería era estar a su lado... Y no porque quisiera acostarme con ella.

Hawke seguía con la copa entre los dedos.

—Así que le dije lo que sentía, que quería estar con ella por las cosas buenas que había en su interior, y no por el exterior.

Hawke asintió cuando terminó la historia.

—Qué romántico, Axel.

—Quiero decir, sí me importa el exterior —aclaró Axel—. Sigo creyendo que Marie está para mojar pan. No voy a mentir.

Hawke se echó a reír.

—La atracción física es importante.

—Y de eso no nos falta —asintió Axel, rodeándome los hombros con su brazo.

—Siempre supe que sentarías la cabeza —declaró Hawke—. Me alegro de haber sido testigo de ello.

—¡Eh! Espera un poco. —Axel retiró el brazo—. ¿Quién ha dicho nada de sentar la cabeza? Sólo estamos saliendo.

No dejé que esas palabras me ofendieran. Nuestra relación era relativamente nueva. Ni siquiera nos habíamos dicho que nos queríamos. Pero me molestó... hasta cierto punto.

Hawke sonrió.

—¿Quieres saber mi opinión?

Axel sacudió la cabeza.

—En realidad no.

—Si no has encontrado ni una sola mujer con la que quisieras estar hasta ahora, que tienes treinta años, entonces sabes que has encontrado a la definitiva. Tal vez en este momento no te des cuenta, pero lo sabrás.

Axel se quedó callado, ocultando sus pensamientos.

—Cuando encontré a Francesca... Lo supe. —Hawke se quedó con los ojos clavados en la copa y no volvió a mirarnos a ninguno de los dos—. No hubo nada concreto que hiciera o dijera. Un día te despiertas y lo sabes.

No podía creer que hablara así de Francesca después de haberla dejado sin contemplaciones. Lo decía como si no fueran a volver juntos nunca, pero hablaba de ella como si fuera su único y verdadero amor. No tenía sentido para mí.

Axel no dijo nada, probablemente porque no sabía qué decir.

Yo mantuve la boca cerrada porque no se me ocurría nada agradable que decirle con respecto a Francesca. Si la amaba de verdad, habría estado a su lado en ese preciso momento. Habrían sido felices juntos y ella no estaría hecha un ovillo en su cama en ese mismo instante.

Hawke removió la copa y contempló cómo bailaba el vino en su interior.

—¿Cómo está?

Era una pregunta cargada de intención y no supe cómo responder.

Axel también se quedó callado.

—Está genial. —De ninguna de las maneras le iba a contar la miseria en la que se había hundido. No iba a darle la satisfacción de saber que ella seguía llorando su pérdida después de todo el tiempo que había transcurrido—. Está deseando que acabe el semestre para graduarse.

—¿Ganó ese concurso de tartas? —preguntó.

«¿Qué concurso de tartas?».

Axel tomó el relevo.

—Lo bordó, como siempre. Le dieron una escarapela preciosa.

Debía de ser una de las mentiras que se había inventado.

—Y está saliendo con alguien —añadí.

Al oírlo, Hawke levantó la vista con tristeza. Sólo fue visible durante unos instantes y después desapareció como si nunca hubiera estado ahí.

—Ya veo...

Axel me lanzó una mirada furiosa.

—Sí —continué—. También está licenciado en Empresariales. Trabajaron juntos en un proyecto y luego él le pidió salir. De momento es una relación bastante informal, pero parece que a Francesca le gusta bastante. —No podía parecer que se había enamorado ya porque no habría sido realista.

Hawke ocultó su desesperación, aunque no demasiado bien.

—Me alegro por ella... —¿Ni siquiera eso iba a conseguir que volviera con Francesca?—. Me daba miedo que se deprimiese y se derrumbase. —Volvió a remover el vino—. Me alegro de que viva la vida a tope. Quiero que sea feliz, porque se merece la mayor felicidad del mundo. —Se quedó mirando el vino antes de dar un trago largo.

Cuando decía cosas como esa, no lo odiaba tanto. Aunque la hubiera abandonado, parecía como si todavía sintiera algo por ella... casi como si la amara.

—¿Cómo estás tú? —preguntó Axel.

Se terminó la copa antes de dejarla sobre la mesa.

—Más o menos igual que el día que me marché. Y así seguiré hasta el día en que me muera.

Joder, qué intenso era.

Axel lo miró atentamente antes de hablar.

—Nunca es demasiado tarde para volver juntos. ¿Por qué no...?

—No. —Levantó la mano para hacer callar a Axel—. Le va genial sin mí y no voy a entrometerme.

¿Qué? ¿Acabábamos de cargarnos la felicidad de Francesca?

—¡Eh! Espera un poco. Sólo porque esté saliendo con otro no significa que te haya olvidado.

—Seguro que es un tipo agradable que puede darle el futuro que se merece —dijo Hawke—. Si vuelvo a entrar en su vida, lo fastidiaré otra vez. Me fui por un motivo y tengo que atenerme a ello. Es lo mejor para ella.

«Joder».

—Tío, si quieres volver con ella, por lo menos podrías decírselo. —Axel estaba aterrorizado y no se molestó en ocultarlo. Un instante antes había estado aparentando tranquilidad, y ahora ponía todas las cartas sobre la mesa.

—Siempre querré volver con ella —replicó Hawke—. Pero no puedo. Tengo que seguir adelante. Tal vez las cosas sean más fáciles con cada día que pase. Tal vez un día deje de pensar en ella para siempre... por imposible que parezca. —Volvió a llenarse la copa casi hasta el borde.

Axel y yo nos miramos sin saber qué hacer.

Fueran los que fuesen los problemas que habían tenido Hawke y Francesca, nunca desaparecerían. Los perseguirían siempre.

Y yo daría cualquier cosa por saber qué problemas eran esos.

SE ME QUITARON las ganas de tontear con Axel después de ver a Hawke. Tras esa conversación, no tenía el más mínimo interés en divertirme. Mi relación con Axel no era perfecta, pero al menos nos entendíamos.

Al que no entendía ni por asomo era a Hawke.

¿Qué razón podía haber para mantenerse a distancia?

Axel aparcó delante de mi casa y apagó el motor.

—¿Crees que le pasa algo?

Axel sabía a quién me refería porque también llevaba todo el camino pensando en él.

—¿Como qué?

—No sé, que tiene una enfermedad o algo así. Tal vez no puede estar con ella porque sabe que le va a ocurrir algo... —Era una locura, pero no se me ocurría nada mejor—. Como la enfermedad de Huntington.

—Lo dudo.

—¿Qué más podría ser?

Axel se encogió de hombros.

—De verdad que no lo sé. Y tampoco creo que lo vayamos a adivinar nunca.

Si a esas alturas Francesca no me lo había contado, probablemente no lo haría nunca.

—Tienes razón.

Entramos en casa y vimos que la puerta de Francesca estaba cerrada. Probablemente estaba dormida o dándole vueltas a su locura. Fuimos a mi dormitorio y cerramos con llave.

No era difícil colarse en casa estando Francesca, no cuando parecía que no se enteraba de nada de lo que sucedía a su alrededor. Podía pillarnos a Axel y a mí follando en el sofá y probablemente ni se inmutaría.

Hasta ese punto llegaba su aturdimiento.

Axel dejó la cazadora en el respaldo de mi silla de trabajo y se desabrochó la camisa.

—No puedo creer que nos encontráramos con Hawke...

—Yo tampoco. —Me bajé de los tacones y de inmediato sentí un gran alivio en los pies. Me desprendí del vestido hasta quedarme sólo con el sujetador sin tirantes y el tanga. Estaba dándole la espalda a Axel y no me volví mientras me desvestía. Ya me había visto desnuda, pero no me pareció bien dejarle verme, no era el momento adecuado.

Cubrí mi cuerpo con una camiseta para dormir y me volví hacia la cama.

Él estaba de pie, sólo con los calzoncillos. La definición de su miembro

era obvia a través de la tela. Me dirigió una mirada ardiente, pero nada más. Echó hacia atrás las sábanas y se tumbó.

—Tu cama es muy cómoda.

—Gracias. —Me metí a su lado y puse el despertador.

Axel gruñó.

—¿Para qué pones el despertador?

—Tienes que marcharte y luego volver.

—¿Por qué?

—Porque si no, Francesca sabrá que has dormido aquí.

—Como quieras —replicó suspirando—. Ya no me importa.

—Bueno, pero a mí sí. Quiero contárselo, pero en el momento adecuado.

No volvió a protestar.

Me subí las sábanas hasta los hombros y me acurruqué a su lado. En cuanto sentí su cuerpo al lado del mío, todo el estrés que tenía se esfumó. Estar con él, aunque fuera en silencio, me tranquilizaba. No había nada que me gustara más que tumbarnos juntos, envueltos en la calidez de los brazos del otro.

Axel me rodeó los hombros con el brazo y apoyó la mano en mi pelo. Acarició dulcemente los bucles, dejando que se deslizaran entre sus dedos. Me contempló con ojos entornados, sin perderse un detalle de mis facciones. No se inclinó para besarme, y tampoco hizo ademán de que fuera eso lo que deseaba. En ese momento, lo único que quería era mirarme.

Deslicé una mano por su poderoso pecho y me detuve al llegar a la piel que cubría su corazón. Sentí sus latidos, lentos y uniformes. Estaba relajado, en paz. Acaricié la zona, deteniéndome en el corazón que lo hacía tan hermoso. Momentos como ese me hacían comprender que las palabras eran innecesarias. Mientras estuviéramos uno en presencia del otro, no necesitaríamos nada más. Esos momentos silenciosos, en los que no parecía ocurrir nada emocionante, eran los más excitantes de todos.

Un día infernal

Marie

Tenía el brazo mejor y ya podía moverlo en todas las direcciones. Los viejos cabestrillos yacían en el fondo de un cajón y mi vida había regresado a la normalidad. Aún tenía un bote de Vicodina sin usar, pero no podía tirarlo a la basura. Así que lo guardé en el armario de las medicinas que teníamos en el baño por si lo necesitaba más adelante. Probablemente no volvería a tener complicaciones con el hombro, pero me pareció inteligente estar preparada.

Axel se duchó y se vistió en mi baño antes de salir de la habitación, para dar la impresión de que acababa de llegar de su apartamento. Francesca no notó nada. Y si lo había notado, no le importaba lo suficiente como para hacer un comentario sobre el tema.

Axel abrió la nevera y echó un vistazo a su contenido.

—¿Debería molestarme siquiera en prepararle el desayuno...?

Francesca había salido un poco de su concha, pero todavía estaba muy hundida. Seguía sin tener apetito ni motivación para hacer nada. Hawke también parecía destrozado, pero seguía en pie haciendo vida normal. No entendía por qué ella no podía hacer lo mismo.

—Prepárale sólo unos huevos.

—Entonces tendré que sacar la sartén, calentarla, lavarla... Es mucho trabajo para que no se los coma. —Cerró la nevera, pero continuó discutiendo consigo mismo en silencio.

—Pues se los hago yo. —En esa situación me sentía como el poli bueno.

—Me da igual. Simplemente no quiero perder el tiempo. —Esa mañana estaba especialmente irritable. La noche anterior nos habíamos tumbado juntos en la cama, mirándonos a los ojos hasta que nos quedamos dormidos. Ninguno de los dos pareció tener interés en pasar a algo más físico. Nos bastaba con estar juntos. Si me paraba a pensarlo, ni siquiera habíamos intentado hacer el amor... todavía.

—Deja que me ocupe yo. —Lo aparté de allí, batí los huevos y los vertí en la sartén. Axel tenía la fea costumbre de gritar a Francesca y yo quería evitar que sucediera. Gritarle no hacía que Axel se sintiera mejor y sabía que tampoco la ayudaba a ella.

Preparé los huevos y los puse en un plato sobre la mesa.

—Voy a buscarla.

Axel se quedó de pie, apoyado en la encimera sirviéndose una taza de café.

Llamé a la puerta antes de entrar en su dormitorio.

—Vamos, Frankie. Es hora de levantarse.

Se giró hacia la pared opuesta.

—¿Para qué?

—He preparado huevos revueltos con una pizca de pimienta, como te gustan.

—No, gracias. —Tiró de las sábanas hacia ella con más fuerza.

Si no comía ahora no comería nada en todo el día.

—Tienes que comer algo.

—Ponlos en la nevera. Tal vez me apetezcan más tarde.

Por aquel entonces ya estaba demasiado delgada. Había perdido todo el músculo y apenas tenía grasa. Estaba llegando a un punto en el que temía por su salud.

—Más te vale comértelos después. —Cerré la puerta y regresé a la cocina. Ese día tenía el horario completo con el trabajo y la universidad. Debía ponerme en marcha.

Axel parecía más que enfadado.

—¿Va a venir?

Quise encubrir a mi amiga, pero no veía cómo.

—Le molesta un poco el estómago... —Axel entrecerró los ojos—. Debe ser un virus o algo así.

Debió adivinar que estaba mintiendo, porque salió en tromba.

«¡Oh, no!».

Oí cómo se abría de golpe la puerta del dormitorio de Francesca.

—¿Tu amiga te prepara el desayuno y ni siquiera vas a probarlo?

Francesca y Axel discutían de vez en cuando, aunque nunca habían tenido una pelea de este calibre. Era imposible enfadar de verdad a Axel, pero no tenía paciencia con su hermana.

—Yo no se lo he pedido. —Apenas se podía oír la voz de Francesca.

—Tampoco le pediste que te hiciera los trabajos de la universidad o que pagara tus facturas, pero lo hace. Ni una sola vez le has dado las gracias ni has dado muestras de agradecimiento. Te limitas a quedarte ahí tumbada como un cerdo asqueroso.

Yo estaba sentada en la cocina y rezaba para que acabara la bronca.

—Te estoy pagando el alquiler y los plazos del coche, y tampoco he recibido ni las gracias. Frankie, han pasado dos meses. Hawke se dedica a ligar y follar por ahí mientras tú te lamentas por las esquinas como una piltrafa de ser humano. No va a volver y es hora de que lo superes. Levanta el culo y madura de una puta vez.

«Que acabe ya, por favor».

—Tuve que aguantar toda la mierda de papá y ahora me toca aguantarte a ti. Estoy harto de que siempre me toque todo lo malo. Eres perfectamente capaz de cuidar de ti misma, pero no te da la gana. Eres una puta egoísta y ya no lo aguanto más. Odio mirarte, odio hablar contigo y odio todo lo que tiene que ver contigo. —Salió como un vendaval dando un portazo a la puerta principal.

No corrí tras él porque estaba demasiado alterado para razonar. Y tampoco hablé con Francesca porque no sabía si en realidad le importaba algo de lo que había dicho Axel. Agarré el bolso y me disponía a salir por la puerta cuando oí llorar a Francesca en su dormitorio.

No la había oído llorar ni una sola vez.

Me quedé de pie y escuché mientras el corazón se me partía con el sonido de su llanto. Mi primer instinto fue consolarla, pero no me sentí capaz de hacerlo. Tal vez Axel por fin había llegado hasta ella, tal vez había logrado hacerle entender que debía levantarse de la cama y seguir adelante.

Tal vez las cosas mejorarían.

ESA NOCHE la cafetería estaba muerta.

No entraba nadie, porque a los clientes les interesaba más el nuevo puesto de cupcakes que había abierto enfrente. No los culpaba. Yo misma prefería un cupcake con el café.

El jefe permitió que me fuera a casa aunque aún faltaban dos horas para que terminara mi turno. Era agradable llegar pronto, pero sabía que no me sentaría nada bien cuando recibiera un cheque menor dos semanas después. Si Axel no estuviera ayudándome económicamente, me hundiría.

Cuando aparqué frente a la casa, el coche de Axel no estaba. Sospechaba que esa noche se quedaría en su apartamento porque seguía cabreado con Francesca. Era mejor que se mantuvieran alejados el uno del otro por unos días. Axel no sentía nada de lo que había dicho, pero sus palabras habían sido muy duras.

Entré y me di cuenta de que las luces estaban apagadas. Era obvio que Francesca no había salido de su habitación ni una sola vez en todo el día. Dejé el bolso en la mesa de la cocina y encendí todas las luces.

—¿Frankie? —La llamé para comprobar que estaba bien.

No hubo respuesta.

—¿Frankie? —Fui hacia su habitación y me detuve cuando vi un brazo extendido sobre el suelo del pasillo. El resto del cuerpo yacía inerte en el baño, oculto a la vista.

«¿Qué coño...?».

—¿Frankie? —Corrí al baño y la vi. Estaba tendida en el suelo. Tenía los ojos cerrados y no respiraba. Probablemente estaba tan débil que había

resbalado y se había caído.

Me arrodillé y le sostuve la cabeza entre las manos.

—¡Frankie, despierta! —Busqué sangre, pero no había ni una gota. Cuando le tomé el pulso en el cuello, me di cuenta de que era peligrosamente débil.

¿Qué había ocurrido?

—¿Frankie? —La sacudí violentamente, intentando despertarla.

Fue entonces cuando vi el bote en su mano. La etiqueta mostraba mi nombre y mi fecha de nacimiento. En un lateral estaba escrita la palabra Vicodina.

Y estaba vacío.

«Mierda».

Saqué el teléfono y me quedé mirándolo con ojos extraviados.

—Mierda, ¿cuál es el número de emergencias? —La mano me temblaba mientras intentaba recordar. Entonces me vino a la cabeza como en una ráfaga—. ¡Joder! —Hice la llamada y escuché a la operadora que contestó.

—112, dígame. ¿Cuál es su emergencia?

—Mi amiga necesita ayuda.

CUANDO LLEGUÉ al hospital no me permitieron verla. Ni siquiera sabía qué estaban haciéndole los médicos. Había seguido a la ambulancia en mi coche y llegué unos minutos más tarde. Cuando aparqué ya se la habían llevado a toda prisa.

Fue el peor día de mi vida.

Me senté en la sala de espera y agarré el teléfono con fuerza. Cada vez que pasaban las enfermeras, miraba a la que estaba a cargo con la esperanza de que me dijera algo, que me diera alguna noticia.

El teléfono se iluminó con la llamada de Axel.

—Hola —dijo al teléfono—. ¿Has conseguido sacar a Francesca de casa?

Ni siquiera se me había ocurrido llamarlo. Acababa de llegar al hospital y

estaba atenazada por el pánico. No se me había pasado por la cabeza.

—Francesca se ha tomado mi bote entero de Vicodina y estoy en Urgencias esperando noticias. No sé si se va a poner bien. Ni siquiera sé dónde está. —Mi voz se quebró y empezaron a caerme lágrimas a borbotones.

—¡Oh, Dios mío...!

—Estoy en el hospital.

—¿Se va a poner bien?

—No lo sé... —Seguí caminando de un lado a otro por la sala de espera, consciente de que la gente me miraba. Sentía que todos los ojos estaban puestos en mí, pero me daba igual.

—Joder. Voy ahora mismo. —Y colgó.

Seguí con el teléfono pegado a la oreja porque estaba completamente aturdida. Caminaba de un lado a otro, incapaz de permanecer quieta ni por un momento.

AXEL CORRIÓ hacia mí en cuanto me vio.

—¿Sabes algo?

—No. —Todavía tenía los ojos húmedos de las lágrimas, a punto de volver a llorar en cualquier momento.

Axel tenía la cara blanca como la cera. Incluso tenía los labios pálidos. No parecía asustado, sino aterrado.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Acabé pronto el turno, así que volví a casa... y me la encontré. Estaba en el suelo del baño con el bote vacío en la mano.

—¿Cuántas pastillas había?

—Por lo menos treinta...

—¡Dios mío! —Se agarró la cabeza como si fuera a explotarle.

—El jefe me dejó salir antes porque había muy poca gente... pero ¿y si no hubiera sido así? ¿Y si hubiera llegado a casa a la hora de siempre y ya hubiera estado muerta?

Axel se quedó mirando al suelo.

—Axel, estoy muy asustada.

—¿Has hablado con ella hoy?

—No... Desde esta mañana, no. La oí llorar justo antes de marcharme, pero no entré. Debería haberle dicho algo, haberla consolado.

Axel se quedó paralizado cuando lo comprendió. Estaba pensando lo mismo que yo.

—Es por lo que le dije. Es culpa mía.

Me crucé de brazos, apretándolos con fuerza contra mi pecho para no temblar descontroladamente. Quise decirle que no era verdad, que no podía estar más equivocado. Que lo había hecho por otro motivo, uno en el que ninguno de los dos tenía nada que ver. Pero en mi corazón sabía que era cierto.

Axel se derrumbó en la silla que tenía al lado y se inclinó hacia adelante, destrozado al comprender la verdad.

Me desplomé en la silla más cercana, sin apenas poder respirar. Sólo oía a las enfermeras yendo por el pasillo de un lado a otro. Varios teléfonos sonaban en los mostradores y el resto de personas de la sala de espera hablaban entre ellos en voz baja. Aunque estaba rodeada de gente, me sentí completamente aislada.

Sola.

POR FIN TUVIMOS NOTICIAS.

—¿Se encuentra bien? —Axel se puso de pie de un salto, abalanzándose a la enfermera.

—¿Qué está pasando? —Yo estaba a su lado, igual de ansiosa.

—Por favor, dígame que está bien. —Axel estaba tan destrozado como yo, probablemente más.

La enfermera levantó las manos haciendo un gesto para que nos tranquilizáramos.

—El médico le está haciendo un lavado de estómago. No sabremos nada

hasta dentro de un rato.

—¿Un lavado de estómago? —pregunté.

—¿Qué significa eso? —preguntó Axel.

—Con suerte, habremos actuado lo suficientemente rápido para evitar que las toxinas lleguen hasta el hígado. En caso contrario, podría sufrir un fallo hepático. No sabemos cuándo se tomó las pastillas, así que no podremos estar seguros de nada hasta que acabe el procedimiento.

—¿Y cuándo será eso? —pregunté.

—Dentro de una hora como mínimo.

No podía creer lo que estaba pasando. Le estaban haciendo un lavado de estómago a Francesca porque había intentado suicidarse con una sobredosis. ¿Por qué habría dejado las pastillas allí? ¿Por qué no me había dado cuenta de lo seria que era su depresión? Debería haber intervenido. Debería haber hecho algo.

—Manténganos informados, por favor...

—Por supuesto. —Nos dedicó una mirada de simpatía antes de desaparecer por el pasillo.

Axel y yo nos quedamos conmocionados.

—Si muere... —Sacudió la cabeza con los ojos anegados en lágrimas—. No puedo...

El dolor de su rostro me partía el corazón. Sentía su culpa filtrarse en mi piel. Sus remordimientos me envolvieron, ahogándome. Lo atraje hacia mí y lo abracé con fuerza.

—Se pondrá bien, Axel.

Hundió su cara en mi cuello y respiró pesadamente. Derramó unas lágrimas sobre mi hombro que absorbió mi piel. Sentí la sal sin probarlas. Su dolor me dolía más que el mío, simplemente porque su felicidad lo era todo para mí.

Cerré los ojos e intenté aclarar mis pensamientos. Si le daba demasiadas vueltas, volvería a derrumbarme. En ese momento necesitaba estar con Axel. Ya había perdido a su madre y a su padre.

Y ahora podía perder a su hermana.

Después de más de una hora de espera, formulé la pregunta que no

quería hacerle.

—¿Deberíamos llamarlo?

Axel me sostuvo la mano con los ojos fijos en la moqueta.

—No.

—¿Estás seguro...? —Nunca entendería por qué se había marchado, pero creía que la amaba de verdad.

—Ya no forma parte de su vida. —Su voz carecía de emoción. Estaba totalmente aturdido.

—Vale. —No quería insistir en el tema, no en ese momento—. Entonces tengo que llamar a Yaya.

—Esperemos a ver qué dice el médico. Entonces ya sabremos qué clase de llamada telefónica debemos hacer.

En mi opinión ella tenía que saberlo, pero tampoco insistí. Se trataba de la familia de Axel y haría lo que él quisiera. No tenía sentido echarle más presión encima cuando estaba a punto de derrumbarse.

La enfermera regresó y mi corazón casi se detuvo.

—Axel. Está aquí.

Axel se puso de pie a la velocidad de la luz.

—¿Qué pasa?

—Esa chica ha tenido suerte. —Se cruzó de brazos—. El médico pudo eliminar casi todas las toxinas de su organismo. Ha absorbido una pequeña cantidad y tendrá que sufrir sus efectos, pero está fuera de peligro.

—Gracias a Dios... —El corazón me dejó de latir de verdad.

Axel se cubrió el rostro y respiró ruidosamente.

—Joder.

—¿Podemos verla? —supliqué.

—Va a estar inconsciente durante un tiempo, pero pueden esperar a que despierte en su habitación. Vengan conmigo. —Nos guio por el pasillo hasta allí. Francesca estaba tumbada en la cama con tubos por todas partes. Aún respiraba, pero parecía muerta. Si no hubiera visto cómo le subía y bajaba el pecho, habría supuesto lo peor.

—Tomen asiento. —La enfermera cerró la puerta al salir.

Axel y yo nos sentamos a la cabecera de su cama. Lo único que

podíamos hacer era mirarla, contemplar su cuerpo casi inerte. Tenía un ventilador mecánico conectado a la garganta, y la máquina pitaba cada vez que liberaba dióxido de carbono.

No me lo podía creer.

Axel la miraba fijamente. Se había quedado mudo, como yo.

Tomé la mano de Francesca sobre la cama y sentí su piel fría. Estaba helada.

—Frankie... —Axel se acercó más a la cama y apoyó una mano en su brazo. Parecía estar buscándole el pulso para asegurarse de que seguía en el mundo de los vivos. La miró con ojos llorosos y labios temblorosos—. Estoy aquí.

Bajé la vista para darle unos momentos de intimidad con su hermana.

—Perdona por todo lo que te dije. La verdad es que no podría vivir sin ti. Así que te ruego que vuelvas a mí. —Le apretó el brazo con delicadeza antes de sentarse a mi lado.

—Voy a llamar a Yaya.

Axel asintió.

Salí al pasillo e hice la llamada, agradecida de poder dar una buena noticia entre todo lo malo.

DESPERTÓ CASI DOS DÍAS DESPUÉS.

Abrió los ojos de repente y miró al techo unos segundos, sin saber muy bien dónde estaba o si seguía viva. No parpadeó, haciéndose a la idea del tipo de habitación en el que estaba y notando el tubo de su garganta. Se llevó la mano al cuello instintivamente, deseando quitárselo.

Axel le agarró la mano.

—Espera. Voy a llamar al médico.

Se estremeció al ver la cara de Axel. Se quedó mirándolo fijamente, analizando cada una de sus facciones. Después, el remordimiento invadió su rostro. No estaba claro si se sentía aliviada o decepcionada de que su plan hubiera fallado.

Axel trajo al médico, y este le retiró la intubación de la garganta. En cuanto lo hizo, empezó a respirar sin ayuda. Se tocó la garganta dolorida y tosió unas cuantas veces.

Los tres la miramos fijamente, agradecidos de que estuviera viva.

Francesca se abrazó las rodillas a la altura del pecho y miró al frente, evitando encontrarse directamente con nuestros ojos. La vergüenza de sus actos la abrumó inmediatamente. Sabía perfectamente lo que nos había hecho pasar y ahora no podía soportarlo. Intuía que su hermano estaba a punto de reñirla y hacer que se sintiera aún peor.

Axel se puso de pie y se acercó a su cabecera. Después se sentó en la cama con las piernas colgando.

Siguió sin mirarlo a la cara.

Axel le tomó la mano, demostrando su cariño hacia ella de una forma que nunca antes había dejado entrever.

—Me alegro mucho de que estés bien. Estaba muy asustado. —Sostuvo la mano flácida de Francesca entre las suyas y ella no la retiró—. Todos estábamos muy asustados. No estábamos seguros de que lo fueras a superar.

Unas gruesas lágrimas empezaron a acumularse en los ojos de Francesca, pero no cayeron. Su respiración se hizo más rápida, y su pecho subía y bajaba visiblemente.

—Francesca. —Puso ambas manos sobre las de su hermana—. Siento mucho lo que dije. Fui demasiado duro contigo. Estaba asustado y no supe expresarlo muy bien. Ojalá pudiera retirarlo.

Francesca cerró los ojos durante un buen rato y, cuando los abrió, por fin las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Axel... Soy yo quien debería pedir perdón. —Su voz era tan ronca que no parecía en absoluto la suya. Pero eran sus palabras—. Lamento mucho haberte hecho tanto daño. Me volví loca e hice algo estúpido... No fue culpa tuya.

—Sí lo fue. No debí haberte gritado así.

Francesca sacudió la cabeza.

—No importa. No te culpes.

La conversación era íntima y me sentí fatal por estar allí. Quise irme, pero pensé que atraería una atención innecesaria hacia mí.

—Prométeme que no volverás a hacerlo. —Habló en voz baja, pero con un tono lleno de súplica.

—Te lo prometo. —Lo miró a los ojos.

—Ninguno de nosotros podría seguir adelante sin ti, Francesca. Espero que lo sepas.

Asintió mientras se le escapaban más lágrimas.

—Lamento haberte hecho tanto daño, Axel. No te lo mereces.

—No pasa nada. —Le acarició la mano—. Estás aquí y eso es lo único que importa. Ahora tenemos que centrarnos en que te pongas bien. No entendí de verdad lo mal que te sentías. —Se inclinó y la abrazó con cuidado de no tocar ninguno de los tubos que todavía tenía conectados a su cuerpo.

No pude evitar un sollozo, porque su reconciliación me estaba emocionando.

Axel se apartó y la besó en la frente.

Nunca le había visto mostrar tanto afecto por su hermana. Y me daba la sensación de que no lo volvería a ver.

Volvió a su silla y me miró, cediéndome la palabra.

Me senté en el borde de la cama, pero no se me ocurría nada que decir. Sentía demasiadas emociones en mi corazón para decir algo. La miré a los ojos y noté cómo me brotaban irremediabilmente las lágrimas.

Francesca lloró conmigo.

—Te quiero mucho. —La rodeé con mis brazos.

—Yo también. Lo siento muchísimo...

—No pasa nada. —Sentí sus huesos en mis dedos, porque estaba terriblemente delgada. Parecía un esqueleto.

—Te prometo que nunca volveré a hacer nada parecido.

—Lo sé. En cuanto salgas de aquí empezaremos a trabajar para que mejores de verdad.

—De acuerdo —susurró ella.

Me separé e intenté dedicarle una sonrisa, pero supe que únicamente

había conseguido hacer una mueca.

—Y vas a empezar a hacer pasteles otra vez. La casa no huele igual. Me sonrió, aunque débilmente.

—De acuerdo.

Le atusé el cabello y se lo coloqué sobre un hombro, adecentándola tanto como pude.

—¿Tienes hambre?

Ella negó con la cabeza.

Seguí mirándola fijamente.

—Quiero decir, sí. —Tragó saliva—. Tráeme toda la comida que puedas, por favor.

Apoyé mi mano sobre la suya.

—Eso está mejor.

YAYA SE FUE a casa a dormir un poco y Axel tenía que ir a la oficina. Yo me salté las clases, porque no quería que Francesca se quedara sola. Parecía estar mejor, a pesar de su intento de suicidio.

Francesca miraba la televisión que había en una esquina, un culebrón diario.

—No tienes que quedarte conmigo. Sé que tienes clase.

—Tengo clase de Sociología... aburridísimo. —Hojeé un número antiguo de la revista People.

—Vale... Gracias por hacerme compañía.

—Por supuesto. —Podría llevarla a casa en unos días, pero, por ahora, seguía en observación. Había venido un psiquiatra y había hablado con ella para evaluar su estado mental. El episodio que había sufrido ya había finalizado—. Frankie... ¿qué ocurrió exactamente? —Había deseado conocer la respuesta desde hacía un tiempo, pero no quería oírla delante de otras personas.

Cogió el mando a distancia y apagó el televisor.

—No fue premeditado.

—¿Qué significa eso?

—No había planeado hacerlo. Cuando fui al baño, seguía llorando por la conversación que había tenido con Axel. Me sentía... totalmente aturdida. Ya nada tenía sentido. Todo lo que había dicho era verdad. Yo era una piltrafa humana patética e increíblemente débil. —Francesca sacudió la cabeza ligeramente—. Vi el bote de analgésicos y no lo dudé. Simplemente me los tragué.

Mantuve la voz firme y la cara seria.

—Entonces, ¿querías morir?

—No... Lo que no quería era seguir viviendo.

—¿Porque Hawke no va a volver jamás?

—Sí... pero en realidad no. En ese momento estaba hundida por la desesperación. Axel me había pintado un cuadro que no podía quitarme de la cabeza. Me vi con sus ojos... y no me gustó.

Jamás le contaría a Axel nada de esta conversación.

Francesca se quedó callada, mirando fijamente el mando a distancia que seguía en su mano.

—Por favor, no le cuentes lo que te acabo de decir...

—No lo haré.

—Gracias. —Dejó el mando a distancia en la mesa que tenía al lado de la cama.

—¿Todavía te sientes así? —¿Podría volver a tener una crisis como esa al cabo de unas semanas? ¿Tendríamos que vigilarla más estrechamente?

—No. No me puedo creer que os haya hecho pasar por todo esto. Y no quiero volver a esa existencia insoportable. Tengo que superarlo y seguir con mi vida. No me gusta cómo soy ahora.

Era el progreso más grande que había visto en ella.

—Puedes hacerlo, Frankie.

—Ahora mismo puede parecer demasiado difícil, pero tengo que intentarlo. Echo de menos a la persona que era antes.

—Yo también la echo de menos.

Apretó las sábanas entre sus dedos diminutos.

—Lo siento mucho, Marie. Sé cuánto te he hecho sufrir estos últimos

meses. No te lo merecías.

—No pasa nada. —Nunca le guardaría rencor a mi mejor amiga.

—Me pondré bien —susurró Francesca—. Te lo prometo.

Al menos había surgido algo bueno de toda la tragedia.

—Sé que lo harás.

Volvió a tumbarse sobre la almohada con el pelo enmarañado a su alrededor. Miró por la ventana, admirando el día soleado. Después se volvió hacia mí, y sus ojos delataron su pregunta antes de que la formulara.

—¿Lo sabe él...?

Sabía a quién se refería. Axel había decidido que no debíamos llamarlo y yo estuve de acuerdo. Ver a Francesca en su momento más bajo podría hacer que sintiera lástima por ella. Y, si ese era el único motivo para volver con ella, no debía saberlo.

—No —contesté. Su expresión no cambió—. A no ser que quieras que se lo diga.

Se quedó en silencio pensando en el asunto, dándole vueltas a la idea. Después sacudió la cabeza.

—No.

Supuse que eso era también lo que queríamos nosotros.

—Vas a ponerte bien, Frankie. Vayamos poco a poco.

ESTABA en el pasillo con Axel. Él acababa de volver con un café para mí, de esos asquerosos de máquina de hospital. Axel bebió un sorbo del suyo e hizo una mueca.

—¿Cómo está?

—Creo que mejor.

—¿Sí? —preguntó—. Yo también lo creo.

—A veces tienes que tocar fondo antes de poder levantarte.

—Supongo. —Sostuvo en la mano el vaso de plástico blanco aún humeante.

—Creo que se va a poner bien. Esta experiencia ha hecho que comprenda que debe superarlo y pasar página.

—¿Ha dicho eso?

Asentí.

—Es que no me puedo creer que haya llegado a esto... ¿Ha dicho por qué lo hizo?

No iba a decirle que sus palabras habían sido el detonante.

—Simplemente lo añora mucho...

Axel se quedó mirando su vaso en silencio.

—Ojalá nunca hubieran salido juntos...

—Ojalá siguieran juntos. —Nunca había visto a Frankie tan feliz como cuando estaba con él.

—Supongo...

—Desde este momento, todo va a ser más fácil. Iremos día a día y, con el tiempo, Frankie volverá a la normalidad. Se encontrará a sí misma, y esta vez será más fuerte.

—Espero que tengas razón. —Miró hacia la puerta, pero no entró. Su fortaleza habitual había desaparecido, era inexistente—. A veces la odio de verdad. Y no lo digo en broma. Lo digo literalmente. Hay veces en que desearía que no formara parte de mi vida. Pero... otras veces, como esta, me recuerdan lo mucho que la necesito. —Le pasé la mano por la cintura—. Es exactamente igual que lo de mi padre, la historia se repite otra vez.

—Pero Frankie no se va a ir a ninguna parte. Se va a quedar aquí.

Axel asintió.

—Y no va a volver a hacer una estupidez como esta jamás. La creo.

—Yo también la creo.

Me puse de puntillas y lo besé en la mejilla.

—Lo superaremos juntos. Te lo prometo.

Me rodeó la cintura y me abrazó con fuerza. Apoyó la barbilla sobre mi cabeza y soltó un profundo suspiro, liberando todo su dolor de una vez.

Arrepentimiento

Axel

En mi vida me había sentido tan hasta arriba de mierda.

Cuando perdía los estribos, gritaba a Francesca porque no sabía expresarme de otra forma. Le había fallado de muchísimas formas, y esto había sido la gota que había colmado el vaso.

Era culpa mía.

Mi hermana siempre había sido una persona fuerte. Cuando nuestros padres murieron, el dolor la golpeó con fuerza, pero no la paralizó. Siguió con sus estudios, su trabajo y sus amistades. Estuvo más silenciosa que de costumbre, pero seguía activa. De hecho, yo fui el que peor lo pasó con el suicidio de papá. Me lo tomé como una afrenta personal hacia Francesca y hacia mí. A esas alturas todavía no lo había perdonado por su acto despreciable.

Cuando Francesca se aisló del mundo y se atrincheró en su dormitorio, debería haber adivinado que le pasaba algo grave. En lugar de gritarle, debí haberla apoyado más. Estaba desviando hacia ella toda la rabia que aún sentía hacia mi padre.

¿Cómo iba a superar esto?

Cuando le dieron el alta en el hospital, respiré un poco más tranquilo. Había recuperado la salud y le permitieron regresar a casa. Su estado mental todavía no era perfecto, pero al menos su cuerpo funcionaba correctamente.

Nadie dijo una sola palabra en el coche de camino a casa. Marie iba sentada en el asiento del copiloto y Francesca, en la parte posterior. Yo conducía con los ojos puestos en el espejo retrovisor para comprobar que estaba bien. Siempre que la miraba tenía los ojos fijos en la ventanilla.

Llegamos a su casa y entramos. Estaba todo desordenado por las prisas con las que habían salido. Nadie había recogido, y las pilas de libros y carpetas seguían encima de la mesa de la cocina.

Francesca se detuvo en el umbral y miró a su alrededor como si fuera la primera vez que veía la casa de verdad.

Marie y yo nos quedamos completamente quietos, sin saber qué haría a continuación.

Francesca contempló la cocina y, después de un largo minuto con la mirada fija en ella, entró. Abrió la nevera y sacó un cartón de huevos y levadura. Después sacó un cuenco de mezclar y algunas cazuelas.

Contuve el aliento.

Francesca precalentó el horno y empezó a trabajar en silencio, batiendo la masa en el cuenco.

Estaba ocurriendo de verdad.

Estaba haciendo una tarta.

Marie me miró y me dirigió una sonrisa que no había visto en mucho tiempo.

De hecho, se la devolví.

AHORA QUE FRANCESCA había vuelto a su antiguo ser, ya no volví a quedarme a dormir. Era demasiado difícil colarse sin que me pillara. Francesca seguía silenciosa y todavía no comía bien, pero era más receptiva.

Entré en la casa con una caja de pizza en las manos.

—¿Quién tiene hambre?

—Yo. —Marie estaba sentada a la mesa de la cocina con todos sus apuntes y sus libros alrededor.

Francesca también estaba en la cocina preparando muffins. La casa estaba llena de pasteles y bizcochos, suficientes para alimentar a toda la ciudad.

—¿Quieres un muffin, Axel?

Estaba harto de muffins. Probablemente lo vomitaría.

—Claro.

Me dio uno y volvió a la cocina.

Me senté en la mesa, partí un trozo enorme y me lo metí en el bolsillo. No tenía por qué enterarse.

Marie me dedicó una sonrisa.

Después de que Francesca terminara de lavar los platos, se sentó al lado de Marie.

—¿Qué me he perdido?

Marie empujó los apuntes hacia ella.

—Me los ha dado un chico de tu clase de Economía. Tienes examen el viernes.

—Vale. —Se los acercó y empezó a leer.

Dispuse unas cuantas porciones de pizza en un plato y se lo acerqué a Marie. Pero entonces fui consciente de lo extraño de mi comportamiento y volví a coger el plato, esperando que Francesca no hubiera notado nada.

—¿Vas a volver a clase?

—Mañana —dijo Francesca—. Me he retrasado mucho, pero creo que podré aprobar todo.

—Deberías —dijo Marie—. Te hemos hecho todos los trabajos. Sólo tienes que sacar un cinco en los exámenes.

Francesca asintió.

—Y yo que pensaba graduarme con sobresaliente...

Había tirado por la borda esa posibilidad dos meses antes.

—Pero conseguirás graduarte, y eso ya es todo un logro.

—Estoy muy orgulloso de ti. —Aprovechaba cualquier oportunidad para decirle algo positivo que la animara a continuar adelante. Con toda la negatividad que le había transmitido en los últimos meses, me sentía como un completo cabrón.

Me miró a los ojos y buscó sinceridad en mi mirada. Cuando la encontró, volvió a bajar los ojos.

—Muchas gracias por cuidar de mí. Os lo agradezco de verdad.

—Por supuesto —respondió Marie—. Estaremos siempre aquí, pase lo que pase.

—Sí —asentí.

—Hay un favor que quiero pedirlos. —Dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—¿Qué? —preguntó Marie.

—No quiero volver a hablar de él jamás. —Su voz parecía extrañamente impasible, carente de toda emoción—. Quiero seguir como si no lo hubiera conocido nunca. Es la única forma de poder seguir adelante.

De todas formas, tampoco hablábamos mucho de él, así que no era un sacrificio muy grande.

—Hecho.

—Lo que necesites —añadió Marie.

Francesca volvió a mirar los apuntes.

—Gracias. —Deslizó los ojos por la página e intentó comprender todo lo que se había perdido. No se quejó ni una sola vez, pero tampoco parecía contenta.

Marie cogió un muffin de la bandeja y le dio un mordisco, aunque también estaba harta de ellos. Lo partió en unos cuantos pedazos y masticó trocitos diminutos en su pequeña boca.

Me fijé en ella y me vinieron a la cabeza otras cosas en las que no debía pensar. No la había besado en tanto tiempo que había olvidado lo que se sentía. Con el problema de Francesca no había tenido tiempo para pensar en nada más. Mi necesidad de afecto e intimidad había desaparecido. Pero, ahora que miraba a Marie al otro lado de la mesa, esos sentimientos comenzaban a regresar.

Tendríamos que contárselo en algún momento, pero prefería esperar a que surgiera la ocasión adecuada. Cuando volviera a la normalidad y estuviera bien asentada, entonces le revelaríamos la verdad. No poder estar a solas con Marie era insoportable, pero era un pequeño sacrificio en comparación con lo que de verdad importaba.

FRANCESCA ENTRÓ y dejó sus libros sobre la mesa. No pronunció una sola palabra, pero no hizo falta. Su frustración empapaba todo el aire que la rodeaba. Comparado con su depresión habitual, el cambio era para mejor.

—¿Cómo te ha ido?

—Casi seguro que he suspendido. —Se derrumbó en la silla. Aunque apenas pesaba cuarenta y cinco kilos en ese momento, su cuerpo golpeó la silla como si pesara muchísimo más.

—Lo has hecho lo mejor que has podido. —Tampoco esperaba que lo hiciera mucho mejor. Había faltado los últimos meses. Aunque hubiera estudiado durante todas las horas del día, habría sido imposible que memorizara todo el temario.

—Supongo... Tendré que esforzarme más si quiero graduarme.

Acababa de hacer un sándwich y se lo coloqué delante.

—Tampoco se acabaría el mundo si tuvieras que repetir un semestre y recuperar esas asignaturas. Te costaría tiempo y dinero, pero siempre sería mejor que no terminar y no graduarte.

—Espero que no haga falta.

Le acerqué el sándwich un poco más.

Lo contempló con su mirada habitual.

La miré con decisión y la amenacé en silencio.

Agarró el sándwich y dio un bocado inmenso, prácticamente poniendo los ojos en blanco al mismo tiempo.

Eso me libró de tener que soltarle el discurso.

—¿La gente te ha hecho preguntas?

—Sí —dijo mientras continuaba comiendo—. Les he dicho que estuve enferma con una neumonía que se complicó con una bronquitis. Cuando encendí el teléfono, tenía el buzón lleno de mensajes de voz y de texto.

—Porque hay mucha gente que se preocupa por ti.

Francesca se detuvo y se quedó mirando el sándwich. Entonces dio otro

mordisco.

—Tal vez en breve empezarás a salir con chicos... —¿Era demasiado pronto para empujarla en esa dirección?

—Tal vez. —se metió en la boca un puñado de patatas fritas que le había puesto en el plato.

«Tal vez» era mejor que «no». Tenía unos cuantos amigos que le podía presentar, aunque eran un poco más mayores. Mi hermana era guapa, así que podía conseguir fácilmente chicos para salir, pero no estaba seguro de cuánto empeño iba a poner en el asunto.

—¿Qué te cuentas tú?

—¿Yo? —Yo sólo podía pensar en Marie.

—Sí. ¿Qué tal el trabajo y todo lo demás?

—El trabajo sigue más o menos igual. Trabajo demasiado y me pagan poco.

—¿Algo más?

De nuevo Marie volvió a aparecer en mis pensamientos.

—En realidad, no. —Había pasado la mayoría del tiempo en casa de Francesca, así que mi respuesta debería bastarle.

—¿Sales con alguien?

—No. —Lo solté demasiado rápido y mi voz sonó como si perteneciera a una persona completamente distinta.

Francesca me observó arqueando una ceja.

—Quiero decir que me he enrollado con unas cuantas chicas, pero sólo eso.

—Eso de Marie, ¿no se volvió a repetir?

¿Se lo había contado?

—No, sólo somos amigos. —Amigos a los que les gustaba enrollarse.

Francesca extendió sus cosas sobre la mesa de la cocina.

—Tendré que buscar otro empleo. No sé muy bien por dónde empezar.

—¿No te vuelven a contratar en The Grind?

—Lo dudo. Ni siquiera me despedí. ¿Por qué iban a volver a contratarme?

Tal vez yo podría llegar a algún tipo de acuerdo con ellos.

—De todas formas, van a ser sólo unos pocos meses. Puedo pagarte las facturas hasta entonces.

—No tienes por qué ayudarme, Axel. Ya me las apañaré.

—De verdad que no me importa. Tampoco es para tanto.

—Ya me has ayudado bastante. Tienes que ocuparte de tus propios asuntos. —Abrió el portátil y se puso a buscar ofertas de empleo en la zona.

—Lo que intento decir es que te vas a graduar dentro de poco y empezarás tu carrera profesional. ¿De verdad tiene sentido buscar un trabajo a media jornada para dejarlo tan pronto? Ahora mismo deberías concentrarte en la universidad. Eso es lo más importante. —Francesca era bastante razonable, así que sabía que admitiría mi lógica.

—No lo sé...

—Piénsalo.

Salió de la página web que estaba mirando.

—Supongo que sí.

NO HABÍA PODIDO ESTARa solas con Marie ni un momento, porque Francesca siempre estaba en medio. Una semana antes tenía novia, y ahora parecía como si todo aquello no hubiera sucedido nunca. Estaba en casa sentado en el sofá y le envié un mensaje.

Ven a casa esta noche.

¿Me quedo a dormir?

Sí.

Añoraba dormir con ella. Había algo extrañamente satisfactorio en tenerla entre mis brazos. Desaparecía toda la tensión y me producía una fuerte sensación de tranquilidad. Con ella me sentía en paz.

¿Qué le digo a Frankie?

Dile que se ocupe de sus asuntos.

Axel.

Esa sola palabra me hizo dar un respingo.

Dile que estás saliendo con alguien. No hace falta que sepa con quién.

Es que se me hace raro dejarla sola en casa. No me parece creíble.
Entonces cuélame.

No sé...

Me estaba volviendo loco. Tenía una mujer preciosa para mí solo y no podía disfrutar con ella.

O me cuelas o entro a la fuerza. Tú eliges.

No seas ridículo.

¿Crees que lo digo en broma?

Entraría por la ventana de su dormitorio si no tenía más remedio.

Tal vez deberíamos decírselo.

Es mejor esperar un poco. No podemos cargarla con demasiadas cosas tan pronto.

Tienes razón.

¿Significaba eso que iba a salirme con la mía?

Entonces...

Ven a las once. A esa hora ya suele estar dormida.

Sí.

Te veo luego.

LLEGUÉ a la puerta de su casa a las once.

Estoy aquí.

Espera.

Unos minutos más tarde se abrió la puerta principal. Marie asomó la cabeza y me hizo una seña con la mano para que entrara.

No hice ningún ruido al caminar sobre el suelo de tarima de la casa.

Marie cerró la puerta con llave y me empujó por el pasillo hacia su dormitorio. Justo cuando estábamos a medio camino, la puerta de Francesca se abrió.

«Vaya, mierda».

Marie me arrastró al baño de invitados y cerró la puerta tan rápido como pudo.

Eché el pestillo por si acaso.

En lugar de pasar de largo, Francesca llamó a la puerta.

—¿Marie?

El corazón me latía tan rápido que pensé que me iba a morir.

—Eh... ¿Sí? —Marie me dirigió una mirada histérica, como si no supiera qué hacer.

—¿Va todo bien? —preguntó Francesca.

—Sí —respondió Marie—. Estoy haciendo mis cosas.

—Vale. —Francesca empezó a alejarse—. Esperaré a que acabes.

Tenía que usar el baño, por supuesto. Mala suerte la mía.

—Dile que use el tuyo.

Los ojos de Marie se iluminaron de alivio.

—Frankie, usa el mío. Voy a tardar un rato.

—No, espero —contestó Francesca.

¿Por qué demonios tenía que esperar? Me volví hacia Marie y levanté los brazos, confuso.

Ella me contestó encogiéndose de hombros.

—¿Por qué no usas mi baño?

—Porque mis cosas están ahí. Tampoco es para tanto. Esperaré.

Me entraron ganas de romper el espejo de un puñetazo.

Marie se tapó la boca para acallar el grito.

No había forma de salir de esa a no ser que me apretujara para intentar salir por la ventana del baño. Y era demasiado pequeña para un hombretón como yo. La única forma de salir de allí era dejando que Francesca me viera.

Entonces se me ocurrió otra idea.

Corrí la cortina de la ducha y me metí en la bañera.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Marie.

—Tira de la cadena y sal.

—No hablas en serio.

—Vete a tu cuarto. Nos vemos allí.

Marie no se fiaba del plan ni un pelo, y no podía culparla.

—¿Qué otra posibilidad tenemos?

Marie sabía que tenía razón. No había otra forma, aparte de decirle la verdad. Cerró bien la cortina de la ducha y me ocultó a la vista. Después tiró de la cadena y se lavó las manos.

—Vale. Ya he acabado. —Abrió la puerta del baño y salió—. Perdona por haber tardado tanto.

—No pasa nada. —Francesca entró y echó el pestillo.

Con suerte, sólo se lavaría la cara. Cualquier otra cosa que me resultara demasiado incómoda añadiría tensión a nuestra relación. No podría volver a mirarla igual.

Sus pantalones cayeron al suelo y su trasero se posó en el váter.

«¡Puaj!».

Estaba ocurriendo de verdad.

Una corriente continua golpeó el agua y después el rollo de papel higiénico giró en su soporte.

Intenté bloquear el sonido tanto como pude, pero no había nada que pudiera hacer. No podía hacer ruido.

Francesca tiró de la cadena y se acercó al lavabo para lavarse las manos y la cara. Realizó toda su rutina nocturna, cepillándose los dientes y aplicándose crema hidratante.

«¡Por Dios, qué asco!».

Por fin salió del baño y apagó las luces.

No había visto nada, pero el sonido me había dejado huella. La próxima vez que mirase a mi hermana, recordaría haber oído cómo hacía pis justo a mi lado. Nunca habíamos estado demasiado unidos y ahora ya no lo estaríamos jamás.

Después de esperar unos minutos, salí del baño y asomé la cabeza por el pasillo. Las dos puertas de los dormitorios estaban cerradas y el resto de las luces estaban apagadas. Me arrastré hasta el dormitorio de Marie y me colé dentro.

Cuando cerré la puerta detrás de mí respiré por fin.

Marie estaba allí de pie esperándome con ansiedad. Todavía tenía puestos los vaqueros y la blusa, esperando a que yo llegara al dormitorio para ponerse cómoda.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué quieres decir con qué ha pasado? —Los dos susurrábamos porque la habitación de Francesca estaba al otro lado del pasillo—. Se ha metido en su habitación, así que yo he venido aquí.

—¿Pero has...?

—Olvídalo y vámonos a la cama. —No quería volver a recordar a Francesca meando.

—Vale...

Me desnudé y me deslicé entre las suaves sábanas. Su cama era más pequeña que la mía, pero no suponía ningún problema tener menos espacio cuando de todos modos iba a estar pegado a ella. Marie se desnudó y se metió conmigo unos instantes después.

Nos miramos a la cara bajo las sábanas y coloqué una de sus piernas largas y esbeltas alrededor de mi cintura. Me encantaba cómo se enganchara a mí. Tenía piernas de corredora. Eran hermosas y parecían esculpidas con gran precisión. Recordaba lo bien que me sentía cuando las tenía alrededor de mi cintura. Estando de esa forma, su tacto era incluso mejor.

Tenía el cabello rubio recogido sobre un hombro, enmarcando su rostro de una forma tan perfecta que no parecía real. Sus ojos verdes eran complicados de descifrar en la oscuridad, aunque brillaban con luz propia. Algunas veces disfrutaba sólo con mirarla. Con Francesca de nuevo en pie, me resultaba muy difícil no ser yo mismo, no acariciar a Marie.

—Parece que está mejor.

—Es verdad. —¿Cuándo habíamos hablado de algo que no fuera mi hermana? No lo recordaba.

—Me alegro de que las cosas vayan mejorando. Ya come y ha vuelto a la universidad...

—Ya ha pasado lo peor.

—No pareces contento.

Siempre me sentiría decepcionado conmigo mismo por la forma en que la había tratado. Francesca lo negaba, pero yo sabía la verdad. Yo desencadené su descenso a los infiernos.

—Estoy cansado de esconderme. Estoy cansado de atender a Francesca antes que a todo lo demás. Quiero estar contigo... a la vista de todo el mundo.

—Yo también...

—Quiero invitarte a salir... en una cita de verdad. —Esa fiesta de empresa no contaba, especialmente después de haberla cagado mencionando lo que había habido entre Alexia y yo. Y además Hawke estaba allí, y aquello le aguaba la fiesta a cualquiera.

—Y a mí me encantaría salir contigo.

Se me ocurrió una idea perfecta. Estaba buscando cosas que hacer con ella cuando encontré algo para invitarla a la cita más original y maravillosa del mundo. A Marie le encantaría, y probablemente yo también tendría algo de suerte después de la velada.

—Vamos a decírselo. No voy a quedarme escuchando cómo mea ni una vez más.

El rostro de Marie se contrajo como si intentara no echarse a reír.

—Fue horrible.

—Tampoco es que la vieras mear.

—Oírlo fue más que suficiente. ¿Cómo te sentirías tú si oyeras mear a tu hermana?

—Ya la he oído.

—Vale, pero es distinto.

—Intenta olvidarlo.

Me haría falta dormir toda la noche para olvidar aquello. Aunque estaba en la cama con una mujer preciosa, tenía el miembro flácido como un pez muerto. Francesca estaba coartando mi estilo de vida de todas las formas imaginables.

—Deja de darle vueltas. —Me tomó la cara, acariciándome la barbilla con los dedos.

—Es más fácil de decir que de hacer.

—Piensa en mí.

La miré a la cara y me concentré en sus ojos. Sus espesas pestañas los hacían irresistibles. A veces, cuando la miraba desde el ángulo adecuado,

veía diferentes tonalidades de color en sus ojos. Encontraba pinceladas de gris y de amarillo, y a veces también de naranja.

—He enviado mi currículum a varias empresas de Nueva York.

—¿Sí? —Mis ojos estaban fijos en su boca, cautivados por el movimiento de sus labios.

—Espero que me llamen. En este momento incluso aceptaría un contrato en prácticas sin sueldo.

—Cuidado con lo que desees.

Marie soltó una risita.

—Sé que todo el mundo tiene que empezar por abajo y esforzarse para ascender. Tengo las uñas largas como una gata y no me da miedo usarlas para llegar a la cima.

—¿Eso es lo primero que aparece en tu currículum?

Me dio una palmada juguetona en el brazo.

—Cierra el pico.

—Eh, seguro que eso llamaría mi atención. Te contrataría al instante.

—Tal vez si te hiciera una demostración...

—Si me hicieras una demostración, te nombraría directora ejecutiva... conmigo al mando. —Subí la mano por su muslo hasta apoyarla en su cadera. Palpé el encaje de sus bragas y luché contra mí mismo para no bajárselas. Tenía el cuerpo más sensual que había visto jamás.

—Ohh... No me importaría estar debajo de ti.

—De nuevo, ten cuidado con lo que desees. —Apoyé mi cabeza contra la suya y la besé lentamente. Nunca antes había tenido una relación de este tipo, en la que todo era hablar y no había nada de sexo. No follaba con ella, y sin embargo seguía a su lado. Cuando salía, no se me iban los ojos hacia otras chicas, y cuando estaba solo en mi apartamento, tampoco me hacía pajas. Marie me satisfacía de una forma que nadie más conseguía. Satisfacía mi alma—. Se lo voy a decir mañana.

—¿De verdad?

—Sí. —Le acaricié el pelo con los dedos, apreciando su delicada textura—. Eres mi novia y quiero que lo sepa todo el mundo.

Progreso

Axel

Francesca entró con la mochila al hombro.

—Tengo buenas noticias.

—¿Has clavado la práctica del laboratorio de Biología? —Acababa de llenar la nevera de alimentos.

—No... Eso me ha salido mal. —Dejó la mochila en la mesa de la cocina al lado del frutero del centro—. He hablado con mi jefe y he recuperado el trabajo. A partir de mañana vuelvo a trabajar en The Grind.

No me importaba pagarle las facturas hasta que se graduase, pero no era el momento de insistir. Si se encontraba lo suficientemente bien como para volver a trabajar, era una noticia fantástica.

—Genial. Tienen mucha suerte de tenerte.

—Te devolveré todo el dinero, pero a lo mejor tardo un poco. —Abrió la nevera y sacó unas natillas. Después de abrirlas, se sentó y las devoró.

Me contuve para no dar saltos de alegría. Comprobar que volvía a tener apetito era una noticia incluso mejor.

—No hace falta que me lo devuelvas.

—Insisto, Axel.

—Bueno, pues yo insisto más. —Me senté a su lado—. No me importó ayudarte. Un día necesitaré tu ayuda y tú estarás ahí para ofrecérmela.

Francesca chupó la cuchara y me miró.

—Supongo que es verdad.

Miré el reloj porque sabía que Marie llegaría a casa en cualquier momento. Iba a contarle a Francesca que estábamos juntos para acabar de una vez por todas con los secretos. Si para mi hermana lo nuestro iba a ser un problema, pues mala suerte. Marie era genial y no iba a dejarla escapar.

—Me parece bien que vengas por aquí, pero ya no tienes que vigilarme. —Francesca dejó de comer y se puso a hacer equilibrios con la cuchara en la punta de la nariz.

Pronto entendería por qué estaba allí.

La puerta se abrió y Marie entró, vestida con pantalones negros y una camisa, después de salir de trabajar en The Grind.

—Hola.

—Hola. —Francesca se volvió hacia ella, todavía con la cuchara en la nariz. —Me han devuelto mi trabajo.

—Ya me he enterado. —Le dio unas palmaditas en el hombro—. Me alegro por ti. Y te sale genial lo de la cuchara. —A continuación, se acercó a mí y se inclinó para besarme en la mejilla. Entonces se dio cuenta de lo que estaba haciendo y de lo raro que parecía. Tratando de disimular, me sacudió una mota invisible del hombro—. Tenía polvo... —Entró en la cocina y se sirvió una copa de vino—. Necesito algo de alcohol después de pasarme todo el día sirviendo cafés.

—Pues yo necesito alcohol después de cualquier cosa —dije.

Marie sacó una cerveza de la nevera y me la pasó. Después se sentó al otro lado de la mesa. Tenía la camisa arrugada y el pelo recogido hacia atrás, pero seguía siendo perfecta. Deseé ducharme con ella y enjabonarla hasta sacarle brillo.

—¿Qué tal las clases? —Marie concentró toda su atención en Francesca—. ¿Te salió bien la práctica? ¿Lo has clavado?

—Se podría decir que he clavado las puntas de mi propio ataúd. —Se le cayó la cuchara de la nariz y esta golpeó la superficie de la mesa.

Marie se estremeció.

—Perdona...

—No pasa nada. Creo que todavía puedo aprobar la asignatura. —Volvió a coger la cuchara y siguió comiendo.

—Eso acaba de estar pegado a tu nariz... —No es que fuera un histérico de los gérmenes, pero me parecía asqueroso.

Francesca se encogió de hombros y siguió comiendo.

Levanté la vista y miré a Marie, que estaba sentada al otro lado de la mesa. Le comuniqué sin hablar que iba a descubrir todo el pastel. Que pasara lo que tuviera que pasar.

Marie no me lo discutió, pero tampoco parecía encantada precisamente.

—Frankie, hay algo de lo que quiero hablarte. —Tal vez fuera insensible por mi parte salir con Marie mientras Francesca todavía luchaba por superar la ausencia de Hawke, pero no podía dejar de vivir mi vida por ella. ¿Cómo iba a dar una oportunidad de verdad a nuestra relación si la mantenía en secreto?

—¿Qué pasa? —Se terminó las natillas y dejó la cuchara dentro del recipiente vacío.

—Sé que esto es un poco incómodo para los tres, pero hay algo que tienes que saber sobre Marie y yo...

La expresión de Francesca no cambió. No entendía lo que trataba de decir.

—Marie y yo estamos juntos —declaré—. Estamos saliendo juntos.

Francesca se giró inmediatamente hacia Marie.

—¡Hala! ¿Qué?

Marie lo confirmó asintiendo con la cabeza.

—Llevamos un tiempo juntos —continué—. Y no queremos ocultártelo. Sé que a lo mejor te resulta raro y te opones, pero nada de lo que digas va a cambiar lo que hay entre nosotros. Solamente te estoy poniendo al día.

Francesca se volvió hacia mí.

—¿Por qué me tendría que oponer?

—Porque a lo mejor para ti supone un problema. —A mí no me había gustado ni un pelo que Hawke y ella salieran juntos, y se lo había dejado claro.

—No tengo ningún problema con ello —protestó Francesca—. Si queréis salir juntos, adelante. De todas formas, ¿a quién le importa lo que piensen los demás?

¿Qué? ¿Era así de fácil?

—Sin embargo... —Francesca volvió a girarse hacia Marie—. ¿Axel? ¿De verdad?

Entorné los ojos al oír el insulto.

Marie no miró a Francesca con cara de disculpa. De hecho, sonreía.

—Sí.

—Pero si confunde el culo con las témporas, Marie —protestó Francesca—. Lo más probable es que acabe volviéndote loca.

—En realidad es la persona más dulce que he conocido. —Marie me miró antes de volverse hacia Francesca—. Conmigo es diferente. Es cariñoso y considerado, y hay mucho más bajo la superficie. No es un ligue sin importancia. No diría que vamos en serio, pero tampoco es algo informal.

Francesca digirió poco a poco todo lo que le habíamos contado. En lugar de cabrearse como una loca como había hecho yo con ella, permaneció tranquila. Nos miró a los dos y después se encogió de hombros.

—Si vosotros sois felices, yo también.

Marie sonrió.

—Me alegra que te parezca bien.

Francesca se volvió hacia mí, pero no me dedicó la misma sonrisa que a Marie.

—Como le hagas daño a mi amiga te corto los huevos.

El insulto me llegó al alma.

—No hay nada de lo que preocuparse.

—Bien. —Francesca se levantó de la mesa y regresó a la nevera. Echó un vistazo a su interior, buscando algo para comer—. Todavía tengo hambre. ¿Queda algo rico?

LLAMÉ A LA PUERTA con un ramo de rosas en la mano. Era la primera vez que le compraba flores a una chica. Los tallos tenían espinas y tuve cuidado de no tocarlos.

Marie abrió en pantalones cortos y una camiseta, como le había dicho.

Sus ojos se posaron en las flores y su cara se iluminó como si estuviera realmente sorprendida.

—¡Oh...! Son preciosas.

—Para mi dama.

Las llevó adentro y preparó un jarrón para ponerlas en agua.

Francesca estaba sentada en el sofá pintándose las uñas. Levantó la vista cuando me vio.

—¡Guau! ¿Ese es Axel?

—Cierra la boca, niña. —Habíamos decidido quedarnos en mi casa a pasar la noche para no tener que tratar con Francesca.

Marie cogió la chaqueta y el bolso.

—Estoy lista.

—Genial. —Tomé su mano y salimos juntos. Cuando cerramos la puerta principal, por fin estuvimos solos ella y yo.

—¿A dónde vamos?

—Ya verás.

FUIMOS al embarcadero y echamos el kayak al agua. El lago estaba tranquilo y no había ni una sola ola en la superficie. El sonido de los grillos y las ranas nos acompañaba. Había llevado una linterna potente para que no nos tragara la oscuridad.

—¿Qué vamos a hacer?

Le puse el chaleco salvavidas.

—Navegar en kayak.

—Pero está oscuro como la boca de un lobo.

—No te preocupes. Conozco la zona.

—Eh... —Marie miró a su alrededor, atemorizada por el bosque.

—Confía en mí. Merece la pena.

Marie se colocó el pelo detrás de la oreja con nerviosismo.

Me puse el chaleco salvavidas y sujeté el kayak para que ella pudiera

subir. Lo mantuve estable para que no salpicara agua dentro. Subí detrás de ella y sostuve la linterna entre mis rodillas.

—¿Preparada?

Agarró el remo como si no supiera qué hacer con él.

—Póntelo en las rodillas. Yo me encargo. —Remé hacia el centro del lago, alejándonos de la oscuridad. Era una mezcla de agua salada y dulce, porque un canal conectaba el lago con el océano. A veces se veían criaturas marinas bajo el agua, como tortugas y pequeños tiburones.

Marie seguía con las manos en las rodillas mientras escudriñaba la oscuridad.

—¿Qué vas a enseñarme?

—Lo sabrás en cuanto lo veas. —Dejé de remar cuando ya nos habíamos adentrado lo suficiente en el lago. Flotamos en silencio sobre el agua, escuchando los sonidos de la noche. Hundí el remo en el agua y giré bruscamente.

Marie observaba todos mis movimientos.

Me moví hacia el otro lado del kayak y repetí el giro.

—¿Qué estamos buscando?

—Shh... —seguí golpeando el agua, buscando el sitio.

Y entonces lo encontré.

El fitoplancton bioluminescente se iluminó, lanzando su luz azul directamente hacia nuestras caras. El agua se encendió como un árbol de Navidad.

—Dios mío... —Marie se agarró al lateral de la embarcación mientras miraba fijamente el agua.

Los microorganismos brillaban al liberar su mecanismo de defensa. Al poco tiempo, la luz desapareció lentamente.

—Asombroso. ¿Qué ha sido eso?

—El fitoplacton que llega desde el mar. Cuando se siente amenazado, brilla.

—¿Como en La vida de Pi?

—Exacto.

Marie usó el remo para remover el agua y hacer que los

microorganismos brillaran una vez más.

—Alucinante...

En lugar de contemplar esa maravilla de la naturaleza, la miré a ella. Vi su rostro a la luz del resplandor, y la sonrisa que apareció en él hizo que mereciera la pena la excursión. Su emoción era contagiosa, y me recordaba a un niño que descubría algo fascinante por primera vez.

—Mi padre y yo veníamos aquí... solos él y yo.

Apartó los ojos del agua y me miró.

Nunca había estado en ese lugar con nadie más, ni siquiera con Frankie.

Marie sostuvo el remo entre sus manos y no volvió a remover el agua.

—Gracias por traerme.

—Quería que nuestra primera cita fuera perfecta.

—Lo es.

Cuando me lanzaba miradas como esa, sentía la excitación inundar todo mi cuerpo. Siempre que estaba en su presencia, irradiaba alegría por todas partes. Mi esperanza y felicidad renacían. Toda la oscuridad que habitaba en mi interior parecía disiparse con su luz.

CUANDO REGRESAMOS A MI APARTAMENTO, ambos necesitábamos una ducha antes de hacer cualquier otra cosa. El agua del lago nos había calado la ropa, y el olor se había quedado impregnado en nuestra piel. Encendí la ducha y me desvestí.

Ella hizo lo mismo.

Hacía casi tres meses que no la veía completamente desnuda. La polla se me puso dura sólo de pensarlo, esperando el momento en que mis ojos se posarían sobre su piel. Recordaba esas piernas largas como el verano, recordaba su sabor. Era imposible olvidarlo.

Se bajó la cremallera de la chaqueta y la arrojó al suelo al lado del montón que había formado yo con mi ropa. Después se quitó todo lo demás: el top y los pantalones cortos. Cuando llegó a la ropa interior, se tomó su tiempo, desabrochándose primero el sujetador y bajándose

después las bragas.

Era incluso más hermosa de lo que recordaba.

Me sentí como si estuviera mirando a una mujer completamente diferente. La que había visto antes era hermosa, sexy y perfecta. Pero la mujer que veía ahora... era distinta. Tenía pequeñas pecas por los brazos y una cicatriz en la rodilla derecha. Llevaba las uñas de los pies pintadas de verde y se apreciaban ligeras marcas de bronceado en los hombros y en los muslos. Todos esos detalles inundaron mi cerebro, abrumándolo.

Ahora que estábamos juntos, no sabía qué hacer. Ni siquiera en ese momento quería follarla. Antes me encantaba el sexo sucio, el tipo de sexo duro que se practica en las cabinas de los baños públicos y en los asientos traseros de los coches.

Pero ya no quería nada de eso.

Marie me miraba fijamente, esperando que diera el primer paso. La ducha seguía corriendo, llenando el baño de vapor húmedo. El deseo común de lavarnos abandonó nuestras mentes al vernos.

Agarré los bóxers y me los bajé, dejando al descubierto mi imponente miembro. Estaba grueso e hinchado por ella. Era una reacción que no podía ocultar y además no me avergonzaba. Se giró hacia mí como si no hubiera nada más en el mundo que nosotros.

Sus ojos se deslizaron hacia mi cintura, mirando fijamente mi envergadura. Ya me había visto antes, pero ahora me contemplaba de un modo nuevo. Me estudiaba como si fuera una obra de arte. Sus labios se entreabrieron para decir algo, pero las palabras no llegaron a brotar de su boca.

Ella y yo teníamos nuestra forma de comunicarnos sin necesidad de palabras. Reaccionábamos sutilmente al otro, leyendo nuestros movimientos y estado de ánimo. En ese preciso momento podía sentir lo que ella sentía.

Porque era exactamente lo mismo que sentía yo.

Marie dio el primer paso y se dirigió hacia la ducha. Se detuvo ante la puerta y me miró por encima de su hombro, con su cabello rubio cayéndole en cascada sobre el pecho. Sus ojos verdes se iluminaron como las copas de

los árboles bajo el sol. Después entró y se quedó de pie bajo el agua.

La seguí inmediatamente, apretándonos en el estrecho plato de ducha. El diminuto habitáculo estaba pensado para una sola persona, pero eso no nos detuvo.

Inclinó la cabeza hacia atrás, hacia el chorro de agua, y masajé su cuero cabelludo con un poco de champú. Su espalda se arqueó de forma natural y sus tetas se irguieron apuntando hacia el techo. Tenía los pezones duros, y no era porque tuviese frío. El agua le resbalaba por la cara y se acumulaba en sus labios antes de volver a caer.

Una vez junto a ella, me limité a quedarme de pie.

Después de aclararse el cabello, Marie tomó una pastilla de jabón y me la frotó por el pecho. Extendió la espuma por mi cuerpo, disolviendo todas las partículas de suciedad. Tenía los ojos clavados en sus propias manos, deleitándose en mi cuerpo.

Contemplé todos sus movimientos, fijándome en la forma en que se agitaban sus tetas cuando usaba las manos. Era casi treinta centímetros más baja que yo, pero no parecía pequeña. Tenía unas piernas engañosamente largas que le daban el aspecto de una modelo, aunque con menos centímetros.

Ahora quería enjabonarla yo y explorar cada centímetro de su cuerpo sin contenerme. Quería sentir su cintura redondeada y sus voluptuosas tetas. Seguía con la polla dura atrapada entre mi estómago y sus costillas. La sensación de su suave piel y el agua caliente conseguía excitarme aún más. Nunca en mi vida había deseado tanto estar con una mujer. Ya había follado antes con ella, pero ni siquiera la excitación que sentí entonces podía compararse con lo que sentía ahora.

Incapaz de tener las manos quietas, le acaricié las tetas y las masajé suavemente, sintiendo las pompas de jabón entre mis dedos. Eran firmes y redondas, perfectas para abarcarlas con la mano. Su tamaño era grande en relación con su cuerpo menudo, consiguiendo un aspecto aún más sensual.

Deslicé las manos hacia su estómago, recreándome en su vientre plano. Tenía un ombligo pequeño y atractivo. Acaricié la zona antes de bajar hacia sus caderas, agarrando sus curvas como si fueran un ancla. Nuestras bocas

y nuestros órganos sexuales aún no se habían tocado, pero estaban siendo los mejores preliminares de mi vida.

—Eres la mujer más hermosa que ha puesto un pie en este apartamento. —Marie hacía que todas las demás pareciesen trolls.

No me sonrió, pero sus ojos se suavizaron.

En ese momento me di cuenta de lo mucho que había cambiado yo. Antes de ella, mi vida se centraba en follar con cuantas más mujeres mejor. Nunca había ningún compromiso por mi parte, jamás. Pero ahora me descubría obsesionado con una sola mujer, una que no estaba dispuesto a compartir con nadie más.

Las palmas de sus manos treparon por mi pecho hasta llegar a la altura de mis hombros. Levantó la barbilla buscando mis labios con los suyos. Aunque se pusiera de puntillas, yo seguía siendo bastante más alto que ella. En lugar de pensar que nuestra diferencia de talla era un problema, a mí me parecía adorable. Me incliné un poco y deposité un beso lento en su boca. Besar era de principiantes, algo que casi nunca hacía con las mujeres con las que me acostaba, pero me encantaba besarla a ella.

Era consciente de cada vez que respiraba, de cuánto se excitaba con nuestro abrazo. A veces dejaba escapar un suspiro musical, una sinfonía distante que ponía mis músculos en tensión. Cuando gemía silenciosamente dentro de mi boca, casi jadeante, mi miembro respondía poniéndose aún más erecto. Tal vez me gustaba besarla porque a ella se le daba muy bien. O a lo mejor era por un motivo completamente diferente.

NUESTROS CUERPOS todavía estaban húmedos cuando nos dejamos caer sobre las sábanas. Habíamos utilizado unas toallas para quitarnos el agua, pero teníamos demasiada prisa para secarnos a conciencia. Me puse encima de ella y la besé agresivamente. Nuestro abrazo había empezado lentamente, pero ahora era incapaz de parar. No podía ir más despacio por mucho que lo intentara.

Me rodeó la cintura con sus piernas y me apretó con dulzura contra su

cuerpo. Sus gemidos todavía resonaban en el dormitorio, y su deseo por mí igualaba la excitación que yo sentía por ella. Habíamos follado en esa misma cama unos meses antes y el sexo había sido alucinante. Pero había sido una noche de sexo y luego, si te he visto no me acuerdo. Esta vez sería distinto. Quería recordar cada caricia y cada centímetro de su piel. De hecho, quería sentir cómo se movía su cuerpo con el mío. Quería darle más placer del que ella me daría a mí.

Lo deseaba tanto...

Le chupé el labio inferior y noté el roce de sus pezones contra mi pecho. Estaban duros y erectos, y los podía sentir frotándose contra mí mientras nuestros cuerpos se movían el uno sobre el otro. Mi miembro rozaba sus pliegues, sintiendo la humedad que se acumulaba. No había duda de que estaba preparada para recibirme, desesperada por tenerme.

Apoyé mi frente en la suya y me detuve, sintiendo que todo mi cuerpo anhelaba el suyo con ansiedad.

—Prométeme que seguirás aquí cuando despierte mañana.

Deslizó sus manos por mi pecho hasta sostener mi rostro.

—Estaré aquí... todos los días.

Esas eran las palabras que quería oír, la promesa de un nuevo comienzo. Así era como debería haber sido nuestra primera vez. Entonces yo la había usado por el sexo y ella me había usado a mí, y la noche había sido cualquier cosa menos romántica.

—¿Debería ponerme condón? —Nunca había follado sin condón, pero esta vez era distinto.

—No. —Levantó la mirada hacia mí con ojos ardientes.

—¿Eso quiere decir que estás tomando la píldora?

—Sí.

Yo estaba limpio y sabía que ella tampoco tenía ninguna enfermedad de transmisión sexual. Apoyé las manos en el colchón para sostenerme encima y, como mi polla tenía voluntad propia, encontró por sí misma la entrada. Se deslizó por el sendero de flujo resbaladizo que ella misma había provocado y presionó para penetrar en la tibia oquedad.

Al igual que la vez anterior, sentí cómo me apretaba en su interior y, con

cada centímetro que la penetraba, notaba cómo se constreñía alrededor de mi polla. Hacerlo sin goma era completamente distinto. Podía sentirla de verdad, notar cómo su suave interior se amoldaba a mi tamaño. Percibía su humedad de una forma muy íntima, con el flujo deslizándose por toda la longitud de mi miembro a medida que profundizaba.

Era la mejor sensación del mundo.

Cuando me sintió entrar, Marie gimió en voz baja. Al introducirle toda mi longitud sus gemidos se volvieron más intensos. Quería tenerme completamente dentro, hasta las pelotas. Hundió las yemas de sus dedos en mis bíceps y abrió más las piernas para pegarse a mis caderas.

La miré a la cara, buscando su reacción. Me encantaba la forma en que se iluminaban sus ojos, tornándose más verdes que nunca. Tenía los labios entreabiertos, dejando a la vista sus dientes casi perfectos y su pequeña lengua. Me hacía sentir como un rey que, tras la conquista de nuevas tierras, encontraba a su reina.

La penetré despacio y mi colchón crujió debido a lo viejo que era. Me lo tomé con calma para concentrarme en sus reacciones. Nuestros cuerpos se frotaron, y la fricción nos hacía jadear. Era la experiencia más satisfactoria de mi vida, y sólo acababa de empezar.

Deslizó sus manos hacia mis hombros y se sujetó con fuerza mientras se balanceaba. Embistió desde abajo con las caderas, acompasándose a mi ritmo. Nos movíamos juntos, respondiendo el uno a los movimientos del otro.

Mi boca encontró la suya y la besé, sintiendo nuestros cuerpos completamente unidos. Estábamos viviendo el momento perfecto para volver a empezar. Ahora todo era mucho más sensual y lleno de significado. No podía imaginarme a ninguna otra mujer en esa cama, a nadie que no fuera Marie. Podría haber sido mía todos estos años si yo me hubiera molestado en prestar atención, si hubiera mirado con un poco más de cuidado.

Sus dedos se enredaron en mi pelo, revolviéndolo y acariciándolo como si fuera de su propiedad. De vez en cuando apartaba su boca de la mía, pero sólo para recuperar el aliento. Entonces noté que aumentaba la

presión alrededor de mi polla y supe lo que se avecinaba. Marie se había corrido la última vez que habíamos follado y reconocí la sensación en cuanto la sentí.

La besé en la comisura del labio.

—Marie...

Se mordió el labio inferior antes de explotar, corriéndose alrededor de mi polla con un sonoro grito. Arqueó la espalda y me clavó las uñas en el cráneo. Mi boca buscó automáticamente su pezón y empecé a succionarlo mientras ella subía al séptimo cielo. Jadeó mientras duró el orgasmo y después, cuando acabó, regresó lentamente a la Tierra.

Yo era capaz de aguantar bastante tiempo si me lo proponía, pero en ese momento carecía de autocontrol. Al instante llegué al orgasmo con ella, viendo cómo disfrutaba de mi cuerpo y mi alma de la misma forma que yo disfrutaba del suyo.

La idea de correrme en su interior me produjo escalofríos de placer. Se lo daría todo, piel con piel. Ella tomaría todo de mí, y a la vez se ofrecería como ninguna mujer lo había hecho antes.

Jadeé mientras me balanceaba en su interior, sintiendo el calor que abrasaba mi cuerpo de la forma más grandiosa que podía imaginar. La sensación era tan maravillosa que tuve convulsiones cuando sentí cómo explotaban todas mis terminaciones nerviosas.

—Marie... —La penetré completamente y apreté mi cabeza contra la suya, liberando una cascada de semen.

Fue la mejor sensación que había tenido jamás. Correrme dentro de ella en lugar de hacerlo en la punta de un condón era completamente diferente. El pulso se me aceleró a mil y la sensación de placer alcanzó cada célula de mi cuerpo.

Jamás había sentido nada tan maravilloso.

Marie hundió los dedos en mis nalgas y me empujó más adentro, deseando cada gota de mi esperma.

Eso me excitó todavía más. Era incluso mejor.

Me dio un ligero beso con la punta de la lengua, se tumbó hacia atrás y se quedó mirándome.

Fue el mejor sexo que había disfrutado jamás, y ahora sabía que era por un solo motivo.

Ese motivo se llamaba Marie Prescott.

Temprano por la mañana

Marie

—Sigues aquí. —Axel estaba tumbado a mi lado, envolviéndome con su musculoso cuerpo.

—Sí. Sigo aquí.

Las comisuras de sus labios se elevaron en una leve sonrisa.

—Si te hubieras ido, habría salido a darte caza.

—Ten cuidado cuando acorrales a un animal salvaje.

—Salvaje es la palabra perfecta para describirte. —Movié los labios hasta el nacimiento de mi pelo y depositó un dulce beso en mi sien—. Ojalá no tuviera que trabajar hoy.

—Lo mismo digo.

Axel salió de la cama gloriosamente desnudo. Sus músculos formaban una vena claramente visible que acababa en las caderas, y tenía el vientre liso y duro. No le había oído mencionar el gimnasio desde que estábamos juntos, y me pregunté cuándo iría.

—Ojalá nos diera tiempo a uno rápido, pero tengo que vestirme.

—Nos da tiempo. —Me senté, dejando que las sábanas me cayeran hasta la cintura. Me quedé con las tetas al aire. Era la forma perfecta de manipularlo, porque sabía que le encantaban.

Rápidamente sus ojos se deslizaron por mi cuerpo.

—Esto...

—Ven. —Lo atraje con un dedo.

—Créeme, no va a ser rápido. —Seguía con los ojos fijos en mi pecho.

—¿De verdad piensas dejarme así...? —Hice un puchero con los labios y le puse los mejores ojos de cachorrito triste que me habían salido nunca.

Como si fuera una flor marchita que revivía con un poco de agua, su miembro se irguió en cuestión de segundos. Ya lo tenía exactamente donde quería, y su cuerpo no le permitía ocultarlo. Tomó carrerilla antes de dar un salto enorme y aterrizar en la cama.

Reí mientras sentía que mi cuerpo salía catapultado hacia arriba como si estuviera en una cama elástica.

—Cariño, nunca te voy a dejar así.

Era la primera vez que me llamaba cariño, y nada más oírlo me sentí transportada a otro lugar. Mis labios quedaron anclados en una sonrisa permanente y no pude evitar adorarlo.

—Eso es lo que esperaba.

FRANCESCA y yo trabajábamos en el mismo turno en The Grind. Me resultaba raro volver a trabajar con ella, verla hacer algo que no fuera estar tumbada en la cama todo el día. Se puso rápidamente manos a la obra, atendiendo en la cafetería como si nunca se hubiera ido.

No había mucha gente, así que nos apoyamos tras la caja registradora y nos entretuvimos con conversaciones de chicas.

—Axel y tú... —Sacudió la cabeza y se cruzó de brazos—. Todavía no me lo puedo creer.

—Sí... —No podía dejar de sonreír. Después del sexo mañanero, me sentía feliz para el resto del día.

—Entonces... ¿Contigo es romántico?

El paseo en kayak de la noche anterior había sido bastante romántico.

—Mucho.

—Increíble... De verdad que no me lo puedo imaginar.

—Es tu hermano. Espero que no puedas.

—Pero es tan... inmaduro. —Le resultaba difícil imaginárselo tomándose

algo en serio, aunque sólo fuera durante cinco minutos.

—Tiene sus momentos. —Siempre le contaba a Francesca todo lo relativo a mis relaciones amorosas. No me guardaba ni los detalles más obscenos. Pero, como se trataba de Axel, me sentía incapaz de contárselo. Conseguiría que Francesca vomitara en el suelo y luego me tocaría limpiarlo.

—No puedo creer que me lo hayáis ocultado tanto tiempo. ¿Cómo no me di cuenta?

—Bueno, la mayor parte del tiempo no estábamos saliendo. Sólo estábamos... No lo sé. Era como si estuviéramos juntos, pero sin ningún compromiso. Pasábamos la mayor parte del tiempo en la misma habitación y, si él no estaba, lo echaba de menos.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Es difícil de explicar... —El mejor ejemplo habría sido su relación con Hawke, pero me había comprometido a no volver a nombrarlo—. Es una de esas situaciones en las que simplemente sientes algo, aunque ninguna de las dos partes lo reconozca. Había algo especial en el ambiente cada vez que estábamos juntos en la misma habitación. Un día ya fue imposible ignorarlo y por fin hablamos de ello. Aunque la conversación no fue bien, comprendimos que todo lo que habíamos sentido era real.

Francesca entornó los ojos, como si se sumergiera en un recuerdo distante. Sin decir una sola palabra, tuve la certeza de que estaba pensando en Hawke. Siguió en silencio y después cambió su peso al otro pie, intentando desechar aquel pensamiento.

—Eso es una locura...

—Me dolía que Axel sólo se hubiera fijado en mí después de que hubiese decidido moldear mi figura. Al principio pensé que disfrutaríamos con un poco de sexo del bueno y luego nos olvidaríamos el uno del otro. Y, en cierto modo, eso es lo que ocurrió. Pero, a medida que pasábamos más tiempo juntos, las cosas empezaron a cambiar.

—Le importas mucho. —Francesca echó un vistazo a la puerta para asegurarse de que no entraba ningún cliente—. Lo noto.

—Sí, yo también lo noto. Anoche, cuando hicimos el amor, no se pareció

en nada al sexo de la vez anterior, que no había significado nada para ninguno de los dos. Nos dimos besos dulces, nos abrazamos con amor, y mucho más. Fue la primera vez que alguien me hizo el amor de verdad.

—Entonces... ¿os dijisteis que os amabais y todo eso?

—No. —La respuesta brotó de mis labios más rápido de lo que pretendía—. No, todavía no hemos llegado a ese punto.

—Vale. —Francesca no insistió en el tema—. Sería alucinante si os llegarais a casar... ¡Te convertirías en mi hermana!

La idea de ponerme un precioso vestido blanco y casarme con Axel sería un sueño hecho realidad. Era el hombre por el que más colada había estado nunca y ahora era mucho más que eso. Vivía para sus sonrisas. La mirada soñadora de sus ojos siempre me hacía estremecer. Y sus besos... Moriría por ellos.

—Sí, me convertiría en tu hermana.

—Ojalá funcione. Sería genial.

—Sí. —La idea de casarme con Axel debería haberme aterrorizado, pero no fue así. Siempre había sido el chico que más me había gustado. Si finalmente terminábamos juntos, sería la mujer más feliz del mundo. Aunque intenté impedirlo, una sonrisa se abrió paso hasta mis labios.

Francesca la vio.

—Que tú no lo quieres... ¡Y un cuerno!

—¿Qué? —pregunté haciéndome la ofendida—. No lo amo.

—Claro que sí. —Me señaló con el dedo—. Lo llevas escrito en la cara.

—Es que soy feliz... Sólo eso.

—Ya, lo que tú digas —replicó con cara de incredulidad.

Sonó la campanilla de la puerta.

Francesca siguió como si no hubiera oído nada.

—Estás deseando casarte con él y tener montones de hijos...

—Cállate. —Axel acababa de entrar, trajeado como si acabara de salir de la oficina—. Disimula.

Francesca lo vio y cerró la boca, pero sus ojos delataban su incomodidad.

Axel se apoyó en el mostrador y nos miró, primero a una y luego a la

otra.

—¿He interrumpido algo?

—No. —Me coloqué bien el delantal mientras me acercaba a la caja registradora—. Discutíamos sobre quién era más guapo, Jake Gyllenhaal o Adam Levine. —Apoyé la mano en la cadera e intenté actuar con naturalidad.

En sus ojos no había ni sombra de sospecha.

—La respuesta es ninguno de los dos.

—Adam Levine —dijo Francesca—. Me gustan sus tatuajes.

—Jake Gyllenhaal tiene unos ojos preciosos —contraataqué.

—Bueno, pues los míos son más bonitos —protestó Axel—. ¿A quién le importan esos perdedores?

Intenté no echarme a reír.

—¿Estás celoso...?

—No —respondió a la defensiva—. Sólo que creo que los dos son feos y estúpidos, eso es todo.

Francesca no ocultó la risa como yo.

—Axel, pareces un crío.

—¿Qué? —protestó otra vez—. ¿Cómo te sentirías tú si me pusiera a hablar de mujeres hermosas?

Me encogí de hombros.

—No creo que me importara.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿Si me pusiera a hablar de lo buena que está Beyoncé no te importaría?

—No sabía que Beyoncé fuera tu tipo...

—No lo es —me cortó Axel—. Es sólo un ejemplo.

Francesca volvió a reír mientras se dirigía a la trastienda.

—¡Perdedor!

Axel se inclinó sobre el mostrador.

—¿Por qué no te vas a limpiar un váter o algo así?

—¿Por qué no lo haces tú? —Francesca se giró y le hizo una peineta. Después le sacó la lengua y desapareció.

Si Axel y yo íbamos a estar juntos una temporada, tendría que

acostumbrarme a sus discusiones.

—Si te molesta, no vuelvo a decir nada. —Pensar que tenía celos de alguien a quien nunca conocería en persona era un poco ridículo, pero a la vez me parecía muy tierno.

Cuando no contestó supe que estaba celoso de verdad.

—¿Cuándo acaba tu turno?

—A las diez.

—¿Te pasarás por mi casa?

—No puedo vivir en tu apartamento.

—¿Por qué no? —protestó.

—No debería dejar sola a Frankie demasiado tiempo...

—Mi hermana está bien.

—Aun así... —No quería darle de lado nada más echarme novio. Las amigas de verdad no hacían eso.

—Entonces me quedo yo en vuestra casa.

—Es que la situación es rara.

—¿Por qué? —Apoyó los hombros en el mostrador y se inclinó hacia adelante.

—¿Porque eres su hermano? —¿Tenía que entrar en detalles?—. Nuestros dormitorios están uno al lado del otro. La pobre se sentiría totalmente asqueada, y no la culpo.

—Como si ella no hubiera llevado a Hawke.

—Pues en realidad no lo llevó nunca. La mayoría de las veces se quedaba en su casa.

Axel estaba enfadado porque no se estaba saliendo con la suya.

—Entonces ven tú a mi casa. Te vaciaré un cajón y todo eso.

—¿Qué te parece mañana?

Axel negó con la cabeza.

—No.

—Eres muy mandón, ¿lo sabías?

—Simplemente tengo claro lo que quiero. Es completamente diferente.

Volvió a sonar la campanilla de la puerta y vi que entraba un cliente.

—¿Vas a pedir algo o qué?

—No lo sé. ¿Vas a quedarte a dormir conmigo o qué?

—Mañana.

No se movió del mostrador.

Como parecía que iba a seguir allí no tuve más remedio que ceder.

—Está bien.

—Entonces ponme un café solo. —Dejó las monedas encima de la mesa.

Le serví el café, mirándolo enfadada todo el tiempo.

Axel me guiñó un ojo y se marchó.

ESTÁBAMOS a punto de cerrar cuando entró un chico de mi clase de Ética. Había venido con un amigo y llevaban las mochilas colgando del hombro como si acabaran de salir de clase.

—Hola, Marie. —Jason era agradable, pero tampoco lo conocía demasiado bien.

—Hola. ¿Llevas bien el examen?

—No. —Señaló a su mochila—. Por eso necesito cafeína. —Pidió un expreso y se apartó para que pidiera su amigo.

—Yo quiero lo mismo. —Dejó el dinero sobre el mostrador.

Francesca apareció desde la trastienda con un bote de sirope.

—He encontrado un bote de sirope de vainilla, así que al final no se nos había acabado.

Los ojos del chico se desviaron hacia ella y se quedaron allí clavados durante unos segundos.

—Genial —dije—. Ahora no se enfadarán tanto los clientes.

Lo cambió y se llevó el vacío a la trastienda para tirarlo.

Preparé el café expreso y le llamé.

—Dos pavos.

El chico abrió la cartera y me pagó en efectivo.

—¿Es tu amiga?

—¿Quién? —pregunté—. ¿Frankie?

—Sí.

—Sí, es mi compañera de piso.

—Genial. —Cogió el café, pero no se marchó—. ¿Está saliendo con alguien...?

Hawke había desaparecido de escena para siempre, pero Francesca todavía no parecía preparada para salir con otros chicos. Sin embargo, no quería tomar esa decisión por ella.

—No. No sale con nadie.

—Genial. —Dio un sorbo a su café y se fue con Jason a una de las mesas.

Francesca volvió y miró el reloj.

—Todavía queda media hora para salir...

Le di la espalda a su admirador y bajé la voz.

—El tío que está sentado en la mesa de allí... Cree que eres muy guapa.

—¿Yo? —Se señaló al pecho.

—Sí, tú.

—Ah... —Miró por encima de mi hombro—. ¿Cuál de los dos?

—El que va vestido de negro.

—Ah... —Volvió a mirarme a mí—. Es muy halagador.

—Me parece que te va a pedir una cita antes de marcharse.

—Ah... —Era la tercera vez que decía eso.

—¿Te interesa?

—No sé...

No quería presionarla para que hiciera algo para lo que no estaba preparada, así que no dije nada.

—¿Qué te parece a ti?

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. Es guapo.

—Quiero decir que si crees que debería salir con él.

—Vale, ¿te parece guapo a ti?

—Bueno, sí.

—Entonces sal con él.

—¿No es demasiado pronto...? —Se cruzó de brazos.

Hacia ya tres meses que Hawke se había marchado y parecía obvio que

él sí estaba saliendo con otras chicas. Francesca ya había esperado suficiente.

—No. Creo que deberías lanzarte.

—Supongo que una cita no es el fin del mundo.

—No, no lo es. —Si aceptaba salir un día con él sería una noticia estupenda. Las cosas empezaban a pintar bien.

—Si me lo pide, lo pensaré.

—Genial. —Intenté actuar como si la conversación no fuera nada del otro jueves—. Como prefieras. —Cogí la escoba y empecé a barrer para tener algo que hacer.

JUSTO CUANDO ESTABA a punto de cerrar, el chico movió ficha.

Se acercó al mostrador donde estaba Francesca.

—Hola.

—Hola... —Dejó de limpiar el mostrador.

—¿Eres nueva? Vengo todos los días y no te había visto nunca.

—Sí, he empezado hoy —contestó Francesca, ofreciéndole la versión corta.

—Estupendo. Encantado de probar tu café. Sé que cada uno tiene su estilo personal de preparar un expreso.

—Sí... Yo diría que lo preparo bastante decentemente.

El chico se quedó en el mostrador y siguió mirándola. Tenía el pelo castaño claro y unos ojos bonitos que conseguirían interesar a cualquier chica.

«Invítala a salir, por favor».

—¿Qué te parecería si tomáramos una copa juntos algún día? Así podrías darte un respiro.

Francesca se puso rígida al oír la pregunta y agarró con fuerza el paño.

Mierda, iba a decir que no.

«No te acobardes».

—Esto... —Se movía nerviosa mientras lo miraba de arriba abajo—. Sí,

seguro que lo pasamos bien.

En ese preciso instante estuve a punto de ponerme a bailar de alegría.

—Genial. —Sacó su móvil—. ¿Me das tu número?

Y Francesca se lo dio.

—Te llamaré. A propósito, ¿cómo te llamas?

—Frankie.

—Estupendo. Yo me llamo Cameron. —Se estrecharon la mano—. Te llamaré muy pronto.

—Vale. Hasta luego.

—Adiós. —Se despidió, y Jason lo siguió.

Estaban a punto de abrir a la puerta cuando Jason dio media vuelta y regresó al mostrador.

—Oye, Marie.

—¿Qué pasa?

—¿Estás libre el viernes por la noche?

¿Me estaba invitando a salir?

—Es muy halagador por tu parte, pero tengo novio.

—Ah. —Se encogió de hombros, decepcionado—. Vaya chasco.

—Nos vemos en clase.

Jason hizo un gesto de despedida y se reunió con Cameron en la calle.

Estaba tan contenta por Francesca que podía haberme puesto a gritar. Le había dado su número de teléfono a un chico e iba a salir con él. Era el mejor día en mucho tiempo. Me entraron ganas de chillar y bailar, pero me contuve. Conociendo a Francesca, si hacía muchos aspavientos por todo el asunto se asustaría y volvería a meterse en su concha.

—¿DE verdad? —preguntó Axel mientras estábamos tumbados en la cama—. ¿Un tío la ha invitado a salir?

—Y era guapo. —Axel entrecerró los ojos—. Sólo constato un hecho.

—Nunca me habría imaginado que fuera de los celosos—. Me alegro

muchísimo por ella.

—Es un gran paso. —Me besó el hombro desnudo, y sentí su calidez y delicadeza.

—Con un poco de suerte, se gustarán y volverán a quedar más veces. Salir con otro le ayudará a pasar página.

—Estoy seguro. —Me atrajo hacia su pecho, colocándome encima de él. Apoyó las manos en la parte baja de mi espalda con los labios posados en el nacimiento de mi pelo. Su pecho parecía una losa de hormigón, aunque más cómodo. Cuando respiraba fuerte, sentía cómo se elevaba todo mi cuerpo —. Podría quedarme aquí tumbado para siempre.

—¿Sí? —Me senté y lo miré a la cara.

—Eres como un peluche. —Deslizó los dedos por mi pelo—. Cálida y suave.

—¿Follabas con tus muñecos de peluche?

Se encogió de hombros y puso cara de culpable.

—Francesca tenía un conejito...

—Asqueroso. —Le di un puñetazo en el brazo.

—¿Qué? Acababa de entrar en la pubertad y no sabía qué otra cosa podía hacer.

—¿Y no se te ocurrió pensar en la mano?

—No tengo una mano suave. Está reseca y llena de callos. —Me besó de nuevo en el hombro.

—Es repugnante. —No había mucha convicción en mis palabras, porque el beso de sus labios era demasiado embriagador.

—Ah, ¿sí? —Movié los labios hasta mi oreja—. ¿Te gustaría ser mi nuevo conejito?

—En realidad, no.

—Ya, claro... —Me hizo cosquillas cariñosas en el costado.

Lo aparté de un empujón.

—No pienso convertirme en tu juguete sexual.

—Bueno, pues yo seré el tuyo. —Se acurrucó a mi lado, abrazándome como si fuera de verdad un muñeco de peluche.

Miré el reloj y me di cuenta de la hora que era. No habíamos cenado

porque estábamos demasiado cómodos para movernos. Sólo de pensar en comida las tripas empezaron a rugirme ruidosamente.

Axel movió la mano hacia mi estómago y sonrió.

—¿Tienes hambre, cariño?

Era la segunda vez que me llamaba así. Me fijaba mucho cada vez que lo hacía.

—Un poco.

—¿Qué te gustaría cenar? —Subió la mano lentamente por mi brazo, acariciando cada centímetro de mi piel.

—Me da igual. ¿Qué te apetece a ti?

—Bueno, si quieres cenar fuera, te llevo a algún sitio agradable. Pero si prefieres quedarte aquí, básicamente en la cama, puedo pedir una pizza con mucho queso.

—Mmm... Me encanta la pizza. —Axel esbozó una sonrisita al escuchar mi respuesta—. Y me gusta estar en la cama.

—Pues entonces, será pizza. —Cogió el móvil e hizo el pedido por Internet—. Además, prefiero comer desnudo. Y si vamos a un restaurante elegante, seguro que nos echan.

—Sin duda.

Dejó el teléfono en la mesita y se volvió hacia mí. Sus brazos y su pecho eran fuertes y bien definidos, y me preguntaba si se dedicaba a empujar ruedas de tractor para estar así.

—¿Cuándo entrenas?

—Normalmente por la mañana —respondió—. Pero últimamente no hago nada de ejercicio... fuera del dormitorio.

Le acaricié su grueso brazo, sintiendo la separación entre su bíceps y su tríceps.

—¿Te gusta?

Me encogí de hombros.

—No me disgusta.

—Como quieras —replicó echándose a reír—. A todas las mujeres les gusta.

Lo amenacé con la mirada.

Axel se dio cuenta de su error rápidamente.

—Quiero decir... ¿Qué mujeres?

—Eso está mejor. —Puede que yo no sintiera celos de las famosas que le parecían atractivas, pero por supuesto que estaba celosa de las mujeres reales que habían compartido cama con él. Con cada día que pasaba me sentía más apegada a él y me daba cuenta de lo afortunada que era por tenerlo. Axel no era de los que se comprometían. Conmigo era la primera vez. Eso tenía que significar algo.

A pesar de la ignorancia de Axel en muchos temas, su lado considerado siempre salía a la luz. Le resultaba difícil mantenerse serio durante mucho tiempo, pero, cuando lo hacía, era estupendo. Yo había sido testigo de la forma en la que había cuidado a su hermana, vigilándola día y noche. Sin esperar nada a cambio, había pagado sus facturas y había puesto comida en la mesa. Incluso se había ocupado de sus trabajos de la universidad para que pudiera graduarse a tiempo. Y no lo había hecho sólo porque fuera su hermana.

Lo había hecho porque la quería.

Había observado a Axel desde la distancia durante toda mi vida, y ya conocía algunas de sus cualidades más asombrosas. Era sincero, leal y cariñoso. Ciertamente a veces perdía un poco la cabeza cuando se trataba de mujeres y alcohol, pero eso no lo convertía en una mala persona.

Era complicado, como todo el mundo. Era un hombre con muchas aristas. Pero me gustaba así. A lo mejor nadie más lo entendía, pero yo sí.

—¿Qué? —Axel me había estado mirando todo el tiempo al notar que me había quedado callada.

—Nada. —Volví a apoyar la cabeza en la almohada y me puse cómoda.

—Estabas pensando en algo. —Sus ojos perdieron la chispa juguetona y me observó con una mirada distinta. Escudriñó mi rostro, intentando encontrar respuestas por sí mismo.

Estaba pensando demasiadas cosas para explicarme con una sola frase.

—¿Cuándo va a llegar la pizza?

FRANCESCA GOLPEÓ mi puerta con los nudillos.

—Marie. Necesito tu ayuda.

Al instante, Axel se apartó de mí y se levantó arrastrando las sábanas con él. Su cara se llenó de pánico e irritación.

Le di una patada a las sábanas y me puse el pijama.

Axel dejó escapar un sonoro suspiro. Sonó casi como un gruñido.

Me llevé el dedo a la boca para silenciarlo.

Volvió a gruñir.

Me arreglé un poco el pelo, abrí rápidamente la puerta y salí cerrando detrás de mí tan rápido que se oyó un sonoro portazo. No quería que Francesca viera a Axel dentro. No estábamos escondiendo nada, pero tampoco quería restregárselo por la cara.

—¿Qué ocurre, Frankie? —Entré en la cocina y fingí que me apetecía un vaso de agua.

Me siguió con el teléfono en la mano.

—Cameron me ha mandado un mensaje de texto y no sé qué hacer.

—Me lanzó el móvil como si fuera un insecto asqueroso.

Lo atrapé antes de que se estrellara contra el suelo.

—¿Qué quieres decir con que no sabes qué hacer?

Francesca se encogió de hombros.

—No lo sé... Me ha invitado a salir.

Desbloquéé la pantalla.

¿Tomamos algo mañana si estás libre? Un café o una copa, lo que prefieras.

Parecía agradable. No era demasiado lanzado, pero tampoco tímido.

—¿Por qué no le contestas?

—No sé qué decir. —Se cruzó de brazos, arrugándose la camiseta por delante. La ropa todavía le quedaba demasiado grande, porque no había recuperado todo el peso que había perdido. Tenía el pelo castaño recogido en un moño alto.

—Bueno, ¿tú quieres quedar con él?

Se quedó mirando al suelo y se encogió de hombros.

Añoraba a la antigua Francesca. La de antes sabía exactamente lo que

quería y cuándo lo quería. Nada lograba intimidarla y nunca había habido necesidad de esta clase de conversaciones.

—¿Frankie?

—Mira, no lo sé. —Dejó caer los brazos—. Es guapo y agradable... No hay nada malo en él.

Ojalá la sombra de Hawke ya hubiera desaparecido. Habían pasado tres meses. Debería ser suficiente tiempo para pasar página. Pero eso no se lo llegué a decir, obviamente.

—Entonces, ¿dices que no hay nada malo en Cameron?

—Supongo que sí.

—¿Y qué te retiene?

No respondió a mi pregunta. Se limitó a mirarme.

Sabía lo que significaba.

—Si esa es la única razón, creo que deberías salir con él.

—¿Crees que es justo para Cameron? Aún no estoy bien.

—Cuéntale la verdad. Si no le gusta, no volverá a llamarte. Problema resuelto.

—Supongo...

Le devolví el teléfono.

Francesca lo miró sin atreverse a cogerlo.

—Uf, odio todo esto.

—¿Qué?

—Odio las citas. Ya había encontrado a la persona con la que quería pasar el resto de mi vida. Ahora tengo que volver a empezar. —Respiró profundamente, de una forma que me pareció hasta dolorosa—. Es mucho trabajo y también puede hacerte sufrir. ¿De verdad merece la pena?

—No lo pienses así. —Si lo hacía, se iba a volver loca—. Piensa que es conocer a alguien nuevo. No hay ningún tipo de presión. Diviértete. Si te gusta su compañía, lo vuelves a llamar. Si no, se acabó.

Siguió mirando el teléfono.

—Venga, Frankie.

—¿Y si salimos los cuatro?

—¿Las dos parejas? —Frankie y yo nunca habíamos salido de parejas,

ni una sola vez.

—Podéis veniros Axel y tú.

—¿No sería un poco raro?

—Venga —me suplicó—. Así no parecerá tan íntimo. No sé si puedo salir a solas con un chico en este momento.

Una cena de parejas no me parecía nada apetecible, pero haría lo que fuera por mi mejor amiga.

—Podemos probar. —A Axel no iba a gustarle ni un pelo, pero lo convencería para que viniera... de alguna forma.

—Vale. —Cogió el teléfono y respondió a su mensaje.

—Asegúrate de que sabe que vamos los cuatro para no pillarlo desprevenido.

—Eso haré. —Pulsó el botón de enviar—. Ahora sólo hay que esperar a ver qué dice...

¿Yo también tenía que esperar?

—Bueno... Me vuelvo a la cama. —No a dormir, pero eso no venía al caso.

Su teléfono se iluminó.

—Espera. Ha escrito algo.

—¿Qué? —Oculté mi irritación lo mejor que pude.

—Dice que le parece bien que salgamos las dos parejas. —Bloqueó la pantalla y levantó la vista hacia mí.

—Es genial. ¿Cuándo hemos quedado?

—El viernes.

—Qué emocionante. —No tenía nada de emocionante, pero tampoco tenía que decírselo a Francesca. Cuando estuviera de nuevo en el mercado, las cosas serían más sencillas.

—¿Qué me voy a poner? —Se cruzó de brazos, con el móvil bajo uno de ellos—. No me vale nada.

—Tenemos que ir de compras urgentemente. —Le di un pellizco cariñoso en el hombro antes de volverme hacia el pasillo—. Buenas noches.

Francesca se quedó en la cocina y abrió la nevera.

—Buenas noches.

Entré en mi dormitorio y cerré la puerta.

—¿Qué coño quería esa pedazo de idiota? —Cuando Axel estaba cachondo e insatisfecho, estallaba su mal genio.

—Problemas con los hombres. —Me quité la ropa y volví a la cama—. Por eso no deberías quedarte aquí.

—No. Por eso Francesca debería irse a dormir y dejarte tranquila como una persona normal. —En cuanto me tuvo cerca, me arrojó a la cama y trepó sobre mí. Seguía con la erección a pesar de mi ausencia.

—Guau... —Contemplé su impresionante tamaño.

—Encontré lubricante en el armario. He seguido sin ti.

Debería haber sentido repugnancia, pero no fue así.

—Es muy sensual.

—¿Sabes en qué estaba pensando? —Se colocó encima de mí y me penetró.

En cuanto lo sentí dejé de prestar atención a las palabras que salían de su boca.

Se movió dentro de mí y apretó su boca contra mi oreja.

—En esto.

FRANCESCA ERA UN DESASTRE.

—¿Qué te parece? —Se había puesto un vestido negro corto con un bolso a juego. Se había peinado con el pelo liso y una leve onda en las puntas. El tejido resaltaba sus curvas poco pronunciadas. A pesar de su falta de confianza, tenía un aspecto impresionante.

—Estás más buena que el pan.

—¿De verdad? —Francesca se miró como si creyera que me confundía.

—Por supuesto.

Axel tenía aspecto aburrido, deseando que acabara ya la noche de dobles parejas.

Francesca se sujetó el pelo detrás de la oreja.

—Vale... Entonces me pongo esto. ¿No te parece demasiado vulgar?

Antes se ponía cosas así todo el tiempo.

—No. Mi vestido es igual de corto.

Axel se inclinó hacia mí.

—Pero a ti te sienta genial.

Le di un codazo en el estómago.

Se dobló ligeramente por la cintura y gruñó.

Sonó el timbre.

—Es él. —Cogí el bolso de la mesa—. Vamos.

Francesca tenía la cara pálida, como si hubiera tenido la esperanza de que no se presentaría.

—Todo irá bien. —Le pasé el brazo por los hombros—. Recuerda que es tu primera cita. Probablemente no sea mágica, ni siquiera divertida, pero tienes que hacerlo. Después de esta noche, te resultará más fácil. —No era el mejor consuelo que podía darle, pero al menos era la verdad.

Francesca asintió.

—De acuerdo.

FRANCESCA Y CAMERON se sentaron juntos al otro lado de la mesa frente a nosotros. Como ninguno conocíamos a Cameron, era complicado entablar conversación. Francesca se encorvaba incómoda a su lado, casi como si fuera una pelota humana.

Intenté rescatarla de la situación.

—¿Estás en mi clase de Ética? —No lo recordaba, pero la clase era bastante numerosa.

—No. Tengo Literatura Mundial con Jason. A veces estudiamos juntos. Los dos somos unos vagos, así que nos apoyamos en los colegas para hacer las cosas. —Llevaba una camiseta gris que dejaba al descubierto sus hermosos brazos. Tenía unos ojos bonitos y era bastante alto. Era imposible que Francesca no se sintiera atraída por él aunque no hubiera superado lo de Hawke.

—Genial —dije—. Frankie y yo nunca hemos coincidido en ninguna asignatura, por increíble que parezca. —Me volví hacia ella y le ordené en silencio que participara en la conversación.

Se aclaró la garganta.

—Es verdad... Nunca hemos estado en la misma clase.

Me entraron ganas de arrearle una patada por debajo de la mesa.

Cameron se volvió hacia Axel.

—¿A qué universidad fuiste?

—Florida —contestó Axel—. Al principio fui allí por la fiesta y las chicas... pero después la humedad se convirtió en un incordio.

Cameron se echó a reír.

—Me lo puedo imaginar.

—Volví aquí para vigilar a mi hermana. —Axel miró a Francesca.

Al instante, Cameron se puso rígido.

—¿Eres su hermano...?

No había pensado que aquello podía hacer que la noche resultara aún más rara.

—Pero no están muy unidos. Está aquí sólo porque es mi novio. No es el típico hermano hiperprotector insoportable. —Bueno, sí que lo era. Pero Cameron no tenía por qué saberlo.

—Está bien saberlo... —Cameron se concentró en la carta, aunque ya había pedido.

Le di un pisotón suave a Francesca.

Levantó la vista hacia mí con ojos de perrillo extraviado.

Señalé a Cameron sutilmente para decirle que le hablara.

Francesca lo miró y se puso aún más pálida.

—Esto... ¿Te gusta el queso?

«¿Qué coño está haciendo?».

Incluso Axel arqueó una ceja.

Deseé taparme la cara y morirme de la vergüenza.

—Eh... sí. —Cameron observó su cara pálida—. Lo pongo en los sándwiches y cosas así.

Axel se volvió hacia mí levantando las dos cejas.

Sacudí la cabeza ligeramente.

—¿Y a ti te gusta el queso? —preguntó Cameron vacilante, como si no estuviera seguro de que aquello fuera una conversación seria.

—Sí —contestó Francesca—. Pero intento no comer mucho, porque me produce estreñimiento... —Sus ojos se apagaron cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir.

«Ay. Dios. Mío».

Cameron tuvo la decencia de no parecer asqueado.

—Sí... Hay que tener cuidado con eso.

Axel apretó los labios con fuerza e intentó no echarse a reír.

—Disculpadme. —Cameron se levantó de la mesa y se dirigió a los baños.

Me volví inmediatamente hacia Francesca.

—¿Qué coño te pasa?

—No lo sé —soltó—. No sé cómo hablar con él.

—Pero sabes hablar con la gente, ¿no? —le espeté.

—Es que estoy nerviosa. —Se agarró las manos—. A lo mejor no ha sido buena idea...

Axel dio un trago a su cerveza, como si necesitara emborracharse para superar la situación.

—Perdonadme. —Tiré la servilleta a la mesa y me fui hacia los baños. Cameron no estaba afuera, así que ya debía haber entrado. Sin pensármelo dos veces, entré en el baño de los chicos.

Estaba de pie ante el urinario y acababa de tirar de la cadena.

—Está muy nerviosa. No seas duro con ella.

Casi dio un brinco de sorpresa al verme reflejada en el espejo.

—¿Pero qué cojones? —Se subió la cremallera y se bajó la camiseta—. Sabes que este es el baño de tíos, ¿verdad?

—Sí. He visto los urinarios. —Me acerqué a él y me crucé de brazos—. Mira, hay una cosa que debes saber. Hace no demasiado tiempo tuvo una relación seria que acabó mal y le está costando mucho adaptarse a la vida de soltera.

Se lavó las manos en el lavabo.

—Ya lo había pillado. ¿Cuánto tiempo hace que terminó esa relación?

—Tres meses.

Se secó las manos con las toallitas de papel.

—Lo entiendo. Yo también he pasado por una ruptura.

—No se lo tengas en cuenta. Ya sé que en este momento actúa como una rarita, pero en realidad ella no es así. Normalmente tiene mucha confianza en sí misma, y es divertida e inteligente. Con toda sinceridad, no podrás encontrar una mujer mejor que ella... cuando es ella misma, claro.

—Tendré que confiar en tu palabra.

—Así que, por favor, dale otra oportunidad.

—¿Creías que me iba a largar sin decir nada o algo así?

—No. —Sacudí la cabeza—. Pero tengo el presentimiento de que no vas a volver a invitarla a salir.

Metió las manos en los bolsillos con aspecto culpable.

—¿Por favor? —A esas alturas estaba dispuesta a suplicar.

—Tal vez deberías haber dejado que saliéramos solos ella y yo.

—Francesca quería que viniéramos. Pero la próxima vez no saldremos con vosotros.

Se rascó la nuca como si se sintiera acorralado.

—De acuerdo. Volveré a invitarla a salir. Pero solo porque es guapísima.

«Gracias a Dios».

—Genial. Te prometo que merecerá la pena.

—Si tiene una amiga que está dispuesta a acorralarme en el baño, a la fuerza debe ser una mujer increíble.

—Exacto.

—O la amiga está loca.

—Eh... A lo mejor las dos cosas.

La puerta se abrió y entró Axel. Se detuvo a mitad de camino cuando me vio.

—Cariño... ¿qué haces aquí?

—Quería hablar con Cameron a solas. —Me crucé de brazos.

Axel parecía confuso.

—¿En el baño...?

Cameron salió pasando a nuestro lado.

—Os veo fuera. —La puerta se cerró tras él.

Ahora que se había ido bajé las manos.

—Quería hablar con él sin que lo supiera Francesca.

Axel se agachó y echó un vistazo a las cabinas para asegurarse de que estábamos solos.

—Ya que estamos aquí... —Me rodeó la cintura con los brazos y me levantó el vestido—. ¿Qué te parece uno rapidito en una cabina?

—Puaj. —Le di un empujón en el hombro—. El baño es el sitio más asqueroso del mundo.

—Y tú eres una guarrilla.

Volví a golpearlo, aunque me había gustado lo que había dicho.

—Eres un cerdo.

Me agarró el culo desnudo con la mano y me besó con fuerza en la boca, sintiendo el contacto de mis labios contra los suyos. Me metió un poco la lengua mientras jugaba con mi tanga y me lo bajaba.

Sus caricias me excitaban de una forma que no podía explicar. El escenario de los urinarios y las cabinas desapareció de mi mente. Sólo podía pensar en Axel. Me besó la mandíbula y subió hasta la oreja. Cuando llegó allí, me susurró algo.

—Oink, oink.

LOS CUATRO CAMINAMOS hacia la puerta de casa al final de la velada. Francesca seguía tensa, con aspecto de estar aterrorizada de todo y de todos.

—Bien, buenas noches. —Abrí la puerta y Axel y yo entramos. Cerré la puerta a mi espalda y pegué la oreja contra la madera.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Axel.

—Shh. —Le indiqué que se fuera con un gesto.

Se oía la voz de Cameron a través de la puerta.

—He pasado una noche estupenda.

—¿De verdad? —soltó Francesca como si no pudiera creerle.

—Sí —dijo—. Quiero decir, ha sido un poco incómodo, pero las primeras citas muchas veces lo son.

Tenía mucha paciencia con ella, y eso hizo que me gustara incluso más. La mayoría de los tíos se habría largado nada más darse cuenta de que tenía problemas.

—Normalmente no me comporto de esta forma tan rara —dijo Francesca—. Con sinceridad, hace mucho tiempo que no salgo con nadie. Tuve una relación seria que acabó hace unos meses...

Cameron fingió que esa información era nueva para él.

—Las rupturas son difíciles. He pasado por algo parecido.

—¿Sí? —preguntó con tono esperanzado.

—Sí —dijo—. Llevábamos juntos unos años y me dejó tirado. En realidad, nunca me explicó por qué. Lo pasé muy mal durante mucho tiempo, hasta que por fin lo superé. Tuve un montón de primeras citas con muchas chicas a las que no volví a ver una segunda vez. Me llevó un tiempo recuperar mi personalidad y la confianza en mí mismo.

—Ah... Entonces lo entiendes.

—Lo entiendo muy bien. No te mortifiques por ello.

—Gracias... —Era la primera vez que no había temor en su voz. De hecho, parecía contenta.

—Entonces... ¿quieres volver a salir?

Me agarré el pecho y sonreí, porque la conversación iba fenomenal.

Axel sacudió la cabeza.

—Qué rarita eres.

Le tiré el bolso a la cara.

La voz de Francesca atravesó de la puerta.

—Me encantaría.

—Genial —dijo—. ¿Qué te parece si esta vez salimos solos tú y yo? Axel y Marie son muy agradables, pero... me gustaría conocerte mejor.

—Es una idea fantástica.

—Estupendo. Hasta luego. —Sus pasos resonaron en los escalones.

—¡Corre! —Me alejé de la puerta y llevé a Axel a empujones a la sala de

estar—. Actúa con normalidad.

—¿Por qué? —preguntó—. Acabas de escuchar detrás de la puerta como una cría. Eso es de todo menos normal.

—¿Qué significa eso? —Me puse la mano detrás de la oreja—. ¿Quieres quedarte sin sexo esta noche?

Me miró con ferocidad.

—Tú ganas.

Francesca entró y cerró la puerta.

Axel se inclinó hacia mí y bajó la voz.

—Tú lo deseas tanto como yo.

Lo aparté de un empujón e intenté actuar con naturalidad.

—Entonces, ¿te ha gustado? —Fingí que no había oído la conversación a través de la puerta, pero era muy difícil simular que no sabía nada.

—Sí... Creo que sí —Una leve sonrisa asomó a sus labios.

Era alucinante.

—Genial. ¿Vas a volver a quedar con él?

—Me ha invitado a salir —contestó—. Me ha sorprendido un poco, la verdad.

—¿Un poco? —preguntó Axel—. Yo estoy alucinado. Le preguntaste si le gustaba el queso y luego empezaste a hablarle de tu tránsito intestinal.

—Cierra el pico, Axel. —Lo excluí de la conversación—. Entonces, ¿vas a volver a verlo?

—Sí —respondió—. Me ha contado que pasó por una ruptura muy difícil hace unos años y entiende cómo me siento. Es agradable estar con alguien que lo comprende.

—Claro —asentí—. Debe serlo.

—Y fue amable y cariñoso... Puedo probar.

La cosa seguía poniéndose mejor.

—A Axel y a mí nos gustó mucho. Deberías lanzarte.

—Creo que lo haré —Se alejó por el pasillo y se metió en su habitación.

Me volví hacia Axel con una gran sonrisa en la cara.

—Todo va a ir bien. Lo presiento.

—A lo mejor vuelve a la normalidad si se folla a alguien.

—No seas guarro.

—Es sólo un comentario. El sexo tiene poderes curativos.

—No los tiene.

—¿Quieres que te lo demuestre? —Se inclinó y se puso a subir y bajar las cejas.

—¿Se supone que eso es sexy? —Cuando ponía esas caras, parecía ridículo.

—Tú me dirás. —Me había rodeado con sus manos igual que antes, y me agarraba el vestido con los dedos para levantármelo lentamente—. Esto es sexy. —Volvió a menear las cejas.

—No lo es.

Axel soltó una risita y me levantó por los aires, colocándome las piernas alrededor de su cintura.

—Puedo hacer que sea sexy, créeme.

Pizza y cerveza

Axel

Viajé a Nueva York el viernes por la noche para reunirme con Hawke. Tenía entradas para un partido de los Ranger, y después fuimos a tomar pizza y beber unas cervezas. Nuestra amistad estaba volviendo lentamente a la normalidad. Ahora que Francesca estaba recuperándose, no le guardaba tanto rencor.

—Tío, ¿alguna vez has tenido sexo sin condón? —No podía dejar de pensar en lo bueno que era el sexo con Marie. Era un millón de veces mejor que el sexo ocasional que habíamos tenido meses atrás. Ahora estábamos conectados a nivel espiritual. Lo nuestro no era sólo movernos. Era mucho más.

Hawke estaba a punto de darle un bocado a su pizza, pero se detuvo en seco al oír mi pregunta. Me dirigió una mirada tenebrosa, como si le hubiera preguntado algo que no debía.

Y entonces comprendí lo que acababa de decir.

—Ah, es verdad. Lo había olvidado... Perdona. —Había pasado tanto tiempo que casi había olvidado que Francesca y él habían estado juntos—. No me contestes o vomitaré toda la mierda que acabo de comer. —Di un largo trago a mi cerveza para enjuagar el mal sabor de boca.

Hawke dejó su porción de pizza en el plato.

—¿Por qué lo preguntas?

—Marie y yo ya no usamos gomitas. —No había palabras para describir

la sensación. Estar dentro de ella, piel con piel, había sido la experiencia más increíble de mi vida. Y correrme en su interior fue aún mejor. Nunca lo había hecho a pelo con ninguna otra mujer, porque nunca había sido monógamo antes de estar con Marie. Pero ahora que ella y yo nos pertenecemos en exclusiva, le hacía el amor siempre que podía.

—Una experiencia completamente diferente, ¿a que sí? —Volvió a agarrar su porción de pizza y le dio un mordisco.

—Es totalmente distinto. No creo que pueda volver a los condones. —Solo de pensarlo, me estremecí de repulsión.

—Entonces, parece que estarás con Marie el resto de tu vida. —Me lanzó una mirada burlona.

—Eh, que no he dicho eso.

—Va implícito.

—Me gusta Marie y no quiero estar con nadie más... Pero el matrimonio no entra en mis cálculos.

—Axel, no tienes por qué avergonzarte.

—No estoy mintiendo. —Marie era la única mujer que ocupaba mis pensamientos. Ya ni siquiera me fijaba en otras chicas y, cuando dormía solo, daba vueltas toda la noche sin ella a mi lado. En el trabajo sólo pensaba en ella. No me había creído capaz de ser el novio de nadie, pero me había dado cuenta de que con ella lo estaba haciendo bastante bien. Pero el matrimonio... No, eso no entraba en mis planes.

Finalmente, Hawke suavizó su postura.

—Tío, no lleváis juntos mucho tiempo, así que te entiendo. Pero cuando amas a alguien, únicamente quieres estar con esa persona, y no sólo ahora, sino para siempre.

—Para el carro, ¿quién ha hablado de amor? —Hawke tenía la mirada perdida—. Mira, no amo a Marie. Es cierto que me gusta de verdad y que siento cariño por ella. No quiero estar con nadie más ni nada de eso. Pero no estoy enamorado de ella.

—¿Estás seguro...? —Hawke agarró la cerveza y me miró con incredulidad.

—Sí. Creo que si estuviera enamorado lo sabría.

—Me parece que no quieres aceptarlo.

—No es verdad.

Hawke se rio entre dientes antes de dar un trago.

—Lo que tú digas.

—¿Qué quieres decir? —Si Hawke pensaba que estaba enamorado, tal vez Marie pensara lo mismo.

—Nada. —Dejó el vaso y tomó otra porción de pizza.

—No —insistí—. ¿De qué te ríes?

—Da igual, Axel.

Lo miré furioso.

—Escúpelo ya.

—¿Qué importa lo que yo piense?

—No importa nada. —Pero quería saberlo.

—El amor es algo muy extraño. Da igual lo mucho que quieras negarlo. Te persigue. Puedes apartarlo todo lo que quieras, pero nunca podrás escapar de él. Si llega, llega. ¿Sabes lo que quiero decir?

—No, no tengo ni idea.

Se encogió de hombros y dio otro bocado.

—¿Por qué estás tan decidido a no enamorarte?

—No lo estoy. Yo sólo... No lo sé.

Me animó a continuar sin necesidad de hablar.

No podía decirle que Francesca había tratado de suicidarse. Me llevaría ese secreto a la tumba.

—Mi padre era un cobarde. Y me temo que yo también lo soy.

Hawke tomó su cerveza y me miró fijamente durante casi un minuto. Sus ojos habían cambiado. Tenía las pupilas dilatadas y escondían algo en lo más profundo de ellas.

—¿Por qué piensas eso?

—Cuando las cosas se pusieron difíciles, se quitó la vida. Él y yo somos muy parecidos. Me da miedo no ser muy diferente a él. Si llegara el caso, también haría algo estúpido e imprudente. No soy de fiar.

—Estás haciendo un montón de suposiciones, Axel.

—Simplemente no creo que vaya a ser un buen marido y padre. En este

momento me gusta cómo estamos Marie y yo. Ella me hace feliz y no puedo imaginar mi vida sin ella. Pero más allá de eso, no veo ningún futuro. Solo quiero disfrutar con ella todo lo que pueda.

Me dirigió una mirada llena de tristeza.

—Por si te sirve de algo, yo no lo veo así.

—¿Ver qué?

—Eso de que no serías un buen esposo y padre.

—Ahí se demuestra lo poco que me conoces...

—Cuidas de Francesca. —Vaciló un poco al pronunciar su nombre—. Ya sé que no es tu hija, pero siempre la has protegido. Esa es la clase de hombre que eres.

Hawke jamás lo entendería. Él no llegó a casa y vio los sesos de su padre esparcidos por las paredes. No vio la forma en que se encerró en sí mismo cuando mi madre falleció. No sabía que mi padre ni siquiera apareció en su funeral. No sabía que también Francesca había estado a punto de matarse. Si Francesca, la persona más fuerte que conocía, no había podido soportarlo, yo no era diferente. Cuando volvía a recordar todo aquello, me sentía débil. No era de fiar. Era una mierda.

Hawke percibió mi estado de ánimo y dejó el tema.

—¿Qué más te cuentas?

—Las prácticas ya no me llenan.

—¿Qué quieres decir?

—Ya he aprendido todo lo que necesitaba saber. Casi he conseguido lo que quería.

—Entonces déjalo y vete. —Hawke se había ido a Nueva York y había encontrado trabajo rápidamente.

—Podría buscar algo aquí en la ciudad.

—¿Y qué pasa con Marie?

—Ella también quiere mudarse a Nueva York. O sea, que todo encajaría.

—Perfecto. —Dio un trago—. Y... ¿Francesca aún tiene intención de mudarse aquí?

No tenía ni idea. Tras su ruptura, no sabía si había cambiado de planes.

—No ha dicho lo contrario, así que supongo que sí.

Hawke asintió y dio otro trago.

—¿Cómo está? —Siempre que hacía esa pregunta, no daba la sensación de que quisiera saber la respuesta.

Me alegré de no tener que mentir más.

—Bastante bien. Casi ha terminado la universidad. Está saliendo con un tío que se llama Cameron. Es simpático. Me gusta. —En ese momento, me daba igual con quién saliera, siempre y cuando intentara pasar página. Además, Cameron tenía paciencia con ella. No le tuvo en cuenta su extraño comportamiento en la primera cita. Y la invitó a salir otra vez porque sabía que estaba nerviosa. Si hubiera sido yo, me habría largado. Obviamente, Cameron era mejor persona que yo.

Hawke me miró en silencio, con el dolor reflejado en su rostro.

No sabía qué hacer. Había sido él quien había preguntado por ella.

—¿Van en serio?

—No, no lo creo. Llevan saliendo poco tiempo. —Eso era mentira, pero Hawke no tenía por qué saberlo. Me negaba a decirle cuánto había sufrido Francesca. Tenía que asegurarme de que veía a mi hermana como una persona fuerte.

Hawke asintió despacio, como si no supiera qué otra cosa hacer.

—¿Y tú sales con alguien? —Supuse que había vuelto a sus antiguas costumbres, revolcándose con una chica diferente cada noche. Pero se lo pregunté de todos modos, ya que él había preguntado por Francesca.

Se encogió de hombros.

—Nada serio.

No indagué más sobre el tema.

—Nunca me había sentido tan desgraciado en mi vida. —Miró por la ventana para evitar encontrarse con mis ojos—. Me alegro de que esté mejor que yo. Merece ser feliz.

Cuando decía cosas como esa, me confundía aún más. Si todavía se amaban, ¿por qué no podían hacer que funcionara? Me había dado por vencido con su extraña relación. Con suerte, Francesca reharía su vida con un tipo normal y aburrido. Eso haría que mi vida fuera mucho más fácil.

CUANDO REGRESÉ A CASA AQUELLA NOCHE, estaba exhausto. Había conducido un largo camino y el reloj de mi mesita de noche señalaba una hora completamente intempestiva. Me quité la ropa y me desplomé en la cama. Estaba tan cansado que ni siquiera me cepillé los dientes.

Pero, cuando cerré los ojos, no pude conciliar el sueño.

Me puse a dar vueltas, tratando de encontrar una postura cómoda en la amplia cama. Las sábanas recién lavadas eran más acogedoras de lo normal, pero ni así pude encontrar la posición adecuada.

Tan sólo unos minutos antes había sido incapaz de mantener los ojos abiertos. Pero ahora mi cuerpo bullía totalmente alerta.

Me negaba a admitir la verdad ni siquiera a mí mismo. Después de todo lo que había dicho Hawke esa noche, me sentía aún peor. Mi cuerpo no anhelaba sentir el calor de otro cuerpo a mi lado. Anhelaba algo mucho más concreto. Necesitaba un cabello sedoso que acariciase mi piel, excitándome y calmándome al mismo tiempo. Necesitaba esos suaves sonidos que escapaban de sus labios y me despertaban cada pocas horas sin llegar a recuperar totalmente la consciencia. Necesitaba pelear por las sábanas que ella siempre me robaba. Necesitaba la maraña que formaban nuestras piernas cuando la abrazaba por la espalda.

Necesitaba a la única mujer sin la que no podía vivir.

AUNQUE FRANCESCA HABÍA VUELTO A TRABAJAR, sabía que las chicas aún tenían problemas para salir adelante. Francesca no trabajaba tantas horas como antes y apenas ganaba para pagar el alquiler. Nadie me lo pidió, pero seguí encargándome de la compra. Mi contrato en prácticas no daba para mucho e iba justo todos los meses, pero no hacía falta que lo supieran.

Entré en la casa con las bolsas bajo el brazo.

—Tienes una pinta genial. —La voz de Marie me llegó desde lejos.

Entré y dejé las bolsas sobre la mesa.

—Gracias. —Sonreí.

Francesca estaba en la cocina, ataviada con un vestido y una chaqueta rosa.

Marie me miró fingiendo enfadarse.

—No me refería a ti.

Francesca echó un vistazo al reloj de la pared.

—Llegará en cualquier momento...

—¿Por qué estás tan nerviosa? —pregunté—. No es la primera vez que sales con él.

—No lo sé —respondió—. Todavía estoy de los nervios.

Como si Cameron supiera que estábamos hablando de él, sonó el timbre.

—Mierda, es él. —Francesca respiró hondo y se recolocó el pelo.

—Todo saldrá bien, ya verás. —Marie cogió el bolso, se lo puso bajo el brazo y le atusó el cabello—. Estás perfecta. Ahora sal ahí y demuestra lo que vales.

Francesca tenía la mirada en blanco.

—No estoy segura de eso, pero iré. —Se acercó a la entrada y abrió la puerta. Tras una breve conversación, se marcharon en su coche.

Marie sacó la compra de las bolsas y lo colocó todo.

—Gracias por la comida.

—De nada. —Me quedé de pie con las manos en los bolsillos, observando cómo se movía grácilmente por la cocina. Tenía una curva pronunciada en la parte baja de la espalda y un bonito trasero. Sus piernas eran esbeltas y bien torneadas, y siempre llevaba el pelo coquetamente peinado. Podría estar así, simplemente mirándola, durante horas.

Su belleza era obvia, y también advertía la forma en que movía su cuerpo al andar. El pie dominante era el izquierdo, aunque ella era diestra. Cada vez que intentaba resolver un problema, arrugaba la nariz y se mordía el labio inferior al mismo tiempo. Aunque la leche de la nevera estaba vacía y caducada, la dejó allí y puso el cartón nuevo al lado. Siempre hacía esto, y

supuse que era tarea de Francesca ocuparse de ello, ya que Marie no bebía leche. Me fijé en todas esas pequeñas peculiaridades, todas esas cosas que la hacían ser quien era.

Marie terminó de colocar la compra y reparó en mi mirada.

—¿Qué?

—Nada. —Aparté la vista, fingiendo que no la había estado observando durante los últimos quince minutos.

Se recogió el cabello sobre un hombro y caminó hacia mí, moviendo las caderas al acercarse.

En cuanto su cuello quedó expuesto, me fijé en él. Era suave y sin defectos, perfecto bajo las caricias de mis labios. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, le pasé un brazo por la cintura y deposité un beso en la zona desnuda, saboreándola. Su cintura tenía el tamaño perfecto para mi brazo. Podía engancharla como un anzuelo al final del sedal. Le hice un suave chupetón en la piel antes de separarme de ella.

Marie me miraba con los ojos entornados, mostrando lo mucho que disfrutaba con mis muestras de afecto.

—¿Qué tal el trabajo?

—Uf.

—¿Uf? ¿Eso es una palabra?

—Ahora sí.

—¿Y por qué ha sido uf? —Sus manos serpenteaban por mi tórax.

—Porque estaba agotado. Todavía lo estoy.

—¿Por qué está tan cansado mi hombre?

Me encantaba cuando me llamaba así.

—Porque ayer volví a casa muy tarde. Y cuando me metí en la cama no podía dormir.

—¿Por qué no?

Sabía por qué.

—No estoy seguro.

—¿Cómo está Hawke? —Su tono aún denotaba la aversión que sentía hacia él. Antes no le disgustaba tanto, pero ahora no podía remediarlo.

—Más o menos igual.

—¿Qué le dijiste de Frankie?

—Que está genial y que está saliendo con Cameron.

—Bien. No hacía falta decirle la verdad.

—Nunca. —Francesca no quería que se lo dijera y, de todos modos, yo tampoco se lo habría dicho.

—¿Os habéis divertido?

—Sí. Fuimos a un partido y después a cenar.

—¿Está saliendo con alguien?

Me encogí de hombros.

—Esporádicamente. —Habíamos hablado sobre mis sentimientos por Marie, pero no se lo iba a contar.

—Eso es lo que suponía Francesca...

—Mantengamos esto entre nosotros.

—De todas formas, no podría decírselo. Rompería la única regla que nos ha impuesto.

—Es verdad.

Sus manos se movieron hasta mis hombros y me masajé suavemente los músculos.

—¿Qué te parece si te hago el amor suavemente y después nos echamos una siesta?

Se me puso dura con la pregunta.

—Me encantaría.

—Me pondré encima. —Cogió mi mano y me llevó al dormitorio.

Me encantaba cuando cabalgaba mi polla. Era muy buena.

—Nada que objetar.

Me miró por encima del hombro y me lanzó una mirada juguetona.

—Ya me lo parecía.

CAÍMOS en el sofá con mi brazo rodeando sus hombros. Eran las diez de la noche y Francesca todavía no había regresado a casa. En la tele había un partido de baloncesto, pero no lo estábamos viendo.

—¿Deberíamos llamarla? —preguntó.

—No pasa nada —contesté—. Cuanto más tiempo esté fuera, mejor. —Seguía con los ojos fijos en sus labios. Eran gruesos y carnosos. A veces, me gustaba acariciarlos con mi polla. Y otras veces, como ahora, prefería frotar mi boca contra ellos.

—Pero ¿qué pasa si...?

Moví mi boca hacia la suya y la besé lentamente. Habíamos hecho el amor unas horas antes y ahora ansiaba su beso. Hacer el amor en el sofá era algo que había practicado con frecuencia en el instituto, pero ahora lo estaba haciendo otra vez, y además lo estaba disfrutando. Le agarré el pelo con la mano y lentamente me adueñé de su boca. Cuando su lengua tocó la mía, sentí una explosión que atravesó mi cuerpo. Nunca me había sentido tan vivo y tan cerca de la muerte al mismo tiempo.

Pasaron treinta minutos y continuábamos besándonos, con nuestras lenguas bailando juntas. No había conocido a nadie que besara como ella. Podría estar así toda la vida. Le gustara o no, iba a dormir en su casa o ella se vendría conmigo. Era una cosa o la otra.

El sonido de un coche al aparcar en la calle interrumpió nuestra sesión de besos.

—Creo que ya ha vuelto. —Marie se apartó con los labios hinchados. Su cabello estaba enmarañado y revuelto.

Yo quería seguir besándola.

—¿Y?

—A ver qué tal les ha ido. —Se apartó de mi lado y apoyó la oreja contra la puerta de entrada.

A mí no me importaba cómo le había ido la cita a mi hermana. Lo único que quería era terminar ese beso, si es que alguna vez terminaba. Me acerqué hasta ella y escuché la conversación.

—Lo he pasado muy bien esta noche —estaba diciendo Francesca.

—Yo también —aseguró Cameron—. Me encanta que te hayas abierto. Francesca rio nerviosa.

—Sí... Me está costando un poco.

—Bueno... Supongo que esto significa buenas noches.

Marie tenía las manos apoyadas contra la puerta.

—Bésala...

Sonreí.

Hubo un silencio largo que sólo podía significar una cosa.

Marie estuvo sonriendo todo el tiempo, porque sabía exactamente lo que estaba ocurriendo.

A mí seguía sin importarme.

Cuando se separaron, se oyó la voz de Francesca.

—Bien, buenas noches.

—Buenas noches, Frankie. —Su voz se desvaneció.

Marie me agarró por el brazo y me arrastró hasta la cocina. Se arregló el cabello rápidamente y trató de actuar con normalidad.

—Estaba pensando que podríamos ir mañana a probar ese nuevo sitio de sushi. Todo el mundo habla de él.

Jamás había visto a Marie comer sushi.

—Sí...tal vez.

Francesca apareció con una leve sonrisa en los labios.

—Ah, ¿ya has vuelto? —Marie intentó hacerse la sorprendida, pero se le daba muy mal fingir—. ¿Qué tal tu cita?

—Bastante bien —contestó Francesca—. Me he relajado mucho.

—Genial —dijo Marie—. ¿Eso significa que volverás a verlo?

—Supongo.

Marie casi soltó un grito.

—Es fantástico. Me alegro de que te guste.

—Sí. Es un tío simpático —respondió—. Ya veremos cómo van las cosas.

—Sacó el teléfono del bolso y se dirigió a su dormitorio—. Buenas noches, chicos.

—¡Buenas noches! —gritó Marie. Cuando Francesca desapareció de nuestra vista, comenzó a bailotear—. ¡Sí! Estoy encantada de que le guste.

—Yo también. —Resultaba agradable volver a verla salir y quedar con chicos, que es lo que debería estar haciendo.

—Yo también debería irme a la cama —dijo finalmente—. Mañana será un día muy largo.

Si esa era su forma educada de pedirme que me fuera, le esperaba una sorpresa.

—Voy a dormir aquí.

—¿Recuerdas lo que ocurrió la última vez?

—Me importa una mierda. —Si a mi hermana le parecía mal que durmiera allí, entonces era ella la que debería mudarse—. Puedo quedarme aquí o puedes venir conmigo. Ahora la pelota está en tu tejado, cariño.

—Bien. No tengo ganas de discutir.

—Perfecto. Yo tampoco.

Marie desapareció por el pasillo hacia su habitación.

La seguí, pero, cuando llegué a la puerta de Francesca, me detuve.

—Estoy ahí en un segundo.

Marie desapareció.

Llamé a la puerta de la habitación de mi hermana.

—¿Puedo entrar?

—Sí, claro.

Entré y la vi en pijama sentada en la cama. Se había quitado el maquillaje y se había recogido el cabello en un moño.

—¿Qué pasa?

Me acerqué despacio a la cama y me senté junto a ella. No se me daban muy bien las conversaciones serias. Después de todo este tiempo, creía que había mejorado, pero no era así. Era difícil ser el hermano mayor. A veces había deseado poder cambiarnos el uno por el otro, aunque fuera sólo por un día.

—¿De verdad te gusta ese tío?

—Sí. Es muy dulce. —Miró algo en su teléfono y después lo dejó sobre la mesilla de noche—. ¿Puedo ayudarte en algo, Axel?

—Yo sólo... quería que supieras que estoy orgulloso de ti.

—¿Por salir con un chico?

—No. Por pasar página. —Bajé la vista hacia el suelo—. Sé que las cosas no han sido fáciles, pero ahora estás en el buen camino. Ver que estás mejor me hace feliz. Solo quiero que sepas que...

—Axel...

—Te tomo mucho el pelo, pero ambos sabemos lo que siento realmente.
—Me incorporé y volví a meter las manos en los bolsillos—. Sigue haciéndolo así de bien.

—Gracias, Axel.

Asentí mientras salía de su habitación y cerraba la puerta detrás de mí. Antes de entrar en el dormitorio de Marie, supe que había estado escuchando detrás de la puerta. Entré y la vi apartarse hacia atrás, intentando fingir que no había estado haciéndolo.

Se cruzó de brazos y actuó como si nada.

—Sé que estabas escuchando.

—Esto... —La culpa se reflejaba en su cara—. Bueno, me pareció muy dulce de tu parte.

Me encogí de hombros y me dispuse meterme en la cama.

—Eres un buen hombre, Axel.

—No sé de qué hablas —dije—. Pero vale, soy bastante enrollado.

Noche en familia

Marie

Odiaba cuando mi madre me mandaba mensajes. No porque me molestara o invadiera mi privacidad. Era porque no tenía ni idea de cómo usar el teclado.

Cariño, te echamos monos.

Me quedé mirando el texto, incapaz de descifrarlo.

¿Qué?

¿Quedamos para penar?

Ladeé la cabeza.

Mamá, mejor llámame.

Un segundo después, sonó el teléfono.

—Mamá, prefiero que me llames.

—Ahora todo el mundo manda mensajes de texto. Es más fácil.

—No para ti. Bueno, ¿qué estabas intentando decir?

—Te echamos de menos —me contestó—. Cada vez que escribo una palabra, se cambia.

—Es el autocorrector.

—¿Auto... qué? —preguntó—. ¿Tienes un nuevo seguro de auto?

No me lo podía creer.

—Da igual. Yo también te echo de menos.

—¿Quedamos para cenar todos juntos?

—Por supuesto. —Como si fuera a decir que no a mis padres.

—¿Qué me dices del sitio ese italiano que te gusta tanto? —preguntó—. Tu hermana no viene, pero ¿te gustaría traer a alguien...? —Su tono expresaba exactamente a quién quería que llevara.

—Iré sola.

—Ah... ¿Entonces no hay nadie de verdad?

Axel ya había conocido a mis padres, pero no estaba segura de que estuviese preparado para cenar con ellos.

—Sí.

—¿Ni siquiera Axel? ¿El chico ese tan simpático del hospital?

—Lo siento. Iré sólo yo.

—¿De verdad? ¿No hay nada de nada entre vosotros dos?

¿Cómo lo había adivinado? De algún modo, siempre lo averiguaba.

—Vale... sí.

—¡Lo sabía! —Su tono cambió por completo, volviéndose victorioso—. Por favor, invítalo. Su compañía es muy agradable.

Odiaba cuando mi madre hablaba con corrección. Era enfermera, no profesora de protocolo.

—No sé...

—Por favor. A tu padre y a mí nos gustó mucho.

Cuando me presionaba así, no me dejaba elección.

—Está bien.

—Estupendo. Nos vemos mañana.

AXEL SEGUÍA ENCIMA DE MÍ, besándome dulcemente. El reloj de la mesita de noche marcaba las tres de la madrugada y el tiempo seguía corriendo. A la mañana siguiente, él tenía que trabajar y yo ir a clase, pero eso no parecía preocuparnos a ninguno de los dos.

Aunque Axel ya había terminado, no bajó el ritmo. Seguía besándome porque le gustaba, y a mí también. Hasta que no tuvimos los labios en carne viva no se separó de mi boca.

—Me encanta besarte. Ojalá pudiera llevarme estos labios a todas

partes.

—A mí me gustaría que también te llevaras mis otros labios a todas partes.

Axel sonrió al instante.

—Mi chica es una guarrilla.

—No. Simplemente sé lo que quiero.

Frotó su nariz contra la mía y me dio un último beso.

—Ambiciosa. Me gusta. —Se tumbó en la cama a mi lado y rodeó mi cuerpo con sus brazos. Nos colocamos en la posición que nos gustaba para dormir.

—¿Axel? —Había estado evitando esta conversación, pero tenía que decírselo ya.

—¿Sí?

—¿Tienes algún plan para mañana por la noche?

—Con suerte, quedar contigo.

—Bien... Mis padres me han invitado a cenar y quieren que vengas conmigo.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Les he dicho que eras mi novio.

—Ah...

—Les gustas mucho, Axel.

—Eso es bueno.

—Entonces, ¿vendrás?

Su vacilación quedó clara con su silencio. Estaba más tenso que antes. Lo sentí en sus brazos.

—Sé que no es lo que se dice un plan divertido, pero mi madre no ha dejado de insistir. No va a aceptar un no por respuesta.

Axel suspiró.

—¿Tanto te cuesta? —pregunté. Ahora me sentía herida. Ya conocía a mis padres, ¿por qué no quería verlos otra vez? Sabía que no íbamos a casarnos mañana, pero había creído que esta relación iba a alguna parte.

Axel notó mi malestar y me abrazó más fuerte.

—Por supuesto que no. Es sólo que me lo acabas de soltar.

—Ya los conoces de antes, ¿por qué te parece raro?

—No es raro. Es que... no sé.

—¿Qué? —insistí.

—Ahora es más serio —respondió—. Ya los conozco, pero solo como amigo tuyo. Como novio es algo totalmente distinto.

—Pero si ya les gustas.

—Lo sé, pero esto es diferente.

Ahora era yo la que me sentía molesta.

—Si no quieres venir, no vengas. No quiero que te sientas obligado.

—Me cubrí con la manta hasta los hombros y me concentré en el reloj. ¿Cómo era capaz de hacerme el amor durante horas y no querer cenar con mis padres?

Axel supo que la había cagado.

—Cariño, quiero ir.

—No es verdad.

—Vale, ¿a quién demonios le gusta pasar la tarde con los padres de su novia? Es aterrador para cualquiera. Pero iré. Por supuesto que iré.

Me negué a mirarle a la cara.

—Vamos, cariño. No te enfades conmigo.

—Supuse que querías venir... Me siento estúpida.

—Eh. —Me dio la vuelta hasta que me tuvo frente a él. Me levantó la barbilla y me obligó a mirarlo—. Iré. No te enfades conmigo. No me gusta.

—¿De verdad quieres venir? —Esa inseguridad no era propia de mí, pero en ese momento no podía evitarlo.

—Sí. —Me mantuvo la mirada mientras lo decía—. Por supuesto.

Al ver su sinceridad, mis miedos se esfumaron.

—De acuerdo. Mañana a las siete.

—Te recogeré a las seis y media.

AXEL LLEGÓ ante mi puerta con unos tejanos oscuros y una camisa.

Llevaba en la muñeca su reloj habitual y el cabello peinado con esmero. A pesar de su aspecto atractivo, parecía nervioso.

—Axel, ya los conoces.

—Lo sé. Pero ahora me mirarán de forma diferente. Nunca he hecho eso de conocer a los padres de mi novia. No tengo ni idea de qué hacer.

—Sólo trátalos como gente normal.

—Bueno, ya sabes cómo trato a la gente normal. Empiezo con un chiste sexista y luego les cuento lo grande que tengo la polla.

Suspiré con resignación y me alejé.

—Sólo relájate.

—Relájate tú. ¿Cómo te sentirías si tuvieras que conocer a mis padres?

Me di la vuelta.

—Si ya los conocí, idiota.

—Pero no era lo mismo. No eras mi novia.

—Da igual. Les gustas. Lo más difícil ya está hecho.

Francesca abrió la puerta y se apoyó en el umbral.

—¿Por qué estáis discutiendo, chicos?

Axel se giró hacia ella y me señaló.

—Voy a conocer a sus padres esta noche. Uf.

Francesca se cruzó de brazos.

—¿No los conoces ya?

—¡Gracias! —Golpeé el suelo con el pie.

—Pero no como su novio —arguyó Axel—. Es una cosa completamente diferente.

—Axel, sé tú mismo —aconsejó Francesca—. A ellos ya les gustas, así que ahora sólo tienes que dejarte llevar.

—Pero ya me conoces —replicó él—. Seguro que digo algo estúpido.

—Pues no digas nada estúpido. —Francesca lo soltó como si fuese lo más fácil del mundo.

—Es más fácil decirlo que hacerlo... —Se volvió y caminó hacia el coche—. Esto te costará la mejor mamada del mundo.

Francesca volvió a entrar en casa con cara de asco.

—Haré algo que te guste cuando volvamos a casa, pero sólo si dejas de

quejarte.

Se sentó al volante y suspiró.

—Está bien.

Me puse el cinturón de seguridad.

—Bien.

Se incorporó a la carretera.

—Terminemos con esta mierda de una vez.

MIS PADRES ESTABAN ENAMORADOS de Axel. Mamá le prestó más atención a él que a mí, y se pasó todo el tiempo elogiando sus ojos azules y su carácter afable.

A papá también le gustaba. Le preguntó por sus prácticas en la empresa de inversiones y por sus años de universidad en Florida. Ninguna de las preguntas parecía un interrogatorio. De hecho, se le veía realmente interesado en Axel a nivel personal.

Mis padres nunca habían conocido a ningún novio mío, y ese día me lo había imaginado de forma muy diferente. Había creído que mi familia se abalanzaría sobre el primer chico que les presentara y lo asustarían hasta que saliera huyendo.

Al principio Axel estuvo tenso, sin saber qué decir o hacer. Pero, cuando vio que mis padres eran encantadores, se relajó.

—La gente cree que me paso el día haciendo números sentado en una oficina, pero es más complicado. Los clientes invierten los ahorros de su vida con nosotros. Nuestro objetivo es devolverles su inversión con ganancias. Y, si no lo conseguimos, nosotros tampoco obtenemos beneficios. Por tanto, es una situación en la que ganamos todos.

—Genial —exclamó papá—. ¿Invertís en inmuebles?

—En realidad, sí —dijo Axel—. —Es un mercado muy interesante en este momento. Mires a donde mires, están construyendo como locos. Todo el mundo quiere tener una casa en propiedad por las deducciones de impuestos.

—¿Cuándo terminas las prácticas? —preguntó mamá. Tenía los ojos clavados en Axel y apenas me miraba a mí.

—Es un contrato en prácticas de un año y casi he terminado. Tan sólo me quedan unos meses. —Axel dio un sorbo a su copa de vino y volvió a dejarlo sobre la mesa—. Excelente elección, señor.

—Gracias —respondió papá—. Entiendo un poco de vinos.

—¿Qué harás cuando termines? —insistió mamá.

—Aún no lo sé —respondió Axel—. He enviado mi currículum a algunas empresas de Manhattan. Ese lugar es una mina de oro para los inversores. Allí viven muchísimos ricos.

—Marie también está pensando en mudarse allí. —Mamá lo dijo como si fuera un nuevo descubrimiento y una maravillosa coincidencia.

—Lo sé —replicó Axel—. Debería hacerlo. Creo que allí podría encontrar buenas oportunidades.

A ojos de mamá, todo era como un cuento de hadas. Ya me imaginaba con un vestido blanco y teniendo un montón de niños.

Gracias a Dios, Axel no se dio cuenta.

Papá se volvió hacia mí y me habló por primera vez en toda la noche.

—¿Qué tal las clases, cielo?

—Muy bien —contesté—. Intentando acabar.

Ahora que Axel había dejado de ser el centro de atención, pudo probar la cena por fin. Con unos modales exquisitos que jamás le había visto, cortó la comida y masticó en silencio.

—¿Qué tal el hombro? —preguntó mamá.

—Bien —respondí—. A veces me olvido de que lo tuve dislocado.

—A mí me pasó lo mismo cuando era joven —aseguró mamá—. Estaba jugando al fútbol cuando me ocurrió.

—¿Jugaba al fútbol? —preguntó Axel—. Qué bien. Yo jugaba al béisbol en el instituto.

—Así que eres deportista, ¿eh? —Papá lo dijo con una sonrisa de orgullo.

—Se podría decir que sí.

Otra vez dejé de existir y volvieron a centrarse en él.

DESPUÉS DE LA CENA fuimos andando juntos hasta el aparcamiento. Papá caminaba al lado de Axel e iban charlando de deportes, algo que ambos tenían en común.

Mamá iba conmigo unos metros detrás de ellos.

—A tu padre y a mí nos encanta, Marie. Es inteligente, triunfador, dulce y además muy guapo.

—Sí, lo sé. —¿Por qué si no iba a estar con él?

—Es considerado y cariñoso... Espero que se quede.

—Eso escapa un poco a mi control. —Yo también esperaba que se quedara. Nuestra relación parecía ir haciéndose más bonita cada día que pasaba. El aspecto superficial había desaparecido hacía mucho tiempo y ahora quedaba la parte espiritual.

—Estás enamorada de él, ¿verdad? —Mamá sonrió como si ya conociera la respuesta.

—Mamá. —dije con incredulidad.

—¡Genial! Lo llevas escrito en la cara.

—No, no es verdad.

—No pasa nada, cariño. Se ve que él también te quiere.

«¿En serio?».

—Pero no se lo digas.

—Es obvio en todo lo que hace, Marie. Ese hombre está obsesionado. La sola idea me produjo vértigo.

—Mamá, disimula y no me avergüences.

—Jamás lo haría.

Llegamos al coche de mis padres y nos despedimos.

—Gracias por la cena —dijo Axel educadamente—. Ha sido un placer verlos de nuevo.

—No hay de qué. —Mamá lo abrazó con fuerza—. Nos ha encantado pasar la velada contigo.

Axel la abrazó incómodo, sin saber muy bien qué estaba ocurriendo.

Cuando mamá se apartó, papá hizo el siguiente movimiento. Lo abrazó y

le dio una palmada fuerte en la espalda.

—Ya nos veremos, Axel. Espero que sea pronto.

—Me parece una gran idea. —Axel retrocedió, sorprendido por el afecto que le mostraban.

Mis padres se montaron en su Subaru.

—Esto... Supongo que yo no me merezco un abrazo. —En cuanto el novio apareció en escena, fue como si yo no existiese.

Axel se echó a reír.

—Puede que huelas mal.

Le di un puñetazo en el brazo.

—O puede que tú seas un idiota.

—¿CÓMO te ha ido? —me preguntó Francesca al entrar en casa.

—Genial. —Axel cogió una cerveza de la nevera y se sentó—. Tía, sus padres me adoran. Soy como el hijo que nunca han tenido.

—¿De verdad? —Francesca no pudo ocultar la sorpresa.

—Sí. —Axel se sentó frente a ella—. ¿A que sí, cariño?

Dado que me sentía genial cuando me llamaba así, mi frustración desapareció.

—Sí, les has gustado mucho.

Axel meneó las cejas.

—Al parecer, soy un tipo encantador.

Francesca pasó la página del libro que estaba leyendo.

—¿Acaso están sordos y ciegos?

—Cierra la puta boca. —Axel le dio una patada por debajo de la mesa.

Francesca apartó los pies antes de que pudiera alcanzarla.

—Bueno, estoy encantada de que lo hayáis pasado tan bien. Ahora lo único que os queda por hacer es planear la boda y vivir felices para siempre. —Volvió a pasar otra página.

Axel casi se atraganta con la cerveza. Se puso a toser y a darse golpes

con la mano en el pecho. Le dio un ataque de tos en la cocina y le costaba respirar.

—Joder... ¿Estás bien? —Francesca lo miraba con las cejas arqueadas.

Axel siguió tosiendo hasta que se aclaró la garganta. A esas alturas ya se le había caído toda la cerveza y había dejado la mesa y el suelo hechos un desastre.

—Perdonad... Se me ha ido por el otro lado. —Tomó unos trozos de papel de cocina y lo limpió todo.

—¿Seguro que estás bien? —pregunté.

—Sí, estoy bien. —Tiró todo a la basura y después miró la hora—. Debería irme ya. Tengo que terminar un documento que me da mucha pereza. —Me dio un beso rápido y se encaminó hacia la puerta.

¿No iba a incordiarne con que quería quedarse a pasar la noche? ¿O con que fuera yo a su apartamento?

—Vale...

—Adiós. —Salió y cerró la puerta.

Francesca sacudió la cabeza.

—Este chico cada día es más raro...

Nerviosismo

Axel

Sus padres eran agradables y la noche había ido muy bien. Me aterrizzaba ir a una cena familiar porque Marie y yo todavía no íbamos tan en serio. Pero parecía muy importante para ella y no quise decepcionarla. Cuando se entristecía, yo me sentía como una mierda. Lo único que quería era que fuera feliz, así que hacía todo lo que me pedía.

Pero ese comentario sobre el matrimonio casi me había provocado un infarto.

Francesca lo había dicho en broma, o al menos eso creí. Pero aun así me sentí aterrado. Padres, matrimonio, niños... No estaba preparado. Me sentía tan lejos de todo aquello que ni siquiera pensaba en ello.

Mi relación con Marie era perfecta. Me encantaba estar con ella y no me cansaba nunca. La monogamia era algo nuevo para mí y la estaba disfrutando. Sólo el hecho de que fuera la única mujer en mi vida ya era un paso gigantesco. No me resultaba difícil porque estaba muy encariñado con ella. Cuando no estaba junto a mí me ponía nervioso. Pero eso era todo... por el momento.

Marie sentía lo mismo, ¿no? Ni siquiera me había parecido que quisiera ir a esa cena. Su madre la había presionado para que fuéramos, y entendía por qué. Sus padres se lanzaron sobre mí y me dedicaron toda su atención. Eran agradables, así que no me importó. Pero Marie parecía aburrida con la conversación.

Ahora que lo pensaba, estaba seguro de que ella pensaba exactamente lo mismo.

No había necesidad de asustarse o de tener una conversación seria sobre el tema. Todo seguía exactamente igual que antes. Ninguno de los dos estaba preocupado por ese asunto. Francesca por fin estaba mejorando, así que podíamos hacer lo que queríamos y cuando queríamos.

Mantuve las distancias durante unos cuantos días para recuperarme de la cena. Tenía mucho trabajo en la oficina con un nuevo cliente que acababa de contratarnos. Se me estaba acabando el contrato en prácticas y me apetecía despedirme por todo lo alto. Ya tenía unos cuantos currículos preparados para enviarlos a agencias de inversión de Nueva York, gracias a Hawke. Él sabía quién estaba buscando nuevos valores y a quién no le interesaba contratar. Ciertamente, eso me proporcionaría una buena ventaja.

Después de unos días superé lo de la cena y los comentarios de Francesca. Añoraba demasiado a Marie para mantenerme alejado de ella. El apartamento empezó a parecerme una islita lejana en medio del mar y nunca me había sentido tan solo.

Le envié un mensaje de texto.

Te echo de menos.

Su mensaje apareció inmediatamente.

Yo también te echo de menos.

No le expliqué por qué no había ido a verla. Quizás se había dado cuenta. Quizás no.

¿Puedo acercarme?

¿Qué te parece si en lugar de eso voy yo?

Era incluso mejor.

Claro.

Estaré allí dentro de un rato.

ENTRÓ con su bolsa de viaje al hombro.

—Hola.

—Hola. —La rodeé con mis brazos y la besé. En cuanto tuve mi boca sobre la suya, comprendí lo mucho que había añorado esos labios. Eran dulces y suaves como la miel. Ninguna mujer me encendía de esa manera. Era como si enchufaran una tira de luces de Navidad que tuviera enrollada en mi cuerpo.

Le cogí la bolsa y me la puse al hombro antes de llevarla al dormitorio.

—¿A qué te has dedicado?

—Tenía que entregar un trabajo semestral que había olvidado por completo. Incluso dije en The Grind que me había puesto enferma para poder terminarlo.

—Deberías haber obligado a Francesca a ayudarte.

—De hecho, me ha ayudado. —Se desvistió y apartó los zapatos de una patada—. Con todo y con eso, casi no pude terminar a tiempo.

De modo que había estado demasiado ocupada para notar mi ausencia. Eso jugaba a mi favor.

—Lo único que importa es que conseguiste acabarlo.

—Estoy deseando que terminen las clases. —Retiró la colcha y se metió en la cama—. Sólo quiero empezar a trabajar, hacer lo que me gusta.

—Te entiendo. —Me metí en la cama y me acurruqué junto a ella. Echaba de menos el sexo, pero añoraba mucho más estar juntos así. Sólo con tenerla entre mis brazos sentía una gran satisfacción. Me encantaba cuando su cabello rozaba mi hombro, y adoraba los hermosos suspiros que dejaba escapar cuando dormía. No me perdía ninguno de esos pequeños detalles. Ahora que volvía a tenerla entre mis brazos, no quería dejarla marchar jamás. No debí haberme asustado por la cena con sus padres, y no debí haberle dado ninguna importancia al comentario de Francesca. De todos modos, nada de eso importaba ahora.

Sólo importaba estar abrazados así.

MARIE LUCÍA Vaqueros ajustados y un top negro sin mangas. El negro siempre le sentaba bien. Sus hombros menudos eran redondeados y parecían cincelados, y tenía el vientre plano ligeramente definido por sus abdominales. Marie poseía el cuerpo perfecto, la cara perfecta, todo perfecto.

Y era mía.

Los cuatro estábamos sentados en el bar mientras la música sonaba a todo volumen. Teníamos las bebidas delante de nosotros, la mayoría vacías. Era muy raro salir en parejas con mi hermana. No lo había hecho nunca, ni siquiera cuando estaba con Hawke.

Ahora Francesca y Cameron parecían llevarse mejor. Mi hermana ya no se sentía tan tensa e incómoda. Volvía a ser la misma de siempre, y gastaba bromas de vez en cuando. Cameron se estaba encariñando con ella. Podía adivinar que le gustaba más a medida que pasaba el tiempo.

Marie apoyó la mano en mi muslo por debajo de la mesa.

—Hacen buena pareja, ¿a que sí?

—¿Quiénes?

Hizo un gesto con la cabeza hacia Cameron y Francesca, que se daban la mano por encima de la mesa.

Me encogí de hombros.

—Supongo que sí. —Yo no prestaba atención a ese tipo de cosas. Simplemente me alegraba que Francesca saliera con otros hombres y que por fin hubiera superado lo de Hawke. Creía que él todavía la amaba, aunque hubiera vuelto a acostarse con otras. Francesca no debía malgastar más tiempo esperando a que volviera.

—A mí me parecen adorables. —Se inclinó hacia mí y me besó en los labios.

Como siempre, mi cuerpo se excitó. Siempre que teníamos contacto físico, el asunto llegaba hasta el final. Me encendía de una forma que no había logrado ninguna otra mujer. Me había acostado con ella docenas de veces, tal vez incluso un centenar, pero no me cansaba. No me apetecía algo nuevo con una mujer distinta.

Sólo quería estar con ella.

—Ten cuidado. —Me aparté y puse fin al beso—. Porque si no, acabaremos atrincherados en los baños.

—Estoy bastante salida, pero no tanto.

—Si lo probaras a lo mejor te gustaría. —La posibilidad de que te pillaran siempre me excitaba aún más.

—Prefiero esperar a que estemos en la cama. Podemos tomárnoslo con calma y disfrutar de verdad el uno del otro. Me gusta sentir cada una de tus embestidas y cada beso sobre mi piel. Y puedo gritar tan alto como quiera.

La polla se me puso dura en un nanosegundo.

Marie sonrió antes de deslizar hacia arriba su mano, siguiendo mi muslo. Llegó hasta el bulto que tapaban mis vaqueros y apretó.

—¿Nos podemos ir ya a casa? —solté.

Se echó a reír y apartó la mano.

Ahora sólo podía pensar en tener a Marie bajo mi cuerpo, disfrutando de las cosas que le hacía. Era fantástica en la cama. Me encantaba dárselo todo.

Cameron arrastró a Francesca a la pista de baile. Se movían juntos, riendo y pasándolo bien. Que Francesca bailara era un milagro, especialmente delante de otras personas.

Marie se volvió hacia mí.

—Estoy tan contenta...

Sellé sus labios con los míos y la besé con fuerza. Lo único que deseaba era chupar sus labios hasta dejárselos en carne viva. Quería sentir su pequeña lengua bailando con la mía. Mi cuerpo anhelaba el suyo con desesperación. Esa noche era la mujer más hermosa del local. En realidad, era la mujer más hermosa de cualquier local.

Marie apartó la boca.

—Es demasiado afecto para estar en público.

—Entonces vamos al pasillo de los baños. —De todas formas, esta cita en parejas era una estupidez. Cameron era un tío majo, pero muy aburrido. Y a Francesca la veía a todas horas. La única persona con la que quería estar era Marie... Y eso implicaba muchos besos apasionados.

—Axel...

—Ven. —La agarré de la mano y la arrastré conmigo. Nos abrimos paso entre la multitud hasta llegar al pasillo vacío que conducía a los baños y a la trastienda del bar. La sujeté contra la pared y volví a besarla mientras mi pecho aplastaba el suyo. Le agarré el cabello y la besé como yo quería, sin importarme que entrara alguien y nos viera. Era la chica que mejor besaba de todas las que había conocido y, aunque me dejaba satisfecho, siempre quería más.

—Se preguntarán a dónde nos hemos ido...

—¿Qué más da? —La besé en el cuello y le metí mano discretamente. Podíamos irnos a casa y pasar directamente a la cama, pero me encantaba besarla. Era lo que más me gustaba hacer. Me encantaba sentir sus jadeos en mi boca mientras respiraba pesadamente. Me encantaba cuando me clavaba los dedos.

Me encantaba cada segundo que estaba con ella.

REGRESAMOS los cuatro juntos en el coche y acabamos la noche en casa de Marie. Para nuestra sorpresa, Francesca invitó a Cameron a entrar. Pero, en lugar de dirigirse a su dormitorio, se sentaron en el sofá y se pusieron a ver la televisión.

Marie y yo podíamos irnos a mi apartamento, pero tardaríamos demasiado. Tendríamos que conducir hasta allí y perderíamos un tiempo precioso. Además, no sabía si debía dejar a Francesca sola con ese tío. Podría lanzarse a algo para lo que todavía no estaba preparada. Decidí quedarme y meterme en el dormitorio con Marie.

—Quizás sea a mejor que nos vayamos a tu apartamento.

La agarré por la camiseta y se la arranqué.

—Estamos bien aquí.

—Pero está...

—Todo irá bien. —Le di un beso antes de desabrocharle los vaqueros y bajárselos. Cuando se quedó en bragas, la cogí en brazos y la llevé a la

cama. La tarde que habíamos pasado metiéndonos mano y sobándonos me la había puesto más dura que el cemento. Quería hacerle el amor despacio, saborear cada centímetro de su cuerpo y sumergirme totalmente en otra realidad.

Me desnudó lentamente, tumbada bajo mi cuerpo, besándome y abrazándome con las piernas alrededor de mi cintura. Me quitó la camisa y me acarició los músculos del pecho y el abdomen. Después se dedicó a los vaqueros y los bóxers, tirando de ellos hasta que mi pene se levantó en el aire como movido por un resorte.

Tenía la polla tan dura que me dolía.

No separé mis ojos de los suyos mientras entraba en ella. Me encantaba ver su reacción al sentirme. Era lo más sensual del mundo. Siempre se le ponían los pezones duros y hacía los ruiditos más cachondos. Sus labios formaban una O antes de morderse el labio inferior, disfrutando de cada centímetro de mí mientras me abría paso en su cuerpo.

Su coño resbaladizo era demasiado bueno para describirlo con palabras. Me encantaba sentirme así, acariciado con toda su calidez. Y me encantaba saber que yo era el único hombre que había estado dentro de ella de esa forma. Todos los demás habían tenido que ponerse un condón. Pero yo no.

Yo era especial.

La penetré hasta el fondo y me detuve, dejando que me envolvieran las sensaciones. Tenía sus piernas sobre mis hombros y estaba presa bajo mi cuerpo, totalmente mía para disfrutarla. Sus tetas eran redondas y voluptuosas, y se balanceaban cada vez que me movía.

—Eres preciosa. —Las palabras brotaron de mi boca sin pensar. Nada más sentirlo, lo solté. Era la mujer más hermosa con la que había estado. Hacía que todas las demás parecieran trolls. Y también era hermosa por dentro, tanto o más que por fuera.

—Axel...

A pesar de lo cachondo que estaba, me lo tomé con calma. La penetré balanceando suavemente las caderas, dándole mi polla lentamente. No habíamos follado en bastante tiempo, pero no lo echaba de menos. Me encantaba cuando hacíamos el amor así, con calma, para que los dos

pudiéramos disfrutar cada caricia.

Me fijé en la forma en que respiraba. Era profunda y ronca, repleta de jadeos de deseo. Vi cómo sus ojos verdes se oscurecían a causa de la excitación. En lugar de mirarme al pecho o al vientre, me miraba a los ojos.

Eso me encantaba.

Yo siempre la miraba a los ojos, deseando sentirme conectado a ella de la forma más íntima posible. Mirar a los ojos a la chica durante el sexo siempre era incómodo, y hasta entonces lo había evitado siempre que podía. Normalmente no apartaba la vista del culo o el cabecero. Pero a Marie siempre la miraba a los ojos. Era demasiado hermosa para no hacerlo.

Hundí la mano en su cabello, como hacía siempre. Mis dedos se aferraban a sus mechones como si fueran un ancla. El cabello largo me parecía sexy en una chica, pero nunca había acariciado tanto el pelo de una chica como el de Marie. Siempre enredaba los dedos en él, agarrándolo como si fuera tan mío como suyo. Lo aferraba con tanta fuerza que no se podía mover aunque quisiera.

Era mía.

Bajé una pierna y giré sobre mi cuerpo para subirme más encima de ella, embistiéndola en un ángulo más profundo y provocando que otro gemido escapara de sus labios. En lugar de correrme como estaba deseando, aguanté porque quería que ella terminara antes. Siempre que estábamos juntos, ese era mi objetivo principal. Con las demás mujeres me había dado exactamente igual. Si llegaban, genial. Y si no se corrían, tampoco me quitaba el sueño. Pero con Marie era distinto. Le daba la mejor atención al cliente porque quería que volviera una y otra vez... Y que no fuera a ningún otro lugar.

Sus manos se deslizaron por mi pecho, arañándome la piel con las uñas. Se frotó contra mí desde abajo, tomando toda mi longitud una y otra vez. Después bajó las manos a mi trasero y se agarró con fuerza, empujándome más dentro de ella. Jadeó con más fuerza, disfrutando de todo lo que le estaba dando.

Me perdí en el placer del momento y no pensé en nada más. Sólo presté

atención a los sonidos que hacíamos juntos y a la sensación de mi polla deslizándose dentro y fuera de ella. Me había envuelto con su cuerpo para que pudiera penetrarla hasta el fondo. Nos aferramos desesperadamente el uno al otro, sintiendo la necesidad de dar placer, además de sentirlo.

Sus manos subieron por mi pecho hasta alzarse por encima de mi cuello y mi rostro. Las hundió en mi pelo, acariciándolo mientras sus jadeos se hacían más sonoros y sensuales. Me sostuvo la mirada y luego acercó mi frente a la suya.

En ese momento sentí algo más que placer. Sentí una conexión que me parecía irreal e increíble. Nunca me había sentido tan en sintonía con alguien. Le daba todo lo que tenía a esa mujer y me arrepentía de no haberlo hecho antes. ¿Y si hubiéramos empezado a salir mucho antes? Habríamos disfrutado de mucho más tiempo juntos. A estas alturas ya habríamos hecho el amor miles de veces y todavía no nos habríamos cansado.

—Axel...

Me encantaba cuando decía mi nombre. Normalmente significaba que estaba a punto de correrse. Tenía el coño prieto alrededor de mi polla y me sentía aún mejor con cada embestida.

—Cariño... —Nunca había llamado así a ninguna mujer, y no recordaba cuándo había empezado a usar la palabra con Marie. Simplemente me había salido y no le había dado más vueltas. Seguí usándola porque me gustaba.

—Te amo.

Todo se detuvo. Las embestidas cesaron y me empezaron a zumbar los oídos. Sus palabras resonaron en mi mente mucho tiempo después de que las hubiera pronunciado, pero seguía sin poder creerme lo que había oído. El suelo tembló bajo mis pies y no encontré seguridad en él. Era como si me hubiera atravesado un rayo de una tormenta eléctrica... mil veces. El miedo me atenazó la garganta y la boca se me secó. Mi lengua parecía demasiado grande para mi boca. El corazón me latía dolorosamente en el pecho, provocándome un pico de adrenalina.

«¿Qué acaba de decir?».

Marie sabía que se había equivocado. Todo el placer que estaba

sintiendo abandonó su rostro y me miró avergonzada. Alejó las manos de mi pelo y las dejó caer a los costados. Su respiración se hizo más pesada a causa del miedo.

—Axel... No debería haber dicho eso. Me he dejado llevar por el momento y...

Me incorporé y me separé de ella, todavía jadeante. Nadie en mi vida me había dicho esas palabras y no estaba preparado para oírlas. Primero habíamos cenado con sus padres, después Francesca había hecho el chiste sobre el matrimonio... y ahora esto. No estaba preparado. No había creído que fuéramos tan en serio.

Volví a moverme hasta que caí al suelo.

—¿Axel? —Marie se acercó al borde de la cama.

Me puse de pie y me vestí apresuradamente.

—Tengo que irme. —Tenía la camisa puesta del revés, pero no me importó lo suficiente para arreglarlo. Sólo sabía que tenía que salir de allí. No había pretendido que Marie pensara que era algo tan serio, creía que queríamos lo mismo. No podía enamorarme y casarme. No tenía ni las agallas ni la fortaleza que hacían falta. No tenía huevos para ser un buen marido. Nunca pretendí herirla, pero al final había acabado pasando—. Perdona. Tengo que irme. —Llegué hasta la puerta de su dormitorio y la abrí.

—Axel, espera. —Me detuve en el umbral, pero no me giré—. No puedes marcharte así. Vamos a hablar.

—Yo... No quiero hablar de eso. Tengo que irme.

—Axel... —Salí y cerré la puerta detrás de mí. Después de aquello, todo se convirtió en una nebulosa. Pasé por la sala de estar sin mirar a Francesca y Cameron. Ni siquiera estaba seguro de lo que estaban haciendo o de si se habían dado cuenta de que me había ido. Corrí hacia la camioneta y la encendí, pero no recordaba haber girado la llave. Me lancé por la carretera y conduje hasta mi casa, aunque tampoco recordaba haber conducido. Nada más entrar en mi apartamento, me derrumbé en el sofá y me quedé mirando la pared. Era blanca y estaba pidiendo a gritos una mano de pintura. Concentré todos mis pensamientos en eso... En nada.

Era lo único que me tranquilizaba.

Postfacio

Espero que hayas disfrutado leyendo JUEVES tanto como yo escribiéndolo. Significaría muchísimo para mí que dejaras una breve reseña. Es el mejor apoyo que puedes dar a un escritor. Muchísimas gracias.